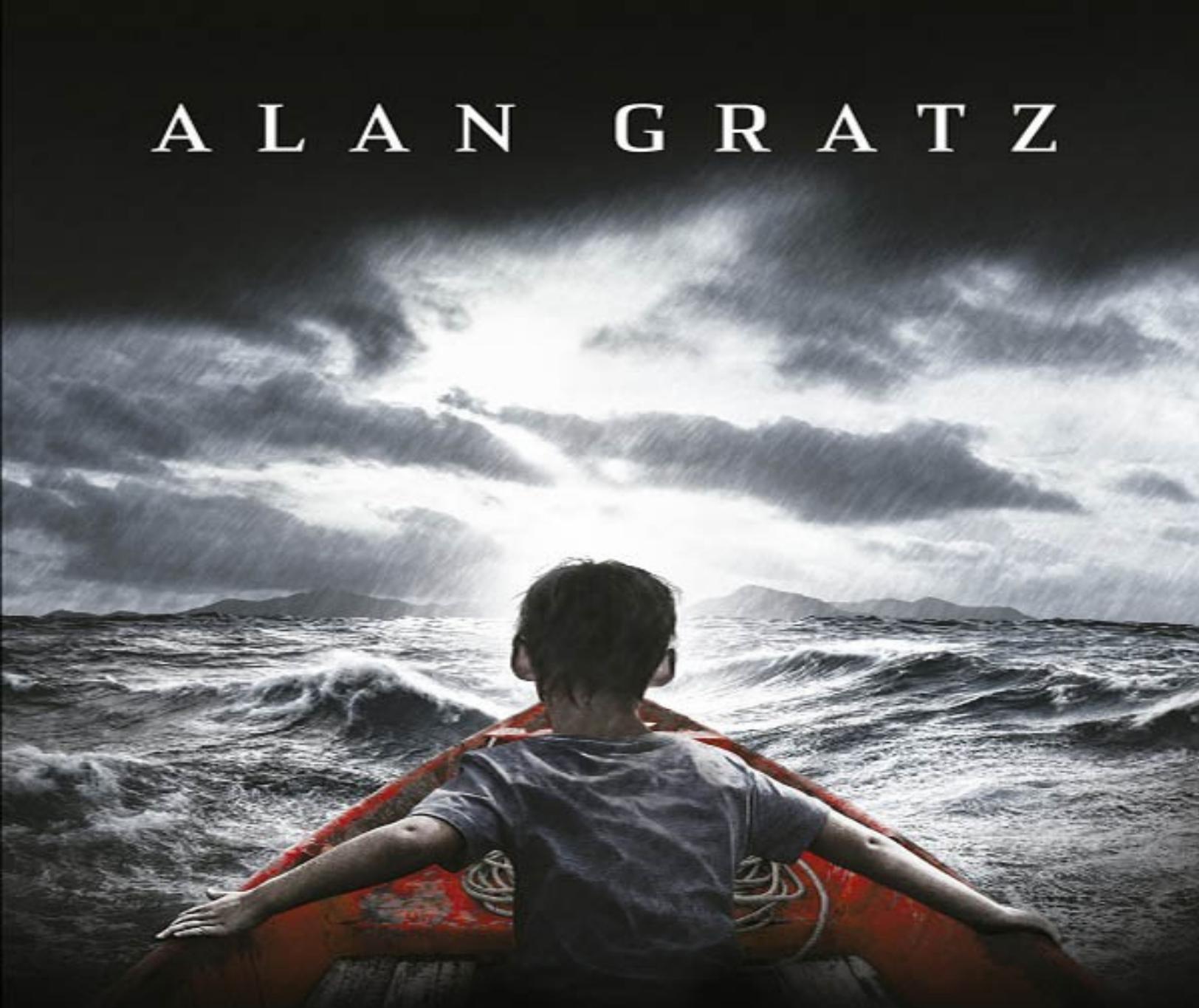


ALAN GRATZ

A young boy with dark hair, wearing a grey t-shirt, is seen from behind, sitting in a red boat. He has his arms outstretched, resting on the sides of the boat. The boat is on a dark, choppy sea with white-capped waves. In the background, there are dark, jagged mountains under a heavy, grey sky with a bright light breaking through the clouds, creating a dramatic, high-contrast scene.

THE NEW YORK TIMES BESTSELLER

REFUGIADO



Tres niños distintos. Una misión en común: HUIR.

JOSEF es un chico judío que vive en la Alemania nazi de los años treinta. Ante la inminente amenaza de los campos de concentración, su familia y él se embarcan en un navío rumbo al otro extremo del mundo...

ISABEL es una niña cubana en 1994. Con los disturbios y la agitación que asolan su país, su familia y ella se echan a la mar en una balsa con la esperanza de hallar la seguridad en Estados Unidos...

MAHMOUD es un muchacho sirio en 2015. Con su patria desgarrada por la violencia y la destrucción, su familia y él inician una larga caminata hacia Europa...

Los tres niños partirán en un terrible viaje en busca de refugio. Los tres se enfrentarán a peligros inimaginables: desde la posibilidad de morir ahogado hasta los bombardeos y las traiciones. Pero siempre existe la esperanza de un mañana, y, aunque Josef, Isabel y Mahmoud están separados por los continentes y las décadas, sus historias acabarán por entrelazarse de manera sorprendente.

Una novela llena de acción que afronta una temática tan actual como intemporal: el valor, la supervivencia y la búsqueda de un hogar.

Alan Gratz

Refugiado



Título original: *Refugee*
Alan Gratz, 2017
Traducción: Julio Hermoso, 2018

Revisión: 1.0
Fecha

Para John Gratz.

Josef

Berlín, Alemania

1938

¡CRAC! ¡BAM!

Josef Landau se incorporó de golpe en la cama con el corazón acelerado. Aquel ruido... era como si alguien hubiese tirado la puerta abajo de una patada para entrar en la casa. ¿O es que lo había soñado?

Josef escuchó atento y forzó el oído en la oscuridad. No estaba acostumbrado a los sonidos de aquel piso nuevo, más pequeño, al que su familia y él se habían visto obligados a mudarse. Ya no se podían permitir la casa antigua, no desde que los nazis le dijeron al padre de Josef que ya no podía ejercer de abogado por ser judío.

La hermana pequeña de Josef, Ruth, seguía dormida al otro lado de la habitación. Josef intentó relajarse. Quizá solo había tenido una pesadilla.

Fuera de su cuarto, algo se movió con un gruñido y unos pasos acelerados.
¡Había alguien en la casa!

Con ayuda de las manos y los pies, Josef retrocedió sobre la cama con los ojos muy abiertos. En la habitación de al lado se oyó un ruido de cristales rotos... ¡Criss!

Ruth se despertó y dio un grito. Chilló por puro terror, un terror ciego. Solo tenía seis años.

—¡Mamá! —gritó Josef—. ¡Papá!

Unas sombras imponentes irrumpieron en la habitación. Fue como si el aire crujiese a su alrededor con el ruido estático de una radio. Josef intentó esconderse en un rincón de la cama, pero unas manos oscuras se lanzaron a por él. Trataban de agarrarlo. Gritó aún más fuerte que su hermana pequeña, y

su voz se impuso a la de Ruth. Pataleaba y se agitaba presa del pánico, pero una de las sombras lo agarró del tobillo y lo arrastró boca abajo por la cama. Josef trató de agarrarse a las sábanas, pero aquellas manos eran demasiado fuertes. Josef estaba tan asustado que se orinó encima y notó que el calor se extendía por su pijama.

—¡No! —gritó Josef—. ¡No!

Las sombras lo tiraron al suelo. Otra sombra agarró a Ruth del pelo y le dio una bofetada.

—¡Cállate! —chilló la sombra y lanzó a Ruth al suelo junto a Josef.

La impresión le cerró la boca a Ruthie, pero solo por un instante. Acto seguido lloró con más fuerza, más alto.

—*Calla, Ruthie, calla* —le suplicó Josef. La cogió en sus brazos y le dio un abrazo protector—. Ahora calla.

Se acurrucaron juntos en el suelo mientras las sombras agarraban la cama de Ruth y la lanzaban contra la pared. ¡Pum! La cama se rompió en pedazos. Las sombras arrancaron cuadros, sacaron los cajones de las cómodas y tiraron las prendas de ropa por todas partes. Machacaron lámparas y bombillas. Josef y Ruth se aferraron el uno al otro, aterrorizados y con el rostro humedecido por las lágrimas.

Las sombras volvieron a agarrarlos y los llevaron a rastras al salón. Lanzaron a Josef y a Ruth al suelo una vez más y encendieron la luz del techo. Cuando a Josef se le acostumbraron los ojos, vio a los siete desconocidos que habían invadido su casa. Algunos de ellos vestían de calle: camisa blanca remangada, pantalones grises de vestir, gorra marrón de lana y botas pesadas de cuero. La mayoría llevaba la camisa parda con la banda roja con la esvástica de los *Sturmabteilung*, las tropas de asalto de Adolf Hitler.

Los padres de Josef también estaban allí, tirados en el suelo a los pies de los camisas pardas.

—¡Josef! ¡Ruth! —gritó mamá cuando los vio.

Se abalanzó a por sus hijos, pero uno de los nazis la agarró del camión y tiró de ella hacia atrás.

—Aaron Landau —le dijo uno de los camisas pardas al padre de Josef—. Ha continuado ejerciendo la abogacía a pesar de que los judíos tienen prohibido hacerlo bajo la Ley para la Restauración del Servicio Civil de

1933. Por este delito cometido contra el pueblo de Alemania será internado bajo custodia de protección.

Josef miró a su padre con cara de pánico.

—Todo esto es un malentendido —dijo papá—. Si me dieran ustedes la oportunidad de explicarles...

El camisa parda desoyó a papá e hizo un gesto con la barbilla a los otros hombres. Dos de los nazis levantaron de golpe al padre de Josef, lo pusieron de pie y lo llevaron a rastras hacia la puerta.

—¡No! —gritó Josef.

Tenía que hacer algo. Se puso en pie de un brinco, agarró del brazo a uno de los hombres que se llevaban a su padre e intentó liberarlo. Otros dos hombres separaron a Josef de un tirón y lo sujetaron mientras forcejeaba contra ellos.

El camisa parda que estaba al mando se echó a reír.

—¡Mirad esto! —dijo y señaló hacia la mancha húmeda en el pijama de Josef—. ¡El crío se ha meado encima!

Los nazis se rieron, y Josef sintió que le ardía la cara por la vergüenza. Se revolvió en manos de aquellos hombres, tratando de liberarse.

—Pronto seré un hombre —les dijo Josef—. Lo seré dentro de seis meses y once días.

Los nazis se volvieron a reír.

—¡Seis meses y once días! —dijo el camisa parda—. Ni que lo estuviera contando. —El hombre se puso serio de repente—. Quizá estés ya tan cerca que deberíamos llevarte a ti también a un campo de concentración, igual que a tu padre.

—¡No! —gritó mamá—. No, mi hijo solo tiene doce años. No es más que un crío. Por favor..., no.

Ruth se abrazó a la pierna de Josef y se puso a llorar.

—¡No se lo lleve! ¡No se lo lleve!

El camisa parda frunció el ceño ante el ruido e hizo un gesto a los hombres que sujetaban a Aaron Landau para que se lo llevaran. Josef se quedó mirando cómo sacaban a rastras a papá con el sonido de los sollozos de mamá y el llanto de Ruth.

—Chaval, no tengas tanta prisa por hacerte mayor —le dijo el camisa

parda a Josef—. No tardaremos en venir a por ti.

Los nazis destrozaron el resto de la casa de Josef, rompieron los muebles, estamparon los platos y rasgaron las cortinas. Se marcharon de manera tan repentina como habían llegado, y Josef, su hermana y su madre se apiñaron de rodillas en el centro de la habitación. Finalmente, cuando hubieron derramado todas las lágrimas que eran capaces de llorar, Rachel Landau se llevó a sus hijos a su dormitorio, recompuso la cama y se abrazó con fuerza a Josef y a Ruth hasta que llegó la mañana.

En los días siguientes, Josef se enteró de que su familia no había sido la única a la que habían atacado los nazis aquella noche. Otros hogares judíos, comercios y sinagogas quedaron destruidos por toda Alemania, y decenas de miles de hombres judíos fueron arrestados y enviados a campos de concentración. Lo llamaron la *Kristallnacht*, la Noche de los Cristales Rotos.

Los nazis no lo habían dicho con palabras, pero el mensaje estaba claro: a Josef y a su familia no los querían ya en Alemania. De todas formas, Josef, su madre y su hermana no se iban a ir a ninguna parte. Todavía no. No sin el padre de Josef.

Mamá se pasó semanas yendo de una oficina del gobierno a otra tratando de averiguar dónde estaba su marido y cómo podía lograr que regresara. Nadie quería decirle nada, y Josef comenzó a desesperarse pensando que no volvería a ver a su padre.

Entonces, seis meses después de que se lo llevaran, la familia recibió un telegrama. ¡Un telegrama de papá! Lo habían liberado de un campo de concentración llamado Dachau, pero solo con la condición de que abandonase el país en un plazo de catorce días.

Josef no se quería marchar. Alemania era su hogar. ¿Adónde irían? ¿Cómo vivirían? No obstante, los nazis ya les habían dicho dos veces que se marcharan, y la familia Landau no se iba a quedar esperando a ver qué hacían los nazis a continuación.

Isabel
A las afueras de La Habana, Cuba
1994

Solo hicieron falta dos intentos para conseguir que la esquelética gatita multicolor saliese de debajo de la casa de bloques de hormigón ligero de color rosa y se pusiera a comer de la mano de Isabel Fernández. La gata estaba famélica, igual que todo el mundo en Cuba, y el hambre que tenía no tardó en vencer al miedo.

La gata era tan pequeña que apenas podía dar mordisquitos a las judías. La pequeña barriga ronroneaba como un motor fuera borda, y, entre mordisco y mordisco, el animal empujaba con la cabeza contra la mano de Isabel.

—No eres muy bonita que digamos, ¿verdad, gatita? —dijo Isabel.

Tenía el pelaje irregular y apagado, sin brillo, e Isabel podía notar los huesos del animal a través de la piel. La gatita no era muy distinta a ella, se percató Isabel: estaba flaca, hambrienta, y le hacía buena falta un baño. Isabel tenía once años, y era todo brazos y piernas larguiruchas. Tenía la piel morena y salpicada de pecas, y llevaba el pelo negro y corto para el verano, recogido detrás de las orejas. Iba descalza como siempre, y lucía la misma camiseta de tirantes y los mismos pantalones cortos que se había puesto toda la semana.

La gatita devoró la última de las judías y soltó un maullido lastimero. Isabel pensó que ojalá tuviese algo más que darle, pero aquella comida ya era más de lo que ella se podía permitir. Su propia ración no había sido mucho mayor que la de la gata: apenas unas cuantas judías y una montañita de arroz blanco. Ya había cupones de racionamiento para conseguir comida cuando Isabel era pequeña, pero la Unión Soviética había caído unos años atrás, en 1991, y Cuba había tocado fondo. Cuba era un país comunista, igual que lo

había sido Rusia, y, durante décadas, los soviéticos estuvieron comprando el azúcar cubano y enviando a cambio comida, gasolina y medicinas a la pequeña isla.

Pero, cuando desapareció la Unión Soviética, lo mismo sucedió con todas sus ayudas. Todas las plantaciones de Cuba cultivaban únicamente azúcar, y, al no tener a nadie a quien vendérselo, los campos de caña se secaron, las refinerías de azúcar cerraron, y la gente perdió su trabajo. Sin el combustible de Rusia, no podían poner en marcha los tractores para cambiar los cultivos y plantar alimentos, y, sin alimentos, la población cubana empezó a pasar hambre. Ya habían sacrificado a todas las vacas, los cerdos y las ovejas, y se los habían comido. La gente irrumpió, incluso, en el zoo de La Habana y se comió los animales, y los felinos como aquella pequeña gatita habían acabado en la mesa de la cena.

Sin embargo, nadie se iba a comer a *esta* gata.

—Tú serás nuestro pequeño secreto —susurró Isabel.

—Eh, Isabel —dijo Iván, que le hizo dar un salto.

La gata salió disparada y se metió debajo de la casa.

Iván era un año mayor que Isabel y vivía en la puerta de al lado. Isabel y él eran amigos desde cuando a ella le alcanzaba la memoria. Iván tenía la piel más clara que Isabel, con el pelo oscuro y rizado. Vestía una camiseta con el logotipo de Industriales, el equipo de béisbol de La Habana, y una gorra de béisbol de los Yankees de Nueva York con las elegantes letras «NY». De mayor quería ser jugador profesional de béisbol, y era lo suficientemente bueno como para que aquello no fuese un sueño disparatado.

Iván se dejó caer en el suelo polvoriento junto a Isabel.

—¡Mira! He encontrado un trozo de un pez muerto en la playa, para la gata.

Isabel retrocedió ante el olor, pero la gatita regresó corriendo y se puso a comer con ansias de la mano de Iván.

—Hay que ponerle un nombre a esta gata —dijo Iván, que le ponía nombre a todo: a los perros callejeros que se paseaban por el pueblo, a su bicicleta, incluso a su guante de béisbol—. ¿Qué tal Jorge? ¿O Javier? ¿O Lázaro?

—¡Todos son nombres de chico! —exclamó Isabel.

—Sí, pero todos juegan en los Leones, y ella es una leoncita. —Los

Leones era el apodo del equipo de Industriales.

—¡Iván! —le llamó su padre desde la puerta de al lado—. Necesito que me ayudes en el cobertizo.

Iván se puso en pie.

—Me tengo que ir. Estamos haciendo... una caseta para el perro —dijo antes de marcharse corriendo.

Isabel hizo un gesto negativo con la cabeza. Iván creía que disimulaba bien, pero Isabel sabía exactamente lo que su padre y él estaban construyendo en el cobertizo, y no era una caseta para el perro. Era una barca. Una barca para ir navegando a Estados Unidos.

A Isabel le preocupaba que pillasen a la familia Castillo. Fidel Castro, el hombre que gobernaba en Cuba como presidente y primer ministro, no permitía que nadie abandonara la isla, y menos aún para ir a Estados Unidos. Si te pillaban tratando de marcharte de Cuba en una barca, Castro te metía en la cárcel. Y Estados Unidos tampoco querían más refugiados cubanos. Los barcos guardacostas norteamericanos patrullaban las noventa millas de mar abierto que había entre La Habana y Florida y, si te pillaban, el presidente norteamericano Bill Clinton te enviaba a la base naval de la bahía de Guantánamo, en el extremo sur de la isla de Cuba. Después te entregaban a Castro, que te metía en la cárcel.

Isabel sabía todo aquello porque a su propio padre lo habían capturado y lo habían metido en la cárcel la última vez que trató de llegar navegando a Estados Unidos.

Isabel vio que su padre y su abuelo bajaban por la calle camino de la ciudad para hacer cola para recibir comida. Volvió a meter a la gatita debajo de la casa y entró a buscar su trompeta. A Isabel le encantaba acompañarlos cada vez que iban a La Habana, se colocaba en una esquina y tocaba la trompeta por unos pesos. Nunca ganaba mucho, pero no porque no fuese buena. Como su madre solía decir, Isabel era capaz de ponerse a tocar y conseguir que en el cielo se abriesen los nubarrones de tormenta. La gente se detenía a escucharla, aplaudían y seguían el ritmo con el pie cuando ella tocaba, pero casi nunca le daban dinero, porque, después del hundimiento de la Unión Soviética, los cupones de racionamiento eran prácticamente la única moneda que tenía todo el mundo. Y los cupones de racionamiento no servían para casi

nada: no había la suficiente comida, tuvieses cupones o no.

Isabel alcanzó a su padre y a su abuelo, y más tarde se separó de ellos al llegar al Malecón, el ancho paseo que seguía el trazado curvo del espigón del puerto de La Habana. A un lado del camino se alzaba un bloque tras otro de tiendas y casas verdes, amarillas, rosas y celestes. Tenían la pintura desconchada, y los edificios estaban viejos y maltratados por las inclemencias del tiempo, pero a ella le seguían pareciendo grandiosos. Isabel se detuvo en el ancho paseo marítimo, en un lugar donde parecía tener a la vista La Habana entera. Madres que empujaban carritos de bebé por la acera. Parejas que se besaban bajo las palmeras. Músicos callejeros que tocaban rumbas con guitarras y tambores. Chicos que se turnaban para zambullirse en el mar. Era el lugar preferido de Isabel en toda la ciudad.

Lanzó una vieja gorra de béisbol al suelo por si se daba la poco probable casualidad de que a alguien le sobrara algún peso, y se llevó la trompeta a los labios. Mientras soplabla, sus dedos pulsaban las notas que se sabía de memoria. Era una melodía de salsa que le gustaba tocar, pero esta vez Isabel escuchó más allá de la música, más allá del ruido de los coches y camiones del Malecón, más allá de las charlas de la gente al pasar, más allá del sonido de las olas al romper contra el espigón a su espalda.

Isabel trataba de escuchar la clave que subyacía bajo la música, aquel son misterioso y oculto que había en la música cubana y que parecía oír todo el mundo salvo ella. Un ritmo irregular que se superponía al compás regular, como un latido bajo la piel. Por mucho que lo hubiese intentado, Isabel nunca lo había oído, nunca lo había sentido. Y ahora escuchaba con detenimiento, tratando de percibir el latido del corazón de Cuba en su propia música.

En cambio, lo que oyó fue el sonido de unos cristales rotos.

Mahmoud

Alepo, Siria

2015

Mahmoud Bishara era invisible, y eso era exactamente lo que él quería. Ser invisible era su manera de sobrevivir.

No era literalmente invisible. Si te fijabas bien en Mahmoud y captabas un fugaz vistazo bajo la capucha que se dejaba puesta sobre la cara, veías a un chico de doce años con una nariz larga y contundente, unas cejas negras y espesas y el pelo negro y muy corto. Era bajo y fornido, de anchos hombros y musculoso a pesar de la escasez de alimentos. No obstante, Mahmoud hacía todo lo posible con tal de ocultar su tamaño y su rostro, con tal de pasar desapercibido. En cualquier momento te podía sobrevenir la muerte, al azar, por el misil de un caza o el lanzacohetes de un soldado, cuando menos te lo esperabas. Pasearte por ahí y hacerte notar ante el ejército sirio o los rebeldes que combatían contra ellos no era más que buscarse problemas.

Mahmoud se sentó en el centro de una fila de pupitres en la mitad posterior de su clase, donde el profesor no le preguntaría. Cada pupitre tenía la anchura suficiente para tres alumnos, y Mahmoud se sentó entre otros dos chicos llamados Ahmed y Nedhal.

Ahmed y Nedhal no eran sus amigos. Mahmoud no tenía amigos.

Así era más sencillo ser invisible.

Uno de los profesores recorrió el pasillo haciendo sonar una campanilla de mano, y Mahmoud recogió su mochila y se marchó a buscar a su hermano pequeño, Waleed.

Waleed tenía diez años e iba dos cursos por debajo de su hermano. También llevaba el pelo negro muy corto, pero él se parecía más a su madre,

más estrecho de hombros, las cejas más finas, la nariz más chata y las orejas más grandes. Tenía unos dientes que parecían desproporcionados para aquella cara, y al sonreír parecía una ardilla de los dibujos animados. Tampoco es que Waleed sonriese mucho ya. Mahmoud no recordaba la última vez que había visto reír a su hermano, o llorar, o mostrar cualquier tipo de emoción.

La guerra había convertido a Mahmoud en un chico nervioso, que se sobresaltaba con facilidad. Obsesionado. A su hermano pequeño lo había convertido en un robot.

Aunque su apartamento no estaba muy lejos, Mahmoud llevaba a Waleed por una ruta distinta cada día. A veces se metían por callejuelas; podía haber soldados en las calles, y nunca sabías de qué bando estaban en aquella guerra. Los edificios bombardeados también eran un buen lugar. Mahmoud y Waleed podían desaparecer entre los montones de hierros retorcidos y de hormigón destrozado, y no había paredes que se les fuesen a caer encima si pasaba sobre ellos el silbido de un proyectil de artillería. Sin embargo, si algún avión dejaba caer una bomba de barril, entonces sí necesitabas las paredes. Las bombas de barril estaban llenas de clavos y de trozos de metal y, si no tenías una pared detrás de la cual esconderte, te despedazaban.

Las cosas no habían sido siempre así. Apenas cuatro años atrás, su localidad natal de Aleppo era la mayor, la más resplandeciente y la más moderna de las ciudades de Siria, la joya de la corona de Oriente Medio. Mahmoud recordaba los centros comerciales con luces de neón, los deslumbrantes rascacielos, los estadios de fútbol, los cines, los museos. Aleppo era también una ciudad con historia, y era una historia muy larga. El casco antiguo, en el corazón de Aleppo, se construyó en el siglo XII, y ya vivía gente en aquella zona hacia el año 6000 a. C. Aleppo era una asombrosa ciudad en la que crecer.

Hasta 2011, cuando llegó a Siria la Primavera Árabe.

Al principio no la llamaban así. Nadie sabía que una oleada de revoluciones barrería Oriente Medio derribando gobiernos, derrocando a dictadores e iniciando guerras civiles. Todo cuanto sabían por las imágenes de televisión y los comentarios en Facebook y en Twitter era que la gente estaba causando disturbios en Túnez, en Libia y en Yemen, y que cuando un país se levantaba y decía «¡Ya basta!», lo mismo hacía el siguiente, y el siguiente,

hasta que la Primavera Árabe acabó llegando a Siria.

Los sirios, sin embargo, sabían que era peligroso manifestarse en las calles. Siria estaba gobernada por Bashar al-Asad, que ya había sido «elegido» presidente dos veces en unas elecciones en las que no se permitió que nadie se presentara contra él. Al-Asad hacía que desapareciesen aquellas personas a las que él no les gustaba. Desaparecían para siempre. Todo el mundo tenía miedo de lo que haría en caso de que la Primavera Árabe barriese Siria. Había un antiguo proverbio árabe que decía: «Cierra la puerta por donde entra la corriente y descansa», y eso fue justo lo que hicieron; mientras había revueltas por todo el resto de Oriente Medio, los sirios se quedaron en casa, cerraron la puerta y esperaron a ver qué pasaba.

Pero no cerraron bien la puerta. Un hombre fue encarcelado en Damasco, la capital de Siria, por manifestarse en contra de Al-Asad. Unos críos de Daraa, una ciudad del sur de Siria, fueron arrestados y maltratados por la policía por hacer unas pintadas en contra de Al-Asad en las paredes. Y después fue como si todo el país se volviese loco de repente. Decenas de miles de personas se echaron a la calle exigiendo la liberación de los presos políticos y más libertad para todo el mundo. Un mes más tarde, Al-Asad dirigía sus tanques, sus tropas y sus bombarderos contra los manifestantes — su propio pueblo— y, desde entonces, todo lo que Mahmoud, Waleed y el resto de Siria habían conocido era la guerra.

Mahmoud y Waleed doblaron la esquina de un callejón sembrado de escombros distinto del que habían recorrido el día anterior y se detuvieron en seco. Justo delante de ellos, dos chicos tenían a otro muchacho sujeto contra lo que quedaba de una pared y estaban a punto de quitarle la bolsa de pan que llevaba.

A Mahmoud se le aceleró el pulso y empujó a Waleed detrás de un coche calcinado. Los incidentes como aquel eran comunes últimamente en Alepo. Cada vez era más y más difícil conseguir comida en la ciudad, pero, a Mahmoud, la escena le trajo el recuerdo de otros tiempos, justo después de que empezara la guerra.

Mahmoud se dirigía entonces al encuentro de su mejor amigo, Khalid. Bajando por una calle exactamente igual que aquella, se encontró con que dos chicos más mayores estaban pegando a Khalid. Igual que Mahmoud, Khalid

era un musulmán chií en un país de musulmanes suníes. Khalid era inteligente. Muy listo. Siempre veloz al levantar la mano en clase y siempre con la respuesta correcta. Mahmoud y él se conocían desde hacía años, y a los dos les gustaba pasar las tardes y los fines de semana leyendo cómics, viendo películas de superhéroes y jugando a los videojuegos.

En aquel preciso instante, sin embargo, Khalid estaba acurrucado en el suelo y cubriéndose la cabeza con las manos mientras los chicos más mayores le daban patadas.

—Ahora no eres tan listo, ¿verdad, cerdo? —le dijo uno de ellos.

—¡Los chiíes deberían saber cuál es su sitio! ¡Esto es Siria, no Irán!

Los suníes odiaban a los chiíes, pero aún odiaban más que los chiíes los dejaran en evidencia.

Con un grito de guerra que habría hecho que Lobezero se sintiese orgulloso, Mahmoud se lanzó contra aquellos chicos.

Y le dieron una paliza tan tremenda como la que se llevó Khalid.

A partir de aquel día, Mahmoud y Khalid quedaron señalados. Los dos chicos mayores se convirtieron en los abusones particulares de los dos amigos y se dedicaron a propinarles repetidas palizas entre clase y clase y al salir del colegio.

Fue entonces cuando Mahmoud y Khalid aprendieron lo valioso que era ser invisible. Mahmoud se quedaba en el aula todo el día, y nunca salía para ir al aseo ni al campo de deportes. Khalid nunca volvió a responder una pregunta en clase, ni siquiera cuando el profesor le preguntaba a él de forma directa. Si los abusones no se fijaban en ti, entonces no te pegaban. Ese fue el momento en que Mahmoud se percató de que, juntos, Khalid y él formaban una diana más grande; por separado resultaba más sencillo ser invisibles. No fue algo que llegaran a decirse el uno al otro, sino algo que llegaron a comprender sin más, y en el transcurso de un año ya se habían distanciado y ni siquiera hablaban el uno con el otro cuando se cruzaban por el pasillo.

De todas formas, un año después de aquello, Khalid murió durante un ataque aéreo.

Era mejor no tener amigos en Siria en 2015.

Mahmoud observaba ahora a estos dos chicos que atacaban al muchacho del pan, un muchacho al que ni siquiera conocía. Sentía el despertar de la

indignación, la ira y la empatía en su interior. Respiraba más hondo, más acelerado, y se le cerraban los puños con fuerza.

—Debería hacer algo —susurró, pero sabía que era mejor no hacerlo.

La cabeza baja, la capucha puesta y la mirada en el suelo. El truco era ser invisible. No llamar la atención. Desaparecer.

Mahmoud cogió a su hermano pequeño de la mano, se dio la vuelta y buscó otro camino para llegar a casa.

Josef
Berlín, Alemania
1938

1 día lejos de casa

Era como si fuesen invisibles.

Josef y su hermana seguían a su madre entre la multitud que había en la Lehrter Bahnhof, la principal estación de ferrocarril de Berlín. Josef y Ruth llevaban una maleta cada uno, y su madre cargaba con dos más: una para ella y otra para el padre de Josef. Ningún mozo se apresuró a ayudarlos con su equipaje. Ningún empleado ferroviario se detuvo a preguntarles si necesitaban ayuda para encontrar su tren. Los brazaletes de un vivo color amarillo con la estrella de David que lucían los Landau eran como un talismán mágico que los hacía desaparecer. Sin embargo, nadie se tropezaba con ellos, se percató Josef. Todos los mozos de estación y los demás pasajeros los evitaban dando un rodeo y fluían en torno a ellos igual que el agua alrededor de una piedra.

La gente prefería no verlos.

En el tren, Josef y su familia se sentaron en un compartimento marcado con una J, de «judíos», para que ningún alemán «de verdad» se sentara allí de forma accidental. Se dirigían hacia Hamburgo, en la costa norte, donde su padre se encontraría con ellos para subir en el mismo barco. El día que habían recibido el telegrama de papá, la madre de Josef había reservado pasajes para los cuatro rumbo al único lugar que estaba dispuesto a aceptarlos: una isla a medio mundo de distancia llamada Cuba.

Los judíos habían estado huyendo de Alemania desde que los nazis se

hicieran con el poder seis años atrás. A estas alturas, en mayo de 1939, la mayoría de los países habían dejado de admitir refugiados judíos o tenían montones de impresos oficiales de solicitud que había que rellenar, presentar y pagar antes de que te permitiesen entrar. Josef y su familia tenían la esperanza de llegar a Estados Unidos algún día, pero uno no podía llegar sin más en un barco al puerto de Nueva York. Estados Unidos solo permitía la entrada de un cierto número de judíos al año, de manera que la familia de Josef pensaba vivir en Cuba mientras esperaban.

—Tengo calor —dijo Ruthie quitándose el abrigo.

—No, no —le dijo su madre—. Debes dejarte puesto el abrigo, y no vayas a ninguna parte sin él, ¿lo entiendes? No hasta que lleguemos a Cuba.

—Yo no quiero ir a Cuba —se quejó Ruth cuando el tren se ponía en movimiento.

Mamá tiró de Ruth y la puso en su regazo.

—Lo sé, mi vida, pero tenemos que ir para poder estar todos a salvo. Será una aventura.

Ruthie habría empezado en el jardín de infancia aquel año si a los judíos les permitiesen aún ir al colegio. Tenía los ojos brillantes, el pelo castaño y alborotado en una melena corta peinada con la raya a un lado, y una pequeña separación entre las paletas le daba el aspecto de una ardilla. Llevaba puesto un vestido de lana de color azul oscuro con el cuello blanco de marinero, y cargaba con su muñeco de pana blanca, el conejo Bitsy, allá por donde iba.

Ruthie había nacido en el año en que Adolf Hitler fue elegido canciller de Alemania. La niña no había conocido más vida que aquella. Josef, sin embargo, recordaba cómo eran antes las cosas, por aquel entonces, cuando la gente sí los veía. Por aquel entonces, cuando eran alemanes.

Se habían levantado temprano, había sido un día estresante; Ruthie no tardó en quedarse dormida en el regazo de mamá, que también se durmió con ella. Josef las veía dormir y se preguntaba si alguien sería realmente capaz de darse cuenta de que eran judíos si no estuvieran metidos en un compartimento de judíos y llevasen un brazalete con la estrella de David.

Josef recordó una ocasión en clase, en la época en la que le permitían ir al colegio, en que su profesor *Herr Meier* le hizo salir a la pizarra. Al principio, Josef pensó que Meier iba a pedirle que hiciese un problema de Matemáticas

en la pizarra. En cambio, *Herr Meier* desplegó una pantalla con rostros y perfiles de hombres y mujeres judíos, y a continuación utilizó a Josef como modelo para distinguir a un judío de un verdadero alemán. Hizo que Josef se volviese hacia un lado y hacia el otro, señalando la curvatura de su nariz y la inclinación de su barbilla. Ahora, Josef volvía a sentir el acaloramiento de aquella vergüenza, la humillación de que hablasen de él como si fuera un animal. Algo infrahumano.

Sin aquellos puñeteros brazaletes, sin la palabra *Jude* («judío», en alemán) sellada en su pasaporte, ¿sabría alguien que Josef era judío?

Decidió averiguarlo.

Salió del compartimento sin hacer ruido, recorrió el pasillo y dejó atrás a las demás familias judías en sus compartimentos. Más allá de la siguiente puerta se encontraba la parte «alemana» del tren.

Con los latidos del corazón en la garganta y el cosquilleo de la piel de gallina, Josef se quitó de la manga el brazalete de papel con la estrella de David, se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta y cruzó la puerta.

Recorrió el pasillo de puntillas. El vagón «alemán» no parecía en absoluto distinto del vagón judío. Las familias alemanas charlaban, reían y discutían en sus compartimentos, exactamente igual que las judías. Comían, dormían y leían libros como los judíos.

Josef vio su reflejo en una de las ventanillas. El pelo liso y castaño peinado hacia atrás, los ojos marrones tras las gafas de montura metálica que descansaban sobre una nariz corta, las orejas despegadas, quizá, un poquito más de lo normal. Era de una estatura media para su edad, y vestía una chaqueta gris cruzada de raya diplomática, pantalones marrones, una camisa blanca y corbata azul. Nada en él coincidía con las imágenes de la charla de *Herr Meier* sobre cómo identificar a un judío. Josef era incapaz de recordar a una sola persona judía que conociese y que se pareciera realmente a aquellos rostros.

El siguiente vagón era el del restaurante. La gente estaba sentada en unas mesitas, fumando, comiendo y bebiendo mientras charlaban, leían el periódico o jugaban a las cartas. El hombre del puesto de venta tenía periódicos, y Josef cogió uno y dejó una moneda en el mostrador.

El vendedor le sonrió.

—¿Comprando el periódico para tu padre? —le preguntó a Josef.

«No —pensó Josef—. Mi padre acaba de salir de un campo de concentración».

—No. Es para mí —dijo Josef, en cambio—. Quiero llegar a ser periodista algún día.

—¡Bien! —dijo el vendedor de periódicos—. Necesitamos más escritores. —Abarcó todos los periódicos y revistas con un gesto de la mano—. ¡Así tendré más para vender!

El hombre soltó una carcajada, y Josef sonrió. Allí estaban los dos, charlando como dos personas normales, pero a Josef no se le había olvidado que él era judío. No se había olvidado de que, si hubiera lucido su brazalete, aquel hombre no estaría charlando y riéndose con él. Estaría llamando a la policía.

Josef estaba a punto de marcharse cuando pensó en comprarle a Ruthie un caramelo. Habían andado cortos de dinero desde que su padre perdió su trabajo, y su hermana disfrutaría con aquel pequeño capricho. Josef cogió un caramelo de un tarro y se metió la mano en el bolsillo en busca de otro *pfennig*. Encontró uno, pero, al sacarlo, el brazalete salió con él. Cayó planeando hasta el suelo con la estrella de David boca arriba para que todo el mundo la viese.

A Josef se le quedó el corazón en un puño, y se lanzó al suelo a recoger el brazalete.

Pum. Una bota negra cubrió el brazalete antes de que Josef pudiera cogerlo. Lentamente, tembloroso, Josef fue elevando la mirada desde las botas negras a los calcetines blancos, los pantalones cortos de color pardo, la camisa parda y el brazalete nazi de color rojo de un miembro de las Juventudes Hitlerianas. Un chico más o menos de la edad de Josef que había jurado vivir y morir por la patria. Se quedó pisando el brazalete de Josef con los ojos muy abiertos en un gesto de sorpresa.

A Josef se le quedó la cara lívida.

El chico bajó la mano, agarró el brazalete y se llevó a Josef sujeto por el brazo.

—Vamos —dijo el muchacho, que hizo desfilas a Josef de regreso por el vagón restaurante.

Josef apenas podía caminar. Sentía las piernas como si fueran de plomo, y se le emborronó la vista. Después de que *Herr* Maier lo llamase a la pizarra aquel día para mostrar a toda la clase que los judíos eran inferiores a los alemanes de verdad, Josef había regresado a su asiento junto a Klaus, su mejor amigo en clase. Klaus también llevaba el uniforme que lucía ahora este chico; se había unido a las Juventudes Hitlerianas, pero no porque lo desease, sino porque hacían pasar vergüenza y maltrataban a los chicos alemanes si no lo hacían, y también a sus familias.

Klaus había puesto cara de dolor para mostrarle a Josef lo mucho que sentía que *Herr* Meier le hubiera hecho aquello.

Esa tarde, un grupo de las Juventudes Hitlerianas se quedó esperando a Josef fuera del colegio. Se le echaron encima, le pegaron y le dieron patadas por ser judío, y le dijeron todo tipo de insultos.

Y lo peor fue que Klaus se había unido a ellos.

Lucir aquel uniforme convertía en monstruos a los chicos. Josef había visto cómo sucedía. Desde entonces había hecho todo cuanto estaba en su mano con tal de evitar a las Juventudes Hitlerianas, pero ahora mismo acababa de entregarse en bandeja a uno de ellos, ¡y todo por haberse quitado el brazalete para pasearse por un tren y comprar un periódico! Los obligarían a bajar del tren, a su madre, a su hermana y a él, y quizá incluso los enviaran a un campo de concentración.

Josef había sido un necio, y ahora lo iban a pagar su familia y él.

Isabel
La Habana, Cuba
1994

Isabel abrió los ojos y se apartó la trompeta de los labios. Estaba segura de que acababa de oír el sonido de unos cristales rotos, pero allí continuaba fluyendo el río de coches y bicicletas bajo el brillante sol del Malecón como si nada hubiera pasado. Isabel hizo un gesto negativo con la cabeza, convencida de que su oído se lo estaba imaginando, y volvió a llevarse la trompeta a los labios.

Entonces, de repente se oyó el grito de una mujer, el disparo de una pistola —¡pam!—, y el mundo se enloqueció.

Mucha gente a pie surgió corriendo de los callejones adyacentes. Cientos de personas. Eran hombres, principalmente, muchos de ellos en pantalones cortos y zapatillas de deporte, sin camiseta bajo los treinta y ocho grados de temperatura del mes de agosto, las espaldas morenas resplandecientes al sol. Gritaban y entonaban cánticos. Lanzaban piedras y botellas. Se echaban a la calle igual que se derraman los granos de café de un saco de arpillera, y los pocos policías del Malecón enseguida se vieron desbordados. Isabel vio cómo se hacía añicos el escaparate de un supermercado y la gente se metía dentro a robar zapatos, papel higiénico y jabón de baño. Sonó una alarma en la calle. Salía humo de detrás de un edificio de apartamentos.

Había disturbios en La Habana, y el padre y el abuelo de Isabel se encontraban en algún lugar, en medio de todo ello.

Algunas personas huían del caos, pero era más la gente que corría hacia él, e Isabel echó a correr con ellos. Los coches hacían sonar el claxon. Las bicicletas se daban media vuelta y regresaban pedaleando. El gentío era tan

denso como una plantación de caña de azúcar. Isabel se movía en zigzag entre la gente con la trompeta metida debajo del brazo, buscando a su Papi y a Lito.

—¡Libertad! ¡Libertad! —gritaban los alborotadores.

—¡Fuera Castro!

—¡Ya está bien!

Isabel no podía creer lo que estaba oyendo. A aquel al que le pillaban criticando a Fidel Castro lo metían en la cárcel, y nunca se volvía a saber de él. Sin embargo, las calles estaban ahora llenas de gente que gritaba: «¡Abajo Fidel! ¡Abajo Fidel!».

—¡Papi! —gritó Isabel—. ¡Lito!

Su abuelo se llamaba Mariano, pero Isabel le llamaba Lito, diminutivo de «abuelito».

Detonaron unos rifles, e Isabel se agachó. Más policías llegaban en moto y en camiones militares, y las protestas se estaban volviendo cruentas. Los alborotadores y la policía cruzaban piedras y balas, y un hombre recibió un disparo delante de Isabel, que se tambaleó horrorizada. Una mano la sujetó y le hizo dar un respingo, y ella se dio la vuelta. ¡Lito! Se lanzó a los brazos de su abuelo.

—¡Gracias a Dios que estás bien! —le dijo él.

—¿Dónde está Papi? —le preguntó ella.

—No lo sé. No estábamos juntos cuando ha empezado todo —le dijo su abuelo.

Isabel le puso de golpe la trompeta en los brazos.

—¡Tengo que encontrarlo!

—¡Chabela! —gritó su abuelo, que utilizó su apodo de la infancia, como siempre hacía—. ¡No! ¡Espera!

Isabel no le hizo caso. Tenía que encontrar a su padre. Si lo volvía a detener la policía, lo enviarían de nuevo a la cárcel, y esta vez quizá no le dejaran salir.

Isabel fue esquivando a la multitud tratando de mantenerse alejada del lugar donde la policía había formado una línea.

—¡Papi! —gritaba—. ¡Papi!

Pero Isabel era demasiado baja, y había demasiada gente.

Muy por encima de ella, vio que había gente subiéndose a un gran letrero

luminoso que colgaba de la fachada de un hotel turístico, y eso le dio una idea. Se abrió paso hasta uno de los coches que estaban atascados en los disturbios, un viejo Chevy americano con las aletas traseras cromadas que aún andaba, desde antes de la revolución, en los años cincuenta. Se encaramó al parachoques y se subió al capó. El hombre que estaba al volante tocó el claxon y se quitó el puro de la boca para ponerse a vociferar.

—¡Chabela! —le gritó su abuelo cuando la vio—. ¡Chabela, bájate de ahí!

Isabel no hizo caso a ninguno de los dos y se volvió a un lado y a otro llamando a voces a su padre. ¡Allí! Vio a su Papi en el preciso instante en que él cogía fuerza para lanzar una botella que impactó en la línea policial a lo largo del espigón. Aquello fue la gota que colmó el vaso para la policía. A la orden de su mando, cargaron contra la multitud y fueron arrestando a manifestantes y los golpeaban con sus porras de madera.

En toda aquella confusión, un policía se enzarzó con el padre de Isabel y lo agarró del brazo.

—¡No! —chilló Isabel.

De un salto, se bajó del capó del coche y se abrió paso entre el caos. Cuando llegó hasta su Papi, el hombre estaba acurrucado en el suelo, y el policía le estaba golpeando con la porra.

El policía levantó la cachiporra para volver a pegar a su padre, e Isabel se interpuso de un salto.

—¡No! ¡No lo haga! ¡Por favor! —chilló.

En un fognazo, la mirada del policía pasó de la ira a la sorpresa y regresó entonces a la ira. Retrocedió para golpear a Isabel, que se encogió. Pero el golpe no llegó. ¡Otro policía le había sujetado el brazo! Isabel pestañeó. Reconocía a aquel otro policía: era Luis Castillo, el hermano mayor de Iván.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le gruñó el otro policía.

Luis no tuvo tiempo para responder. Sonó un silbato. Estaban llamando a los policías a acudir a otro lugar.

De un tirón, el policía furioso se soltó el brazo de la mano de Luis y señaló a Papi con la porra.

—He visto lo que has hecho —dijo—. Volveré a buscarte. Cuando acabe todo esto, te encontraré y te arrestaré, y te quitarán de en medio para siempre.

Luis se llevó de allí al policía enfadado y se detuvo justo lo suficiente

para lanzar a Isabel una mirada de preocupación al volver la cabeza por encima del hombro.

No fue necesario que dijese nada. Cuando llegó su abuelo y ayudó a Isabel a levantar a su padre, la chica lo comprendió.

Papi tenía que marcharse de Cuba.

Esa misma noche.

Mahmoud
Alepo, Siria
2015

El *adhan* procedente de una mezquita cercana resonó aquella tarde por las calles bombardeadas de Alepo en la melodiosa y etérea voz del muecín que alababa a Alá y llamaba a todo el mundo a la oración. Mahmoud estaba haciendo sus deberes de Matemáticas en la mesa de la cocina, pero dejó el lápiz de manera automática y fue al fregadero a lavarse. Estaban otra vez sin agua corriente, así que tuvo que echarse agua en las manos de los bidones de plástico con los que su madre había cargado desde el pozo del vecindario. Al otro lado de la habitación, Waleed estaba sentado como un zombi delante de la tele viendo unos dibujos animados de las Tortugas Ninja traducidos al sirio.

La madre de Mahmoud salió del dormitorio, donde había estado doblando ropa, y apagó la televisión.

—Hora de rezar, Waleed. Lávate.

La madre de Mahmoud sostenía en una mano su iPhone de color rosa, y con el brazo libre cargaba con la hermana de Mahmoud, Hana, un bebé. Su madre, Fatima Bishara, tenía el cabello largo y oscuro, que se recogía sobre la cabeza, y los ojos de un marrón intenso. Hoy llevaba su atuendo habitual de andar por casa: pantalones vaqueros y una camisa rosa de enfermera que antes se ponía para ir a trabajar. Había dejado el hospital cuando nació Hana, pero no antes de que empezase la guerra, no antes de llegar a casa todos los días con las horribles historias sobre la gente que ella había ayudado a recomponer. No eran soldados, sino gente normal. Hombres con heridas de bala. Mujeres con quemaduras. Niños que habían perdido alguna extremidad. No se había quedado catatónica igual que Waleed, pero, en algún momento,

aquello se puso tan mal que la mujer había dejado de hablar de ello.

Cuando terminó de lavarse, Mahmoud se dirigió al rincón del salón que estaba orientado a La Meca. Desplegó dos alfombrillas: una para él y la otra para Waleed. Su madre rezaría sola en su dormitorio. Mahmoud empezó sin Waleed. Se llevó las manos a los oídos y dijo: *Allah Akbar*, Dios es el más grande. A continuación se llevó los brazos al estómago y dijo una breve oración antes de recitar el primer capítulo del Corán, el libro más sagrado del islam. Se inclinó y volvió a alabar a Alá tres veces, se puso de pie y volvió a alabar a Alá. Después se puso de rodillas, se apoyó en las manos, llevó la cabeza hasta el suelo y volvió a alabar a Alá tres veces más. Cuando terminó, Mahmoud se sentó sobre las rodillas y finalizó sus oraciones girando la cabeza a la derecha y después a la izquierda para reconocer a los ángeles que registraban sus actos, los buenos y los malos.

Toda la oración le llevó a Mahmoud unos siete minutos. Mientras rezaba, Waleed se había unido a él. Mahmoud esperó a que su hermano terminase; después enrolló las alfombrillas y regresó con sus deberes. Waleed volvió a ver los dibujos animados.

Mahmoud estaba justo empezando una nueva ecuación cuando oyó un ruido por encima de la sintonía de las Tortugas Ninja. Un rugido como un viento caliente que se elevaba en el exterior. En el segundo que tardó el sonido en pasar de una brisa a un tornado, Mahmoud dejó caer el lápiz, se llevó las manos a los oídos y se tiró debajo de la mesa de la cocina.

A aquellas alturas, él ya sabía cómo sonaba un misil al aproximarse.

¡SissssssSSSS... BUUUUMMM!

La pared de su apartamento explotó y lanzó fragmentos de hormigón roto y cristales por la habitación. El suelo se sacudió debajo de Mahmoud y lo lanzó hacia atrás con la mesa y las sillas, al interior de la cocina. El mundo era un torbellino de ladrillos, de platos rotos, de patas de mesa y de calor, y Mahmoud se estampó contra un armario. El aliento lo abandonó al instante, y cayó al suelo con un golpe fuerte y seco, sobre un montón de metal y cemento.

Le pitaban los oídos con un quejido agudo, igual que la televisión cuando el satélite estaba buscando una señal. Sobre él lanzaba chispas lo que quedaba de las luces del techo. Nada importaba en aquel momento salvo el aire. Mahmoud no podía coger aliento. Era como si tuviese a alguien sentado en el

pecho. Empezó a agitarse entre los cascotes. No podía respirar. ¡No podía respirar! Hada fuertes aspavientos en los escombros, escarbando y arañando entre los restos como si de alguna manera se pudiese desplazar clavando las uñas y regresar a un lugar donde hubiese aire.

Y entonces comenzaron a funcionar de nuevo sus pulmones y a sacudirse en grandes bocanadas. El aire estaba lleno de polvo, le arañaba y le raspaba en la garganta al entrar, pero Mahmoud jamás había probado nada más dulce. Los oídos aún le pitaban, pero entre aquel zumbido pudo oír más impactos y explosiones. Se dio cuenta de que no solo habían alcanzado su edificio. Era el barrio entero.

Mahmoud sentía la cabeza húmeda y caliente. Se llevó allí la mano y la retiró ensangrentada. Le dolía el hombro, y el pecho aún le abrasaba con cada costosa y desesperada respiración, pero lo único que importaba ahora era llegar hasta su madre. Su hermana. Su hermano.

Mahmoud se apoyó para levantarse de los escombros y vio el edificio del otro lado de la calle a plena luz del día, como si él estuviese de pie en el aire justo al lado. Pestañeó, aún aturdido, y entonces lo comprendió.

Había desaparecido la pared exterior entera de su apartamento.

Josef
En un tren camino de Hamburgo, Alemania
1939

1 día lejos de casa

El joven hitleriano condujo a Josef por el estrecho pasillo del vagón de pasajeros alemanes. Surgieron las lágrimas en los ojos de Josef. El camisa parda que se había llevado a su padre en la *Kristallnacht* había dicho: «Vendremos muy pronto a por ti», pero Josef no se había quedado esperando. Había ido directo hacia ellos con aquella estúpida aventura.

Llegaron a un compartimento con un hombre que lucía el uniforme de la Gestapo, la policía secreta del régimen nazi, y Josef se trastabilló. El hombre de la Gestapo alzó la vista y los miró a través del cristal de su puerta.

«No. Aquí no. Así no», rezó Josef...

... y el chico de las Juventudes Hitlerianas empujó a Josef para que siguiera avanzando por el pasillo.

Llegaron ante la puerta del vagón de los judíos, y el joven hitleriano le dio la vuelta a Josef. Miró a su espalda para asegurarse de que nadie estaba escuchando.

—Pero *¿en qué estabas pensando?* —susurró el chico.

Josef era incapaz de hablar.

El chico le tendió a Josef el brazalete con brusquedad, contra el pecho.

—Póntelo. Y no lo vuelvas a hacer *jamás* —le dijo el joven hitleriano a Josef—. ¿Entendido?

—Eh..., sí —tartamudeó Josef—. Gracias. *Graciasgraciasgracias*.

El chico de las Juventudes Hitlerianas suspiró con fuerza, con la cara enrojecida como si fuera él quien se hubiera metido en un lío. Vio el caramelo que Josef había comprado para Ruth y lo cogió. Se irguió, se tiró de la parte inferior de la camisa parda para alisarla, se dio media vuelta y se marchó.

Josef regresó a su compartimento sin hacer ruido, aún temblando, y se dejó caer en su banco. Allí permaneció el resto del viaje, con el brazalete bien colocado en su sitio y tan a la vista como era posible. Ni siquiera salió para ir al aseo.

Horas más tarde, el tren llegó a la Estación Central de Hamburgo. La madre de Josef los condujo a él y a su hermana entre la multitud hacia los muelles del puerto, donde los esperaba su barco.

Josef no había visto nunca algo tan grande. Si se pudiera colocar aquel barco en posición vertical, sería más alto que cualquier edificio de Berlín. Dos chimeneas pardas se alzaban en el centro del barco, y de una de ellas salía el humo gris negruzco del motor diésel. Una rampa pronunciada ascendía hasta el borde del casco negro y alto, y ya había cientos de personas a bordo, arremolinándose aquí y allá bajo los coloridos banderines que ondeaban al viento y saludando con la mano a los familiares y amigos que estaban abajo, en el muelle. Por encima de todos ellos ondeaba la bandera nazi roja y blanca con la esvástica negra en el centro, como si pretendiese recordarle a todo el mundo quién estaba al mando.

El barco se llamaba St. Louis. Josef ya sabía que ese era el nombre de una ciudad estadounidense, San Luis. Aquello le pareció un buen augurio, señal de que acabarían llegando a Estados Unidos. Quizá algún día visitarían la verdadera San Luis.

Un hombre de aspecto desaliñado salió tambaleándose de detrás de las cajas y los equipajes apilados en el muelle, y Ruthie gritó. Josef se sobresaltó, y su madre dio un paso atrás atemorizada.

El hombre estiró el brazo hacia ellos.

—¡Lo habéis conseguido! ¡Por fin!

«Esa voz», pensó Josef. ¿Podía ser de verdad...?

El hombre rodeó a mamá con los brazos. Ella le permitió abrazarla, aunque no apartaba los brazos de delante del pecho como si quisiera mantener la distancia con él.

El hombre retrocedió y la sostuvo con los brazos estirados.

—¡Mi queridísima Rachel! —dijo el hombre—. ¡Creía que jamás te volvería a ver!

Sí, era. Era él. El hombre desaliñado que había salido arrastrando los pies de entre las sombras como un interno que se hubiese escapado de un manicomio era el padre de Josef, Aaron Landau.

Josef se estremeció. Su padre no se parecía en absoluto al hombre al que se habían llevado a rastras de su casa seis meses antes. Le habían rapado el cabello castaño y espeso de la cabeza y la barba, y ahora tenía ambas cubiertas por la sombra de un pelo muy corto y descuidado. También estaba más delgado. Demasiado flaco. Era un esqueleto que llevaba puesto un traje harapiento que le venía tres tallas más grande.

Los ojos saltones de Aaron Landau destacaron en su rostro demacrado cuando se volvió a mirar a sus hijos. Josef se quedó sin aliento, y Ruthie gritó y hundió la cara en el estómago de papá mientras que él abarcaba a los dos en un abrazo. Su olor era tan fuerte —como el callejón de detrás de una carnicería— que Josef tuvo que apartar la cara.

—¡Josef! ¡Ruth! ¡Queridos míos! —Besó a los dos una y otra vez en la coronilla, y entonces retrocedió de un salto. Observó a su alrededor con una mirada frenética, como si hubiera espías en todas partes—. Tenemos que irnos. No podemos quedarnos aquí. Tenemos que subir a bordo antes de que nos detengan.

—Pero si tengo los pasajes —dijo mamá—. Los visados.

Papá hizo un rápido gesto negativo con la cabeza.

—Da igual —dijo. Movía los ojos de tal forma que parecía que se le iban a salir de las órbitas—. Nos detendrán. Me llevarán de vuelta.

Ruthie se agarró a su hermano. Papá la estaba asustando. Y también estaba asustando a Josef.

—¡Rápido! —dijo papá.

Tiró de la familia y se la llevó con él entre las pilas de cajas, y Josef, su madre y su hermana trataban de seguirle mientras iba disparado de un sitio a otro esquivando a enemigos imaginarios. Josef miró a su madre con una expresión aterrorizada que decía: ¿qué le pasa a papá? Mamá se limitó a hacerle un gesto negativo con la cabeza con una mirada llena de preocupación.

Cuando se acercaron a la rampa, papá se agachó detrás de la última caja.

—Cuando cuente tres, salimos corriendo hacia allá —le dijo a su familia—. No os paréis. No os paréis por nada del mundo. Tenemos que subir a ese barco. ¿Estáis preparados? Uno, dos, tres.

Josef no estaba preparado. Ninguno lo estaba. Vieron cómo Aaron Landau echaba a correr hacia la rampa, donde otros pasajeros hacían cola para entregarle su pasaje a un hombre sonriente con uniforme de marinero. El padre de Josef se abalanzó al sobrepasar al marinero y se tropezó con la barandilla de la rampa antes de enderezarse y subir a toda velocidad por la pasarela.

—¡Espere! —gritó el marinero.

—Rápido, ahora, niños —dijo mamá. Juntos, se apresuraron cuanto pudieron con tal de llegar a la rampa cargados con todas las maletas—. Yo tengo su billete —le dijo mamá al marinero—. Lo siento mucho. Podemos esperar nuestro turno.

El hombre que estaba el primero de la fila, asustado, les hizo un gesto para dejarles pasar, y la madre de Josef le dio las gracias.

—Es que mi marido tiene... muchas ganas de marcharse —le dijo al marinero.

El hombre le ofreció una sonrisa triste y picó sus billetes.

—Lo comprendo. Ah..., permítame que consiga a alguien que le ayude con esas maletas. ¿Mozo?

Josef se quedó maravillado cuando otro marinero —un hombre alemán que no llevaba ningún brazalete con la estrella de David, que no era judío— se colocó una maleta debajo de cada brazo y cogió otra en cada mano y les abrió paso subiendo por la pasarela. Los trató como a unos clientes de verdad. Como a *personas* de verdad. Y no era el único. Todos los marineros con los que se cruzaban se descubrían la cabeza ante ellos, y el auxiliar que les mostró su camarote les aseguró que podían llamarle para lo que necesitaran mientras estuviesen a bordo. Cualquier cosa en absoluto. El camarote estaba impoluto, la ropa de cama estaba recién lavada, y las toallas de mano estaban planchadas y bien amontonadas.

—Es una trampa —dijo papá cuando se cerró la puerta. Miró alrededor de la habitación como si las paredes se le estuviesen viniendo encima—. No tardarán en venir a buscarnos —dijo.

Era justo lo que el camisa parda le había dicho a Josef.

Mamá le puso la mano a Josef y a Ruth en la cabeza.

—¿Por qué no vais arriba, a cubierta? —les dijo en voz baja—. Yo me quedaré aquí con vuestro padre.

Para Josef y para Ruth fue un placer apartarse de su padre. Unas pocas horas más tarde, observaron desde la cubierta de paseo cómo los remolcadores tiraban del St. Louis y lo alejaban del muelle, y cómo los pasajeros lo celebraban, tiraban confeti y lanzaban besos de despedida entre lágrimas. Josef y su familia ponían rumbo a otro país. A una nueva vida.

Sin embargo, Josef solo podía pensar en las cosas tan terribles que le tenían que haber pasado a su padre para darle un aspecto tan horrible y hacerle actuar con tanto miedo.

Isabel
A las afueras de La Habana, Cuba
1994

Isabel y su abuelo sentaron a su padre en una silla en su pequeña cocina, y la madre de Isabel, Teresa Padrón de Fernández, corrió hasta el armario de debajo del fregadero a buscar yodo. Isabel se apresuró a seguirla. Su madre estaba embarazada —salía de cuentas en una semana—, de modo que Isabel se agachó para buscar el yodo por ella. El padre de Isabel, Geraldo Fernández, siempre había sido un hombre guapo, aunque ahora no lo parecía. Tenía sangre en el pelo, y ya se le estaba poniendo negra la zona alrededor de un ojo. Cuando le quitaron la camisa blanca de lino, tenía la espalda cubierta de verdugones.

Isabel observó cómo su Mami le limpiaba los cortes con una manopla. Papi se quejaba entre dientes mientras ella se los desinfectaba con el yodo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la madre de Isabel.

En la televisión del rincón había un partido del Industriales, y el abuelo de Isabel bajó el volumen.

—Ha habido disturbios en el Malecón —dijo Lito—. Se les acabó la comida demasiado rápido.

—No me puedo quedar aquí —dijo Papi. Tenía la cabeza baja, pero hablaba alto y claro—. Ya no. Vendrán a por mí.

Todo el mundo se quedó callado al oír aquello. Lo único que se oyó fue el leve crujido de un bate de béisbol y el rugir del público en la televisión.

Papi ya había intentado huir de Cuba en dos ocasiones. La primera vez, otros tres hombres y él habían construido una balsa y habían intentado llegar remando hasta Florida, pero una tormenta tropical les hizo volver. La segunda

vez, su barca tenía un motor, pero lo capturó la Marina cubana y lo metieron en la cárcel durante un año.

Ahora era todavía más difícil escapar. Los estadounidenses tenían una nueva política que todo el mundo conocía como «pies mojados, pies secos». Si capturaban a los refugiados cubanos en el mar, con los «pies mojados», los enviaban de vuelta a Cuba. Pero si conseguían sobrevivir al viaje a través del estrecho de Florida, eludir a los guardacostas norteamericanos y llegar a pisar suelo estadounidense —que los pillasen con los «pies secos»—, entonces les concedían la condición especial de refugiados y les permitían quedarse y convertirse en ciudadanos de Estados Unidos.

Papi iba a volver a huir, y esta vez, lo capturasen con los pies mojados o con los pies secos, no iba a regresar.

—No hay razón para lanzarte al mar en una balsa —dijo Lito—. Puedes desaparecer una temporada. Sé de un cobertizo pequeño en los campos de caña. Las cosas mejorarán. Ya lo verás.

Papi dio un puñetazo sobre la mesa.

—Y ¿de qué manera van a mejorar exactamente, Mariano? ¿Acaso crees que la Unión Soviética de repente va a decidir volver a unificarse y empezar a enviarnos alimentos de nuevo? Nadie va a venir a ayudarnos, y Castro solo está empeorando las cosas.

Como si el hecho de pronunciar su nombre lo hiciese aparecer, un mensaje especial del presidente cubano interrumpió el partido de béisbol de la televisión.

Fidel Castro era un hombre mayor, con manchas de la vejez en la frente, el pelo cano, una barba poblada y gris y bolsas bajo los ojos. Vestía igual que todas las veces que salía en televisión —chaqueta verde militar y gorra redonda con visera— y estaba sentado detrás de una hilera de micrófonos.

Todo el mundo guardó silencio cuando Lito subió el volumen. Castro condenó la violencia que se había producido en el Malecón y le echó la culpa a agentes norteamericanos.

Papi soltó un bufido.

—No han sido agentes americanos. Eran cubanos hambrientos.

Castro divagaba sin seguir un guion, citando novelas y contando anécdotas personales sobre la revolución.

—Venga, apaga eso —dijo Papi.

Sin embargo, antes de que Mami alcanzase el aparato, Castro dijo algo que hizo que todos se incorporaran y escuchasen.

—No podemos continuar patrullando las fronteras con los Estados Unidos mientras ellos nos envían a sus agentes de la CIA a instigar los disturbios en La Habana. Es entonces cuando se producen incidentes como estos y el mundo dice que el régimen cubano es inhumano y cruel. Y así, hasta que haya una solución rápida y eficaz, vamos a retirar todos los obstáculos de forma que todos aquellos que quieran abandonar Cuba lo puedan hacer de manera legal, de una vez por todas. No nos interpondremos en su camino.

—¿Qué es lo que acaba de decir? —preguntó Mami.

Papi tenía los ojos como platos al levantarse de la mesa de la cocina.

—¡Castro acaba de decir que quien quiera se puede marchar!

Isabel se sintió como si le acabasen de arrancar el corazón del pecho. Si Castro iba a dejar que cualquiera se marchase, su padre se habría ido antes de que el sol saliese a la mañana siguiente. Lo podía ver en su mirada delirante.

—¡No te puedes ir ahora! —le dijo Lito a Papi—. ¡Tienes una familia de la que cuidar! ¡Una esposa! ¡Una hija! ¡Y un hijo en camino!

El padre y el abuelo de Isabel se pusieron a gritarse el uno al otro sobre los dictadores y la libertad, sobre la familia y las responsabilidades. Lito era el padre de su madre, y Papi y él nunca se habían llevado muy bien. Isabel se tapó los oídos y se apartó. Tenía que pensar en una respuesta a todo aquello, una solución que mantuviese su familia unida.

Entonces se le ocurrió.

—¡Pues nos vamos todos! —gritó Isabel.

Aquello calló a todo el mundo. Incluso Castro dejó de hablar, y la televisión volvió a emitir el partido de béisbol.

—No —dijeron a la vez Papi y Lito.

—¿Por qué no? —dijo Isabel.

—Para empezar, tu madre está embarazada —dijo Lito.

—De todas formas, aquí no hay nada con lo que alimentar al bebé —dijo Isabel—. No hay nada de comer para ninguno de nosotros, ni dinero con el que comprarlo si acaso lo hubiera. Pero sí hay alimentos en Estados Unidos. Y libertad. Y trabajo.

Y un lugar donde a su padre no le pegarían palizas ni lo arrestarían. Y del que no huiría.

—Nos iremos todos mientras Castro deje salir a la gente —prosiguió Isabel—. Lito también.

—¿Qué? Pero si yo... No —protestó Lito.

Todos guardaron silencio por un momento más, hasta que su padre dijo:

—Pero si ni siquiera tengo una barca.

Isabel asintió. Eso también lo podía arreglar.

Sin decir nada, Isabel salió corriendo a la puerta de al lado, a casa de los Castillo. Luis, el hermano mayor que la había salvado de la porra del policía, no había llegado aún a casa del trabajo, ni tampoco estaba su madre, Juanita, que trabajaba en una oficina cooperativa de asistencia legal. Pero Isabel sí encontró a Iván y a su padre, Rudi, donde pensaba que estarían: trabajando en la balsa, en el cobertizo.

Era un cacharro azul feo formado con anuncios viejos de metal, señales de tráfico y bidones de aceite. Apenas entraba dentro de la categoría de «barca», pero era lo bastante grande para que cupieran los cuatro miembros de la familia Castillo... y quizá para cuatro invitados más.

—Pero bueno, si es el huracán Isabel —dijo el señor Castillo.

El padre de Iván tenía el pelo blanco peinado hacia atrás y, aunque no había alimentos, lucía la panza de la mediana edad.

—¡Tienen que llevarnos con ustedes! —dijo Isabel.

—No, no tenemos que hacerlo —dijo el señor Castillo—. Iván, clavo.

—¡Hay disturbios en La Habana! —dijo Isabel.

—Cuéntame algo que yo no sepa —dijo el señor Castillo—. Iván, *clavo*.

Iván le entregó otro clavo.

—Casi arrestan a mi padre —dijo Isabel—. Si no nos llevan con ustedes, lo meterán en la cárcel.

El señor Castillo dejó de dar martillazos por un instante y le dijo que no con la cabeza.

—No hay sitio. Ni tampoco necesitamos un fugitivo a bordo.

Iván miró a su padre con mala cara, pero solo Isabel lo vio.

—Por *favor* —suplicó Isabel.

—De todas formas, tampoco tenemos gasolina —dijo Iván, que puso una

mano sobre el motor de motocicleta que habían montado en la barca—. De momento no vamos a ninguna parte.

—¡Yo puedo arreglar eso! —exclamó Isabel.

Volvió corriendo a casa. Su padre y su abuelo seguían discutiendo en la cocina, así que entró por detrás sin hacer ruido. Cogió su trompeta, le dedicó una larga y triste mirada y volvió a salir corriendo por la puerta de atrás. Ya estaba en la calle cuando se detuvo, corrió al patio trasero de su casa y también agarró a la pequeña gatita que maullaba. Con la trompeta en una mano y la gatita en la otra, corrió varias manzanas hasta la playa, donde aporreó la puerta de un pescador al que conocía su abuelo. Su barca de pesca con motor de gasolina se mecía con suavidad en un muelle cercano.

El pescador salió a la puerta chupándose los dedos y frunció el ceño. Isabel lo había pillado cenando. Pescado frito, así olía. El hocico de la gatita olisqueó el aire, y el animal se puso a maullar. A Isabel le rugió el estómago.

—Tú eres la nieta de Mariano Padrón, ¿verdad? —dijo el pescador—. ¿Qué quieres?

—¡Necesito gasolina! —le dijo Isabel.

—Ah, ¿y eso? Pues yo necesito dinero.

—No tengo dinero —dijo Isabel—. Pero tengo esto.

Isabel le mostró la trompeta. Lamentó que el metal estuviese un poco deslucido, pero era su posesión más valiosa. El pescador tenía que aceptar el trueque.

—Y ¿qué voy a hacer yo con eso? —le preguntó.

—Venderla —le dijo Isabel—. Es francesa, y antigua, y suena de maravilla.

El pescador suspiró.

—Y ¿por qué necesitas tanto la gasolina?

—Para marcharnos de Cuba antes de que arresten a mi padre.

El pescador se limpió los labios con el reverso de la mano. Isabel permaneció allí de pie durante lo que a ella le parecieron horas, con las tripas retorciéndose como un remolino. Finalmente, el hombre alargó la mano y cogió la trompeta.

—Espera aquí —le dijo.

Isabel contuvo el aliento, y el pescador no tardó en volver con dos bidones

enormes de plástico con gasolina. A Isabel se le pusieron los ánimos por las nubes, y se puso a dar saltos.

—¡Graciasgraciasgraciasgracias! —le dijo Isabel—. Ah, y también tiene que quedarse con la gatita.

Le mostró la criatura que se retorció, pero el viejo pescador se limitó a quedarse mirándola.

—Ah, ¿y eso? —le dijo el pescador.

—Por favor —le dijo Isabel—. O si no, vendrá alguien y se la comerá. Pero usted tiene pescado para comer. Ella se puede comer las raspas.

El pescador miró a la gata con cara de sospecha.

—¿Es una buena cazadora de ratones?

—Ah, sí —dijo Isabel, aunque estaba segura de que hasta un simple ratón le causaría problemas a aquella cosa tan esquelética—. Se llama Leona.

El viejo pescador suspiró y tomó de sus manos a la gatita, que no dejaba de retorcerse.

Isabel sonrió, y entonces se percató de lo grandes y pesados que eran los bidones de gasolina.

—Ah, y también necesito que me ayude a llevar esto a casa.

Mahmoud
Alepo, Siria
2015

A través del enorme agujero que antes era la pared de su apartamento, Mahmoud vio unas nubes de humo blanco grisáceo de impactos de misiles que surgían por todas partes. Sacudió la cabeza tratando de librarse del pitido y miró a su hermano pequeño. Waleed estaba sentado justo en el mismo sitio en que se encontraba antes del ataque, en el suelo delante de la televisión.

Solo que la televisión ya no estaba allí. Había caído cinco pisos hasta el suelo con el resto de la pared exterior, y Waleed se había quedado a unos centímetros de unirse a ambas.

—¡Waleed! ¡No te muevas! —gritó Mahmoud.

Cruzó la habitación a toda prisa, y los tobillos se le doblaban de forma dolorosa sobre los restos de la pared rota. Waleed estaba sentado quieto como una estatua, y con el aspecto de una estatua, también. Estaba cubierto de un polvillo gris de la cabeza a los pies, como si se hubiera dado un baño en polvo seco de cemento. Mahmoud llegó por fin hasta él, lo levantó de golpe y lo apartó del borde del precipicio que antes era la pared de su casa.

—Waleed... Waleed, ¿estás bien? —le preguntó Mahmoud al darle la vuelta.

La mirada de los ojos de Waleed estaba viva, aunque vacía.

—Waleed, dime algo. ¿Estás bien?

Finalmente, Waleed levantó la mirada hacia él.

—Estás sangrando —fue todo lo que dijo.

—¿Mahmoud? ¿Waleed? —gritó su madre. Se tambaleó hasta la puerta de su dormitorio con Hana llorando en sus brazos—. ¡Oh, estáis vivos, gracias a

Alá!

Cayó de rodillas y atrajo a ambos en un abrazo. Mahmoud tenía el pulso acelerado, aún le zumbaban los oídos y el hombro le quemaba, pero estaban vivos. ¡Estaban todos vivos! Sintió que se le saltaban las lágrimas, y se las limpió de los ojos.

Bajo sus pies, el suelo gruñía y se movía.

—¡Tenemos que salir de aquí! —dijo la madre de Mahmoud, que puso a Hana en brazos de su hijo—. Vamos, marchaos. Coge a tu hermana y a tu hermano. Yo iré detrás de vosotros. Solo tengo que recoger algunas cosas.

—¡No, mamá!

—*Marchaos* —le dijo a Mahmoud mientras empujaba a todos hacia la puerta.

Mahmoud sujetó a Hana con un brazo, cogió de la mano a Waleed y se lo llevó a rastras hacia la puerta principal, pero su hermano tiraba y se resistía.

—¿Qué pasa con mis muñecos? —preguntó Waleed, que miraba hacia atrás por encima del hombro como si quisiera volver a por ellos.

—¡Compraremos unos nuevos! —le dijo Mahmoud—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Al otro lado, la familia Sarraf ocupaba el pasillo: madre, padre y dos hijas gemelas, ambas más pequeñas que Waleed.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a Mahmoud el señor Sarraf, que vio entonces que faltaba la pared, y se le abrieron los ojos como platos.

—¡Han alcanzado el edificio! —dijo Mahmoud—. ¡Tenemos que salir!

El señor y la señora Sarraf volvieron a entrar corriendo en su apartamento, y Mahmoud cargó con Hana escaleras abajo tirando de Waleed, detrás de él. A medio camino de la planta baja, el edificio volvió a moverse, y las escaleras de hormigón se separaron de la pared y dejaron una grieta de cinco centímetros. Mahmoud se agarró a la barandilla para sujetarse y esperó un largo y ansioso momento para ver si las escaleras se iban a derrumbar. Como no lo hicieron, corrió el resto del trayecto de descenso y salió de golpe a la calle con Hana aún en sus brazos y su hermano justo detrás de ellos.

Había escombros tirados por todas partes. Se oía el ruido sordo de los misiles y las bombas en algún lugar cercano, lo bastante próximo como para sacudir los trozos sueltos de las paredes. Un edificio se sacudió y se

derrumbó, y el polvo y los escombros cayeron a la calle en una avalancha. Mahmoud se sobresaltó cuando se vino abajo, pero Waleed se quedó quieto, como si ese tipo de cosas sucedieran todos los días.

Mahmoud se sorprendió de golpe al percatarse de que ese tipo de cosas sí sucedían todos los días. Pero no a ellos. Hasta ahora.

La gente se echaba a la calle por todas partes a su alrededor cubierta de polvo gris y de sangre. No se oía ninguna sirena. Las ambulancias no venían a socorrer a los heridos. Ni los coches de policía ni el personal de emergencias acudían corriendo a la escena.

Ya no quedaba ninguno, ya no quedaba nadie.

Mahmoud alzó la vista a su edificio. La fachada entera se había derrumbado, y Mahmoud tuvo la sensación de estar mirando una casa de muñecas gigante. Cada planta tenía un salón, una cocina y un rincón para orar igual que su casa, cada una decorada de un modo distinto.

El edificio volvió a soltar un gruñido, y una cocina de la planta más alta comenzó a inclinarse hacia la calle. Se hundió sobre la sexta planta, y después sobre el apartamento de Mahmoud, y siguió hundiéndose como un dominó. A Mahmoud apenas le dio tiempo de gritar «¡Corred!» y tirar de sus hermanos para alejarlos antes de que el edificio entero se desplomase sobre la calle con el estruendo de un caza a reacción.

A salvo en la acera de enfrente, agarrando a Hana y a Waleed, Mahmoud de repente se percató de que su madre aún estaba en el edificio.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó Mahmoud.

—¿Mahmoud? ¿Waleed? —oyó que gritaba su madre, y entonces salió de detrás del montón de escombros con la familia Sarraf, todos ellos cubiertos de polvo gris.

Corrió hacia Mahmoud, Hana y Waleed y los abrazó.

—Hemos salido por la escalera de atrás —les dijo—. Justo a tiempo.

Mahmoud alzó la mirada hacia el lugar donde antes estaba su apartamento. Ya no estaba allí. Su casa había quedado completamente destruida. ¿Qué iban a hacer ahora? ¿Adónde irían?

La madre de Mahmoud llevaba sus mochilas del colegio, y las intercambió por Hana. Mahmoud era incapaz de entender por qué su madre se había molestado en salvar sus mochilas, hasta que vio que estaban llenas de ropa y

pañales. Había vuelto a por cualquier cosa que se pudiera llevar de la casa.

Todas sus pertenencias se encontraban dentro de aquellas dos mochilas.

—No consigo localizar a tu padre —dijo la madre de Mahmoud tocando con el pulgar en la pantalla de su móvil—. Estamos otra vez sin cobertura.

El padre de Mahmoud era ingeniero en la compañía de teléfonos. Si estaban sin línea, era probable que su padre estuviera trabajando para arreglarlo. Pero ¿y si alguna de las bombas había alcanzado a su padre? A Mahmoud se le retorció el estómago y se le hicieron varios nudos tan solo de pensarlo.

Pero allí apareció su padre entonces, corriendo por la calle hacia ellos, y Mahmoud se sintió como si fuese capaz de volar.

—¡Fatima! ¡Mahmoud! ¡Waleed! ¡Hana! —gritaba su padre. Los envolvió a todos en un abrazo y le dio un beso a Hana en la frente—. ¡Gracias a Alá estáis vivos! —exclamó.

—¡Papá, nuestra casa ya no está! —le contó Mahmoud—. ¿Qué hacemos?

—Lo que deberíamos haber hecho hace mucho tiempo. Nos marchamos de Aleppo. Ahora mismo. He aparcado el coche aquí cerca. Podríamos estar en Turquía mañana mismo. Podemos vender el coche allí y seguir nuestro camino hacia el norte, a Alemania.

Todos se quedaron quietos mientras el padre de Mahmoud echaba a andar delante de ellos.

—¿A Alemania? —dijo la madre de Mahmoud.

Mahmoud se había quedado tan sorprendido como su madre, por cómo sonaba ella. ¿Alemania? Recordó el mapamundi que colgaba en su clase. Alemania estaba en algún lugar más al norte, en el corazón de Europa. Era incapaz de imaginarse viajando tan lejos. Lo más lejos de Aleppo que había estado era en la casa de su abuela, en el campo.

—Solo durante una temporada —dijo el padre de Mahmoud—. He visto en la televisión que están acogiendo a refugiados. Nos podemos quedar allí hasta que todo esto acabe, hasta que podamos volver a casa.

—En Alemania hace frío —dijo Mahmoud.

—Hazme un muñeco de nieve —cantó su padre.

Habían ido al cine a ver *Frozen*... en la época en que había cines en Aleppo.

—Youssef... —le advirtió la madre de Mahmoud.

El padre de Mahmoud puso una expresión avergonzada.

—No tiene por qué ser un muñeco de nieve.

—Esto es serio —dijo mamá—. Alemania está muy lejos. ¿Cómo vamos a llegar hasta allí? Todo lo que tenemos son dos mochilas y nuestros móviles.

El padre de Mahmoud se encogió de hombros.

—¿En barco? ¿En tren? ¿En autobús? ¿A pie? No lo sé. Lo único que sé es que no nos podemos quedar en Alepo ni un día más. Aquí no estamos a salvo. Así ha sido desde hace mucho tiempo. Si queremos seguir vivos, tenemos que marcharnos de Siria.

Josef

En algún lugar del Atlántico

1939

6 días lejos de casa

Ruthie iba dando saltitos delante de Josef por la soleada cubierta de paseo, más feliz de lo que él la había visto nunca. Y ¿por qué no? El St. Louis era un paraíso. Con la entrada prohibida a los cines en Alemania por ser judía, Ruthie había visto a bordo su primera película de dibujos animados en una noche de cine, y le había encantado... aunque viniera seguida de un noticiario con Hitler dando gritos sobre los judíos. Tres veces al día, tomaban unas deliciosas comidas en un comedor dispuesto con manteles blancos, copas de cristal y una cubertería de plata reluciente, y los camareros los servían con atención y esmero. Habían jugado al bádminton y al *shuffleboard* con unos discos de madera sobre la cubierta, y la tripulación iba a preparar una piscina que habían prometido llenar con agua del mar una vez que el St. Louis se adentrara en la cálida corriente del Golfo.

Todos los miembros de la tripulación habían tratado a Josef y a su familia con amabilidad y respeto a pesar de las repetidas advertencias de su padre acerca de que todos los alemanes iban a por ellos (en cinco días, papá no había salido de su camarote ni una sola vez, ni siquiera para comer, y la madre de Josef apenas se había separado de él). Y tampoco era que la tripulación estuviera siendo amable porque no supiesen que eran judíos. Nadie lucía el brazalete judío en el barco, ni tampoco había jotas sobre ninguno de los compartimentos de los pasajeros, porque *todos* los pasajeros eran judíos. ¡Los

novecientos ocho! Todos ellos se dirigían a Cuba para escapar de los nazis, y, ahora que por fin se hallaban lejos de las amenazas y la violencia que los perseguía a todas partes en Alemania, había cantos, bailes y risas.

Dos niñas que tenían aproximadamente la edad de Ruthie y lucían sendos vestidos de flores a juego estaban asomadas a la barandilla y se reían por lo bajo. Josef y su hermana se acercaron a ver qué estaban haciendo. Una de las niñas había encontrado un cordel largo y lo tenía descolgado por la barandilla para hacer cosquillas en la nariz a los pasajeros que dormían en las sillas de abajo, en la cubierta A. Su víctima en aquel momento no dejaba de darse manotazos en la nariz como si tuviese una mosca en ella. Se dio un golpe tan fuerte que se despertó de sopetón, y a Ruthie le entró una risa histérica. Las niñas subieron de golpe el cordel, y todos se tiraron al suelo detrás de la barandilla, donde el hombre no podía verlos riéndose.

—Me llamo Josef—les dijo a las niñas cuando todos se recompusieron—. Y esta es Ruthie.

—¡Josef acaba de cumplir los trece años! —les contó Ruthie a las niñas—. Va a tener su bar mitzvá el próximo *sabbat*.

Un bar mitzvá es la ceremonia en la cual un chico se convierte oficialmente en un hombre según la ley judía. Se suele celebrar durante el primer *sabbat* —el día de descanso de los judíos— después de que el chico cumpla los trece años. Josef tenía muchas ganas de que llegase su bar mitzvá.

—Solo si hay personas suficientes —le recordó Josef a su hermana.

—Yo soy Renata Aber —dijo la más mayor de las dos niñas—, y esta es Evelyne.

Eran hermanas, y, sorprendentemente, viajaban solas.

—Nuestro padre nos está esperando en Cuba —les contó Renata.

—Y ¿dónde está vuestra madre? —les preguntó Ruthie.

—Pues... ha querido quedarse en Alemania —dijo Evelyne.

Josef pudo darse cuenta de que no se sentían muy cómodas hablando de aquello.

—Oye, sé una cosa muy divertida que podemos hacer —les dijo.

Era una broma que Klaus y él le gastaron una vez a *Herr Meier*. Pensar en Klaus hizo que Josef pensara también en otras cosas, pero se sacudió los malos recuerdos. El St. Louis había dejado atrás todo aquello.

—Primero —dijo Josef—, necesitamos jabón.

Cuando encontraron una pastilla de jabón, Josef les enseñó cómo enjabonar el pomo redondo de una puerta de tal forma que estuviera tan resbaladizo que fuera imposible girarlo. Lo utilizaron con los pomos de todas las puertas de los compartimentos del pasillo de la cubierta A, arriba y abajo, y después se escondieron detrás de una esquina y esperaron. Poco después llegó por el otro extremo del pasillo un camarero que hacía equilibrios con una gran bandeja de plata y llamó a una puerta. Josef, Ruthie, Renata y Evelyne tuvieron que contener las risitas mientras el camarero llevaba la mano libre al pomo y trataba de abrir la puerta en vano. El camarero no podía ver con aquella bandeja tan grande que llevaba, y, al tantear a ciegas el picaporte, perdió el equilibrio con la bandeja, que se fue entera al suelo con un gran estruendo metálico.

Los cuatro niños se echaron a reír, y Josef y Renata se llevaron de allí a las dos pequeñas antes de que los pillaran. Se tiraron al suelo detrás de uno de los botes salvavidas, jadeando y riéndose. Cuando Josef se secó los ojos, se dio cuenta de que no había jugado de aquella manera ni se había reído de aquella forma en muchos años.

Josef pensó que ojalá pudieran quedarse para siempre a bordo del St. Louis.

Isabel

A las afueras de La Habana, Cuba

1994

La barca pesaba mucho en los brazos de Isabel, que temía que se le fuese a caer a pesar de que había otras cinco personas que la llevaban con ella. Iván y ella la sujetaban por el centro, uno a cada lado, mientras que los padres de Iván y el padre y el abuelo de Isabel cargaban con la parte de delante y la de detrás.

La señora Castillo, la madre de Iván, era una mujer de piel oscura y con curvas, y llevaba una pañoleta blanca que le cubría los rizos al estilo rastafari. La madre de Isabel, embarazada casi de nueve meses, era la única que no ayudaba a cargar con la barca, que ya de por sí era grande y pesada, y además la habían llenado con los bidones de gasolina, botellas de plástico con agua potable, leche condensada, queso, pan y medicinas. Todo lo demás se quedaría en tierra.

Nada era más importante que llegar a Estados Unidos.

Era de noche, y una luna en cuarto menguante se asomó de detrás de unas nubes dispersas. Una cálida brisa le alborotaba a Isabel el pelo corto y rizado y le ponía la piel de gallina en los brazos. Fidel Castro había dicho que quien quisiera marcharse podía hacerlo sin ningún problema, pero eso había sido unas horas atrás. ¿Y si había cambiado de opinión? ¿Y si había una fila de policías esperando en la playa para arrestarlos? Isabel hizo un esfuerzo para levantar la barca y sujetarla mejor, e intentó avivar el ritmo.

Salieron del camino de tierra de la aldea y cargaron con la barca sobre las dunas hacia el mar. Lo único que podía ver Isabel era el costado metálico de la barca, que tenía delante de la cara, pero oyó un gran escándalo detrás de

ella. ¡Había gente en la playa! ¡Muchísima gente! Le entró el pánico al ver que sus peores temores se hacían realidad, y una luz cegadora la iluminó de repente. Isabel dio un grito y soltó la barca.

Por delante de ella, la señora Castillo se tambaleó y se le resbaló la barca, cuya parte delantera dio un golpe contra la arena.

Isabel se dio la vuelta con una mano delante de los ojos y esperando encontrarse que la apuntaba la linterna de un policía. En cambio, lo que vio fue una cámara de televisión.

—Estás en la CNN —le dijo en español una mujer cuyo rostro no era más que una silueta negra a contraluz—. ¿Puedes contarnos qué os ha hecho tomar la decisión de marcharos?

—¡Rápido! —gritó el señor Castillo desde el otro lado de la barca—. ¡Volved a cogerla! ¡Ya casi estamos en el agua!

—Yo... —dijo Isabel, petrificada ante la deslumbrante luz de la cámara.

—¿Tienes algún pariente en Miami al que quieras enviarle un mensaje? —le preguntó la reportera.

—No, es que...

—¡Isabel! ¡La barca! —gritó Papi.

Los demás ya habían levantado la barca de la arena y avanzaban tambaleándose hacia el sonido de las olas rompiendo. La luz cegadora de la cámara se apartó de Isabel y alumbró a lo que parecía una fiesta en la playa. Más de la mitad de su aldea se encontraba allí en la arena, aplaudiendo, saludando con la mano y jaleando a las barcas.

Y es que había muchísimas barcas. La familia de Isabel había trabajado toda la noche en secreto con los Castillo, preocupados de que alguien los pudiese oír, pero, al parecer, todos los demás habían estado haciendo lo mismo. Había balsas hinchables, canoas con balancines caseros, balsas hechas con cámaras de neumáticos unidas entre sí, barcas construidas con espuma de poliestireno y bidones de aceite.

Una balsa de aspecto desvencijado, hecha con palets de madera y cámaras de neumático izó una vela de sábanas, y, cuando el viento la infló, los aldeanos de la playa lo celebraron. Al ver que otra barca hecha con un frigorífico viejo se hundía, todos se echaron a reír.

La luz de la cámara volvió a girar, y fue entonces cuando Isabel vio a la

policía.

Había un pequeño grupo de agentes en lo alto de unas rocas que se asomaban sobre la ensenada. Ni mucho menos eran tantos como había visto en La Habana, pero sí eran bastantes, los suficientes para arrestar a su familia por tratar de marcharse de Cuba. Sin embargo, aquellos policías no estaban haciendo nada. Estaban allí de pie, mirando. ¡La orden de Castro debía de seguir aún en pie!

—¡Chabela! —gritó su madre—. ¡Chabela, vamos!

Mami ya estaba en la barca, y Papi estaba ayudando a Iván a subir. El señor Castillo trataba de arrancar el motor.

Isabel se metió en el agua, y las olas le llegaban por la parte baja de los pantalones cortos. Ya casi había llegado a los brazos estirados de su padre cuando vio que a Papi se le abrían mucho los ojos.

Isabel echó la vista atrás por encima del hombro. Dos de los policías se habían separado del grupo y venían corriendo hacia el agua.

Hacia ellos.

—No..., ¡no! ¡Vienen a por mí! —gritó Papi.

Isabel se cayó al agua y recorrió a nado el resto del trecho hasta la barca, pero su padre ya se estaba subiendo por un costado.

—¡Arranca el motor! —gritó.

—¡No, esperadme! —chilló Isabel escupiendo agua del mar.

Se agarró con una mano al costado de la barca y miró hacia atrás. Los dos policías habían llegado a las olas y las atravesaban corriendo y levantando mucho las piernas. Peor aún, los demás policías también habían salido corriendo... ¡y todos venían hacia la barca de los Castillo!

Unas manos sujetaron a Isabel y la ayudaron a subir por el costado de la barca: ¡Iván! No obstante, cuando su amigo consiguió subirla a bordo, tanto él como su madre extendieron los brazos a los dos policías que los perseguían. ¿Qué estaban haciendo?

—¡No! —gritó Papi, que se apartó de ellos a rastras, tan lejos como pudo.

Iván y la señora Castillo sujetaron los brazos de los dos policías, tiraron de ellos para subirlos a bordo, y estos cayeron al fondo de la barca. Los policías se quitaron las boinas, e Isabel reconoció a uno de ellos al instante: ¡era Luis, el hijo mayor de los Castillo! El otro policía sacudió la larga

melenas negras, e Isabel se sorprendió al percatarse de que no era *un* policía, ni mucho menos. Era *una* policía, una mujer. Cuando vio que cogía a Luis de la mano, Isabel se imaginó que sería su novia.

Aquel debía de haber sido el plan de los Castillo desde el principio, ¡que Luis y su novia huyesen con ellos! Sin embargo, en ningún momento se lo contaron a Isabel y a su familia.

¡Pam! Resonó el disparo de una pistola sobre las olas, y el gentío de la playa chilló en estado de pánico. La pistola volvió a disparar —¡pam!— y —¡clinc!— sonó el casco de la barca de los Castillo cuando la bala lo alcanzó.

¡La policía les estaba disparando! Pero ¿por qué? ¿No había dicho Castro que se podían marchar?

La mirada de Isabel descendió sobre Luis y su novia, y lo comprendió. A ambos los habían llamado a filas en la policía, y no tenían permiso para marcharse. Eran desertores, y a los desertores se les disparaba.

El motor carraspeó y cobró vida, y la barca se sacudió contra una ola que salpicó a Isabel de agua salada. Los aldeanos de la playa lo celebraron por ellos, y el señor Castillo aceleró el motor y dejó en su estela a los policías que venían a la carga.

Isabel se sujetó entre dos de los bancos mientras intentaba recobrar el aliento. Tardó un momento en asimilarlo, pero aquello estaba sucediendo de verdad. Atrás se quedaban Cuba, su aldea y su hogar: todo cuanto ella había conocido.

El padre de Isabel se abalanzó hacia el otro lado de la barca y agarró al señor Castillo de la camisa.

—¿A qué juegas, dejándoles subir a bordo? —le exigió una respuesta—. ¿Y si nos siguen? ¿Y si envían un barco de la Marina detrás de nosotros? ¡Nos habéis puesto a todos en peligro!

El señor Castillo apartó los brazos de Geraldo Fernández de un manotazo.

—¡Nosotros no os pedimos que vinierais!

—Es nuestra gasolina —gritó el padre de Isabel.

Siguieron discutiendo, pero el motor y los golpes de la barca contra el oleaje se encargaron de amortiguar sus palabras para Isabel. De todas formas, ella tampoco les estaba prestando atención. Lo único en lo que podía pensar era en las noventa millas que aún les faltaban por recorrer y el agua que

entraba por el agujero de bala en el costado de la barca.

Mahmoud

A las afueras de Aleppo, Siria

2015

1 día lejos de casa

El padre de Mahmoud detuvo su coche Mercedes familiar para repostar combustible en una pequeña gasolinera junto a la carretera, al norte de Aleppo. Mahmoud y Waleed se quedaron sentados en el coche mientras su madre arrullaba a Hana bajo una manta. Su madre se había puesto un vestido negro de manga larga y un hiyab rosa florido que le cubría la cabeza y los hombros y apenas dejaba ver un poquito de su cabello castaño. Papá y ella estuvieron de acuerdo en que debía cubrirse más de lo que solía hacerlo en Aleppo, por si acaso se tropezaban con musulmanes más estrictos fuera de la ciudad. En algunos lugares lapidaban y mataban a las mujeres por no cubrirse el cuerpo entero, en especial en los territorios que controlaba el Dáesh: lo que el resto del mundo llamaba «Estado Islámico». Los del Dáesh pensaban que estaban librando la batalla final del Apocalipsis, y todo aquel que no estuviese de acuerdo con su interpretación del Corán era un infiel al que había que cortarle la cabeza. Mahmoud y su familia tenían la intención de mantenerse tan alejados del Dáesh como fuera posible, pero aquellos combatientes radicales se adentraban en Siria más y más cada día.

Mahmoud miraba por la polvorienta ventanilla del coche cuando un caza a reacción pasó volando muy alto y a toda velocidad rumbo a Aleppo. Un mural pintado junto a la gasolinera mostraba al presidente Al-Asad, con el pelo oscuro muy corto y un bigotito fino bajo su nariz de rata. Lucía traje y corbata

delante de la bandera siria, rodeado de palomas de la paz y una brillante luz amarilla.

Una línea irregular de orificios de balas de verdad partía por la mitad la cara de Al-Asad.

El padre de Mahmoud volvió a subirse al coche.

—Ya tengo un recorrido que podemos hacer —dijo mamá con la *app* Google Maps abierta en su iPhone.

Mahmoud se inclinó para ver. «Esta ruta cruza la frontera con otro país», les dijo Google Maps, que marcó la alerta con un triangulito amarillo. Eso era lo que querían, salir de Siria por el camino más rápido posible. Papá arrancó el motor, metió la marcha y partieron de allí.

Una hora más tarde salieron a su encuentro en la carretera cuatro soldados que les hacían gestos para que se detuvieran. Mahmoud se quedó petrificado. Los soldados podrían ser del ejército sirio o de los rebeldes sirios. Podrían incluso ser del Dáesh. Ya no era fácil distinguirlos. Algunos de aquellos soldados llevaban pantalones y camisas de camuflaje, pero otros llevaban sudaderas Adidas, chaquetas de cuero y pantalones de chándal. Todos ellos tenían la barba corta y negra como el padre de Mahmoud y lucían un pañuelo en la cabeza de diferentes colores y diseños.

Todos ellos, sin embargo, llevaban un fusil automático, y eso era todo lo que importaba en realidad.

—El hiyab —dijo papá—. Rápido.

La madre de Mahmoud se puso el extremo del pañuelo por encima de la cabeza de forma que solo se le viesen los ojos.

Mahmoud se hundió en el suelo del viejo Mercedes familiar y trató de desaparecer. En el asiento, a su lado, Waleed iba erguido junto a la ventanilla bajada, inmóvil y sin inmutarse.

—Mantened todos la calma —dijo papá al frenar el coche— y dejad que sea yo quien hable.

Uno de los soldados se situó delante del vehículo, con el fusil apuntando más o menos en dirección al parabrisas, mientras los demás lo rodeaban por los lados y miraban por las ventanillas. Los soldados no decían nada, y Mahmoud cerró los ojos con fuerza a la espera de que llegaran los disparos. El sudor le corría por la espalda.

—Solo intento poner a salvo a mi familia —le dijo papá a aquellos hombres.

Uno de ellos se detuvo ante la ventanilla del lado del conductor y apuntó al padre de Mahmoud con el fusil.

—¿A qué bando apoyáis?

Aquella pregunta era tan peligrosa como su arma. La respuesta correcta y vivirían; la respuesta incorrecta y morirían todos. Pero ¿cuál era la respuesta correcta? ¿Al-Asad y el ejército sirio? ¿Los rebeldes? ¿El Dáesh? Su padre vaciló, y Mahmoud contuvo la respiración.

Uno de los soldados amartilló su rifle. ¡Clic-CLAC!

Fue Waleed quien habló.

—Estamos en contra de quien nos está tirando bombas —dijo.

El soldado se echó a reír, y los demás soldados se rieron con él.

—Nosotros también estamos en contra de quien está tirando las bombas —dijo el soldado de la ventanilla—, que suele ser ese perro de Al-Asad.

Mahmoud volvió a respirar con alivio. Waleed no lo sabía, pero los había sacado del apuro.

—¿Hacia dónde vais? —preguntó el soldado de la ventanilla.

—Al norte —dijo papá—. Por Azaz.

El soldado abrió la puerta de atrás del coche, se metió dentro y echó a Waleed al maletero del coche familiar.

—No, no, ya no se puede ir por Azaz —le dijo el soldado—. El Frente Islámico y Al Qaeda están combatiendo allí ahora.

Se abrió la puerta del lado de Mahmoud, y uno de los soldados le hizo levantarse del suelo y pasar atrás, al maletero, con Waleed. Dos soldados más se metieron a presión en el asiento de atrás, y el último se unió a Mahmoud y Waleed en el maletero, con sus mochilas. Estaba polvoriento y olía como si no se hubiera dado un baño en meses, y tanto él como su fusil irradiaban como un horno el calor de la carretera.

Al parecer, todos se iban de viaje con ellos.

Uno de los soldados del asiento de atrás le quitó el iPhone a mamá y se fijó en la ruta.

—Usa el Apple Maps —dijo uno de los soldados.

—No, pedazo de idiota, el Google Maps es mejor —dijo su amigo—.

Mira esto —le dijo al padre de Mahmoud—. Vas a tener que ir hasta Qatmah, y después al norte por Qestel Cindo. Aquí está combatiendo todo el mundo: los rebeldes, el ejército y el Dáesh —dijo mientras señalaba varios lugares en el mapa—. Muchas armas y artillería. Y los kurdos mantienen todo este territorio de aquí. Los rusos han lanzado ataques aéreos aquí y aquí en apoyo de ese cerdo alauí de Al-Asad, y los drones americanos están atacando al Dáesh aquí y aquí.

A Mahmoud se le pusieron los ojos como platos. Todo lo que el soldado estaba describiendo se encontraba entre ellos y Turquía.

—Vuelve hacia el sur —le dijo uno de los soldados al padre de Mahmoud—. Nos puedes dejar en la autopista 214.

Papá le dio la vuelta al coche y se puso en marcha.

El soldado que tenía el iPhone fue pasando el mapa para ver su destino.

—¿Vais a Turquía?

—Es que..., es que estudié allí, en la Facultad de Ingeniería —dijo el padre de Mahmoud.

—No deberías estar marchándote de Siria —dijo uno de los soldados—. ¡Deberías dar la cara por tu país! ¡Combatir al tirano de Al-Asad!

Entre Al-Asad y el Dáesh, los rusos y los americanos, pensó Mahmoud, no quedaba mucho de Siria por lo que luchar.

—Yo solo quiero mantener a salvo a mi familia —dijo papá.

—A mi familia la mataron en un ataque aéreo —dijo uno de los soldados—. Quizá tú también tomes las armas cuando a la tuya le pase lo mismo. Pero, para entonces, ya será demasiado tarde.

Mahmoud recordó el horror que había sentido cuando se derrumbó su edificio y pensó que su madre aún estaba dentro. El temor que había sentido cuando no podían localizar a su padre. Si sus padres hubieran muerto en el ataque aéreo, ¿habría querido vengarse de quienes los habían matado? En lugar de huir, ¿deberían Mahmoud y su padre unirse a los rebeldes y luchar para recuperar su país?

El padre de Mahmoud seguía conduciendo. Ya casi habían llegado a la autopista cuando surgió cercano el sonido de una ametralladora — ¡ratatatata! ¡Ratata!—, y las balas impactaron contra el coche con un ruido metálico. Mahmoud chilló y se tiró al suelo cuando le cayó encima una lluvia

de cristales. Reventó uno de los neumáticos traseros, y el coche se puso a dar bandazos entre chirridos mientras su padre luchaba por mantenerlo bajo control. Mahmoud y Waleed rodaron por el coche, y el soldado que iba detrás les cayó encima.

Tenía un agujero en la cabeza.

Mahmoud volvió a gritar y empujó al hombre para apartarlo cuando el coche derrapó hasta detenerse. Las balas pasaban silbando y volvieron a alcanzar el coche —clinc, clic, clic— y el padre de Mahmoud abrió de golpe la puerta del conductor y sacó a mamá y a Hana con él.

—¡Salid del coche! —gritó.

Los soldados del asiento de atrás abrieron la puerta del lado izquierdo del coche y salieron en tromba. Más balas pasaron silbando por encima de sus cabezas, y los soldados rebeldes no tardaron en responder al fuego; el ruido de sus fusiles automáticos le retumbaba a Mahmoud en los oídos como si estuviese metido en un barril y lo estuvieran golpeando por fuera con martillos.

Lo único que Mahmoud quería era hacerse un ovillo y desaparecer, pero sabía que si Waleed y él se quedaban en el coche, acabarían como el soldado muerto junto a ellos.

Tenía que incorporarse. Salir del coche. *Moverse*. El corazón le latía tan fuerte que pensaba que se le iba a salir del pecho, pero Mahmoud halló el coraje para agarrar a Waleed del brazo, tirar de él por el asiento y lanzarse de cabeza por la puerta. Cayeron en la cuneta dando volteretas, junto a sus padres. Hana estaba llorando, pero Mahmoud apenas podía oírla por encima del sonido de los disparos.

El padre de Mahmoud esperó hasta que se produjo un alto el fuego, y volvió a subir a gatas por la cuneta hacia el coche.

—¡Youssef, no! —gritó mamá—. ¿Qué estás haciendo?

El padre de Mahmoud se lanzó de nuevo al asiento delantero y se llevó de un tirón el móvil y el cable del cargador del Mercedes en el momento justo en que las balas volvían a acribillar el coche. Rodó y se volvió a deslizar en la cuneta.

—Tenía que volver a por el móvil —le dijo—. Si no, ¿cómo voy a jugar a los Angry Birds?

Otra vez hablaba en broma. Mahmoud sabía que necesitaban los móviles para que les sirvieran de ayuda para llegar a Turquía. Sin los mapas, estarían perdidos.

El padre de Mahmoud esperó a que se produjese otra tregua de disparos, y entonces, todos se alejaron del coche a toda prisa y se dejaron allí todas sus pertenencias.

Josef
En algún lugar del Atlántico
1939

8 días lejos de casa

Por fin, llegó el *sabbat*. Era el día en que Josef dejaría atrás la infancia y se convertiría en un hombre, y apenas era capaz de contener la emoción. En el tablón de anuncios del barco se comunicó que el salón social de primera clase se convertiría en una sinagoga, el lugar de oración de los judíos, lo cual significaba que, al final, Josef sí tendría su bar mitzvá. Sin embargo, tuvo mucho cuidado de no mostrar sus ansias delante de su padre. Lo que antes habría sido un momento de felicidad en el hogar de los Landau ahora se veía cargado de inquietud a causa de la paranoia de su padre.

—¿Una sinagoga a bordo del barco? —dijo papá.

Hizo un gesto negativo con la cabeza mientras se paseaba por su pequeña habitación con aquel pijama que le venía grande.

—El propio capitán lo ha dispuesto —dijo mamá.

—¡Eso es ridículo! ¿Es que nadie más vio la bandera nazi en todo lo alto cuando subimos a bordo?

—O sea, que no vas a ir al bar mitzvá de tu propio hijo, ¿no?

La madre de Josef y Ruthie ya estaban vestidas con sus mejores galas del *sabbat*. Josef se había puesto su mejor camisa y su mejor corbata.

—¿Un bar mitzvá? ¡No habrá suficientes hombres para formar un *minyán*! —dijo papá. Por tradición, eran necesarios diez hombres judíos o más, un *minyán*, para poder celebrar un rito público—. No. Nadie que haya vivido en

Alemania en los últimos seis años será tan tonto como para asistir a un rito judío a bordo de un barco nazi. —Papá se pasó la mano por la cabeza rapada—. No. Es una trampa. Pensada para hacernos salir. Y es entonces cuando nos atraparán. Una trampa.

Mamá suspiró.

—Pues muy bien. Iremos sin ti.

Allí lo dejaron, paseándose por el camarote y mascullando para sus adentros. Josef se sintió como si alguien le hubiese arrancado el corazón del pecho. Todas las veces en que había soñado con aquel día, su padre siempre había estado allí para recitar una bendición con él. «Pero quizá consista en esto convertirse en un hombre —pensó Josef—. Quizá hacerse un hombre significa que ya no te puedes fiar de tu padre».

Josef, su madre y Ruthie se detuvieron nada más entrar en el salón social de primera clase. No había aquellos diez hombres necesarios para el rito, sino un centenar de hombres, probablemente más, todos con una kipá en la cabeza y talits —un chal de oración— de color blanco y negro puestos sobre los hombros como si fueran bufandas. Habían desplazado las mesas de jugar a las cartas a ambos lados de la sala, y los camareros estaban disponiendo más sillas para acomodar a la multitud. En una mesa al frente había un rollo de la Torá.

Josef se quedó allí de pie, mirando. Le daba la sensación de que habían pasado siglos desde la última vez que estuvo en una sinagoga. Eso fue antes de la *Kristallnacht*, antes de las leyes de Núremberg que convirtieron a los judíos en ciudadanos de segunda clase, antes de los boicots y la quema de libros. Antes de que los judíos tuvieran miedo de reunirse en lugares públicos. Los padres de Josef siempre lo habían llevado con ellos a la sinagoga en *sabbat*, incluso cuando los padres de los demás niños dejaban a sus hijos con sus niñeras. Todo aquello volvía ahora en tromba sobre él: balancearse y murmurar las oraciones con los demás, estirar el cuello para ver la Torá cuando la sacaban del arca y la esperanza de tener la oportunidad de tocarla y besarla cuando pasara por ellos. Josef sintió un cosquilleo en la piel. Los nazis les habían quitado todo aquello, se lo habían quitado a él, y ahora él, con los demás pasajeros, lo estaba recuperando.

Gustav Schroeder, el menudo capitán del barco, se encontraba en la puerta

para recibirlos. Un buen número de miembros de la tripulación que estaban fuera de servicio se había congregado en la galería superior de la sala para verlo.

—Capitán —le dijo un rabino, uno de los hombres que dirigían el rito—, me preguntaba si podríamos retirar el retrato del Führer, dadas las circunstancias. Parece... inapropiado celebrar un momento tan sagrado en presencia de Hitler.

Josef había visto cuadros del líder nazi por todo el barco, y el salón social de primera clase no era una excepción. Un gran retrato de Hitler colgaba del centro de la sala y los vigilaba a todos. A Josef se le heló la sangre en las venas. Odiaba a aquel hombre. Lo odiaba por todo lo que le había hecho a los judíos, pero, principalmente, por lo que Hitler le había hecho a su padre.

—Por supuesto —dijo Schroeder.

El capitán se apresuró a llamar a dos camareros para que se acercaran, y no tardaron en bajar el retrato y en sacarlo del salón.

En la galería superior, Josef vio que uno de los miembros de la tripulación le daba un puñetazo a la barandilla y se marchaba airado.

La madre de Josef le dio un beso en la mejilla a su hijo, y ella y Ruthie fueron a sentarse en la sección reservada para las mujeres. Josef tomó asiento en la sección de los hombres. El rabino se situó de pie ante la multitud y leyó a Oseas. Después llegó el momento de que Josef recitase la bendición que llevaba semanas practicando. Sintió un cosquilleo en el estómago al levantarse delante de un público tan numeroso y se le quebró la voz al trastabillarse con las palabras en hebreo, pero lo hizo. Localizó a su madre entre la gente. Tenía lágrimas en los ojos.

—Hoy —dijo Josef—, soy un hombre.

Fueron muchas las manos que tuvo que estrechar y muchas las felicitaciones después de la ceremonia, pero todo quedó en un borrón para él. Se sentía como si estuviera en un sueño. Había deseado aquello desde donde le alcanzaba la memoria. Dejar de ser un niño. Ser un adulto.

La madre y la hermana de Josef se marcharon de vuelta a ver a su padre en su camarote. Josef se dio un paseo por la cubierta, ya como un hombre.

Renata y Evelyne salieron de golpe de detrás de un bote salvavidas y lo agarraron de las manos. Sin sus padres a bordo, se habían saltado la sinagoga

para quedarse jugando.

—¡Josef! ¡Ven a hacernos guardia! —exclamó Renata.

Antes de poder protestar, las chicas lo llevaron a rastras hasta los aseos de señoras. Temió que fuesen a meterlo dentro, pero las niñas lo plantaron ante la puerta.

—Danos un grito si ves que viene alguien —le dijo Renata sin aliento—. Vamos a cerrar todas las puertas de los aseos con pestillo desde dentro, ¡y saldremos a rastras por debajo de la puerta para que nadie pueda usar los retretes!

—No, no lo hagáis... —intentó decirles Josef, pero ya se habían marchado.

Allí se quedó, muy incómodo, sin saber muy bien si debía marcharse o quedarse. Las hermanas no tardaron en volver a salir corriendo, agarradas la una a la otra entre risas.

Una mujer joven pasó por delante de ellos tambaleándose, agarrándose el estómago y con la cara tan pálida que parecía verdosa. Renata y Evelyne guardaron silencio, y Josef pudo oír que la mujer sacudía las puertas tratando de abrirlas a la desesperada, en busca de un retrete.

La mujer salió de los aseos dando bandazos, con un aspecto más pálido y desesperado aún, y se alejó entre tambaleos.

Renata y Evelyne se echaron a reír.

Josef se irguió.

—Esto no tiene gracia. Entrad ahí y abrid esas puertas de inmediato.

—No eres un adulto solo porque hayas tenido ya tu bar mitzvá —le dijo Renata, y Evelyne le sacó la lengua—. Vámonos, Evie... ¡Vamos a hacerlo en los aseos de la cubierta A!

Las niñas se marcharon, y Josef soltó un resoplido. Tenían razón. Un bar mitzvá por sí solo no lo convertía en un adulto. Ser responsable sí. Siguió caminando por la cubierta de paseo en busca de algún camarero a quien poder contarle lo de los aseos. Vio a dos que se habían detenido a mirar al mar por la barandilla y se acercó a ellos por la espalda.

—Debemos de ir a dieciséis nudos, fácilmente —dijo uno de los camareros—. El capitán tiene los motores al límite.

—No le queda más remedio —dijo el otro—. Los otros dos barcos son

más pequeños y más rápidos. Llegarán antes a Cuba y desembarcarán su pasaje, y ¿quién sabe? Cuando nosotros lleguemos allí, Cuba podría decidir que ya está llena de judíos y rechazarnos.

Josef miró al mar. Hasta donde él alcanzaba a ver, no había ningún otro barco en el horizonte. ¿De qué otros barcos estaban hablando? ¿Más barcos llenos de refugiados? Y ¿por qué era importante quién llegaba primero? ¿No había solicitado y pagado su visado todo el mundo a bordo? Cuba no podía rechazarlos.

¿O sí podía?

Uno de los camareros hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Hay algo que no nos están contando, los de la naviera. Algo que no le están contando a Schroeder. El capitán está metido en un aprieto, te lo digo. No querría ser él ni por todo el azúcar de Cuba.

Josef retrocedió. Ya se había olvidado de los retretes de los aseos de señoras.

Si su familia y él no llegaban a Cuba, si no les permitían entrar, ¿adónde irían?

Isabel
Estrecho de Florida, en algún lugar al norte
de Cuba
1994

1 día lejos de casa

El señor Castillo estaba al mando en la barca. Nadie había votado ni lo había nombrado capitán, pero él la había construido, al fin y al cabo, y era él quien estaba al timón, gobernándola, de modo que eso lo ponía al mando. Sin embargo, no parecía muy contento por ello. No dejaba de fruncir el ceño mirando el motor y el timón como si algo fuera mal, pero, aparte de un parcheado rápido que hicieron metiendo un calcetín en el orificio de la bala, todo iba bien. Las luces de La Habana habían disminuido hasta convertirse en un punto en el horizonte a su espalda, y habían dejado atrás a todas las demás embarcaciones.

Isabel se aferraba al banco de madera en el que iba sentada, apretada entre Iván y su abuelo. La barca era apenas lo bastante grande para siete personas, y, con Luis y su novia, iban prácticamente sentados los unos encima de los otros.

—Creo que ya va siendo hora de que saludemos a la otra persona que viene a bordo con nosotros —dijo el abuelo de Isabel.

Isabel pensó que se refería a la novia de Luis, pero su abuelo se puso a apartar unos sacos de comida y unos bidones de agua y señaló al suelo de la barca.

Desde allí los miraba fijamente ¡el enorme rostro de Fidel Castro!

La novia de Luis soltó un grito ahogado y, de repente, estalló en risas. Poco después, todos se reían con ella. Isabel se reía tanto que le dolía el estómago.

Se rio incluso el gruñón del señor Castillo.

—Necesitaba algo grande y duro para el fondo de la barca —dijo—. Y, al ver que había tantos carteles por ahí con la cara del presidente...

Y era cierto. El rostro de Castro estaba por todas partes en Cuba: en las vallas publicitarias, en los taxis, enmarcado en las paredes de los colegios, pintado en las fachadas laterales de los edificios.

Debajo de aquel dibujo decía: «LUCHAR CONTRA LO IMPOSIBLE Y VENCER».

—Bueno, Fidel sí que tiene dura la cabezota —dijo Luis.

Isabel se llevó las manos a la boca, pero no pudo evitar volver a reírse con todos los demás. En Cuba no podías decir cosas como esa. Pero claro, ya no estaban en Cuba, ¿verdad?

—¿Sabéis cuáles son los mayores logros de la revolución cubana? —preguntó el padre de Isabel.

—La educación, la sanidad pública y los deportes —dijeron todos a una. Era lo que Castro repetía siempre en sus extensos discursos.

—¿Y sabéis cuáles son sus mayores fracasos? —les preguntó.

—El desayuno, la comida y la cena —respondieron los adultos, como si ya hubieran oído aquel chiste también muchas veces.

Isabel sonrió.

Aquello hizo que alguien sacara la comida y la bebida, aunque era tarde.

Isabel dio un sorbito a una botella de gaseosa.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Estados Unidos? —preguntó.

El señor Castillo se encogió de hombros.

—Mañana por la noche, quizá. Mañana por la mañana tendremos el sol para guiarnos.

—Lo único que importa ahora es que nos alejemos de Cuba tanto como podamos —dijo la novia de Luis.

—Y ¿cómo te llamas, bonita? —le preguntó Lito.

—Amara —dijo la chica.

Era muy guapa, incluso con el uniforme azul de policía. Tenía una piel

morena perfecta, el pelo largo y negro, y los labios rojos y carnosos.

—No, no, no —dijo Lito, que se abanicó la cara—. Tú te tienes que llamar Marisol, ¡porque me estás haciendo sudar!

La chica sonrió, pero la madre de Isabel le dio una palmada a Lito en la pierna.

—Papá, para ya, que eres lo bastante mayor para ser su abuelo.

Lito se tomó aquello como un desafío. Se llevó la mano al corazón.

—Ojalá fuera yo tu canción favorita —le dijo a Amara—, para poder estar siempre en tus labios. Si tus ojos fueran el mar, yo me ahogaría en ellos.

Lito le estaba echando piropos, halagos que los cubanos les decían a las mujeres por la calle para coquetear. Ya no lo hacía todo el mundo, pero para Lito era como un arte. Amara se echó a reír, y Luis sonrió.

—A lo mejor no deberíamos hablar de ahogamos —dijo papá agarrado al borde de la barca cuando cortaron una ola.

—¿Cómo pensáis que será Estados Unidos? —preguntó la madre de Isabel a todo el mundo.

Isabel tuvo que detenerse a pensar en ello. ¿Cómo sería Estados Unidos? No había tenido mucho tiempo para imaginárselo siquiera.

—Estanterías llenas de comida en las tiendas —dijo la señora Castillo.

—Poder viajar por donde queramos, ¡cuando queramos! —dijo Amara.

—Yo quiero poder escoger a quién voto —dijo Luis.

—¡Yo quiero jugar al béisbol en los Yankees de Nueva York! —dijo Iván.

—Yo quiero que antes vayas a la universidad —le dijo su madre.

—Yo quiero ver la televisión americana —dijo Iván—. ¡Los Simpson!

—Yo voy a abrir mi propio bufete de abogados —dijo la señora Castillo, que ya trabajaba en un despacho cooperativo de asistencia legal en La Habana.

Isabel escuchaba mientras todos iban enumerando más y más cosas que deseaban de Estados Unidos. Ropa, comida, deportes, películas, viajes, estudios, oportunidades. Todo aquello sonaba maravilloso, pero, en lo que a Isabel se refería, todo cuanto deseaba era un lugar donde su familia y ella pudieran estar juntos y felices.

—¿Cómo crees tú que será Estados Unidos, Papi? —preguntó Isabel.

Su padre pareció sorprendido con la pregunta. Él era la otra persona que no había dicho nada.

—Se acabaron los «Ministerios de Decirle a la Gente lo que Tiene que Pensar o si no Ya Verás...» —dijo él—. Se acabó eso de que te metan en la cárcel por estar en desacuerdo con el gobierno.

—Pero ¿qué es lo que quieres tú cuando lleguemos allí? —le preguntó el señor Castillo.

Vaciló mientras todos le miraban fijamente, mientras sus ojos estudiaban el rostro de Castro en el suelo como si hubiera allí alguna respuesta oculta.

—Ser libre —dijo Papi por fin.

—¿Qué tal una canción? —dijo Lito—. Chabela, tócanos una canción con tu trompeta.

A Isabel se le hizo un nudo en el pecho. Le había contado a sus padres lo que había hecho, pero no a Lito. Sabía que él jamás le habría permitido hacerlo.

—He cambiado la trompeta —confesó Isabel—, por la gasolina.

Su abuelo se quedó horrorizado.

—¡Pero si esa trompeta lo era todo para ti!

«No, todo no —pensó Isabel—. No era mi madre, ni mi padre, ni tampoco tú, Lito».

—Ya conseguiré otra en Estados Unidos —dijo ella.

Lito le dijo que no con la cabeza.

—Mira, pues tendremos una canción de todas formas.

Empezó a cantar un tema de salsa y a marcar el ritmo en el lateral de la barca metálica. Poco después, la barca entera estaba cantando, y Lito se puso de pie y le ofreció una mano a Amara para invitarla a bailar.

—¡Papá! ¡Siéntate! ¡Te vas a caer de la barca! —le dijo la madre de Isabel.

—No me puedo caer de la barca, ¡porque ya he caído en las redes de esta princesa de los mares! —dijo.

Amara tomó su mano, y los dos bailaron lo mejor que pudieron en el balanceo de la barca. Mami empezó a marcar la clave dando palmas, e Isabel frunció el ceño al tratar de seguir el ritmo.

—¿Sigues sin oírla, Chabela? —le preguntó Lito.

Isabel cerró los ojos y se concentró. Casi podía oírla..., casi...

Y entonces el motor petardeó y se paró, y se acabó la música.

Mahmoud
Kilis, Turquía
2015

2 días lejos de casa

Mahmoud podía oír música al otro lado de la valla.

Era difícil ver con toda esa gente. Estaba en una larga fila con su familia, esperando en la frontera a que les permitiesen la entrada a Turquía, cerca de la ciudad de Kilis. A su alrededor había innumerables familias sirias, todas ellas con la esperanza de que las dejaran entrar. Llevaban consigo todas sus pertenencias, a veces en maletas y en bolsas de lana gruesa, pero con más frecuencia embutidas en fundas de almohada y en bolsas de basura. Los hombres vestían vaqueros, camisetas y chaquetas de chándal; las mujeres lucían vestidos, burkas y hiyabs. Sus hijos parecían versiones de ellos en miniatura, y también actuaban como adultos en miniatura: apenas había llantos ni quejas, y ninguno de los niños jugaba.

Todos habían caminado desde muy lejos y habían visto demasiado.

Después de abandonar el coche, Mahmoud y su familia habían seguido el mapa del móvil y habían bordeado de la mejor forma posible las ciudades controladas por el Dáesh, por el ejército sirio, por los rebeldes y por los kurdos. Google Maps les dijo que sería una caminata de ocho horas, y dividieron el trayecto en dos jornadas, durmiendo en un sembrado. Hacía calor al aire libre durante el día, pero hacía frío por la noche, y, en sus prisas por escapar, Mahmoud y su familia se habían dejado en el coche toda la ropa de sobra.

Fue a la mañana siguiente cuando vieron el gentío.

Docenas de personas. Cientos de ellas. Refugiados, exactamente igual que Mahmoud y su familia, que habían abandonado sus hogares en Siria y se dirigían a pie al norte, hacia Turquía. Hacia la seguridad. Mahmoud y su familia se adaptaron a su paso y desaparecieron entre sus filas. Invisibles, justo como a Mahmoud le gustaba. Junta, aquella muchedumbre de refugiados que arrastraban los pies pasaba desapercibida para los drones americanos, para los lanzacohetes rebeldes, para los tanques del ejército sirio y para los aviones rusos. Mahmoud oía explosiones y veía nubes de humo, pero nadie prestaba atención a unos cientos de sirios que abandonaban el campo de batalla.

Y ahora hacían cola allí con él, todos aquellos cientos de personas y miles más, y entonces dejaban de ser invisibles. Guardias turcos vestidos de camuflaje verde claro, con armas automáticas y la cara cubierta con mascarillas blancas quirúrgicas, se paseaban arriba y abajo de la fila, fijándose en todos ellos de uno en uno. Mahmoud se sintió como si hubiera hecho algo malo. Quería apartar la mirada, pero le preocupaba que eso hiciese pensar a los guardias que estaba ocultando algo. Pero si los miraba directamente a los ojos, ellos se fijarían en él y quizá los apartasen de la fila a él y a su familia.

Lo que hizo Mahmoud fue quedarse mirando a la espalda de su padre. Papá tenía la camisa sucia en las axilas, y, con un rápido olisqueo a la suya propia, Mahmoud se dio cuenta de que él también apestaba. Habían pasado horas caminando bajo el sol ardiente y sin darse un baño, sin cambiarse de ropa. Parecían cansados, pobres y desgraciados. De haber sido un guardia fronterizo turco, él no habría dejado entrar a ninguna de aquellas personas sucias y derrengadas, incluido él mismo.

El padre de Mahmoud tenía la documentación guardada en los pantalones, bajo la camisa, junto a todo su dinero: sus únicas pertenencias ahora, además de los dos móviles y sus cargadores. Cuando Mahmoud y su familia por fin llegaron a la cabeza de la fila, a última hora del día, su padre presentó sus documentos oficiales al agente del puesto fronterizo. Transcurrido lo que les pareció una eternidad revisando sus papeles, el guardia por fin les grapó un visado temporal en los pasaportes y los dejó pasar.

¡Estaban en Turquía! Mahmoud no se lo podía creer. Conforme se iban acumulando los pasos, conforme se iban acumulando los kilómetros, Mahmoud había empezado a pensar que jamás escaparían de Siria. No obstante, por aliviado que se sintiese, sabía que aún le quedaba un largo camino por recorrer.

Ante ellos se extendía una pequeña ciudad de tiendas de campaña de lona blanca cuyas puntas superiores se tambaleaban como las cabrillas de espuma que se levantan en un mar agitado. No había árboles, ni sombra, ni parques, ni campos de fútbol, ni ríos. Solo un mar de tiendas blancas y un bosque de postes de la luz y cables.

—¡Oye, estamos de suerte! —bromeó el padre de Mahmoud—. ¡El circo está en el pueblo!

Mahmoud miró a su alrededor. Había una «calle principal» en el campamento, un carril ancho donde los refugiados habían montado sus pequeños puestos donde vendían tarjetas de teléfono, hornillos de campamento, ropa y cosas que la gente había llevado consigo pero ya no quería o no necesitaba. Era como un mercadillo de segunda mano gigante, y era como si todo el campamento estuviera allí. El recorrido estaba lleno de sirios, todos paseándose por el lugar como si no tuvieran otra cosa que hacer ni otro sitio adónde ir.

—Muy bien —estaba diciendo el padre de Mahmoud—. Un hombre del grupo con el que hemos venido a pie me ha dado el nombre de un contrabandista que nos puede llevar de Turquía a Grecia.

—¿Un *contrabandista*? —dijo mamá.

A Mahmoud tampoco le gustó cómo sonaba aquello: para él, *contrabandista* significaba «ilegal», e *ilegal* significaba «peligroso».

Papa hizo unos gestos para que dejaran a un lado sus temores.

—No pasa nada. Es a lo que se dedican. Meten a la gente en la UE.

Mahmoud sabía que la UE era la Unión Europea. También sabía que eran mucho más estrictos que Turquía con respecto a dejar entrar a la gente. Sin embargo, una vez que estabas dentro de uno de los países de la UE, como Grecia, Hungría o Alemania, podías pedir asilo y que te concediesen oficialmente la condición de refugiado.

La parte difícil era llegar hasta allí.

—He estado hablando con él por WhatsApp —continuó papá mientras mostraba su móvil—. Será caro, pero lo podemos pagar. Y tendremos que llegar hasta Esmirna, en la costa turca. Según Google Maps, son diecinueve días andando o doce horas en coche. Veré si puedo encontrar un autobús.

Mahmoud recorrió la calle del mercadillo con su madre, su hermana y su hermano. La gente se daba voces en turco, en kurdo y en árabe, y la música de las radios y las televisiones inundaba el aire. Otros niños corrían de aquí para allá entre los adultos, riéndose y persiguiéndose por los callejones que salían de la avenida principal. Mahmoud se sorprendió con una sonrisa en los labios. Después de Aleppo, de los disparos y las explosiones casi constantes y salpicadas del silencio opresivo de toda una ciudad que hacía lo posible por no atraer la atención sobre sí, aquel lugar parecía estar vivo, aunque estuviera sucio y abarrotado.

Mahmoud vio una caja de cartón con juguetes usados en uno de los puestos y se arrodilló para rebuscar en ella mientras su madre y sus hermanos continuaban paseando. Se puso a revolver en la caja con la esperanza de... ¡Sí!

¡Una Tortuga Ninja! Era la del antifaz rojo. No había más Tortugas Ninja en la caja, pero Waleed estaría emocionado con aquella. O eso esperaba Mahmoud, al menos. En esos tiempos, Waleed no parecía emocionarse con mucho ya. Mahmoud pagó diez libras sirias por ella, unos cinco céntimos de euro.

Un coche hizo sonar el claxon detrás de Mahmoud, que se dio la vuelta como todo el mundo. Era un viejo taxi Opel de color azul que avanzaba tan despacio que Mahmoud era capaz de caminar más rápido. Era el único coche que había visto en el campamento, y el gentío se apartaba para dejarlo pasar conforme se acercaba. Una canción siria de música pop atronaba en la radio, y los jóvenes, hombres y mujeres, bailaban y reían junto al coche. Cuando pasó por delante de él, Mahmoud vio a una pareja joven sentada en la parte de atrás. La mujer iba vestida con un traje de satén blanco y un velo.

Mahmoud se dio cuenta de que era una procesión nupcial. Allá, en Siria, era tradicional que una caravana de coches te escoltase hasta tu boda para llevarte hacia tu nueva vida. Mahmoud recordó la boda de su tío, antes de la guerra. Su tío se había puesto un esmoquin, y su novia lucía un vestido de

joyas resplandecientes y una diadema, y una docena de coches los escoltó hasta una fiesta de celebración donde Mahmoud se comió un trozo de una deliciosa tarta de siete pisos y bailó con su madre al son que tocaba una banda de música de verdad. Aquí, el único séquito de la pareja era un grupo de chicos adolescentes escandalosos que corrían al lado del taxi, y su destino era una tienda blanca y sucia con cualquier comida que hubieran sido capaces de comprar en el mercadillo del campamento. No obstante, parecía que todo el mundo se estaba divirtiendo.

El tubo de escape del viejo taxi hizo un ruido como el de un disparo — ¡PAM!—, y todo el mundo se agachó de manera instintiva. El recuerdo indeleble del caos del que acababan de escapar rompió por unos instantes el hechizo de la felicidad y la seguridad.

Mahmoud aún tenía el pulso acelerado cuando alguien le puso la mano en el hombro, y se sobresaltó.

Era su padre.

—Mahmoud, ¿dónde está tu madre? ¿Dónde están Waleed y Hana? —le preguntó papá—. He encontrado un transporte, pero tenemos que marchamos *ahora mismo*.

Josef
En algún lugar del Atlántico
1939

10 días lejos de casa

Josef siguió al pequeño grupo de niños a través de la puerta elevada que daba paso al puente de mando del St. Louis. El puente era una sala curva y estrecha que iba desde una banda del barco hasta la otra. Los rayos de un sol resplandeciente entraban a través de una docena de ventanas que ofrecían una visión panorámica del verde azulado del vasto Atlántico y unas nubes blancas dispersas. A lo largo y ancho de aquella sala de suelos de madera había bancos metálicos con mapas y reglas encima, y las paredes estaban salpicadas de misteriosos indicadores y relojes hechos de un metal que relucía.

En el puente había unos cuantos miembros de la tripulación, algunos de ellos con el uniforme blanco y azul como el que llevaban los camareros, y otros tres con chaquetas azules con botones metálicos y bandas doradas en los puños y una gorra de plato azul con adornos de oro. Uno de los marineros se encontraba ante el timón, un volante con radios que tenía el tamaño de la rueda de un camión y unos mangos que sobresalían a lo largo de todo el perímetro. Se parecía a los timones que Josef había visto en los dibujos de los barcos pirata, pero este era de metal y estaba conectado a un pedestal rectangular grande.

El más bajo de los tres hombres que lucían el uniforme elegante se acercó al grupo con una enorme sonrisa en la cara. Josef lo reconoció del rito del *sabbat*.

—Niños y niñas, bienvenidos al puente de mando —dijo—. Soy el capitán Schroeder.

El capitán saludó a todos con un apretón de manos a pesar de que ninguno de ellos tenía más de trece años. Uno de los padres a bordo del barco había organizado un recorrido por el puente de mando y la sala de máquinas para todos los niños que desearan asistir, y ocho de ellos se habían apuntado. A Ruthie y a Evelyne no les había interesado, pero Renata sí estaba allí junto con unos cuantos de los niños más mayores.

El capitán Schroeder les presentó a su primer oficial y al resto de la tripulación del puente y les mostró lo que significaban algunos de los indicadores y los relojes. Josef escuchaba con entusiasmo.

—Esto es el control de las máquinas del St. Louis —les explicó el capitán Schroeder—. Cuando queremos cambiar la velocidad, sujetamos estos mandos, los deslizamos hacia delante, hasta el tope, y después volvemos a tirar de ellos hacia atrás para colocarlos en la nueva posición. —Sonrió—. No voy a cambiar de velocidad ahora, porque ya tenemos las máquinas justo en la posición que queremos.

Josef se percató de que ambos mandos estaban colocados en la posición AVANTE TODA.

—¿Vamos a toda velocidad porque competimos con otros dos barcos a ver quién llega antes a Cuba? —le preguntó Josef.

El capitán pareció sorprendido, y después un poco enfadado.

—¿Dónde has oído que competimos contra otros dos barcos por llegar a Cuba? —le preguntó a Josef.

—Dos camareros estaban hablando de ello el otro día —dijo Josef, que se sentía un poco nervioso—. Dijeron que si no llegamos los primeros, quizá no nos dejarán entrar.

El capitán frunció los labios y lanzó una mirada muy significativa a su primer oficial, que parecía preocupado.

Schroeder volvió a lucir una sonrisa.

—No estamos echando carreras de ningún tipo —dijo mirando a Josef y a los demás niños—. Navegamos con la mejor velocidad posible porque tenemos aguas tranquilas y viento en popa. No tenéis nada de lo que preocuparos. Ahora, ¿qué os parece si el suboficial de marina Jockl os enseña

la sala de máquinas?

Si el puente se encontraba en lo más alto del barco, la sala de máquinas estaba en lo más hondo. Después de atravesar una puerta contra incendios donde decía «SOLO TRIPULACIÓN» con grandes letras, Josef y el grupo de visita descendieron por una escalera tras otra y aun así no terminaban de llegar a la sala de máquinas.

Bajo cubierta, todo era muy distinto de lo que Josef se había acostumbrado a ver por encima de ella. Si en las cubiertas A, B y C todo era espacioso y confortable, aquí no había ojos de buey ni camarotes amplios. El aire era húmedo y olía a cigarrillos, a repollo y a sudor. Al asomarse a los camarotes, Josef pudo ver que los alojamientos de la tripulación tenían dos camas en cada estancia, sin ventanas y con apenas espacio para darse la vuelta. Los pasillos eran estrechos y los techos bajos. El suboficial de marina Jockl tenía que agachar la cabeza al cruzar las puertas. Josef jamás había tenido miedo de los espacios limitados, pero aquellas condiciones de vida tan apretadas le hicieron sentir inquietud. Era como si estuviera de visita en un mundo que le era ajeno. Los otros siete niños debían de sentirse igual, porque todos guardaban silencio, incluso Renata.

Por el pasillo llegaba el sonido de unos hombres cantando, y el suboficial de marina Jockl ralentizó el paso. Cuando se aproximaron más, Josef reconoció la tonada. Era la *Canción de Horst Wessel*, el himno del partido nazi. A Josef se le pusieron los pelos de punta, y los demás niños y él se miraron los unos a los otros con expresión nerviosa. Josef había oído cientos de veces la *Canción de Horst Wessel* durante las semanas en que su padre había estado retenido. De la noche a la mañana, había pasado de ser una canción poco conocida que los nazis cantaban en sus mítines a convertirse en el himno no oficial de Alemania, y eso era aterrador. La última vez que Josef la había oído fue cuando todos sus vecinos se alinearon en la calle para saludar a los soldados nazis que desfilaban.

El suboficial de marina Jockl intentó que los niños pasaran de largo por delante de la salita común donde la tripulación estaba bebiendo y cantando, pero, de repente, alguien de la sala gritó:

—¡Alto! ¡Los pasajeros no tienen permiso para estar aquí abajo!

Jockl se quedó paralizado, y Josef también.

Uno de los hombres se levantó de la mesa con el ceño fruncido. Era un hombre fornido, con la nariz protuberante, los carrillos de un bulldog y las cejas pobladas y oscuras. Josef ya había visto esa cara en algún sitio. ¿Había sido su camarero en la cena? ¿Les había preparado las camas alguna noche? No... Josef lo recordó. Aquel era el hombre que él había visto en la galería superior en la mañana del rito del *sabbat*. Era el hombre que se había enfadado cuando quitaron el retrato de Hitler y se lo llevaron.

El hombre se tambaleó un poco y fue dándose golpes al tratar de moverse por la salita tan estrecha. Josef ya había visto a gente borracha salir así de las tabernas de Berlín.

—El capitán ha dado a estos niños un permiso especial para visitar la sala de máquinas, Schiendick —le dijo el suboficial de marina Jockl.

—El *capitán* —dijo Schiendick con un tono de voz que rezumaba desaprobación.

Josef pudo oler el alcohol en su aliento incluso desde donde él se encontraba.

—Sí —dijo Jockl, que se irguió—. El *capitán*.

En la pared de la sala común, Josef vio un tablón de anuncios con eslóganes nazis y titulares clavados del diario *Der Stürmer*, un periódico antisemita furibundo. Sintió una oleada de temor.

—*Ratas judías* —dijo Schiendick con una mirada despectiva hacia Josef y los demás niños.

Muchos de ellos miraron al suelo, e incluso Josef apartó la mirada en un intento de no llamar la atención de aquel hombre tan grande. Josef apretó los puños, y las orejas le ardían por la frustración y la vergüenza ante su propia impotencia.

Pasados unos breves instantes de tensión, Schiendick regresó dando tumbos a su asiento, como si la amenaza de la autoridad del capitán aún tuviese algún valor incluso allí, tan lejos del puente de mando.

El suboficial de marina Jockl metió prisa a los niños para que continuasen con el recorrido, y Schiendick y sus amigos se pusieron a entonar otra canción nazi a un volumen más alto que la anterior. Josef les oyó cantar «Cuando la sangre judía mane del cuchillo, todo irá mucho mejor» antes de que Jockl les hiciera bajar otro tramo de escaleras. Josef sintió que le flojeaban las piernas

y se agarró a la barandilla. Creía que habían escapado de todo aquello a bordo del St. Louis, pero el odio les había seguido hasta allí, incluso, en medio del océano.

Con sus enormes motores diésel y sus generadores, relojes, bombas e interruptores, la sala de máquinas tendría que haber sido fascinante, pero a Josef le costó mucho sentir fascinación ante aquello. Tampoco estaban emocionados los demás niños, ninguno, después de lo que había sucedido con Schiendick. La visita finalizó con un aire de solemnidad, y el suboficial de marina Jockl los condujo de vuelta a la superficie cuidándose de llevarlos por un camino distinto.

Allí, bajo cubierta, era un mundo diferente, pensó Josef. Un mundo que quedaba fuera de esa pequeña burbuja mágica en la que habían vivido él y los demás judíos en las cubiertas del St. Louis.

Aquel de allí, bajo cubierta, era el mundo real.

Isabel
Estrecho de Florida, al norte de Cuba
1994

1 día lejos de casa

Isabel observaba mientras Papi, el señor Castillo, Luis y Amara se arremolinaban en torno al motor de la barca e intentaban averiguar por qué no arrancaba. Tenía algo que ver con el sobrecalentamiento, había dicho el señor Castillo. Amara le estaba echando agua del mar por encima, tratando de enfriarlo. Mientras tanto, a Iván y a Isabel les habían encomendado la tarea de achicar el agua del fondo de la barca. El calcetín que habían metido en el agujero ya estaba empapado y goteaba, gotita a gotita, sobre el rostro de Castro en el fondo del bote como si fuera un grifo mal cerrado.

Ya llevaban más de una hora desplazándose hacia el norte con la corriente del Golfo, a la deriva y con el motor en silencio, y ya nadie cantaba ni bailaba ni se reía.

Delante de Isabel, su madre y la señora Castillo dormían apoyadas la una contra la otra sobre el estrecho banco de la parte frontal de la barca, donde la proa terminaba en punta. Lito iba sentado en el banco del medio, justo sobre Iván e Isabel.

—Pues sí tienes familia en Miami —le dijo su abuelo a Isabel mientras Iván y ella trabajaban—. Cuando esa señora de las noticias te ha preguntado si tenías familia en Estados Unidos, le has dicho que no, pero sí la tienes —dijo Lito—. Mi hermano, Guillermo.

Isabel e Iván se miraron sorprendidos.

—No sabía que tenías un hermano —le dijo Isabel a su abuelo.

—Se marchó en los vuelos de los años setenta, los Vuelos de la Libertad, cuando Estados Unidos sacó en avión de la isla a los disidentes políticos —le contó Lito—. Aunque Guillermo no era un disidente. Solo quería vivir en Norteamérica. Yo también me podía haber marchado. Una vez fui policía, como Luis y Amara. ¿Sabías eso? Fue antes de Castro, cuando Batista era presidente.

Isabel sí sabía aquello... y que Lito había perdido su puesto durante la revolución y lo habían enviado a los campos de azúcar a recoger caña.

—Podía haber tirado de algunos hilos —dijo Lito—. Haber pedido algún favor. Habernos sacado de la isla a tu abuela y a mí.

—Entonces ¡tú habrías nacido en Estados Unidos! —le dijo Iván a Isabel, que dejó de achicar agua al pensar en lo diferente que podría ser su vida ahora mismo.

¡Nacer en un país totalmente distinto! Era algo casi inconcebible.

—Nos quedamos porque Cuba era nuestro hogar —dijo Lito—. No me marché cuando Castro se hizo con el poder en los años sesenta, tampoco me marché cuando los americanos enviaron sus aviones en los setenta, ni me marché en los ochenta cuando toda aquella gente se hizo a la mar en el puerto de Mariel.

Lito hizo un gesto negativo con la cabeza mirando hacia la piña de gente preocupada por el motor en la popa y dio un golpe con el puño contra el costado de la barca.

—Ha sido un error marcharse en este ataúd que se hunde. Tenía que haberme quedado. Teníamos que haberlo hecho todos. ¿Qué es eso de que Cuba está ahora peor que nunca? Siempre hemos estado en deuda con alguien. Primero fue España, después Estados Unidos, después Rusia. Primero vino Brú, después Batista y después Castro. Teníamos que haber esperado. Las cosas cambian. Siempre cambian.

—Pero ¿mejoran alguna vez? —le preguntó Iván.

Isabel pensó que era una buena pregunta. Durante toda su vida, las cosas solo habían empeorado. Primero con el hundimiento de la Unión Soviética; después, las peleas de sus padres; después, su padre tratando de marcharse. Después, la muerte de su abuela. Esperaba que Lito le dijese lo contrario, que

le dijera que las cosas iban a mejorar, pero su abuelo tenía la mirada perdida en las negras aguas. Isabel e Iván cruzaron una mirada. El silencio de Lito ya era suficiente respuesta.

—Alguien habría hecho algo —dijo Lito por fin—. Teníamos que haber esperado.

—Pero si iban a detener a papá —dijo Isabel.

—Ya sé que quieres a tu padre, Chabela, pero es un necio.

A Isabel le ardían las mejillas de ira y vergüenza. Ella quería a Lito, pero también quería a su Papi, y odiaba oír a Lito hablar mal de él. Pero era aún peor, su abuelo estaba diciendo aquellas cosas delante de su mejor amigo. Isabel miró fugazmente a Iván, que no levantaba los ojos de su trabajo y hacía como si no lo hubiese oído. Pero estaban justo a los pies de Lito; pudo oírlo todo. Y Lito no había terminado aún.

—Está arriesgando su vida por esto, está arriesgando la tuya, y también la de tu madre y la del hijo que no ha nacido aún, y ¿para qué? —preguntó Lito—. Pues ni siquiera lo sabe. No te lo puede decir. Le preguntas por qué quiere ir a Estados Unidos y todo cuanto es capaz de responder es «libertad». Eso no es ningún plan. ¿Cómo os va a conseguir un techo y a llevar comida a la mesa mejor de lo que lo hacía en Cuba? —Lito miró a Isabel arqueando las cejas—. Te está alejando de quien eres, de lo que eres. ¿Cómo vas a aprender jamás a marcar la clave en Miami? Miami es un lugar que no tiene magia. En La Habana lo habrías aprendido sin intentarlo siquiera. La clave es el latido oculto del pueblo por debajo de cualquier canción que toquen Brú, Batista o Castro.

A Isabel le preocupaba que Lito estuviese en lo cierto. Nunca había sido capaz de marcar la clave, pero siempre había dado por hecho que sucedería con el tiempo, que el ritmo de su tierra le iba a susurrar algún día sus secretos en el alma. Pero, ahora, ¿llegaría alguna vez a oírla? Igual que al hacer el trueque con su trompeta, ¿había intercambiado lo único que era verdaderamente suyo —su música— por la oportunidad de mantener unida a su familia?

—Deberíamos volver —dijo Lito, que se puso en pie tambaleándose—. No nos hemos alejado mucho, y con un Castro ahora tan indulgente, no nos castigarán por habernos marchado.

—No, Lito —dijo Isabel. No; por mucho que temiese haber perdido su música, su alma, no lo cambiaría por su familia. Agarró a Lito y lo retuvo—. No lo hagas. No podemos volver. ¡Arrestarán a Papi!

El pánico surgió en los oídos de Isabel como el rugido distante de un trueno. En ese momento, sin embargo, Iván y Lito miraron al cielo como si ellos también lo pudiesen oír.

No fue el temor de Isabel lo que la sacudió por dentro, hasta la misma boca del estómago.

Fue el gigantesco petrolero que iba directo hacia ellos.

Mahmoud
Esmirna, Turquía
2015

4 días lejos de casa

Mahmoud estaba de pie con su familia en un aparcamiento mojado, bajo una llovizna que lo empapaba todo y lo dejaba resbaladizo. Bajando por una playa parda y pedregosa, las grises aguas del Mediterráneo se revolvían como las de una lavadora. Un enorme carguero rojo y negro se desplazaba por la línea del horizonte.

—No, no. Hoy no hay barco —dijo el contrabandista turco en un árabe chapurreado—. Mañana.

—Pero si me dijeron que sería hoy —dijo el padre de Mahmoud—. Nos hemos dado mucha prisa para llegar aquí hoy.

El contrabandista levantó una mano y le dijo que no con la cabeza.

—No, no. Tiene dinero, ¿sí? Mañana. Yo envío mensaje mañana.

—Pero ¿dónde se supone que nos vamos a meter? —le preguntó la madre de Mahmoud al contrabandista.

Mahmoud no se lo podía creer. Se habían pasado dos largos días metidos en coches y autobuses tratando de llegar allí a tiempo para coger el barco que papá había pagado para que los llevase, cruzando el mar, hasta Grecia. Y ahora no había barco.

—Hay hotel en siguiente manzana —dijo el contrabandista—. Aceptan sirios.

—Estamos intentando ahorrar dinero. Vamos a ir hasta Alemania —le

contó papá.

—Hay parque cerca —dijo el contrabandista.

—¿Un parque? ¿Se refiere a dormir al aire libre? Pero si tengo un bebé...
—dijo mamá al hacer un gesto para señalar a Hana, en sus brazos.

El contrabandista se encogió de hombros como si a él no le importase. Sonó su teléfono y se apartó para cogerlo.

—Mañana —le dijo a los padres de Mahmoud volviendo la cabeza hacia atrás—. Yo envío mensaje mañana. Estén preparados.

El padre de Mahmoud resopló, pero de inmediato se volvió hacia su familia y puso una sonrisa.

—Bueno, siempre hemos hablado de unas vacaciones en el Mediterráneo —dijo—. Tenemos una noche más en Esmirna. ¿Quién quiere ir a bailar?

—Yo solo quiero encontrar un sitio seco donde poder dormir —dijo mamá.

Papá los condujo a todos en dirección al hotel. Todas las tiendas estaban cerrando mientras ellos regresaban a pie por la ciudad, pero Mahmoud se maravillaba al ver lo limpio que estaba todo en Turquía. No había escombros, ni hierros retorcidos. Las calles adoquinadas estaban en perfectas condiciones, y las flores crecían delante de unas tiendas y unas casitas perfectas. Por la calle pasaban coches y furgonetas relucientes, y las luces brillaban en las ventanas de las casas.

—¿Te acuerdas de cuando las cosas eran así en Siria? —le preguntó Mahmoud a su hermano pequeño.

Waleed iba tan boquiabierto como Mahmoud, pero no dijo nada. Mahmoud respiró hondo y lleno de frustración. Waleed y él habían tenido sus peleas —eran hermanos, al fin y al cabo—, pero, desde que Mahmoud alcanzaba a recordar, Waleed había sido más bien su mejor amigo y su constante compañero. Jugaban juntos, rezaban juntos, dormían juntos en la misma habitación. Waleed era antes el hiperactivo, el que rebotaba contra las paredes, saltaba por el mobiliario y le daba patadas al balón de fútbol en el pasillo. Por molesto que hubiera sido en ocasiones, Mahmoud pensaba que ojalá su hermano volviera a dar alguna pequeña muestra de aquella locura de antaño. Ni siquiera lo había alegrado la Tortuga Ninja que Mahmoud le había conseguido en Kilis.

Más adelante, en el hotel, Mahmoud seguía pensando en la manera de hacer volver a su hermano cuando oyó decir al recepcionista que no quedaban habitaciones.

—Quizá haya alguien dispuesto a compartir la suya con nosotros —le sugirió el padre de Mahmoud al recepcionista.

—Mire, discúlpeme —dijo el recepcionista—, pero ya hay tres familias alojadas en cada habitación.

A Mahmoud se le fue el alma a los pies. ¡Tres familias en cada habitación! Y el hotel estaba lleno. ¿Qué posibilidades tenían de encontrar una habitación en algún otro sitio?

Papá buscó en su móvil y probó a hacer unas llamadas, pero en todas partes se encontró con la misma historia.

—Pero ¿cómo pueden estar tan llenos? —dijo la madre de Mahmoud—. ¡No puede ser que todo el mundo se marche mañana!

Sin ningún otro sitio adónde ir, encontraron el parque del que les había hablado el contrabandista, pero allí tampoco había sitio para ellos. Allí estaban todos los demás refugiados que habían sido rechazados por los hoteles, algunos durmiendo en los bancos bajo la lluvia, otros con la fortuna de disponer de una tienda de campaña..., tiendas que tenían pinta de llevar allí más de un día o dos. Mahmoud se desanimó bajo la lluvia. Estaba empapado. Cansadísimo. Solo quería un lugar seco y caliente donde dormir.

—¡Deberíamos habernos quedado en el campamento de refugiados! —dijo mamá.

—No —dijo su padre—. No, seguimos adelante. Siempre adelante, y no nos detendremos hasta que llegemos a Alemania. No queremos acabar quedándonos atascados en este sitio. Vamos a ver si podemos encontrar un lugar seco para esta noche.

Mahmoud vio a un niño sirio muy delgado que tenía más o menos su edad y que se iba acercando a todas y cada una de las familias que había en el parque para ofrecerles algo. Mahmoud se acercó tranquilamente para echar un vistazo. El niño vio su interés y se dirigió hacia él.

—¿Quieres comprar unos clínex? —le preguntó el niño, que ofreció a Mahmoud un paquetito de pañuelos de papel sin abrir—. Solo son diez libras sirias o diez kurus turcos.

—No, gracias —dijo Mahmoud.

—¿Necesitáis agua? ¿Chalecos salvavidas? ¿Un cargador de móvil? Os lo puedo conseguir, por un precio.

—Necesitamos un lugar donde dormir —dijo Mahmoud.

El niño miró a Mahmoud y a su familia.

—Conozco un sitio —dijo el niño—. Os lo enseñaré por dos mil libras sirias o por veinticinco liras turcas.

Dos mil libras sirias eran unos ocho euros, mucho dinero cuando tienes que cruzar todo un continente. Sin embargo, la lluvia estaba arreciando, y no quedaba ningún sitio seco en el parque. Cuando Mahmoud le habló a su padre sobre la oferta del niño, papá se mostró dispuesto a pagar.

El niño los alejó de la costa y los llevó a un vecindario donde los hierbajos crecían entre los adoquines y las casas tenían rejas en las ventanas en lugar de maceteros con flores. Una de las farolas parpadeaba y le daba a la calle una energía que no presagiaba nada bueno.

El niño levantó una valla rota de tela metálica que conducía a un aparcamiento.

—Por aquí —dijo.

El padre de Mahmoud lanzó al resto de la familia una mirada de sospecha y los condujo por debajo de la valla. Siguieron al niño hasta un edificio grande y cuadrado con tablones en las ventanas y las paredes cubiertas de grafitis. En la entrada, uno de los tablones que impedían el paso a los intrusos estaba arrancado, empujaron la puerta y pasaron al interior.

Era un centro comercial. O lo había sido antes. Un gran espacio abierto con una fuente seca en el centro estaba rodeado de escaparates que se elevaban hasta cuatro plantas. Algunas de las tiendas estaban iluminadas con lámparas enchufadas a cables alargadores, y en otras ardían unas lámparas de queroseno y velas. Pero la mayoría de las tiendas ya no eran tiendas: eran pequeños apartamentos donde vivía la gente. Okupas en un centro comercial abandonado.

El niño los llevó hasta una tienda de yogures vacía en la tercera planta, junto a una antigua tienda de música que era el hogar de una familia siria de seis miembros. Tenían pinta de llevar allí una temporada. Tenían un sofá viejo y destrozado y un hornillo, y habían colgado unas sábanas de unas cuerdas

para dividir el espacio en pequeñas habitaciones.

La tienda de yogures no tenía muebles, y el suelo de linóleo estaba roto. Algo salió correteando en la oscuridad cuando ellos entraron.

—Es solo para esta noche —dijo el padre de Mahmoud.

—¿Os marcháis mañana? —dijo el niño—. ¿En patera? Entonces necesitáis chalecos salvavidas. Más que seguro. O si no os ahogaréis cuando vuelque la patera.

A Mahmoud se le pusieron los ojos como platos y se puso a tiritar con la ropa empapada. No le gustaba ninguna de las partes de aquel plan.

Su padre se volvió hacia su familia y levantó las manos.

—El barco no va a volcar —les dijo.

—O cuando se quede sin gasolina. O cuando choque contra las rocas —dijo el niño—. Entonces os ahogaréis.

Papá suspiró.

—Muy bien. Muy bien. ¿Dónde compramos los chalecos salvavidas?

Josef
En algún lugar del Atlántico
1939

11 días lejos de casa

La madre de Josef agarró al padre por los brazos, que hacían aspavientos, pero Aaron Landau era demasiado fuerte para ella, por flaco que estuviese.

—No. ¡No! Vienen a por nosotros —dijo él con una mirada frenética en los ojos—. El barco está reduciendo la marcha. ¿Es que no lo notas? ¡Están reduciendo la velocidad para poder dar la vuelta y llevarnos de regreso a Alemania!

El padre de Josef apartó el brazo de golpe y tiró una lámpara, que cayó al suelo con estruendo y se apagó.

—Josef, ayúdame —le rogó su madre.

Josef se separó de la pared e intentó agarrar uno de los brazos de su padre mientras su madre iba a por el otro. En el rincón de su cama, Ruthie hundía la cara entre las orejas de Bitsy y lloraba.

—¡No! —gritó el padre de Josef—. Tenemos que escondernos, ¿me oís? No podemos quedarnos aquí. ¡Tenemos que salir de este barco!

Josef agarró a su padre por el brazo y lo sujetó con fuerza.

—No, papá. No estamos dando la vuelta —dijo Josef—. Aminoramos la marcha por un funeral. Un funeral en el mar.

El padre de Josef se quedó completamente quieto, pero Josef lo mantuvo bien sujeto. No quería contarle a su padre lo del funeral, pero ahora parecía la única manera de tranquilizarlo.

La angustiada mirada de los ojos saltones de Aaron Landau se desplazó sobre su hijo.

—¿Un funeral? ¿Quién ha muerto? ¿Un pasajero? ¡Han sido los nazis, lo han hecho ellos! ¡Sabía que estaban a bordo! ¡Van a por todos nosotros!

Volvió a agitarse otra vez, presa de un mayor pánico que antes.

—¡No, papá, no! —dijo Josef, que luchaba con tal de no soltar a su padre—. Era un hombre mayor, el profesor Weiler. Ya estaba enfermo cuando subió a bordo. No han sido los nazis, papá.

Josef lo sabía todo al respecto. Ruthie le había suplicado que fuese con ella, con Renata y con Evelyne a la piscina a nadar aquella tarde, pero Josef ya era un hombre, no un niño. Ya era mayor para cosas de críos. Había estado caminando por el paseo exterior de la cubierta B, atento por si veía a aquel hombre de la sala de máquinas, Schiendick, y a sus amigos cuando oyó un grito procedente de la ventana de uno de los camarotes. Se asomó y vio a una mujer con el cabello negro, largo y rizado y un vestido blanco echada sobre el cuerpo de un anciano. El capitán Schroeder y el médico también estaban allí. El hombre de la cama estaba absolutamente quieto, con la boca abierta y la mirada vacía y perdida en el techo.

Estaba muerto. Josef nunca había visto un cadáver desde tan cerca.

—¡Eh, tú! ¡Chico!

Josef se había sobresaltado. Una mujer que paseaba a su perrito por la cubierta B lo había pillado husmeando. Josef había echado a correr mientras el perrito le ladraba, pero no antes de oír al médico decir que el profesor Weiler había fallecido de cáncer.

Ahora, unas horas más tarde, en el camarote de su familia, Josef seguía aferrado al brazo de su padre, tratando de tranquilizarlo.

—Era un hombre mayor ¡y ya llevaba mucho tiempo enfermo! —le dijo Josef a su padre—. Lo van a sepultar en el mar porque estamos muy lejos de Cuba.

Josef y su madre siguieron colgados del padre hasta que las palabras de Josef por fin le llegaron. Papá dejó de forcejear contra ellos y se hundió, y de repente se vieron levantándolo del suelo.

—¿Ya estaba enfermo? —preguntó papá.

—Sí. Ha sido el cáncer —dijo Josef.

El padre de Josef permitió que lo llevaran hasta su cama, donde se sentó. Mamá fue con Ruthie, para consolarla.

—¿Cuándo es el funeral? —preguntó papá.

—Esta noche, tarde —le dijo Josef.

—Quiero ir —dijo su padre.

Josef no se lo podía creer. Papá no había salido del camarote en once días, ¿y ahora quería ir al funeral de alguien a quien no conocía? ¿En sus condiciones? Josef miró preocupado a su madre, que tenía a Ruthie en su regazo.

—No me parece que sea una buena idea —dijo mamá, que se hacía eco de los pensamientos de Josef.

—Ya he visto morir a demasiados hombres sin un funeral en Dachau —dijo papá—. Iré a este.

Era la primera vez que su padre pronunciaba siquiera el nombre del lugar donde había estado, y fue como si una helada invernal lo cubriera todo en la estancia. Puso fin a la conversación tan rápido como había comenzado.

—Entonces, llévate a Josef contigo —dijo mamá—. Ruthie y yo nos quedaremos aquí.

Aquella noche, Josef condujo a su padre a la popa de la cubierta A, donde el capitán y su primer oficial aguardaban con unos cuantos pasajeros cuya ropa parecía raída. Josef no lo entendió hasta que oyó cómo su padre se rompía la camisa: rasgarse las vestiduras es una tradición judía en los funerales, y aquellas personas lo habían hecho para solidarizarse con la señora Weiler. Josef se tiró del cuello de la camisa hasta que saltó la costura. Su padre asintió con la cabeza y lo acompañó al cajón de arena junto a la piscina para coger un puñado. Josef no lo entendía, pero hizo lo que le indicaba su padre.

Llegó el ascensor a la cubierta A, y la señora Weiler salió la primera con una vela en la mano. Detrás de ella venían el rabino y cuatro marineros que llevaban el cuerpo del profesor Weiler en una camilla. Estaba envuelto en una lona blanca ceñida, igual que un faraón egipcio.

—Esperen. —El hombre de abajo, Schiendick, se abrió paso entre la pequeña multitud con otros dos miembros de la tripulación—. Soy Otto Schiendick, líder del partido nazi a bordo de este barco —dijo—, y las leyes alemanas dicen que en los funerales en el mar los cuerpos han de ir cubiertos

con la bandera nacional.

Schiendick desplegó la bandera nazi roja y blanca con la esvástica en el centro, y los pasajeros soltaron un grito ahogado.

Papá se abrió paso al frente.

—¡Jamás! ¿Me oye? ¡Jamás! ¡Es un sacrilegio!

Estaba temblando más que nunca. Josef jamás había visto a su padre tan enfadado, y tenía miedo por él. Schiendick no era el tipo de hombre con el que uno quisiera meterse.

Josef agarró a su padre del brazo e intentó apartarlo de allí.

Papá escupió a los pies de Schiendick.

—¡Esto es lo que pienso de usted y de su bandera!

Schiendick y sus hombres dieron un paso al frente para vengar aquel insulto, pero el capitán Schroeder intervino rápidamente.

—¡Basta ya! ¡Detenga esto de inmediato, camarero! —le ordenó el capitán Schroeder.

Schiendick se dirigió a su capitán, pero no apartó la mirada del padre de Josef en ningún momento.

—Son las leyes alemanas, y no veo motivos para hacer una excepción en este caso.

—Pues yo sí —dijo el capitán Schroeder—. Ahora coja esa bandera y márchese de aquí, señor Schiendick, o le relevaré del servicio y haré que lo confinen en sus dependencias.

El camarero se quedó mirando a papá durante un largo rato más. Aquella mirada se desplazó después a Josef, a quien se le puso la carne de gallina, y, a continuación, Schiendick se dio media vuelta y se marchó airado.

Josef tenía el pecho tan agitado como si hubiera corrido una maratón. Estaba tan nervioso que temblaba más que su padre. La arena se le caía del puño tembloroso.

El capitán se deshizo en disculpas por aquella interrupción, y continuó el funeral. El rabino dijo una breve oración en hebreo, y los marineros deslizaron el cuerpo del profesor Weiler por la borda del barco.

Un momento después se oyó un golpe apagado contra el agua, y los asistentes dijeron juntos: «Recuerda, Señor, que estamos hechos de polvo». Uno por uno se acercaron a la barandilla, donde soltaron los puñados de

arena, esa arena que su padre le había dicho a Josef que cogiese del cajón. Se unió a su padre junto a la barandilla, y ambos esparcieron la arena en el mar.

El capitán Schroeder y su primer oficial volvieron a cubrirse la cabeza e hicieron un saludo. Josef se fijó en que se habían llevado la mano a la visera de la gorra en lugar de hacer el saludo nazi.

Sin una palabra más, los asistentes al funeral se dispersaron. Josef esperaba que su padre regresara a su camarote de inmediato, pero, en cambio, se quedó junto a la barandilla con la mirada fija en las oscuras aguas del Atlántico. «¿Qué estará pensando?» —se preguntó Josef—. ¿Qué le había pasado en Dachau para ser ahora una sombra del hombre que era?

—Por lo menos no ha tenido que ser enterrado en el infierno del Tercer Reich —dijo su padre.

128Se produjo un leve rumor en el barco, y Josef supo que el capitán había vuelto a poner en marcha los motores. De nuevo avanzaban rumbo a Cuba, pero ¿cuánto tiempo habían perdido?

Isabel
Estrecho de Florida, al norte de Cuba
1994

1 día lejos de casa

El petrolero surgió de la oscuridad como un leviatán gigantesco que fuera a devorarlos. Se elevaba a una altura de unos siete pisos por encima del agua, y era tan ancho que llenaba el horizonte. La proa en punta formaba unas olas enormes y las desplazaba, y dos anclas gigantesas sobresalían de los costados como los cuernos de un monstruo. Isabel estaba aterrorizada. Era como salido de una pesadilla.

—¡Un barco! —chilló Lito—. ¡Hemos ido a la deriva y nos hemos metido en las rutas marítimas!

Sin embargo, a aquellas alturas todos lo habían visto ya. El estruendo de los enormes motores del barco habían despertado a Mami y a la señora Castillo mientras todos los demás se movían por la barca envueltos en el pánico y la confusión y hacían que se balancease de manera peligrosa.

—¡Viene directo a por nosotros! —gritó Amara.

Isabel se subió por encima de Iván al tratar de alejarse del petrolero tanto como podía. Se resbaló y cayó con un chapoteo al fondo de la barca.

—¡Que todo el mundo se siente! —dijo a voces el señor Castillo, pero nadie le escuchaba.

—¡Tenemos que arrancar el motor! —gritó Papi.

Frenético, se puso a tirar de la cadena de arranque, y al motor apenas le daba tiempo de soltar un bufido y pararse antes de que volviese a tirar.

—¡No hagas eso! ¡Lo vas a ahogar, y no arrancará nunca! —dijo Luis mientras trataba de arrebatarle la cadena de las manos.

—¿Dónde están las cerillas? —gritó Lito—. ¡Tenemos que encender un fuego! ¡No pueden vernos en la oscuridad!

—¡Aquí! —dijo Iván, que sacó una caja de cerillas del envoltorio de espuma de poliestireno que contenía los escasos suministros de emergencia que habían traído.

—¡No! —gritó Papi.

Se lanzó a por el brazo estirado de Iván, cayeron los dos juntos contra la borda e inclinaron la barca. La madre de Isabel cayó al charco de agua del suelo y se deslizó contra el costado con un golpe seco. Isabel se acercó a gatas hasta ella para ayudarla.

Lito agarró a Papi por la camisa.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

Papi mantuvo la caja de cerillas fuera del alcance de Lito.

—¡No queremos que nos vean, viejo tonto! —gritó por encima del rugido cada vez más fuerte del petrolero—. ¡Si nos ven, tendrán que rescatarnos! ¡Son las leyes marítimas! ¡Y si nos «rescatan», nos llevarán de vuelta a Cuba!

—¿Es que prefieres que nos envíen al fondo del mar? —chilló Lito.

Isabel no pudo evitar alzar la mirada mientras tiraba de su madre para levantarla del agua.

—¡Se está acercando! —exclamó.

El petrolero aún estaba a cientos de metros de distancia, pero era tan enorme que parecía como si lo tuvieran encima. Jamás conseguirían apartarse de su rumbo. El corazón le latía a Isabel con tal fuerza que pensaba que se le iba a salir del pecho.

—¡Si no queremos que sepan dónde estamos, a lo mejor no deberíamos arrancar el motor! —gritó Amara.

—¡Jamás nos oirán, hagamos lo que hagamos! —le dijo el señor Castillo.

El petrolero hacía ya tal ruido que sonaba como un motor a reacción. Luis y el señor Castillo encendieron un interruptor en el motor de la barca y volvieron a tirar de la cadena de arranque. El motor bufó una bocanada de humo gris, pero no arrancó.

El petrolero se hacía cada vez más grande. Estaba cada vez más cerca.

Isabel se encogió. ¡Iba a chocar contra ellos!

Luis tiró de la cadena. Un bufido. Un petardeo. Nada.

Bufido. Petardeo. Nada.

Bufido. Petardeo. Nada.

El mar se elevaba delante del petrolero y los empujó más alto y más lejos, y, por un breve instante, las esperanzas de Isabel se elevaron con el agua. Pero entonces pasó la ola, y la tremenda fuerza del arrastre del petrolero los volvió a llevar hacia él. Su barquita azul giraba de un lado a otro, y se dirigían disparados hacia la gigantesca proa del barco.

El petrolero iba a partirlos en dos, justo por la mitad.

Isabel alzó los ojos y se encontró con la aterrorizada mirada de Iván, que se había percatado de lo mismo, y gritaron los dos. De repente se vieron lanzados al suelo, y algo empezó a zumbar como un mosquito por debajo del rugido del petrolero.

¡Luis había conseguido arrancar el motor!

La barquita avanzó disparada por el agua y se apartó veloz del rumbo de la proa del petrolero, pero el oleaje que provocaba un barco tan grande elevó la parte de atrás de la barca de Isabel y les echó encima un océano entero de agua del mar.

Isabel tragó una buena cantidad de agua salada y salió dando tumbos por la barca. Se golpeó contra algo duro y sintió un estallido de dolor en el hombro. Se irguió resoplando. El agua le llegaba por las caderas, y el motor se había vuelto a parar, pero nada de eso importaba en aquel momento.

El padre de Iván se había caído por la borda.

Isabel vio la cabeza de pelo cano asomar fuera del agua. El señor Castillo cogió una bocanada de aire y desapareció cuando se le vino encima una de las olas del enorme petrolero.

—¡Señor Castillo! —gritó Isabel.

—¡Papá! —vociferó Iván—. ¿Dónde está? ¿Lo ves?

Isabel e Iván buscaban frenéticos en las aguas oscuras, fijándose a ver si veían al señor Castillo de nuevo en la superficie. Habían esquivado la proa del enorme barco por apenas unos metros, pero el oleaje que generaba aquella bestia monstruosa al pasar era igualmente peligroso. El mar se elevaba y se hundía, y la pequeña barca se sacudía de un lado a otro cuando las olas la

alcanzaban de lleno.

Todos estaban apenas levantándose del suelo cuando se veían otra vez dando volteretas. Iván rodó hasta el otro costado de la barca, pero Isabel se sujetó bien. ¡Allí! Vio que la cabeza del señor Castillo salía del agua, aunque solo fuese por un breve segundo: demasiado rápido para coger el aire suficiente.

En un fogonazo, Isabel recordó a su abuela, que desapareció así entre las olas dos años atrás, y, sin pensárselo dos veces, se lanzó al agua detrás del señor Castillo.

Mahmoud
Esmirna, Turquía
2015

11 días lejos de casa

Mahmoud dio un grito.

Aulló más fuerte que el motor de un reactor, y sus padres ni siquiera le dijeron que se callase. Se encendieron las luces en las casas cercanas, y se agitaron las cortinas en las ventanas cuando la gente se asomó a ver qué era el ruido. La madre de Mahmoud se echó a llorar, y su padre dejó caer al suelo los chalecos salvavidas que llevaba consigo. El contrabandista les acababa de decir que el barco no iba a zarpar aquella noche.

Otra vez.

—No hay barco hoy. Mañana. Mañana —le dijo al padre de Mahmoud.

Era exactamente lo mismo que le había dicho al padre de Mahmoud el día antes. Y el día antes de ese. Y todos los días de la semana anterior. Llegaba un mensaje de texto que decía que fuesen a la playa corriendo —¡rápido!—, y todas las veces hacían el equipaje con las pocas cosas que tenían, agarraban los chalecos salvavidas y corrían por las calles de Esmirna hasta aquel aparcamiento, y nunca había un barco esperándolos.

Primero fue el tiempo que hacía, les dijo el contrabandista. Después, que no había llegado otra familia que se suponía que iba a ir con ellos. Después fueron las patrullas de los guardacostas. O que el barco no estaba listo. Siempre había una razón por la que no se podían marchar. Era una especie de juego cruel de colegiales en el que no dejaban de marearlos.

Mahmoud y su familia estaban ya desesperados. Todo aquel «ahora sí» y «ahora no» constante los estaba destrozando. A todos excepto a Waleed; salvo a Waleed el inánime, el que no se inmutaba cuando estallaban las bombas.

—¡Quiero volver a Siria! Me da igual si nos morimos —dijo Mahmoud después de soltar su grito—. ¡Lo único que quiero es salir de aquí!

No había terminado de decirlo y ya oía el quejido en su voz, aquella frustración tan patética de niño pequeño. Una parte de Mahmoud se sentía avergonzada: él era mayor que eso, más maduro. Era casi un hombre. Pero otra parte de él solo quería pegar pisotones en el suelo y agarrarse una pataleta, y a esa parte de él le costaba cada vez más quedarse callada.

La pequeña Hana también empezó a llorar, y la madre de Mahmoud trató de tranquilizar a los dos atrayendo a su hijo para darle un abrazo.

—Miradlo de este modo —dijo papá—, ahora tendremos más tiempo para practicar nuestro turco.

No se rio nadie.

—Volvamos al centro comercial antes de que alguien nos quite el sitio —dijo mamá con voz de cansancio.

Mahmoud cargó con los chalecos salvavidas para que su padre pudiese cargar con Waleed, que se quedó rápidamente dormido sobre el hombro de su padre. Su madre llevaba a Hana. Era otra noche oscura de llovizna en lo que parecía una interminable concatenación de ellas en Esmirna. Aunque Mahmoud odiaba la desesperada sensación de derrota al regresar al centro comercial, al menos era un lugar seco.

Esta vez, sin embargo, había alguien esperándolos en la entrada del edificio.

Eran dos, ambos turcos, que vestían chaquetas azules de chándal a juego. Uno de ellos era musculoso, con el pelo negro y rizado, la barba corta y una gruesa cadena de oro colgando del cuello. El otro tenía sobrepeso y llevaba unas gafas de sol de espejo, aunque era de noche.

Este era el que llevaba la pistola metida en la cintura de los pantalones.

—Si queréis entrar, tenéis que pagar el alquiler —les dijo el hombre fornido.

—¿Desde cuándo? —dijo el padre de Mahmoud.

—Desde ahora —dijo el hombre—. El edificio es nuestro, y ya estamos

hartos del gorroneo de los sirios.

«Más matones —pensó Mahmoud—. Exactamente igual que en Siria». A Mahmoud se le entumecieron las piernas, y pensó que se iba a caer al suelo. No soportaba la idea de caminar ni un paso más, de volver a ponerse a buscar un sitio donde vivir.

—¿Cuánto? —preguntó el padre de Mahmoud con voz de hastío.

—Cinco mil libras la noche —dijo el hombre musculoso.

Papá suspiró y fue a dejar a Waleed en el suelo para poder pagar a aquel tipo.

—Cada uno —dijo el turco.

—¿Cada uno? ¿Por noche? —dijo papá.

Mahmoud sabía que su padre estaba haciendo la cuenta de cabeza. Eran cinco, y ya llevaban allí una semana. ¿Cuánto tiempo se podrían permitir pagar veinticinco mil libras al día y aún tener suficiente para el barco y para todo lo que viniera después?

—No —dijo el padre de Mahmoud. Mamá empezó a protestar, pero él le dijo que no con la cabeza—. No... Ya tenemos aquí nuestras cosas. Encontraremos otro sitio donde quedarnos. Solo es hasta mañana.

El hombre corpulento se echó a reír.

—Ya. Mañana.

Mahmoud iba tambaleándose detrás de sus padres mientras recorrían las calles de Esmirna buscando un sitio seco donde dormir. Sus padres llevaban en brazos a Waleed y a Hana, pero no a él. Mahmoud ya era muy mayor para que lo llevaran en brazos, y por primera vez pensó que ojalá no lo fuese.

Por fin encontraron la entrada de una agencia de viajes que estaba remetida respecto de la calle, y no había nadie durmiendo allí. Justo se estaban acomodando cuando bajó por la calle un coche de policía. Mahmoud se hundió en un rincón tratando de ser invisible, pero el coche patrulla encendió las luces e hizo sonar la sirena electrónica.

Moc, moc.

—No pueden dormir ahí —les dijo un agente de policía por un altavoz.

Así que tuvieron que levantarse y volver a caminar.

Mahmoud estaba tan cansado que empezó a llorar, pero lo hizo en voz baja para que sus padres no lo oyesen. No había llorado así desde aquella primera

noche en que las bombas empezaron a caer sobre Alepo.

Llegó otro coche por la calle, y al principio le preocupó a Mahmoud que pudiera ser otro coche de policía, pero era un sedán BMW. En un arrebato, Mahmoud se lanzó delante de las luces del coche y agitó los chalecos salvavidas que tenía en los brazos.

—¡Mahmoud! ¡No! —gritó su madre.

El BMW frenó; las luces le iluminaban la cara. El conductor tocó el claxon, y Mahmoud dio la vuelta corriendo hacia la ventanilla del conductor.

—Por favor, ¿puede ayudarnos? —suplicó Mahmoud—. Mi hermana es un bebé...

Pero el coche ya había salido disparado. Detrás llegó otro, que pasó de largo por delante de Mahmoud.

—¡Mahmoud! ¡Sal de la calle! —le gritó su padre—. ¡Vas a hacer que te maten!

A Mahmoud ya no le importaba. Tenía que haber alguien que los ayudase. Agitó los chalecos salvavidas delante del siguiente coche, que se detuvo milagrosamente. Era un Skoda viejo de color marrón, y el conductor bajó la ventanilla a mano. Era un hombre mayor y lleno de arrugas, con una barba corta y blanca y que llevaba una kufiya roja y blanca en la cabeza.

—Por favor, ¿puede ayudarnos? —le preguntó Mahmoud—. Mi familia y yo no tenemos adónde ir, y mi hermana no es más que un bebé.

Papá llegó corriendo y trató de llevarse a Mahmoud de allí.

—Lo sentimos mucho —le dijo el padre de Mahmoud a aquel hombre—. No queríamos molestarle. Ya nos vamos.

Mahmoud estaba muy molesto. Por fin había conseguido que alguien parase, ¡y ahora su padre estaba intentado que se marchara!

—Mi casa es muy pequeña para todos vosotros —dijo el hombre—, pero tengo un pequeño concesionario de coches, y os podéis quedar en la oficina.

—No, no, no podríamos... —empezó a decir el padre de Mahmoud, pero su hijo le interrumpió.

—¡Sí! ¡Gracias! —exclamó Mahmoud. Hizo gestos con la mano para que se acercara su madre—. ¡Dice que nos ayudará!

Papá trató de disculparse de nuevo y rechazar la oferta de ayuda, pero Mahmoud ya se estaba subiendo en el asiento de atrás del coche con el

cargamento de chalecos salvavidas. Mamá se sentó a su lado con Hana, y papá cogió a Waleed en brazos para poder sentarse a regañadientes en el asiento del acompañante.

—Mahmoud... —dijo su padre, descontento.

Sin embargo, a Mahmoud no le importaba. Estaban secos, ya no iban a pie, y se dirigían a un lugar donde podrían dormir.

El cambio de marchas del pequeño Skoda rascó como si el hombre fuera a iniciar la marcha.

—Me llamo Samih Nasseer —les dijo el anciano, y papá le presentó a todos—. Sois sirios, ¿verdad? ¿Refugiados? —preguntó el hombre—. Sé lo que es eso. Yo también soy un refugiado, de Palestina.

Mahmoud frunció el ceño. Aquel hombre era un refugiado, ¿y tenía un coche y su propio negocio?

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo en Turquía? —le preguntó Mahmoud al hombre.

—¡Sesenta y siete años ya! —le dijo el señor Nasseer a Mahmoud con una sonrisa por el espejo retrovisor—. Me vi obligado a dejar mi hogar en 1948, durante la guerra árabe-israelí. Allí siguen combatiendo, pero, algún día, cuando mi tierra vuelva a la normalidad, ¡volveré a casa!

Sonó el teléfono de papá, que sorprendió a todos e hizo que Waleed se moviera. Su padre leyó la pantalla iluminada.

—Es el contrabandista. Dice que el barco está listo ahora.

Mahmoud ya había aprendido a no emocionarse con aquellos mensajes de texto, pero aun así sintió un leve cosquilleo de esperanza en el pecho.

—¿Vais a coger un barco a Grecia? ¿Esta noche? —preguntó el señor Nasseer.

—Puede ser —dijo el padre de Mahmoud—. Si es que está allí.

—Yo os llevaré hasta él —dijo el señor Nasseer—, y si no está ahí, podéis volver y quedaros conmigo.

—Es usted muy amable —dijo mamá.

Mahmoud no sabía por qué, pero su madre tiró de él y le dio un abrazo.

El coche tardó muy poco tiempo en llevarlos de vuelta a la playa, y, cuando se detuvieron, todos se quedaron callados mirando.

Esta vez, por fin, había un barco allí.

Josef
En algún lugar del Atlántico
1939

14 días lejos de casa

A un día de llegar a Cuba, el St. Louis celebró una fiesta. Serpentinatas y globos colgaban del techo y decoraban la barandilla de la galería superior del salón social de primera clase. Habían apartado las mesas y las sillas para dejar sitio para bailar. Tenían una sensación de alivio desatado, como si bailasen sin parar con tal de quitarse de encima el estrés de abandonar Alemania. Los camareros sonreían con el pasaje como si lo entendiesen, pero ninguno de ellos podía entenderlo en realidad, pensaba Josef. No hasta que les rompiesen a ellos *sus* escaparates y les cerrasen *sus* comercios. No hasta que los periódicos y la radio hablasen de *ellos* como unos monstruos infrahumanos. No hasta que unos hombres entrasen a oscuras en *sus* casas, les destrozasen *sus* cosas y se llevasen a ristas a alguno de *sus* seres queridos.

No hasta que les dijeran a ellos que tenían que marcharse de su tierra y no volver nunca jamás.

Aun así, Josef disfrutó de la fiesta. Bailó con su madre mientras Ruthie y las hermanas Aber se pasaban toda la noche corriendo de aquí para allá entre las piernas de la gente. En un principio, a Josef le ponía nervioso pensar en Cuba, temeroso de lo desconocido, pero ahora estaba emocionado con llegar a La Habana, con empezar una nueva vida, en especial si era como esto.

El padre de Josef siguió escondido en su camarote toda la noche, convencido de que todo aquello era otra jugarreta de los nazis.

A la mañana siguiente, el desayuno en el comedor del barco se vio interrumpido por el ruido metálico y atronador de las anclas al echarlas. Josef corrió a la ventana. Ya estaba amaneciendo, y pudo ver el Malecón, el famoso paseo marítimo de La Habana. Los camareros les habían contado todo acerca de sus teatros, sus casinos y restaurantes, y sobre el hotel Miramar, donde todos los camareros lucían esmoquin. Sin embargo, el St. Louis aún se encontraba muy lejos de allí. Por alguna razón, el barco había fondeado a varias millas de la costa.

—Es por la cuarentena sanitaria —explicó un médico de Fráncfort al pequeño gentío que se había congregado con Josef ante la ventana para ver Cuba—. Los he visto izar la bandera amarilla esta mañana antes del desayuno. Las autoridades sanitarias del puerto nos tienen que dar su aprobación antes, solo eso. Es el procedimiento habitual.

Josef se aseguró de estar en cubierta cuando la primera barca de la Autoridad Portuaria de La Habana llegó hasta el St. Louis. El hombre cubano que ascendió a la cubierta C por la escalera desde la lancha tenía la piel morena y vestía un traje blanco liviano. Josef observó que el capitán Schroeder y el médico del barco iban al encuentro del hombre conforme este subía a bordo. El capitán hizo el juramento de que ninguno de los pasajeros era un demente, un criminal ni tenía ninguna enfermedad contagiosa. En apariencia, eso debería haber sido todo cuanto era necesario, porque, cuando el médico del puerto insistió en que aun así le permitiesen examinar a todos y cada uno de los pasajeros, el capitán Schroeder pareció enfadarse. Apretó los puños y respiró hondo, pero no se opuso. Con ademán seco, le dio al médico del barco la orden de reunir a los pasajeros en el salón social y se marchó con paso decidido.

Josef regresó corriendo a su camarote, abrió la puerta de golpe y se encontró a su madre guardando sus últimas pertenencias en la maleta. Ruthie la estaba ayudando mientras papá estaba tumbado en la cama.

—Es... el médico cubano... que va a hacer que todos los pasajeros... se sometan a un examen médico —le dijo Josef a su madre, aún jadeando por la carrera—. Están reuniendo a todo el mundo en el salón social ahora mismo.

La horrorizada mirada de mamá le hizo ver que lo había entendido. Papá no estaba bien. ¿Y si el médico cubano decía que estaba demasiado alterado

mentalmente como para dejarle entrar en La Habana? ¿Adónde irían si Cuba los rechazaba? ¿Qué iban a hacer?

—¿Nos están reuniendo? —dijo papá. Parecía más aterrorizado aún que mamá ante aquella perspectiva—. ¿Como... como si fueran a pasar lista? —Se levantó y apoyó la espalda contra una pared—. No —dijo—. Las cosas que sucedían cuando pasaban lista... Los ahorcamientos. Los latigazos. Los ahogamientos. Las palizas. —Se rodeó con los brazos, y Josef supo que su padre estaba hablando de aquel lugar, Dachau. Josef y su madre se quedaron de pie, quietos como estatuas, temerosos de romper el hechizo—. Una vez vi cómo mataban a otro hombre de un disparo con un rifle —susurró—. Estaba ahí de pie, justo a mi lado. Sí, estaba de pie a mi lado, y yo no me podía mover, ni hacer un ruido, o sería el siguiente.

—No va a ser así, querido mío —dijo mamá. Alargó los brazos hacia él con prudencia, con delicadeza, y él no se inmutó al sentir su contacto—. Ya fuiste fuerte entonces, en aquel lugar. Solo necesitamos que vuelvas a ser fuerte. Y entonces estaremos en Cuba. Estaremos a salvo para siempre. Todos nosotros.

Josef tenía claro que su padre continuaba perdido en sus recuerdos de Dachau mientras lo llevaban al salón social. Papá parecía aterrorizado. Temblando de nervios. A Josef le daba miedo cuando su padre se ponía así, pero le daba más miedo aún que el médico viese el estado de su padre y los rechazase.

Josef y su familia se unieron al resto de pasajeros que formaban filas, y el médico se paseó entre ellos. Papá se encontraba de pie junto a Josef, y, cuando el médico se acercó a ellos, el padre de Josef empezó a hacer el ruido sordo de un lamento, como un perro herido. Estaba empezando a llamar la atención de los pasajeros a su alrededor. Josef sintió una gota de sudor que le rodaba por la espalda, por debajo de la camisa, y Ruthie se echó a llorar en voz baja.

—Sé fuerte, querido —Josef oyó que su madre le susurraba a su padre—. Sé fuerte, como antes.

—Pero si no lo fui —lloriqueó su padre—. No fui fuerte. Fui afortunado, solo eso. Podía haber sido yo. Tenía que haber sido yo.

El médico cubano se estaba acercando. Josef tenía que hacer algo, pero ¿qué? No había manera de consolar a su padre. Las cosas que decía haber

visto... Josef no se las podía ni imaginar. Su padre había sobrevivido a base de quedarse quieto, de no llamar la atención. Pero ahora iba a conseguir que se los llevaran.

De repente, Josef vio lo que tenía que hacer. Le dio una bofetada a su padre en la cara. Fuerte.

Papá se tambaleó sorprendido, y Josef se sintió tan horrorizado como su padre parecía sentirse. Josef no se podía creer lo que acababa de hacer. Seis meses atrás, jamás habría soñado siquiera con pegar a ningún adulto, y no digamos a su padre. Papá le habría castigado por tal falta de respeto. Sin embargo, en los últimos seis meses, Josef y su padre habían intercambiado su sitio. Papá era el que se comportaba como un niño, y Josef era el adulto.

Mamá y Ruthie se quedaron mirando a Josef, atónitas, pero él no les prestó atención y tiró de su padre para devolverlo a la fila.

—¿Quieres que los nazis te lleven? ¿Quieres que te envíen de vuelta a aquel sitio? —le dijo Josef a papá entre dientes.

—Yo... no —dijo su padre, aún aturdido.

—Ese hombre de ahí —susurró Josef señalando al médico— es un nazi disfrazado. Él decide quién vuelve a Dachau. Él decide quién vive y quién muere. Si tienes suerte, no te escogerá a ti. Pero si dices algo, si te mueves, si haces el ruido más leve, te sacaré de la fila. Te enviaré de vuelta. ¿Lo entiendes?

El padre de Josef se apresuró a decirle que sí con la cabeza. A su lado, mamá se llevó la mano a la boca y se puso a llorar, pero no dijo nada.

—Ahora límpiate. ¡Rápido! —le dijo Josef a su padre.

Aaron Landau soltó la mano de su mujer, se pasó por la cara la manga de aquel abrigo que le venía tan grande y se puso firme, con la mirada al frente.

Como un prisionero.

El médico pasó por su fila mirando a todos de uno en uno. Cuando llegó a papá, Josef contuvo la respiración. El médico miró al padre de Josef de arriba abajo y prosiguió. Josef se relajó lleno de alivio. Lo habían conseguido. ¡Su padre había pasado la inspección del médico!

Josef cerró los ojos y combatió sus propias lágrimas. Se sentía terriblemente mal por haber asustado a su padre de aquella manera, por ahondar sus temores en lugar de aligerarlos. Y se sentía terriblemente mal por

ocupar el lugar de su padre como hombre de la familia. Josef había admirado a su padre durante toda su vida, lo idolatraba. Ahora, era muy duro para él verlo como si no fuera más que un hombre mayor y deshecho.

No obstante, todo aquello cambiaría cuando bajasen del barco y entrasen en Cuba. Entonces todo volvería a la normalidad. Encontrarían la manera de curar a su padre.

El médico cubano terminó sus rondas y le hizo un gesto de asentimiento al médico del barco para darle su aprobación a los pasajeros. Mamá abrazó a papá, y Josef sintió que se le subían los ánimos. Sintió esperanza por primera vez en toda la tarde.

—Bueno, esto ha sido una farsa —dijo el hombre que estaba a su lado en la fila.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Josef.

—Eso no ha sido un examen médico de ninguna clase. Todo esto ha sido una pantomima. Una enorme pérdida de tiempo.

Josef no lo entendía. Si no era un examen médico en condiciones, ¿para qué lo habían hecho todo?

Lo comprendió cuando él y su familia se pusieron en fila ante la escalera de la cubierta C para abandonar el barco. El médico cubano se había ido y había dejado en su lugar a unos agentes de la policía cubana. Estaban bloqueando la única salida del barco.

—Hemos pasado nuestro examen médico, y todos tenemos la documentación en regla —le dijo una pasajera a la policía—. ¿Cuándo nos van a dejar entrar en La Habana?

—*Mañana* —le dijo en español un policía—. *Mañana*.

Josef no hablaba español. No sabía lo que significaba *mañana*.

—Mañana —se lo tradujo al alemán otro de los pasajeros—. Significa que hoy no. Mañana.

Isabel
Estrecho de Florida, en algún lugar al norte
de Cuba
1994

1 día lejos de casa

Isabel impactó contra el agua y se hundió en la cálida corriente del Golfo. Todo estaba negro a su alrededor, y el mar estaba vivo, no porque hubiera peces vivos en sus aguas, sino como si el propio mar fuese una criatura viva en sí. Se retorció, daba volteretas y rugía con burbujas y espuma. Azotaba a Isabel, la empujaba y tiraba de ella como si fuera un gato que jugase con un ratoncillo que estaba a punto de comerse.

Isabel luchó por volver a la superficie y cogió una bocanada de aire.

—¡Isabel! —chilló su madre con los brazos estirados hacia ella.

Sin embargo, no había manera de que su madre la pudiese alcanzar. ¡La barca ya estaba muy lejos! A Isabel le entró el pánico. ¿Cómo era posible que ya estuviese tan lejos?

—¡Tenemos que darle la vuelta a la barca! —oyó Isabel que gritaba Luis—. ¡Si no cogemos las olas de frente, nos van a volcar!

—¡Papá! —gritó Iván.

Isabel se dio la vuelta en el agua y la golpeó una ola, le llenó la boca y la nariz de agua salada y volvió a tirar de ella hacia abajo. Pasó la ola, e Isabel regresó de nuevo a la superficie entre arcadas, atragantándose, pero ya se estaba desplazando hacia el lugar donde había visto la cabeza del señor

Castillo antes de que se sumergiera.

Su mano se golpeó contra algo en las oscuras aguas, e Isabel la retiró hasta que se dio cuenta de que era el señor Castillo. El mar lo zarandeaba, y él no se movía ya por su cuenta, no luchaba para volver a salir fuera del agua. Isabel cogió todo el aire que pudo y se zambulló bajo una ola que llegaba. Encontró el cuerpo del señor Castillo en la oscuridad, lo rodeó con los brazos y pataleó tan fuerte como pudo para regresar a la superficie. El mar le oponía resistencia, le barría las piernas y le daba vueltas, pero Isabel pataleó, pataleó y pataleó hasta que tuvo los pulmones a punto de reventar, y por fin irrumpió de golpe en el aire frío, boqueando.

—¡Allí! ¡Están allí! —gritó Iván.

Isabel ni siquiera pudo tratar de encontrar la barca. Ya tenía bastante con mantener la cabeza inerte del señor Castillo fuera del agua y coger aire en rápidas respiraciones antes de que las olas se les echaran encima a los dos.

No obstante, las olas ya parecían más pequeñas. Aún mortales, pero no tan grandes ni tan veloces. Isabel comenzó a percibir el ritmo del mar, el soniquete de su canción de cuna, y qué fácil parecía cerrar los ojos, dejar de dar patadas en el agua, dejar de luchar. Estaba muy cansada. Tan cansadísima...

Y entonces, allí estaba Iván con ellos, rodeándola con los brazos igual que hacían en el pueblo, cuando jugaban juntos entre las olas de la playa.

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Están aquí! —gritó Iván.

De repente, la barca estaba al lado de Isabel, que se dio un golpe en la cabeza contra el costado de la embarcación cuando una ola se le echó encima. Unas manos levantaron al señor Castillo de entre sus brazos, y no tardaron también en tirar de ella por encima de la borda. Volvió a caer y a chapotear en el medio metro de agua que llenaba el fondo de la barca, pero ahora estaba lejos de las olas, esas interminables olas, y se hundió en los brazos de su madre.

—¡Rudi! ¡Rudi! Oh, Dios mío —exclamó la señora Castillo, agarrada a la mano de su marido.

El señor Castillo estaba inconsciente. Luis y Papi lo habían tumbado sobre uno de los bancos, y el abuelo de Isabel le presionaba en el estómago como si fuera un acordeón. El agua del mar le salió a borbotones por la boca al señor

Castillo, que se sacudió de pronto entre toses y resoplidos. Lito, Papi y Luis le dieron rápidamente la vuelta, y el hombre terminó de echar el resto del océano que se había tragado.

—Rudi... ¡Rudi! —dijo la señora Castillo.

La mujer lo envolvió en sus brazos y sollozó, y de repente todo estaba quieto y en silencio salvo por el suave golpeo del mar contra los costados de la barca y el chapoteo del agua que había dentro de ella.

El petrolero había pasado de largo.

Amara se puso de pie en la parte de atrás de la barca y mantuvo recto el timón contra el oleaje. Sin embargo, el motor estaba otra vez parado. Igual que todo lo demás, se había inundado de agua.

El señor Castillo cogió la mano de Isabel y la apretó.

—Gracias, Isabel.

Isabel asintió, pero le salió más bien como un temblor. Estaba tiritando de frío y empapada de la cabeza a los pies, pero al menos estaba de nuevo en brazos de su madre. Mami la estrechó con fuerza contra sí, e Isabel sintió un escalofrío.

—Tenemos que sacar el agua del fondo de la barca —dijo Papi.

A Isabel le resultó extraño oír a su padre hablar de algo tan normal, tan pragmático, cuando el señor Castillo había estado a punto de ahogarse, y la barca había estado cerca de volcar y de hundirse. Pero tenía razón.

—Y volver a arrancar el motor —dijo Iván.

—El agua primero —coincidió Lito, y juntos se pusieron a reunir botellas y bidones e iniciaron la tediosa labor de llenarlos y echar el agua salada de vuelta al mar.

Isabel se quedó escondida entre los brazos de su madre, aún agotada, y nadie la obligó a ponerse en pie.

—¿Dónde está la caja que tiene las medicinas? —preguntó Luis.

En aquella barca tan pequeña no había muchos sitios donde pudiera estar, y no tardaron en decidir que se habría ido por la borda en aquella confusión. Se habían quedado sin cerillas, sin aspirinas y sin vendajes, y el señor Castillo aún estaba aturdido y débil.

Era malo, pero si conseguían achicar el agua de la barca, y si lograban poner en marcha el motor, y si volvían a coger el rumbo con el sol por la

mañana, y si no se cruzaban con ningún petrolero más, entonces podrían llegar a Estados Unidos sin necesidad de las medicinas ni las cerillas.

Si esto, si aquello, si lo otro.

Achicaron el agua durante el resto de la noche y se turnaron para dormir en aquella barca tan pequeña, tan abarrotada de gente y tan incómoda. Isabel ni siquiera se dio cuenta de que se había quedado dormida hasta que se despertó de golpe de una pesadilla en la que un monstruo gigante salía de las oscuras aguas del mar y se iba a por ella. Dio un grito y miró a un lado y a otro, pero allí, a su alrededor, en kilómetros, kilómetros y más kilómetros a la redonda, no había nada que no fuesen las aguas de un azulado negruzco y unos cielos grises teñidos del rojo del sol. Cerró los ojos y respiró hondo tratando de calmarse.

La barca se volvió a sacudir, y a Amara le costó lo suyo mantener el rumbo del timón. Había ocupado el puesto mientras se recuperaba el señor Castillo, pero aún no habían conseguido que el motor volviese a arrancar. La corriente del Golfo los llevaría hacia el norte, hacia Estados Unidos, pero necesitarían el motor para alcanzar la costa.

La madre de Isabel se inclinó por la borda y vomitó en el mar. Cuando se deslizó de regreso hacia el interior de la barca, tenía un aspecto muy pálido. El bote se agitaba tanto ahora que Isabel no era capaz de permanecer sentada en el banco sin agarrarse. Las olas crecían cada vez más alto.

—¿Qué pasa? —dijo Iván adormilado—. ¿Otro petrolero?

—No. Si amanece el cielo rojo, marinero, ándate con ojo —dijo Lito alzando la mirada hacia las nubes teñidas de un tono rojizo—. Se avecina una tormenta.

Mahmoud
Esmirna, Turquía
2015

11 días lejos de casa

—Que Alá nos ayude... ¿Vamos a embarcar en *eso*? —dijo el padre de Mahmoud.

El barco no era un barco. Era una patera, un bote neumático con un motor fuera borda en la parte de atrás. Allí parecía haber sitio para una docena de personas.

Treinta refugiados esperaban para subir a bordo.

Todos ellos tenían pinta de estar tan cansados como se sentía Mahmoud. Estaban mojados por la llovizna y llevaban puestos chalecos salvavidas de distintos colores. La mayoría eran hombres jóvenes, pero también había familias, mujeres sin hiyab; había otros niños, algunos con aspecto de tener una edad similar a la de Mahmoud; un chico con una camiseta de fútbol del Barcelona que no tenía chaleco salvavidas, sino que iba agarrado a una cámara de neumático inflada. Algunos de los otros refugiados llevaban mochilas y bolsas de plástico llenas de ropa, pero la mayoría de ellos, como la familia de Mahmoud, llevaban en los bolsillos todo cuanto tenían.

—¡Vamos! ¡Vamos! —dijo uno de los contrabandistas—. ¡Doscientas cincuenta mil libras sirias o mil euros por persona! Los niños pagan el precio completo, incluidos los bebés —le dijo al padre de Mahmoud.

Había otros dos turcos con chaquetas de chándal como aquellos que les habían echado del centro comercial, y se mantenían al margen, mirando a los

refugiados como si fueran algo asqueroso que las olas acabasen de dejar en la playa. Aquella cara que ponían con el ceño fruncido le dio a Mahmoud ganas de desaparecer otra vez.

Papá repartió los chalecos salvavidas, y se los pusieron.

Mamá miraba al bote inflable de color negro que se balanceaba en las aguas de color gris negruzco del mar Mediterráneo. Agarró a su marido del brazo.

—¿Qué estamos haciendo, Youssef? ¿Es esta la decisión correcta?

—Tenemos que llegar a Europa —dijo él—. ¿Qué otra opción tenemos? Alá nos guiará.

Mahmoud vio cómo su padre ponía en las manos de uno de los contrabandistas el dinero en metálico que habían ahorrado. A continuación, Mahmoud y su familia siguieron a su padre a la barca y subieron a bordo. Waleed y su madre, con Hana bien agarrada entre sus brazos, se sentaron en el suelo de la embarcación. Mahmoud y su padre se sentaron en uno de los bordes de goma hinchada, de espaldas al mar. Mahmoud ya estaba helado por la llovizna de Esmirna, y el viento que traían las olas le hizo estremecerse.

Un hombre grande con barba que vestía una camisa de cuadros y un chaleco salvavidas voluminoso de color azul se sentó justo al lado de Mahmoud y estuvo a punto de tirarlo del borde del bote. Mahmoud se desplazó un poco más cerca de su padre, pero el hombre grande a su lado ocupó sin más aquel espacio extra.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar en la barca? —le preguntó Mahmoud a su padre.

—Solo unas horas, creo yo. Era difícil verlo en el teléfono.

Mahmoud asintió. Los teléfonos y los cargadores estaban sellados y resguardados en bolsas de plástico en los bolsillos de sus padres, por si acaso se mojaban. Mahmoud lo sabía porque había sido él quien había rebuscado en la basura hasta encontrar las bolsas con autocierre.

—No tenemos que llegar hasta el territorio continental de Grecia —dijo papá—, solo a la isla griega de Lesbos, que está a unos cientos de kilómetros de distancia. Entonces estaremos oficialmente en Europa, y desde allí podremos coger un ferri hasta Atenas.

Cuando los contrabandistas terminaron de llenar con refugiados hasta el

último centímetro del bote hinchable, lo empujaron al mar. Ninguno de los contrabandistas iba con ellos. Si los refugiados querían llegar a Lesbos, tendrían que hacerlo ellos solos.

—¿Sabe alguien si te dan de cenar en este crucero? —preguntó el padre de Mahmoud, y se oyeron algunas risas nerviosas.

El motor fuera borda cobró vida con un rugido, y los refugiados lo jalearon y lo celebraron. Papá se abrazó a Mahmoud y se agachó para abrazar a mamá, a Waleed y a Hana. Por fin lo estaban haciendo. ¡Por fin se marchaban de Turquía hacia Europa! Mahmoud miró a su alrededor maravillado. Nada de aquello parecía real. Había empezado a tener la sensación de que no se iban a marchar nunca.

Antes, Mahmoud estaba tan cansado que apenas era capaz de mantener los ojos abiertos, pero ahora el zumbido del motor y los golpes secos de la barca al impactar con una ola tras otra lo tenían con la adrenalina por las nubes, y no se habría podido dormir ni aunque hubiese querido.

Las luces de Esmirna quedaron reducidas a unos puntos brillantes a su espalda, y no tardaron en adentrarse en las oscuras y agitadas aguas del Mediterráneo. Las pantallas de los móviles brillaban en la oscuridad: los pasajeros miraban a ver si podían averiguar dónde se encontraban.

Alá los guiaría, pero Google Maps sería de ayuda.

El rugido del motor fuera borda y el azote cegador de la espuma del mar hacían que fuese imposible mantener cualquier tipo de conversación, así que Mahmoud se dedicó a observar a los demás pasajeros. La mayoría de ellos mantenía la cabeza baja y los ojos cerrados, ya fuese mascullando alguna oración o tratando de no marearse, o ambas cosas. El bote hinchable comenzó a sacudirse, pero no solo de delante hacia atrás, sino de lado a lado en una especie de bamboleo, y Mahmoud sintió cómo le subía la bilis por la garganta. Al otro lado del bote, un hombre se dio la vuelta rápidamente para vomitar hacia el agua.

—¡Atentos a los guardacostas! —gritó por encima del ruido del motor el hombre grande mentado al lado de Mahmoud—. ¡Los turcos nos llevarán de vuelta a Turquía, pero los griegos nos llevarán a Lesbos!

Mahmoud no sabía cómo era posible que alguien viese algo en aquella noche oscura y nublada, pero lo de mirar hacia el exterior en lugar del interior

del bote resultó de ayuda para su sensación de mareo. No sirvió de ayuda, sin embargo, para su creciente sensación de pánico. Ya no podía ver tierra, tan solo un oleaje tempestuoso y gris que se volvía más elevado y más estrecho, como si estuvieran navegando entre las puntiagudas carpas del campamento de refugiados de Kilis. Unas cuantas personas más se inclinaron por la borda para vomitar, y Mahmoud sintió que se le revolvía el estómago.

Y entonces empezó a llover.

Era un aguacero frío que le pegó a Mahmoud el pelo a la cabeza y lo caló hasta los calcetines. La lluvia comenzó a acumularse en el suelo de la barca, y la madre de Mahmoud y los demás no tardaron en estar sentados en centímetros de un agua que no dejaba de moverse. A Mahmoud empezaron a dolerle los músculos de tanto temblar y de mantener la misma postura en tensión durante tanto tiempo, y no hubo nada que deseara más que bajarse de aquel bote.

—¡Deberíamos regresar! —gritó alguien.

—¡No! ¡No podemos volver! ¡No podemos permitirnos otro intento! —gritó el padre de Mahmoud, y un coro de voces se mostró de acuerdo con él.

Avanzaron bajo aquella lluvia torrencial y a través de aquellas aguas turbulentas durante lo que pareció una eternidad. Podían haber sido diez horas o diez minutos, Mahmoud no lo sabía. Lo único que sabía era que quería que terminase, y que terminase ya. Aquello era peor que Aleppo, peor que las bombas que caían, que los disparos de los soldados y que el zumbido de los drones sobre sus cabezas. En Aleppo, al menos, podía echar a correr, esconderse. Aquí se encontraba a merced de la naturaleza, era un lunar invisible en un bote negro e invisible en medio de un gigantesco mar también de color negro. Y si aquel mar quería, abriría las fauces y lo engulliría entero, y nadie en todo el ancho mundo sabría jamás que él había desaparecido para siempre.

Y eso fue exactamente lo que hizo el mar.

—¡Veo unas rocas! —gritó alguien desde la proa del bote hinchable, y se produjo un ¡PUUM! tan ruidoso como el estallido de una bomba, y Mahmoud cayó al mar dando volteretas.

Josef
En las aguas frente al puerto de La Habana
1939

17 días lejos de casa

Una mano grande y fuerte agarró a Josef del brazo y le dio la vuelta de golpe. Era un marinero, uno de los bomberos del barco, y Josef supo de inmediato que estaba metido en un lío. Los bomberos eran unos bestias enormes y groseros que se suponía que estaban a bordo para apagar los incendios, pero últimamente se dedicaban a pasearse por las cubiertas acosando a los pasajeros judíos. Empezaron a crear problemas desde el momento en que los cubanos les dijeron que no podían abandonar el barco.

El St. Louis llevaba ya tres días fondeado a millas de la costa. Durante esos tres días, mientras los oficiales iban y venían, los policías cubanos que protegían la escalera del barco les decían a los pasajeros que no se podían marchar hoy.

—Mañana —les decían—. Mañana.

Sí, mañana.

Dos días atrás, el Orduna, un buque inglés de pasajeros más pequeño, había llegado y había fondeado cerca de ellos. Josef se preguntó si era uno de aquellos dos navíos con los que habían competido por llegar a Cuba. Tanto él como otros pasajeros habían visto las lanchas ir y venir del barco cuando izaron la bandera amarilla de la cuarentena, y después vieron cómo la arriaban. Entonces, el Orduna había levado anclas ¡y se había dirigido a atracar en el muelle para desembarcar a su pasaje! ¿Por qué les habían

permitido atracar a ellos y no al St. Louis? ¡El St. Louis había llegado allí antes!

El capitán Schroeder no estaba por allí para preguntarle, y los oficiales y los camareros no tenían respuestas para los pasajeros.

Y aquel día volvió a suceder lo mismo con el navío francés Flandre. Llegó, fondeó cerca, pasó la cuarentena, atracó en el muelle de La Habana y desembarcaron sus pasajeros. Ahora volvía a hacerse a la mar.

A bordo del St. Louis, el pasaje se inquietaba cada vez más, acorralaba a los marineros en cubierta y hacía reproches airados a los camareros en la cena. Josef había notado cómo aumentaba la tensión en todo el barco, cómo aquel caos amenazaba con descontrolarse cada vez que la tripulación trataba con los pasajeros. Era tan sofocante y opresivo como aquel calor de treinta y ocho grados de temperatura.

Cualquiera diría que Schiendick y sus amigos también habían notado la tensión, porque fue entonces cuando comenzaron las patrullas de los bomberos. No tenían nada de oficial, Josef estaba seguro, porque el capitán no había hecho ningún anuncio. Se trataba solo de que ciertos miembros de la tripulación se habían atribuido la labor de hacer de policía del barco como si estuviesen allá en Alemania.

—Por la seguridad de los judíos —les decía Schiendick, igual que la Gestapo se llevaba a los judíos en «custodia de protección».

Otro bombero se situó junto al que tenía a Josef sujeto del brazo y le tapó la luz del sol. Y, entre ellos, estaba el mismísimo Schiendick.

—Justo el chico al que estábamos buscando —dijo Schiendick—. Vas a venir con nosotros.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Josef alzando la mirada a los dos hombres tan grandes que lo rodeaban.

Se sintió culpable, y de inmediato se enfadó consigo mismo por ello. ¿Por qué iba a tener que sentirse culpable? ¡No había hecho nada malo! Sin embargo, recordaba haberse sentido igual en Alemania, cada vez que se cruzaba con un nazi por la calle.

En Alemania, ser judío era un delito. Y aquí también, al parecer.

—Hay que registrar el camarote de tus padres —dijo Schiendick—. ¿Tienes la llave?

Josef asintió, aunque lo hizo contra su voluntad. Aquellos hombres eran adultos, y eran nazis. Le habían enseñado a respetar a los primeros; había aprendido a temer a los segundos.

El bombero corpulento aún lo tenía agarrado del brazo y tiró de él hacia el ascensor. Josef no se podía creer que se hubiera dejado atrapar. Había advertido a su hermana pequeña Ruthie que se mantuviera lejos de ellos, pero él se había distraído viendo al Flandre zarpar del puerto de La Habana, le había dado la espalda a la cubierta de paseo, y fue entonces cuando lo cogieron.

Schiendick y sus bomberos se llevaron a Josef a rastras escaleras abajo, y el chico sintió que se le iba el alma a los pies cuando le dieron la orden de abrir la puerta de su camarote. Le tembló la mano al meter la llave en la cerradura. Pensó que ojalá hubiera alguna forma de salir de aquella, alguna manera de mantener a aquellos hombres lejos de sus padres.

Otto Schiendick bajó la mano al picaporte, lo giró en lugar de Josef y abrió la puerta de golpe. Papá estaba tumbado en la cama en ropa interior, tratando de refrescarse en aquel calor tan sofocante. Mamá estaba sentada en una silla cercana, leyendo un libro. Josef se alegró al ver que Ruthie seguía arriba, en la piscina.

Cuando vio a aquellos hombres, Rachel Landau se levantó. En la cama, el padre de Josef se incorporó con una mirada de pánico en los ojos.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó mamá—. ¿Josef?

—Me han obligado a traerlos hasta aquí —dijo Josef con los ojos muy abiertos en un intento por advertirles del peligro.

—Sí —dijo Schiendick al ver al padre de Josef—. Aquí lo tenemos.

Schiendick y los dos bomberos entraron en el camarote. Schiendick cerró la puerta y la apestilló.

—Por vuestra seguridad, hay que registrar este camarote —dijo Schiendick.

—¿Con qué autoridad? —preguntó mamá—. ¿Sabe algo el capitán sobre esto?

—Con mi autoridad —le dijo Schiendick—. El capitán tiene otras cosas de las que preocuparse.

Schiendick hizo un gesto con la barbilla, y los dos bomberos pusieron el

camarote patas arriba. Barrieron los perfumes y el maquillaje de mamá del tocador y rompieron el espejo. Tiraron las lámparas de las mesitas de noche y rajaron el lavabo. Abrieron las maletas de la familia, el equipaje que ya estaba hecho de forma meticulosa y preparado para ir a Cuba, y tiraron su ropa por todo el camarote. Le arrancaron la cabeza al conejo de peluche de Ruthie. Le arrebataron a mamá el libro de las manos, rasgaron las páginas y las lanzaron por los aires como si fueran las pavesas de una hoguera.

La madre de Josef soltó un grito, pero no lo bastante fuerte para que alguien más lo oyese. Papá se hizo un ovillo y se cubrió la cabeza con las manos, gimoteando. Josef retrocedió contra la puerta, enfadado con su impotencia pero con miedo de que le castigasen más aún si oponía resistencia.

Cuando no quedó nada más que romper ni desperdigar, los bomberos se quedaron detrás de Schiendick ante la puerta.

Schiendick escupió al suelo.

—Esto es lo que pienso yo sobre vosotros y vuestra raza —dijo, y Josef lo comprendió de repente: aquello era una represalia por las palabras que su padre le había dicho a Schiendick en el funeral.

Schiendick soltó un bufido de desprecio, mirando al hombre acobardado en la cama.

—Ya va siendo hora de que te afeiten la cabeza otra vez —le dijo al padre de Josef.

Otto Schiendick se marchó con los dos bomberos y dejó la puerta abierta de par en par. Mamá cayó al suelo llorando, y papá gimoteaba en la cama. Josef temblaba mientras hundía el rostro en las manos al tratar de ocultar sus propias lágrimas. No había nada que deseara más que correr a los brazos de su madre, pero era como si estuviese a un millón de kilómetros de él. Igual que su padre. Eran tres islas solitarias, separadas por un océano de sufrimiento.

De todas las cosas que habían roto Schiendick y sus bomberos, la familia Landau era lo único que Josef no estaba seguro de que fueran capaces de reconstruir.

—Dijiste que si me quedaba callado, si me quedaba quieto, no vendrían a por mí —dijo papá.

Josef tardó un instante en darse cuenta de que su padre estaba hablando con él. Contuvo la respiración. Su padre estaba hablando sobre el examen

médico, cuando Josef lo había asustado para conseguir que se recompusiera.

Papá levantó la vista hacia él con los ojos rojos por las lágrimas.

—Dijiste que no vendrían a por mí. Dijiste que no me volverían a enviar allí. Me lo prometiste, y han venido a por mí de todas formas.

Josef se sintió como si su padre le hubiera dado una bofetada, aunque no le había tocado. Josef se tambaleó, retrocedió, se topó con la mesita de maquillaje de su madre, y una de las botellas que Schiendick no había roto rodó y se hizo añicos en el suelo a su lado. Josef ni siquiera se sobresaltó. Había mentido a su padre, lo había traicionado. Le había hecho pensar que estaba otra vez en aquel sitio tan horrible. Lo había vuelto a aterrorizar. Pero eso no era lo peor que había hecho.

Josef le había hecho a su padre una promesa que no podía cumplir.

Isabel
Estrecho de Florida, en algún lugar al norte
de Cuba
1994

2 días lejos de casa

La lluvia azotaba a Isabel mientras sacaba el agua de la barca. Recogerla, tirarla. Recogerla, tirarla. El fondo de la barca se llenaba tan rápido como ellos eran capaces de achicar. Isabel, su madre, su padre, su abuelo, Luis, Iván y la señora Castillo, todos se afanaban en la tarea y ninguno decía nada; tampoco es que pudieran oírse los unos a los otros con la tormenta. Los únicos que no achicaban agua eran el señor Castillo, que parecía un fantasma, y Amara, que se aferraba al timón con los nudillos blancos en las manos e intentaba mantener la barca en dirección al oleaje agitado para que no volcase. El motor no había funcionado desde que esquivaron al petrolero.

Las nubes de tormenta convirtieron el día en noche, y la lluvia torrencial caló a Isabel hasta los huesos. Tiritaba en el frío del viento, con los pies entumecidos en el agua que chapoteaba en el fondo de la barca. La espuma del mar le escocía en los ojos, y se pasaba el brazo por la cara entre las paladas de achique con tal de secarse aquellas lágrimas de agua salada.

Al ver el aumento del oleaje, Isabel recordó la última vez que vio a su abuelita. Recordó la mano de Lita extendida pidiendo ayuda mientras la marea se la llevaba. Isabel tenía entonces nueve años. Sus padres la habían enviado con Lito y Lita a la pequeña cabaña que tenían en la costa. No le habían

contado el motivo, pero Isabel ya era lo bastante mayor para saber que sus padres habían estado discutiendo otra vez, y querían estar solos mientras solucionaban las cosas. Durante toda la primavera, Isabel se había enfrentado a aquel océano que no tenía nada de divertido, a la espera de que se desatase la tormenta que rompería su familia.

Y lo que llegó entonces fue la tormenta de verdad.

No fue un huracán. Fue más grande que un huracán: un ciclón gigantesco que se estiró desde Canadá, recorrió Estados Unidos, cruzó Cuba y se adentró en América Central. Más tarde la llamaron la Tormenta del Siglo, pero para Isabel fue *La Tormenta*. Con sus aullidos, el viento arrancó tejados de las casas y levantó del suelo de cuajo las palmeras. La lluvia caía de lado. El granizo rompía los cristales de las ventanas como si fueran los perdigones del interminable disparo de una escopeta. Y el mar..., el mar se elevó como una mano gigante que se metió tierra adentro, por encima de la casita de Lito y Lita junto al mar, como si la aplastase con su zarpa gigante y se llevase los añicos a rastras de vuelta a su madriguera.

Lito y Lita no sabían que se avecinaba aquella tormenta, o no se habrían encontrado allí. Habrían ido tierra adentro y habrían encontrado un terreno elevado. Castro había prometido que los protegería, pero no lo hizo. No entonces. No a la abuela de Isabel.

Lito se había podido agarrar a Isabel, pero a Lita se la llevó el agua. Se hundió bajo las olas con los brazos aún extendidos en busca de Lito, de Isabel.

Y esa fue la última vez que la vieron.

Ahora, el brazo de Lito volvía a encontrar a Isabel, y la rodeaba en un abrazo.

—Sé lo que estás pensando —le dijo al oído para que pudiera oírle—. Yo también estoy pensando en ello.

—La echo de menos —le dijo Isabel a su abuelo.

—Yo también la echo de menos —dijo Lito—. Todos los días.

A Isabel se le llenaron ahora los ojos de lágrimas de verdad, y Lito la abrazó con más fuerza.

—Ese fue el final de su canción —susurró Lito—. Pero la nuestra sigue sonando. Vamos, sigue achicando agua, o no tardará en llegarte hasta arriba.

Isabel le dijo que sí con la cabeza y volvió a achicar agua. ¿Y si su vida

era realmente una canción? No, una canción no. La vida era una sinfonía, con diferentes movimientos y complicadas formas musicales. Una canción era algo más corto, una porción más pequeña de la vida.

Este viaje sí era una canción, se percató Isabel, un son cubano, y cada parte del viaje era una estrofa. La primera estrofa fueron los disturbios: el estallido de unas trompetas, el ra-ta-ta-ta de un tambor. Después la entrada del estribillo cuando cambió la trompeta por la gasolina —el piano que le daba al son su ritmo— y después el estribillo propiamente dicho: marcharse de casa. Aún estaban marchándose de casa, no habían llegado al lugar al que se dirigían. Y regresarían al estribillo una y otra vez antes de que acabase.

Pero ¿qué parte repetirían? Y ¿cuántas estrofas más habría antes de llegar al clímax de la canción, ese momento ruidoso al final de un son cubano que recordaba al estribillo, y después a la coda, esas breves notas que lo unían todo?

No podía pensar en eso ahora. Todo cuanto podía hacer era achicar agua. Achicarla y rezar por que no se ahogasen todos en el solo de tambor de aquella conga disparatada que golpeaba contra el costado de su barquita de metal.

Mahmoud
En algún lugar del Mediterráneo
2015

11 días lejos de casa

El agua fría fue como una bofetada en la cara de Mahmoud. Antes de que le diese tiempo a pensar, boqueó para jadear y se llenó la boca de agua del oscuro mar Mediterráneo. Rodó hacia atrás, cabeza abajo en el agua opaca, pataleando y agitando los brazos mientras trataba de ponerse boca arriba. Algo —alguien— le cayó encima y le empujó más hacia abajo en el agua. Se atragantó. Tosió. Tragó más agua. Los cuerpos daban volteretas en el mar por encima de él, a su lado, por debajo de él. Se golpeó la rodilla contra algo duro y afilado —una roca— y sintió una descarga fría de dolor que desapareció enseguida en un terror ciego e inconsciente.

Se estaba ahogando. El bote hinchable había reventado contra las rocas, y se estaba ahogando.

Mahmoud pataleó. Remó con las manos. Hizo aspavientos. Sacó la cara fuera del agua y cogió aire, y otra ola le volvió a caer encima, y se hundió. Volvió a patlear para regresar a la superficie y luchó por mantener la cabeza fuera del agua.

—¡Mamá! ¡Papá! —gritó Mahmoud.

Sus chillidos se mezclaban con los gritos y voces de los demás pasajeros que habían vuelto a la superficie. Alrededor de Mahmoud, los supervivientes se agitaban y jadeaban agobiados por el oleaje picado. No quedaba nada del bote. El motor se había llevado los restos al fondo.

Mahmoud vio algo que flotaba en el agua y brillaba. ¡Un móvil! Seguía bien sellado en su bolsa de plástico, y el aire del interior lo mantenía a flote. Mahmoud nadó hacia él, metió la cabeza bajo una ola para evitarla y atrajo la bolsa hacia sí.

La pantalla iluminada del móvil decía que eran las 2:32 a. m.

—Socorro... ¡Socorro! —dijo la madre de Mahmoud entre sollozos, una voz reconocible en medio del caos.

Mahmoud se dio la vuelta, se orientó y nadó a braza entre las olas hacia la silueta que él creía que era su madre. Recogió su pañuelo rosa del remolino de aquella confusión y vio que su madre luchaba por levantar algo y sacarlo fuera del agua.

Hana.

Mahmoud nadó hacia su madre. Hana estaba llorando —¡estaba viva!—, pero su madre no pudo hacer más por mantener tanto al bebé como su propia cabeza fuera de las implacables olas. Una de las dos se iba a ahogar.

Mahmoud rodeó a su madre con los brazos y pataleó para tratar de llevarlas a las dos hasta la superficie, pero la mitad de las veces le daba la sensación de estar arrastrándolas a ambas con él.

—¡Fatima! ¡Mahmoud! —oyó gritar a su padre. Mahmoud se dio la vuelta y lo vio con Waleed en sus brazos—. ¡Los salvavidas no sirven para nada! —rugió. Se veía aparecer y desaparecer su cabeza en las olas—. ¡Son de mentira!

¿De mentira?! Mahmoud estaba furioso, pero su ira se desvaneció rápidamente. Centraba hasta el último gramo de su energía en patalear, en nadar. Si se paraba, se ahogarían su madre, su hermana y él.

Había otras personas a su alrededor que chillaban, buscaban y luchaban por mantenerse a flote, pero, en lo que a Mahmoud se refería, su mundo consistía únicamente en cuatro metros a la redonda. ¿Adónde iban a ir desde allí? ¿Cómo iban a salir del agua y a pisar tierra firme? Estaban perdidos en plena noche en una tormenta en el mar Mediterráneo. Su bote se había hundido, y, aunque había chocado contra unas rocas, no había tierra a la vista por ninguna parte.

Iban a morir allí. Todos.

A Mahmoud le entró agua del mar por la nariz y la echó a base de toses. Se

esforzó por respirar mientras las olas no dejaban de echársele encima y la espuma le seguía azotando en la cara. No obstante, el llanto de su hermana pequeña hizo que recobrase la concentración. No la podía perder. No podía perder a ninguno de ellos.

Se reunieron en el agua, Mahmoud y sus padres, todos ellos tratando de ayudar a Waleed y a Hana a mantenerse a flote y también entre sí. Otras familias y grupos hicieron lo mismo, pero aquellos grupos pequeños terminaron por separarse los unos de los otros, a la deriva, y ninguno de ellos sabía hacia dónde se suponía que debían ir. Lo único que podían hacer era mantener la cabeza fuera de la siguiente ola, y de la siguiente, y de la siguiente...

—Quitaos los zapatos —les dijo el padre de Mahmoud—. Lo que sea con tal de aligerar peso.

Pasó el tiempo. Dejó de llover. La luna creciente incluso llegó a asomarse de detrás de una nube, pero volvió a oscurecer con la misma rapidez, y el viento frío, la espuma salada y el oleaje del mar seguían atormentándolos. Mahmoud tenía las piernas entumecidas por el frío y el agotamiento. Las sentía como dos pesos muertos que él luchaba por levantar y agitar con tal de mantenerse a flote. Su madre llevaba sollozando silenciosa lo que parecía una eternidad. Sus brazos ya no sostenían a Hana fuera del agua, sino apenas posada sobre la superficie, como si estuviera empujando una barcaza minúscula. Hana se había quedado tan callada como Waleed, y Mahmoud pensó en si seguirían vivos. No podía preguntarlo. No lo iba a preguntar. Mientras no lo preguntase, no lo sabría con seguridad, y mientras no lo supiese con seguridad, había una posibilidad de que siguieran vivos.

Mahmoud se volvió a deslizar una vez más bajo las olas, esta vez durante más tiempo que la última. Se estaba volviendo muy difícil regresar a la superficie, mantenerse a flote. Volvió a subir y echó el aire por la nariz, pero estaba cansado. Muy muy cansado. Pensó que ojalá tuviera un respiro de tanto nadar, solo un instante para sentarse sin mover los brazos y las piernas. Cerrar los ojos y dormir...

Mahmoud sentía el chapoteo del agua en los oídos, pero creyó oír un zumbido más alto que los aullidos del viento. En Siria, ese sonido habría hecho que Mahmoud se agachase y se pusiese a cubierto, pero ahora hizo que

se le abriesen los ojos de par en par, que las piernas pataleasen un poco más fuerte, un poco más alto. Allí, surgía de la oscuridad y se dirigía hacia ellos... ¡otro bote hinchable lleno de gente!

Mahmoud y sus padres agitaron los brazos y gritaron pidiendo socorro. La gente de a bordo por fin los vio, pero, al acercarse, el bote no redujo la marcha.

¡No iban a parar!

La proa del bote pasó por delante de Mahmoud, que se lanzó a por una de las asas que tenía a lo largo del costado. Se agarró, y sujetó a su madre antes de que el bote tirase de él. Empujó a su madre hacia el costado del bote, y ella también se agarró, y la estela de la embarcación casi sumergió a Hana.

Detrás de ellos, el padre de Mahmoud también se lanzó a por el bote, pero falló. La barca hinchable siguió avanzando rápida, dando saltos y cabeceando, y el padre y el hermano de Mahmoud desaparecieron en la oscuridad.

—Papá... ¡Papá! —gritó Mahmoud aún aferrado al bote.

—¡Suéltalo! —le gritó una mujer desde arriba, en el bote—. ¡Sois una carga para nosotros!

—¡Dejadnos subir! ¡Por favor! —suplicó Mahmoud.

Su madre apenas podía agarrarse al bote y a Hana.

—¡No podemos! ¡No hay sitio! —gritó un hombre desde el bote hinchable.

—Por favor —les rogó Mahmoud—. Nos estamos ahogando.

Un hombre alargó el brazo y trató de soltar del bote la mano de Mahmoud.

—¡Nos estáis escorando!

—¡Por favor! —gritó Mahmoud. Gemía por el esfuerzo de luchar contra los dedos del hombre y agarrarse al bote—. ¡Por favor, llevadnos con vosotros!

—¡No! ¡No hay sitio!

—¡Llevaos al menos a mi hermana! —suplicó Mahmoud—. Es un bebé. ¡No ocupará ningún espacio!

Aquello provocó muchos gritos y confusión en el bote. Un hombre intentó de nuevo que Mahmoud se soltase, pero él siguió agarrado.

—*Por favor...* —suplicó Mahmoud.

Una mujer se asomó por la borda del bote y extendió los brazos hacia la madre de Mahmoud para coger al bebé.

La madre de Mahmoud elevó la pequeña bola de mantas mojadas hacia la mujer.

—*Se llama Hana* —dijo con un esfuerzo para que se la oyese por encima del rugido del motor y los golpes de las olas.

Alguien consiguió por fin soltar del bote los dedos de Mahmoud, que cayó al agua y dio volteretas en la estela de la balsa neumática. Cuando salió a la superficie, vio que su madre se había soltado también. Lloraba con unos gemidos terribles y se daba tirones de la ropa. Mahmoud nadó hasta ella y forcejeó con sus manos hasta que las dejó quietas; su madre apoyó la cabeza en su hombro y siguió sollozando.

La hermana de Mahmoud se había marchado, y su padre y su hermano habían desaparecido.

Josef
En las aguas frente al puerto de La Habana
1939

18 días lejos de casa

Josef intentó aferrarse a la silla, pero su padre era aún lo bastante fuerte como para arrebatársela de las manos con un fuerte tirón. Papá la apiló en la torre de muebles que había amontonado contra la puerta.

—¡No podemos permitir que vuelvan a entrar! —gritó papá—. ¡Volverán a por nosotros y nos llevarán!

Josef y su madre habían tardado una noche y un día en recomponer su camarote después de que Schiendick y sus matones lo hubieran destrozado, y en el transcurso de quince minutos, su padre lo había vuelto a poner patas arriba, había agarrado todo lo que no estaba clavado al suelo y lo había apilado contra la puerta.

Ruthie estaba acurrucada en un rincón, llorando y abrazada a Bitsy. Lo primero que había hecho la madre de Josef era coserle la cabeza al conejo de peluche, antes de que Ruthie lo viese decapitado.

—Aaron. ¡Aaron! —decía ahora la madre de Josef—. ¡Tienes que tranquilizarte! ¡Estás asustando a tu hija!

Y también estaba asustando a Josef, que miraba fijamente a su padre. Aquel hombre esquelético, aquel fantasma desquiciado, ese no era su padre. Los nazis se habían llevado a su padre y lo habían sustituido por un loco.

—*No lo entendéis* —dijo el padre de Josef—. No podéis saber lo que le han hecho a la gente. ¡Lo que nos harán a nosotros!

Papá lanzó una maleta abierta sobre la pila de cosas y desperdigó la ropa por el camarote. Cuando ya hubo puesto todo lo que podía en la barricada, se metió debajo de la mesa del fondo del camarote como si fuera un crío jugando al escondite.

Mamá tenía una expresión de terror en el rostro mientras trataba de averiguar qué hacer.

—Ruthie —dijo por fin—, ponte el bañador y ven a nadar.

—No quiero ir a nadar —dijo Ruthie, que aún lloraba en el rincón.

—Haz lo que te digo —dijo mamá.

Ruthie se apoyó para apartarse de la pared y revolvió entre la ropa que había en el suelo en busca de su bañador.

—Josef —dijo mamá en una voz lo bastante baja para que solo él lo oyese—, me voy a ver al médico del barco para que me dé un jarabe para dormir para tu padre. Algo que lo tranquilice. Me llevo a Ruthie a la piscina, y necesito que tú te quedes aquí y vigiles a tu padre.

Papá seguía hecho un ovillo bajo la mesa, balanceándose y mascullando para sí. La idea de quedarse allí solo con él llenó de temor a Josef.

—Pero si el médico se entera de que no está bien, quizá no nos permitan entrar en Cuba —susurró Josef, que estaba desesperado por encontrar una razón para que su madre siguiera allí con él.

—Le diré al médico que estoy inquieta y que no estoy durmiendo nada —dijo mamá—. Le diré que el jarabe es para mí.

La madre de Josef ayudó a Ruthie a terminar de ponerse el bañador, y entre todos pudieron apartar aquella pila irregular de muebles de la puerta lo suficiente para poder abrirla. El padre de Josef, que tan empeñado estaba en montar la barricada unos minutos antes, estaba ahora tan perdido en sus propios pensamientos que ni siquiera se percató.

Josef no sabía qué hacer allí solo, de manera que empezó a poner orden de nuevo en el camarote. Papá estaba quieto y silencioso debajo de la mesa. Josef esperaba que se hubiera quedado dormido. Mamá regresó en cuestión de minutos, y Josef tuvo una inmensa sensación de alivio. Hasta que vio la mirada de desánimo, de pánico, que había en los ojos de su madre, y entonces volvió a asustarse. Mamá se tambaleó al entrar en el camarote, como si no fuese capaz de recordar cómo se caminaba, y Josef corrió a ayudarla a llegar hasta

una de las camas.

—¿Qué es, mamá? ¿Qué pasa? —preguntó Josef.

—Es que..., es que le he dicho al médico que el jarabe para dormir era para mí —dijo muy despacio—, y me ha obligado..., me ha obligado a tomármelo allí mismo.

—¿Te lo has tomado? —dijo Josef.

Su madre parpadeó.

—He tenido que hacerlo —dijo—. Después de haberle dicho..., después de haberle dicho... Es que no podía permitir que supiera que era Aaron quien de verdad...

A mamá se le cerraron los párpados, y se tambaleó.

A Josef le entró el pánico. Su madre no podía echarse a dormir. Ahora no. ¿Cómo se suponía que él se iba a encargar de su padre? ¡No podía hacerlo solo!

—¡Mamá! ¡No te duermas!

Volvió a abrir los ojos a trompicones, pero su mirada había perdido la concentración.

—Tu hermana —dijo—. No te olvides... Tu hermana... está en la piscina.

Volvió a parpadear y a cerrar los ojos, y cayó de espaldas en la cama.

—No. Nonononono —dijo Josef.

Probó a darle unas palmadas en las mejillas para despertarla, pero estaba fuera de combate.

Josef se levantó y se paseó por la habitación, tratando de pensar. Con su madre dormida, tenía que vigilar a su padre cada segundo. Josef se quedó mirándolo, allí, debajo de la mesa. Ahora estaba en silencio, pero lo más mínimo podría hacer que se disparase. Fuera como fuese, Josef no podía ir a buscar ayuda. Si alguien se enteraba de que su padre no estaba bien, le prohibirían la entrada en Cuba. Pero Josef también tendría que ir a buscar a Ruthie en algún momento, asegurarse de que cenaba y se metía en la cama.

De repente, Josef era el hombre de la familia —el único adulto de la familia—, lo quisiera él o no.

—¿Has visto alguna vez a un hombre ahogarse? —le preguntó papá en un susurro, y Josef se sobresaltó.

No estaba seguro de si su padre le estaba hablando a él, o si hablaba sin

más, pero le daba miedo responder, le daba miedo romper el hechizo de silencio bajo el que se encontraba su padre.

Y su padre siguió hablando.

—Después de pasar lista por la noche, escogían a alguien a quien ahogar. A uno cada noche. Le ataban los pies juntos y las manos a la espalda y le ponían una mordaza en la boca, y entonces lo colgaban boca abajo con la cabeza metida en un barril. Como un pez. Como un pez enorme en el muelle, colgado boca abajo por la cola. Entonces llenaban el barril de agua. Despacio, para poder disfrutar del pánico, para poder reírse. Y, entonces, el agua ascendía lo suficiente para cubrirle la nariz, y el hombre respiraba agua, porque no podía hacer otra cosa. Respiraba agua como un pez, solo que no era un pez. Era un hombre. Se retorció y respiraba agua hasta que se ahogaba. Ahogado boca abajo.

A Josef se le detuvo la respiración. Se sorprendió abrazado al conejo de peluche de Ruthie.

—Lo hacían todas las noches, y todos teníamos que quedarnos ahí, de pie, mirando —susurró su padre—. Teníamos que quedarnos mirando y no podíamos decir una palabra, no podíamos mover un músculo, o seríamos los siguientes.

Las lágrimas le rodaban a Josef por las mejillas. Pensaba en cómo había tratado a su padre durante el examen del médico cubano. Cómo le había hecho creer que estaba de vuelta en aquel lugar donde había visto tantas cosas horribles.

—No puedo volver allí —susurró su padre—. No puedo volver.

Su padre cerró los ojos y metió la cabeza entre las rodillas, y no tardó en quedarse dormido. Josef se quedó sentado con sus padres, ambos dormidos, hasta que en el camarote comenzó a oscurecer y no pudo posponer más el ir a buscar a Ruthie. Tendría que darse tanta prisa como pudiese.

Josef salió del camarote y se encontró a su hermana chapoteando en la piscina con los demás niños. Josef le pidió a un camarero que les llevaran la cena al camarote aquella noche y, mientras traía a su hermana de vuelta a su habitación, se congratuló por haber sobrevivido a su primer día de adulto.

Hasta que abrió la puerta y vio que su padre no estaba.

Josef soltó la mano de Ruthie y se puso a gatas para buscar debajo de las

camas, pero su padre no estaba allí. No estaba en el camarote.

—No. ¡No! —exclamó Josef.

Sacudió a su madre, le rogó que se despertara, pero el jarabe para dormir era demasiado potente. Josef se puso a dar vueltas por el camarote tratando de averiguar qué hacer.

Cogió a Bitsy y le puso el conejo de peluche a su hermana en los brazos.

—Quédate aquí —le dijo a Ruthie—. Quédate aquí con mamá y no salgas de esta habitación. ¿Lo entiendes? Tengo que encontrar a papá.

Josef salió corriendo por la puerta, al pasillo. Y, ahora, ¿hacia dónde? ¿Adónde habría ido su padre? No había abandonado el camarote en todo el viaje, ¿y justo ahora se había decidido a salir?

Josef oyó un alboroto y echó a correr escaleras arriba hacia la cubierta A. Más adelante había un hombre ayudando a una mujer a ponerse de pie, y ambos miraban enfadados por encima del hombro, en la dirección en la que papá debía de haber huido.

Y fue entonces cuando Josef lo recordó: su padre sí había salido antes del camarote, para asistir al funeral del profesor Weiler en el mar.

Una mujer chilló en algún lugar más adelante, y Josef echó a correr. Se sentía como si estuviera fuera de sí, como si existiera fuera de su propia piel y se viese a sí mismo golpearse contra la barandilla para mirar por la borda.

Alguien gritó.

—¡Hombre al agua!

Y aulló la sirena del barco.

El padre de Josef se había tirado al mar.

Isabel
En algún lugar del Caribe
1994

3 días lejos de casa

Isabel se despertó con el cálido resplandor anaranjado en el horizonte y un mar plateado que se extendía ante ellos como un espejo. Era como si la tormenta hubiera sido una especie de pesadilla febril. El señor Castillo también se despertó de su pesadilla con la boca seca como si se hubiera perdido en el desierto. Se bebió de un largo trago casi la mitad de uno de los pocos bidones que les quedaban y se tumbó contra el costado de la barca.

Isabel estaba preocupada por su madre. Para Mami, la pesadilla solo estaba empezando. Los mareos que había sentido al comienzo de la tormenta habían empeorado por la noche, y ahora tenía tal fiebre que ardía más que el sol del amanecer. Lito sumergió un jirón de una camisa en las aguas frescas del mar y se lo puso en la frente a su hija para que se refrescase, pero, sin las aspirinas del botiquín que habían perdido, no tenían manera de hacer que le bajase la fiebre.

—El bebé —se quejó Mami agarrándose la tripa.

—El bebé estará perfectamente —le dijo Lito—. Será un niño bien fuerte y sano.

Lito y la señora Castillo se encargaron de cuidar de la madre de Isabel. Papi y Luis consiguieron que el motor volviese a arrancar, y lo remojaron con agua para refrigerarlo. Amara, al timón, los llevaba hacia el norte ahora que el sol estaba en el cielo. Todo el mundo tenía algo que hacer, parecía, excepto

Isabel e Iván.

Tambaleándose, Isabel se abrió paso hacia Iván, en la proa de la barca, y fue dándose golpes hombro con hombro y pisando a la gente por el camino. Se sentó a su lado con un resoplido.

—Me siento inútil —le dijo a Iván.

—Lo sé —dijo él—. Yo también.

Permanecieron sentados en silencio durante un rato antes de que Iván dijese:

—¿Crees que tendremos que dar álgebra en nuestro nuevo colegio norteamericano?

Isabel se rio.

—Sí.

—¿Tendrán mítines políticos todos los días en el colegio? ¿Tendremos que trabajar toda la tarde en el campo? —Se le abrieron los ojos de par en par—. ¿Crees que tendremos que llevar armas, para protegernos de los tiroteos?

—No lo sé —le dijo Isabel.

Sus profesores les habían hablado constantemente de cómo se morían de hambre los indigentes en las calles norteamericanas, de que las personas que no se podían permitir pagar un médico enfermaban y se morían, y de que todos los años morían miles de personas por disparos de armas de fuego. Con lo contenta que se había puesto por marcharse a Estados Unidos, a Isabel le preocupó de repente que no fuese un lugar tan mágico como creían todos los que iban en la barca.

—Sea como sea, me alegro de que hayas venido con nosotros —dijo Iván—. Ahora podremos vivir el uno al lado del otro para siempre.

Isabel se puso colorada y se miró los pies. A ella también le agradaba aquella idea.

El agua sobre la cara de Castro era más profunda ahora, lo cual significaba que tenían alguna vía. Entre el petrolero y la tormenta, la barquita se había llevado un buen vapuleo, y, para empezar, tampoco había estado nunca en muy buenas condiciones para navegar. El señor Castillo solo se había imaginado que la barca habría pasado un día en el agua, dos a lo sumo. ¿Cuánto tiempo más tardarían en llegar a Florida?

¿Y dónde estaban ahora, exactamente?

—Eh, ¿es eso tierra? —preguntó Iván.

Señaló por encima de la borda. Isabel y los demás se abalanzaron con tanta prisa que la barca se escoró en el agua de manera peligrosa.

Sí..., ¡sí! Isabel pudo verla. Una línea verde, fina, alargada y oscura en el horizonte. ¡Tierra!

—¿Es Estados Unidos? —preguntó Iván.

—Está en el lado contrario de la barca para ser Estados Unidos —dijo Luis, que se volvió a mirar al sol—. A menos que el viento nos haya arrastrado al golfo de México durante la noche.

—Sea lo que sea, pongo rumbo hacia allá —les dijo Amara.

Todos observaban en silencio mientras la línea verde se convertía en colinas y árboles y el agua se volvía más clara y menos profunda. Isabel contuvo la respiración, nunca había estado tan emocionada en toda su vida. ¿De verdad era Estados Unidos? ¿Lo habían logrado? Amara los acercó a la costa y después viró rumbo sur a lo largo de ella. Isabel estudió la costa. ¡Allí! Señaló unas sombrillas de playa rojas y amarillas que tenían unas sillas debajo. Y en las sillas de playa había gente.

¡Personas de *raza blanca*!

Una mujer en bikini se levantó las gafas de sol negras y señaló hacia ellos, y el hombre que estaba a su lado se incorporó y se quedó mirando. Isabel vio más personas de piel blanca, y todas ellas miraban, señalaban y les saludaban con la mano.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Lo hemos conseguido! —dijo Isabel mientras sacudía a Iván por los brazos.

Iván se puso a dar tales saltos que la barca soltó un quejido.

—¡Florida! —gritó.

Un hombre de raza negra con un traje blanco bajó corriendo por la playa hacia ellos agitando los brazos sobre la cabeza para llamar su atención. Les gritó algo en inglés y les hizo una señal para que se dirigiesen más al sur.

Amara siguió la línea de la costa hasta que doblaron un cabo, donde el mar abierto daba paso a una pequeña bahía silenciosa con un largo embarcadero de madera en el que había mesas, sillas y un bar. Había unos elegantes barquitos de vela para dos personas varados en la playa junto a unas pistas de voleibol, y más sombrillas y sillas dispersas por la arena. A Isabel le dio un

vuelco el corazón: ¡Estados Unidos era todavía más paradisíaco de lo que ella se había imaginado jamás!

Luis pulsó un interruptor, y cesó el ronroneo del motor. Las personas blancas se levantaron de las mesas del bar para ayudar a traerlos hasta el embarcadero, e Isabel y los demás estiraron los brazos para agarrarse a sus manos. Las yemas de los dedos estaban ya casi tan cerca como para tocarse cuando unos hombres negros con un uniforme blanco de manga corta se abrieron paso y se situaron entre los veraneantes del embarcadero y la barca.

Uno de ellos dijo algo en un idioma que Isabel no entendió.

—Creo que nos está preguntando si venimos de Haití —dijo Lito a los demás en la barca—. Venimos de Cuba —le dijo despacio en español al hombre de uniforme.

—¿Son de Cuba? —le preguntó el oficial en español.

—¡Sí! ¡Sí! —exclamaron ellos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Papi.

—En las Bahamas —dijo el hombre.

¿Las Bahamas? A Isabel se le fue la mente al mapa del Caribe que había en la pared de su aula en el colegio. Las Bahamas eran unas islas que estaban al noreste de La Habana, justo sobre el centro de Cuba. Muy lejos al este de Miami. ¿De verdad la tormenta los había desviado tanto de su rumbo?

—Lo siento —dijo el oficial—, pero no tienen permiso para desembarcar. Las leyes británicas prohíben la entrada de inmigrantes ilegales en las Bahamas. Si ponen pie en suelo bahameño, serán puestos bajo custodia y se les devolverá a su país de origen.

Detrás de los oficiales, uno de los turistas, que sabía español, se lo estaba traduciendo a los demás. Varios de ellos parecían contrariados, y empezaron a discutir con las autoridades.

—Pero tenemos una mujer embarazada que está enferma —le dijo Lito al oficial.

El abuelo se apartó para que los hombres del embarcadero pudiesen ver a la madre de Isabel, y los turistas que estaban detrás de los oficiales dejaron escapar un grito de preocupación.

Los oficiales consultaron entre sí, e Isabel contuvo el aliento.

—El comandante dice que, por motivos de salud, la mujer embarazada

puede desembarcar y recibir atención médica —dijo el oficial que hablaba español. Isabel e Iván se aferraban el uno al otro llenos de esperanza—. Pero no puede tener aquí a su bebé —prosiguió el oficial—. En cuanto se encuentre bien, será deportada a Cuba.

Isabel e Iván se desinflaron, y todos los demás en la barca guardaron silencio. Isabel sintió que se le revolvía el estómago. Quería que su madre se pusiera bien, pero no quería que los enviaran de vuelta a Cuba. ¿Y no podía Bahamas dejar que se quedaran? ¿Qué daño iba a hacer otra familia cubana? Volvió a mirar al embarcadero y a aquel bar tan agradable. ¡Tenían sitio de sobra!

Le explicaron la situación a los turistas, que dieron un grito ahogado y esperaron.

—Muy bien —dijo Lito—. Mi hija está enferma. Necesita atención médica.

—¡No! —dijo Papi—. ¡Ya has oído a ese hombre! Si nos bajamos de esta barca, nos enviarán de vuelta a Cuba, y yo no voy a volver.

—Entonces, *yo* iré con ella —dijo Lito—. A mí me importa más la vida de Teresa que llegar a Estados Unidos.

A Isabel le caían las lágrimas por las mejillas. No. ¡No! ¡Esto no era lo que tenía que pasar! Se suponía que su familia iba a estar *unida*. Por eso había insistido ella tanto en que fuesen *todos* a Estados Unidos. Y, si su madre volvía a Cuba y su padre se marchaba a Estados Unidos, ¿con cuál de los dos se iba a ir ella?

Lito fue a levantar a la madre de Isabel, pero Mami lo apartó.

—¡No! —dijo la madre de Isabel.

—Pero, Teresa... —dijo Lito.

—¡No! No quiero que mi hijo nazca en Cuba.

—¡Pero si estás enferma! No puedes hacer otro viaje por mar —le discutió Lito.

—No voy a volver —dijo Mami, que alzó los brazos y cogió la mano de su marido y de su hija—. Me quedaré con mi familia.

Aliviada, Isabel se lanzó en los brazos de su madre. Se quedó sorprendida al sentir que su padre se arrodillaba en la barca y las abrazaba a las dos.

—Bueno, esto tiene pinta de que nos marchamos —le dijo Luis a todos los

de la barca.

Antes de que pudieran volver a arrancar el motor, uno de los turistas le lanzó una botella de agua a la señora Castillo. El resto de los veraneantes no tardó en ponerse a dar carreras hasta el bar para comprar botellas de agua y bolsas de patatas y lanzarlas a las manos de los que estaban en la barca.

—¿Aspirinas? ¿Tiene alguien aspirinas? Son para mi madre —suplicó Isabel.

En el embarcadero, una señora mayor de raza blanca entendió lo que decía. Se puso a rebuscar enseguida en su bolso enorme y le lanzó a Isabel un bote lleno de pastillas.

—¡Gracias! ¡Gracias! —gritó Isabel.

Sentía tal gratitud hacia aquellas personas que le dolía el corazón. Un simple instante de amabilidad por parte de cada uno de ellos podía suponer la diferencia entre morir y sobrevivir para su madre y para el resto en aquella patera.

Cuando por fin volvieron a arrancar el motor y Amara viró en redondo para marcharse, tenían más comida y más agua de la que habían cogido ellos al salir de Cuba. Pero se encontraban más lejos de Estados Unidos y de la libertad de lo que habían estado nunca.

Mahmoud
En algún lugar del Mediterráneo
2015

11 días lejos de casa

—*Mi niña* —lloraba la madre de Mahmoud—. Mi Hana se ha ido.

El mar Mediterráneo seguía atacándolos, trataba de ahogarlos una ola tras otra, y Mahmoud se daba cuenta de que su madre no quería seguir luchando. Mahmoud tenía que hacer lo posible por mantenerle la cabeza fuera del agua.

—Yo sigo aquí —le dijo a su madre—. Y te necesito.

—Se la he dado a una desconocida —gemía la madre de Mahmoud—. ¡Ni siquiera sabía quién era!

—Ahora está a salvo —le dijo Mahmoud—. Hana está fuera del agua. Va a sobrevivir.

Sin embargo, no había manera de consolar a la madre de Mahmoud. Se tumbó boca arriba en el agua, mirando al cielo, y sollozó.

Aquel bote hinchable que pasó de largo había insuflado nuevas energías a Mahmoud, pero ya podía sentir cómo iba perdiendo la excitación, sustituida por un agotamiento frío que le entumecía los brazos y las piernas. El mar le pasó por encima, Mahmoud volvió a sumergirse ya salir resoplando agua. No podía mantenerse él a flote y mantener a su madre. No por mucho tiempo.

Iban a morir allí.

Pero al menos Hana estaba a salvo. Sí, había sido él quien convenció a la desconocida para que se llevase a su hermana pequeña, y sí, quizá su madre no se perdonara nunca por haber dejado marchar a Hana, pero, al menos, ninguno

de los dos tendría que vivir mucho con aquel remordimiento.

De nuevo empezó a caer la lluvia, aquella lluvia horrible que los acribillaba e insensibilizaba, y a Mahmoud le dio la sensación de que Alá lloraba por ellos. Con ellos.

Se estaban ahogando en lágrimas.

Bajo las cortinas de agua de la lluvia, Mahmoud oyó algo similar a un tamborileo, el agua que caía sobre algo que no era el mar. Buscó por el oleaje que se elevaba y descendía hasta que lo vio: la parte de atrás de un chaleco salvavidas que aún estaba atado a un hombre. Un hombre que flotaba boca abajo en el agua.

Mentalmente, Mahmoud le puso de inmediato al ahogado el rostro de su padre, y el corazón le golpeó con fuerza contra su propio e inútil salvavidas. Se agitó en el agua, a medio nadar y a medio tirar de su madre hacia el cuerpo.

¡Pero no! Aquel chaleco salvavidas era azul, y el de su padre era naranja, como el de Mahmoud. Y este era un salvavidas de verdad, que funcionaba. Mahmoud soltó a su madre apenas por un instante mientras forcejeaba con el cuerpo para darle la vuelta. Era el hombre grandullón que se había sentado a su lado en el bote hinchable. Tenía los ojos y la boca abiertos, pero no había vida en los unos ni en la otra. Aquel hombre estaba muerto.

No era el primer cadáver que Mahmoud veía, no después de cuatro años de guerra civil, con su ciudad natal justo en el centro de los combates. Habían matado a un hombre justo a su lado en el coche de su familia. ¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? ¿Días? ¿Semanas? Parecía que hubiese pasado una vida entera, pero daba igual cuántas veces viese la muerte, aquello nunca dejaba de ser horrible. Mahmoud se estremeció y lo rehuyó.

Ahora bien, si el hombre estaba muerto, eso significaba que ya no le hacía falta su chaleco salvavidas.

Mahmoud combatió su temor y manipuló a tientas las cintas del chaleco del muerto. Sus dedos se movían, pero no podía sentirlos. Tenía las manos como dos témpanos de hielo. Solo sabía que estaba tocando las cintas porque veía que así era. Por fin desabrochó una cinta, y otra, y cuando el cuerpo del hombre comenzó a moverse dentro del chaleco, Mahmoud se dio cuenta de que estaba condenándolo a irse al fondo del mar. No recibiría los baños rituales ni lo amortajarían con un kafan, no llorarían su pérdida sus seres queridos, no

tendría a sus familiares y amigos para que rezasen por él, ni lo enterrarían mirando a La Meca. Mahmoud estaba entregando a un hombre a su tumba, y tenía un deber para con él.

En una vida tan breve, Mahmoud ya había oído en demasiadas ocasiones las oraciones funerarias, de manera más reciente por su primo Sayid, que murió al estallar una bomba de barril. Ahora, Mahmoud recitaba una de ellas en silencio.

—Oh, Señor, perdona a este hombre, ten misericordia de él, dale fuerza e indúltalo. Sé generoso con él y acógelo, y báñalo en agua, en nieve y en granizo. Límpialo de sus pecados, así como un paño blanco queda limpio de manchas. Otórgale una morada mejor que su hogar, una familia mejor que la suya y una esposa mejor que la suya. Acéptalo en el paraíso y protégelo del castigo de la tumba y del castigo del fuego del infierno.

Cuando terminó, Mahmoud abrió la hebilla de la última cinta, y el hombre rodó fuera del chaleco y descendió a las opacas profundidades del Mediterráneo.

—Toma, mamá, ponte esto —dijo Mahmoud.

Tardó un tiempo en conseguir que se pusiera el chaleco salvavidas, y tuvo que hacer él la mayor parte del trabajo, pero por fin lo tenía puesto, y Mahmoud ya no tenía que luchar con tal de mantenerla a flote. Su madre se tumbó de espaldas con los ojos cerrados, mascullando algo sobre Hana, y Mahmoud se agarró al chaleco salvavidas. Aún tenía que patalear para no hundirse los dos juntos, pero mucho menos que antes, sin duda.

No sabía adonde irían ni cómo saldrían del agua. Quizá vieses tierra al llegar la luz del día y fuesen capaces de nadar hasta ella.

Mientras tanto, tenían que sobrevivir a aquella noche.

Josef
En las aguas frente al puerto de La Habana
1939

18 días lejos de casa

—¡Socorro! ¡Mi padre se ha tirado por la borda! ¡Socorro! —gritó Josef.

Muy por debajo de él, ya a unos doscientos metros de distancia del barco, el padre de Josef se agitaba en el agua como un loco. Daba unos gritos incoherentes, pero no estaba pidiendo que lo rescatasen.

En las cubiertas inferiores, los pasajeros corrían a las barandillas y señalaban. La sirena del barco seguía sonando, y los marineros corrían de aquí para allá, pero nadie estaba *haciendo* nada. Josef daba vueltas con impotencia. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Saltar detrás de su padre? Era una caída desde muy alto, y él no sabía nadar...

Abajo, en la cubierta C, uno de los policías cubanos tiró a un lado la gorra y el cinto de la pistola, se quitó los zapatos de un puntapié y se tiró de cabeza al agua verdosa. Impacto contra el mar con un golpe sonoro y un salpicón de agua, y, durante unos largos segundos, Josef contuvo la respiración como si fuera él mismo quien se hubiese tirado. Tenía los pulmones a punto de reventar cuando el hombre salió a la superficie a unos metros de distancia del lugar donde había impactado, jadeando en busca de aire. El policía se retiró el pelo mojado de la cara, se dio la vuelta hasta que se orientó y arrancó a nadar hacia Aaron Landau.

El corazón se le aceleró a Josef tanto como los pies al bajar volando por las escaleras. Se abrió paso entre la multitud y corrió hasta la barandilla, pero

el policía no había llegado aún hasta su padre. Una mujer gritó, y Josef miró en la dirección en que señalaba la gente: en el agua habían aparecido dos aletas de tiburón.

Josef se quedó paralizado de terror.

Se oyeron más gritos cuando su padre se hundió entre las olas, y Josef tuvo que agarrarse a la barandilla para no venirse abajo.

Uno de los botes salvavidas del St. Louis cayó al agua, y la sirena del barco atrajo a unas lanchas motoras de la costa, pero ninguna de ellas iba a llegar a tiempo. La única persona que estaba lo bastante cerca para salvar al padre de Josef era el policía cubano. A pesar de que los tiburones aún nadaban en círculo, el policía respiró hondo y se sumergió entre las olas.

Josef contó los largos segundos que transcurrieron antes de que el hombre volviese a aparecer en la superficie, esta vez con papá entre sus brazos.

Los pasajeros del barco lo celebraron, pero el padre de Josef no quería que lo rescataran. Se resistía en los brazos del hombre, le daba golpes y agitaba los brazos.

—¡Asesinos! —gritó—. ¡Jamás me cogerán!

Sin embargo, papá estaba débil, y el policía era fuerte. Una de las lanchas motoras de la costa llegó hasta ellos, y el policía ayudó a los otros hombres a subir al padre de Josef a la barca.

—¡Dejadme morir! ¡Dejadme morir! —chilló el padre de Josef.

Aquellas palabras golpearon a su hijo como una bofetada en la cara, y se le saltaron las lágrimas.

Su padre prefería morir a estar con su hijo. Con su hija. Con su mujer.

El restallido del disparo de una pistola hizo que Josef se sobresaltase. Uno de los hombres de la barca estaba de pie, apuntando una pistola hacia el agua, cerca del policía. ¡Pam! ¡Pam! Disparó dos veces más, y una de las aletas de tiburón se apartó del policía para atacar al otro escualo al que el hombre había herido con sus disparos.

Los hombres tumbaron al padre de Josef en el suelo de la lancha y ayudaron a subir a bordo al policía cansado. En el St. Louis se oyeron suspiros de alivio y oraciones entre susurros, pero a Josef le dio un vuelco el corazón al ver que su padre apartaba a patadas al hombre que trataba de ayudarle. Papá se abalanzó hacia el costado de la pequeña lancha en un intento

por volver a tirarse al agua.

—¡Dejadme morir! —volvió a gritar.

El policía lo agarró y tiró de él para devolverlo a la barca. Dos más de aquellos hombres lo sujetaron, y la lancha viró enseguida y se dirigió a gran velocidad hacia la costa.

La sirena del St. Louis dejó de sonar, y todo se había acabado de repente.

Alrededor de Josef, los pasajeros lloraban, pero él se sentía ahora más atónito que triste. Su padre se había ido. En muchos sentidos, su padre nunca volvió del campo de concentración, en realidad. No ese padre que Josef conocía y recordaba. No el padre al que quería. Había vuelto en cuerpo, pero no en alma.

El padre de Josef se había ido. Su madre estaba inconsciente. Su hermanita pequeña estaba sola. Y, ahora, jamás dejarían que la familia de Josef entrara en Cuba, no después de que su padre hubiese enloquecido. A Josef y a su familia los enviarían de regreso a Alemania. De vuelta con los nazis.

El mundo de Josef se caía a pedazos, y él no veía la manera de recomponerlo.

Isabel

En algún lugar entre las Bahamas y Florida

1994

4 días lejos de casa

La pequeña barca se caía a pedazos.

Las juntas entre los costados tenían grietas. El motor traqueteaba en su soporte y no dejaba de aflojar los tornillos que mantenían unidas las juntas. Hasta los bancos se estaban soltando. Castro era el único que no se había agrietado. Miraba a Isabel, tan serio y confiado como siempre, y le daba la orden de «LUCHAR CONTRA LO IMPOSIBLE Y VENCER».

Sin embargo, resultaba difícil luchar contra lo inevitable. El agua en la barca le llegaba a Isabel casi por las rodillas. Tanto ella como los demás trabajaban con lentitud bajo el ardiente sol del Caribe recogiendo el agua y echándola por la borda, recogéndola y echándola, pero el agua se filtraba con tanta rapidez como ellos eran capaces de achicar. La balsa se estaba hundiendo. Había metido debajo de un banco todas las botellas de agua y los bidones de gasolina que estaban ya vacíos para que ayudasen a mantenerlos a flote, pero, si no llegaban a Estados Unidos pronto, todos ellos se iban a ahogar.

«Lucha contra lo imposible», y vence, se dijo Isabel para sus adentros.

—¿Cuándo vamos a llegar? —se quejó Iván.

—Mañana —dijo Lito con voz de cansancio—. Mañana.

De repente, el abuelo de Isabel dejó de achicar agua. Se incorporó, como si tuviera la mirada puesta en algún lugar muy lejano.

—*Mañana* —susurró.

—¿Lito? —preguntó Isabel.

Su abuelo pestañeó, y sus ojos volvieron a encontrarla. Estaba llorando, ¿o no era más que sudor y agua del mar?

—No es nada, Chabela. Solo... un recuerdo. Algo en lo que no pensaba desde hace mucho tiempo.

El abuelo de Isabel miró alrededor de la pequeña barca, y sus ojos se volvieron más tristes de repente, le pareció a Isabel. Se hubiera arrastrado hasta su abuelo para darle un abrazo, pero no había espacio para dárselo sin hacer que tres personas se levantasen y se moviesen para que ella pudiese llegar.

—No dejéis de achicar —les dijo el señor Castillo desde el lugar donde estaba tumbado, en el fondo de la barca.

—A lo mejor podías echar una mano —le dijo Papi.

—¡Me estoy recuperando! —replicó el señor Castillo—. ¡Apenas me puedo mover con este calor! Además, tampoco te veo achicar a ti.

—Estoy atendiendo a mi mujer —dijo Papi—, que está enferma *de verdad*.

Desde las Bahamas, algo le había pasado al padre de Isabel. Había estado más atento con Mami, más centrado en ella que en cualquier otra cosa. Nadie más se daba cuenta, pero Isabel sí. Había visto cómo le cogía la mano a su madre, cómo le apartaba el pelo de la cara con delicadeza, le había oído susurrarle que la quería, que la necesitaba.

Cosas que ella nunca le había visto hacer ni le había oído decir.

—¿Estás diciendo que mi padre está fingiendo? —le espetó Luis.

—Lo único que estoy diciendo es que está muy bien para él que todos los demás estemos manteniendo a flote este ataúd de metal mientras él se tumba y se relaja —dijo Papi.

—¡Ni siquiera tendríais este *ataúd de metal* si yo no lo hubiese construido!

—No estoy segura de que *construir* sea el verbo apropiado —dijo la señora Castillo, que trataba de volver a unir dos de las piezas del costado—. Más bien *improvisar*.

Iván y el señor Castillo saltaron a la vez.

—¡Lo hicimos lo mejor que pudimos! —dijo Iván.

—Oh, ¿ahora resulta que *tú* nos vas a enseñar a construir cosas? —dijo el señor Castillo—. ¿Dónde estabais Luis y tú mientras nosotros nos quedábamos despiertos toda la noche montando esto? Pues estarías en tu despacho legal, haciendo Dios sabe qué.

Isabel se hundió en su asiento y se llevó las manos a los oídos. Odiaba cuando sus padres discutían de aquella manera, y, ahora, todos en la barca estaban enfadados los unos con los otros.

—Estaba *ayudando a la gente* —le dijo la señora Castillo a su marido—. Tú nunca has valorado lo que hago...

—Y ¿qué se suponía que debía hacer yo? —intervino Luis—. ¿Decirle a mi comandante que tenía que quedarme en casa construyendo una balsa para poder huir?

—Todos vosotros, *basta ya* —gritó Amara desde la popa de la barca—. Parad de inmediato. Os estáis comportando como niños.

Todo el mundo guardó silencio con aspecto de sentirse reprendidos de manera justificada.

—Creo que ya es hora de un descanso para beber agua —les dijo Amara—. Isabel, ¿te importa repartir las botellas?

Era un poco pronto para uno de los descansos que habían establecido para racionar el agua, pero nadie se quejó. Aquella agua fresca y deliciosa era lo mejor que Isabel había probado jamás, y los tranquilizó a todos igual que la leche de una madre a su bebé.

—Estamos todos acalorados, cansados, y sí, nos estamos hundiendo —dijo Amara—, pero, si perdemos la cabeza, lo único que haremos es morir antes. Podemos resolver esto.

—Tiene razón —dijo el padre de Isabel—. Lo siento.

—Yo también lo siento —dijo el señor Castillo—. Debería estar echando una mano.

—Solo si estás en condiciones —dijo Papi, y sonó como si fuera sincero.

—Pero la barca se está cayendo a pedazos —dijo Iván—. Está entrando demasiada agua.

—Tenemos mucho peso —dijo la señora Castillo.

Estaba en lo cierto, pero ¿de qué se podían desprender? No había más que el motor, el combustible, la comida y el agua y ellos nueve.

—¿Y si nos vamos tirando al agua por turnos uno o dos de nosotros? — sugirió Papi—. Podríamos ir agarrados a la barca. Ir flotando en el agua ayudaría a reducir un poco el peso.

—Pero eso tiraría de la barca. Nos ralentizaría —dijo Luis.

—Pero podría mantenernos a flote más tiempo —dijo el señor Castillo.

—Creo que deberíamos probarlo —dijo Amara—. Nos turnaremos en el agua. Eso también nos refrescará.

Y, en aquel preciso instante, tener la cabeza fría podía ser lo más importante de todo.

Mahmoud
En algún lugar del Mediterráneo
2015

11 días lejos de casa

Mahmoud se iba durmiendo a ratos y se despertaba cada pocos segundos, cuando las olas se le echaban encima. Pasaron los minutos —¿las horas?—, y soñó que un barco venía a por ellos. Podía oír el motor por encima del sonido del golpeo de las olas.

Mahmoud se despertó de golpe. Se pasó la mano fría y húmeda por la cara, de arriba abajo, tratando de concentrarse, y lo volvió a oír: el ruido de un motor. ¡No estaba soñando! Pero ¿dónde estaba? Había dejado de llover, pero seguía estando oscuro. No podía ver el barco, pero sí oírlo.

—¡Aquí! —gritó—. ¡Aquí!

Sin embargo, de un modo frustrante y terrible, el motor seguía sonando muy lejos. Ojalá pudiera verle quien fuera que fuese a bordo de aquel barco, pensó Mahmoud. Se había pasado toda su vida practicando el esconderse, el pasar desapercibido. Ahora, por fin, cuando más necesitaba que lo viesen, era de verdad invisible.

Mahmoud chilló de cansancio y de sufrimiento. Quería volver a hacerlo todo otra vez: deseaba volver atrás y defender al chico del callejón de Alepo que estaba recibiendo una paliza por el pan que llevaba; quería gritar, chillar y despertar a los vecinos dormidos de Esmirna para que lo viesen a él y a toda la gente que dormía en parques y portales; quería decirle a Basar Al-Asad y a su ejército que se fueran al infierno; quería dejar de ser invisible, defenderse y

luchar. Pero ahora ya no tendría nunca la oportunidad de hacer todo aquello. Era demasiado tarde. No había tiempo a aquellas horas.

La hora. ¡El móvil! ¡Mahmoud aún tenía el móvil en el bolsillo! Lo sacó y pulsó el botón a través de la bolsa de plástico, y la pantalla de inicio bloqueada se iluminó como un faro en la noche. Mahmoud lo sostuvo por encima de la cabeza y lo agitó en la noche al tiempo que gritaba y chillaba pidiendo socorro.

El motor sonó más fuerte.

Mahmoud se echó a llorar de alegría cuando un barco surgió de la oscuridad, esta vez un barco de verdad, no una patera. Era una motora grande con luces, antenas y unas rayas blancas y azules en el costado: los colores de la bandera griega.

Era un guardacostas griego, que venía a salvarlos.

Y, en la proa del barco, de rodillas y con las manos juntas en un gesto de agradecimiento, estaba el padre de Mahmoud.

Waleed también estaba allí, en la parte de atrás, metido debajo de una manta térmica de emergencia, y Mahmoud y su madre no tardaron en verse fuera del agua y envueltos también en mantas de emergencia que reflejaban sobre ellos el poco calor corporal que aún les quedase. La madre de Mahmoud estaba demasiado ida para hablar, así que él le contó a su padre que habían entregado a Hana en lugar de verla ahogarse con ellos. El padre de Mahmoud lloró, pero atrajo a su hijo hacia sí y le dio un abrazo.

—Hana no está con nosotros, pero está viva. Lo sé —le dijo su padre—. Gracias a ti, hijo mío.

El barco guardacostas griego surcó las picadas aguas del mar Mediterráneo durante el resto de la noche, sacando del agua a más gente, y por fin desembarcó a la familia de Mahmoud y a todos los demás refugiados en la isla de Lesbos. Eran casi las seis de la mañana, y el cielo estaba empezando a clarear con el amanecer. Mahmoud no estaba seguro, pero pensaba que su madre y él habían pasado más de dos horas en el agua.

Cuando se bajaron del barco, el padre de Mahmoud se arrodilló, se inclinó con las manos en el suelo para besarlo y le dio las gracias a Alá. De todas formas, ya era la hora de la oración de la mañana, y Mahmoud se unió a él. Cuando terminaron, Mahmoud ascendió dando tumbos por la costa rocosa y

gris y se quedó mirando con los ojos entornados a las colinas que se elevaban justo detrás de la playa. Entonces se percató: no eran colinas de verdad.

Eran montones y montones de chalecos salvavidas.

Había montañas de ellos, que se extendían por la costa hasta donde le alcanzaba a Mahmoud la vista. Así como Alepo tenía sus montones de escombros, Lesbos tenía sus montones de chalecos salvavidas, abandonados por los cientos de miles de refugiados que habían llegado antes que ellos, que se habían despojado de los chalecos que ya no necesitaban y habían seguido su camino hacia algún otro lugar.

También había cadáveres en la playa, gente que no había sobrevivido en el mar durante la noche, personas que el guardacostas no había encontrado a tiempo. Eran hombres, principalmente, pero también había algunas mujeres. Y una niña.

La madre de Mahmoud corrió hacia la pequeña, gritando el nombre de Hana. Mahmoud salió deprisa detrás de ella, horrorizado, pero aquella niña no era Hana. Era la hija, el bebé de otra persona, que tenía los pulmones llenos de agua del mar. La madre de Mahmoud se echó a llorar en el hombro de su hijo hasta que un señor griego de uniforme los apartó del cuerpo y registró a la niña en un pequeño bloc de notas. El recuento de los fallecidos del día. Mahmoud se alejó tambaleándose, tan insensibilizado como si estuviera de nuevo en el agua helada.

Mahmoud se dirigió a todos los demás refugiados que habían llegado por la noche y seguían allí, y les preguntó uno a uno si habían visto a la pequeña Hana, pero ninguno de ellos la había visto. El bote de la hermana pequeña de Mahmoud había desaparecido: o bien había llegado a la isla y sus pasajeros ya se habían marchado, o bien había naufragado contra las rocas.

La madre de Mahmoud cayó de rodillas al suelo rocoso y se puso a llorar, y su marido la abrazó y le dejó que derramase las lágrimas.

Mahmoud se sentía hecho trizas. Todo era culpa suya. Hana podría estar aún con ellos si él no hubiera convencido a alguien de aquel bote para que se la llevase. O su hermana podría haber muerto durante aquellas dos horas que estuvieron en el agua.

De cualquier forma, la habían perdido.

—Mahmoud —le dijo su padre en susurros sobre los sollozos de su madre

—, comprueba el resto de los cuerpos a ver si tienen zapatos que nos valgan.

Josef
En las aguas frente al puerto de La Habana
1939

19 días lejos de casa

Josef pensaba que ojalá fuese invisible.

Cuando los demás pasajeros descubrieron quién se había tirado por la borda el día antes, todos se detenían para decirle cuánto lo sentían, para decirle que todo iría bien.

Pero ¿cómo podría salir todo bien? ¿Cómo iba a ir todo bien *jamás*?

Josef se encontraba de pie ante la barandilla de la cubierta A desde donde había saltado su padre. Allá abajo, el mar ya no estaba vacío, sino salpicado de pequeñas lanchas motoras y barcas de remos. Algunas traían a periodistas que gritaban preguntas y trataban de conseguir fotografías del barco. Otras barcas les ofrecían manojos de plátanos frescos y bolsas de cocos y naranjas. Los pasajeros de la cubierta C les lanzaban dinero, y los policías cubanos que hacían guardia arriba y abajo pasaban la fruta por la escalera. Últimamente, sin embargo, las barcas llegaban repletas de familiares de los pasajeros del barco. La mayoría eran hombres que se habían adelantado camino de Cuba para conseguir un empleo y un lugar donde vivir para sus familias.

Un hombre traía todos los días al mismo perrito blanco y lo sostenía en alto para que su mujer lo saludase.

Las barcas con los parientes se acercaban lo suficiente para que los familiares se hablasen a gritos, pero no se podían aproximar más. Gracias al padre de Josef, el St. Louis estaba ahora rodeado por unos cuantos barcos de

la policía cubana que mantenían las barcas de rescate a una cierta distancia y vigilaban por si alguien más trataba de saltar hacia la libertad.

O hacia la muerte.

Por la noche, los barcos de la policía cubana barrían el casco con unos focos, y la tripulación del St. Louis, por orden del capitán, patrullaba las cubiertas para vigilar los suicidios.

—¡Evelyne, ahí está! ¡Ahí está papá! —gritó Renata.

Se encontraba a unos pasos de distancia de Josef, por la barandilla, señalando hacia uno de los pequeños botes de remos tratando de que lo viese su hermana.

—¿Dónde? ¡No lo veo! —se quejó Evelyne.

A Josef le interesaba más el pequeño barco de la policía que había atravesado la flotilla y se estaba acercando al St. Louis. Ahora, cada vez que tenían alguna visita, esta se convertía en motivo de conversación, y no tardó en propagarse por todo el barco la noticia de que la embarcación había traído al policía cubano que le había salvado la vida a Aaron Landau.

Josef bajó corriendo a buscar a su madre y a su hermana, y se apresuraron juntos hacia el salón social, donde un pequeño grupo de pasajeros y la tripulación se había reunido para darle al policía cubano la bienvenida de un héroe. Se apartaron para dejar pasar al agente entre vítores, palmadas en la espalda y estrechándole la mano conforme pasaba. Era la primera vez que volvía al barco desde que se lanzó al agua para salvar al padre de Josef, y tanto Josef como su familia se estiraban ahora para tratar de verlo por encima de la cabeza de los demás pasajeros. La madre de Josef dejó escapar un grito y se llevó la mano a la boca, y su hijo sintió una oleada de afecto hacia aquel policía. Ese era el hombre que le había salvado la vida a su padre.

El policía parecía sinceramente halagado y sorprendido por aquellas atenciones. Era un hombre bajo y fornido de piel morena, con el rostro ancho y un bigote espeso. Llevaba unos pantalones azules, una camisa gris con charreteras en los hombros y una boina gris a juego. En la cintura lucía un cinto de cuero con una porra y la cartuchera de una pistola.

Según les contaron, se llamaba Mariano Padrón.

El capitán Schroeder llegó para darle las gracias al agente Padrón en nombre de los pasajeros y los tripulantes. Josef sintió un aumento de la tensión

en la sala. Conforme se alargaban los días de calor y de espera allí fondeados, Josef había visto cada vez menos al capitán, y no era el único pasajero que se había percatado. No obstante, estaban allí para felicitar al agente Padrón, no para darle la lata al capitán acerca de los motivos por los que continuaban en el barco. El ambiente se volvió a animar cuando el policía recibió un obsequio de ciento cincuenta marcos imperiales que habían recolectado entre los pasajeros agradecidos. El agente Padrón estaba impresionado, y Josef también: ciento cincuenta marcos imperiales era mucho dinero, en especial para unas personas que lo podrían necesitar más adelante para pagar los visados y las tasas de entrada. Padrón intentó rechazar el dinero, pero los pasajeros no querían ni oír hablar de ello.

—Yo solo estaba haciendo mi trabajo —le dijo el agente Padrón a los asistentes por medio de un intérprete—. Pero nunca olvidaré esto. Nunca olvidaré a ninguno de ustedes. Gracias.

Los pasajeros le aplaudieron, y, mientras muchos de ellos centraban su atención en el capitán para pedirle información actualizada, Josef, su madre y su hermana se abrieron paso para hablar con el policía.

Al agente Padrón se le iluminó la cara al ver a la madre de Josef. Dijo algo en español, y el pasajero que había hablado por él delante del gentío sonrió y tradujo sus palabras.

—¡Ah, señora! Su padre era un ladrón, ¿verdad?

La madre de Josef frunció el ceño.

—¿Un ladrón? ¿Mi padre? No..., no lo comprendo.

—Su padre tuvo que ser un ladrón —dijo el agente Padrón a través del intérprete—, porque robó las estrellas del firmamento para ponerlas en los ojos de la señora.

Josef por fin lo entendió: era una especie de cumplido por lo guapa que era. Su madre sonrió con cortesía, pero también con impaciencia.

—Agente Padrón, ¿qué pasa con mi marido? —le preguntó—. ¿Se encuentra bien? No me dejan ir a tierra a verle.

El policía se quitó la boina.

—Cuánto lo siento. Lo siento muchísimo. Es usted la señora Landau, ¿verdad? Su marido está vivo —dijo a través del intérprete—. Se encuentra en el hospital. Lo han... —el agente Padrón dijo algo más, pero el intérprete

frunció el ceño.

Era algo que se escapaba a sus limitados conocimientos de español. El policía pudo ver su confusión y representó con gestos lo que quería decir, giró las muñecas para ponerlas boca arriba, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás como si estuviera dormido.

—Sedado —dijo mamá con voz de dolor.

Josef sabía que su madre se culpaba por lo sucedido. Todo el motivo de que su marido ya no estuviera allí era que *ella* había estado sedada y no había sido capaz de detenerlo.

El agente Padrón le dijo que sí con la cabeza.

—No es bueno —dijo por medio del intérprete—, pero sobrevivirá.

La madre de Josef tomó ambas manos del policía entre las suyas y las besó.

—Gracias, agente Padrón.

El policía se ruborizó y asintió con la cabeza. Vio a Ruthie medio escondida detrás de las faldas de su madre y se arrodilló junto a ella. Le puso en la cabeza su boina de policía y le dijo algo en español, y Ruthie sonrió.

—Dice que ahora eres una agente de policía —dijo el intérprete—. Él será el delincuente. ¡Tienes que atraparlo!

El agente Padrón se llevó a Ruthie en una alegre persecución por la sala entre las voces y las risas de los dos. La madre de Josef se rio con un sollozo. Era la primera vez en varios meses que su hijo la oía reír o la veía sonreír.

El agente Padrón dejó que Ruthie lo atrapase, le quitó la boina de la cabeza y se la puso a Josef al tiempo que decía algo más en español.

—Dice que te toca a ti —dijo el intérprete.

—Oh, no —dijo Josef.

Hizo un gesto con la mano para asegurarse de que el policía lo entendía. No estaba de humor para juegos y diversiones y, además, ya era muy mayor para ese tipo de cosas.

El agente Padrón dio un toque a Josef en el pecho con el reverso de la mano para empujarle a jugar.

—Dice que él es el pasajero —dijo el intérprete. El policía se irguió fingiendo estar enfadado y habló en español—. ¡Usted! ¡Señor policía! —dijo el intérprete—. ¿Cuándo abandonaremos el barco?

El ambiente alegre se desvaneció de pronto, y Josef, su familia y el intérprete cruzaron miradas de incomodidad. El agente Padrón solo pretendía imitar lo que todo el mundo le preguntaba constantemente, pero aquella pregunta había hecho que Josef se desinflase. El policía se percató inmediatamente de su error, y puso cara de angustia por haber sacado aquel tema. Asintió con la cabeza en un gesto comprensivo. Después, al unísono, Josef y él pronunciaron la respuesta que todos los policías cubanos daban siempre:

—*Mañana.*

Isabel
En algún lugar entre las Bahamas y Florida
1994

5 días lejos de casa

Isabel se deslizó al mar por el costado de la barca y suspiró. El agua estaba caliente, pero estaba mucho más fresca que si estuviera en la barca. El sol se estaba poniendo en el horizonte del oeste justo en aquel momento y convertía el mundo en una fotografía de tonos dorados y sepias, pero aún debían de estar a unos cuarenta grados fuera del agua. Si no hubiera servido para anegar la barca y ahogarlos a todos definitivamente, Isabel habría rezado por que cayese una lluvia que acabase con aquel bochorno.

El padre de Isabel había utilizado su camisa para montar una sombrilla improvisada para su madre, que ahora parecía estar mejor. Las aspirinas le habían bajado la fiebre a Mami, y aunque aún estaba agotada y a punto de reventar con el hermanito de Isabel, cualquiera diría que se sentía en paz. Acalorada pero en paz.

Si el resto de ellos deseaba aliviarse de aquel calor, tendrían que esperar a que les tocase su turno en el agua.

Isabel volvió a pensar en su viaje como en una canción. Si los disturbios y el trueque de la gasolina habían sido la primera estrofa, y el petrolero y la tormenta la segunda, esta parte del viaje —el largo y ardiente día y medio de inactividad que llevaban de viaje desde las Bahamas hacia Florida— era el interludio del puente musical, una tercera estrofa que era distinta de las demás. Aquella estrofa era una muerte a base de compases lentos, era una calma de

tempo pausado que precedía a la excitación del clímax de la última estrofa y la coda.

Aquello era el limbo. No podían hacer nada sino esperar.

El último rayo de sol desapareció por fin bajo las olas, y Luis paró el motor. El mundo se quedó en silencio salvo por el suave golpeteo de las olas contra el casco y los crujidos de aquella barca que se desintegraba.

—Se acabó —dijo Luis—. Sin el sol no podremos navegar igual.

Amara levantó uno de los bidones de gasolina y agitó el poco líquido que quedaba en él.

—Y, además, ahorramos gasolina —dijo—. Este cacharro la ha estado engullendo. Tendremos suerte si nos queda algo para llegar a la costa cuando avistemos tierra.

—¿Cuándo llegaremos? —preguntó Iván, que flotaba en el agua justo por delante de Isabel, agarrado al casco de la barca igual que ella.

—Mañana, con un poco de suerte —dijo el señor Castillo desde la barca.

Era lo mismo que había dicho ayer, y el día de antes de ayer.

—*Mañana* —susurró el abuelo de Isabel.

Lito estaba metido en el agua con la señora Castillo en el otro costado de la barca, con la cabeza erguida, que apenas era visible por encima de la borda. Había estado susurrando aquella palabra de forma intermitente desde ayer, y aún parecía en cierto modo afectado. Isabel no sabía por qué.

—Veremos las luces de Miami en algún momento del día de mañana, e iremos directos hacia allí —dijo Mami, que cambió de postura e hizo un gesto de dolor como si se sintiera incómoda.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —le preguntó Papi.

La madre de Isabel se llevó la mano al vientre.

—Creo que ya ha empezado.

—¿Qué ha empezado? —preguntó Papi. Se le abrieron los ojos de par en par—. ¿Te refieres..., te refieres a que ya viene el niño? ¿Aquí? ¿Ahora?

En la barca, todos levantaron la cabeza, e Isabel e Iván se asomaron para ver por encima de la borda de la barca. Isabel sentía un torbellino de emociones. Estaba entusiasmada por ver nacer a su hermano después de esperar tanto tiempo, pero de repente tuvo miedo también. Le dio miedo que su madre tuviese al niño allí mismo, en aquella balsa tan frágil en medio del

océano. Y también estaba preocupada, por primera vez, por los cambios que su hermano recién nacido generaría en su frágil familia.

—Sí, creo que me he puesto de parto —dijo con calma la madre de Isabel—, pero no, no voy a tener el niño aquí y ahora. Las contracciones solo están empezando. Isabel tardó otras diez horas en nacer después de que empezasen las contracciones, ¿te acuerdas?

Isabel nunca había oído a su madre hablar sobre su nacimiento, y aquello la dejó al mismo tiempo tan perpleja como llena de curiosidad.

—¿Qué nombre le van a poner? —preguntó Iván.

Mami y Papi se miraron el uno al otro.

—No lo hemos decidido aún —dijo ella.

—Vale, pues yo tengo algunas ideas muy buenas, si las quieren —dijo Iván.

—No le vamos a poner el nombre de un jugador del Industriales —le dijo Isabel, e Iván le sacó la lengua.

Todos guardaron silencio durante un momento, e Isabel se quedó observando cómo el horizonte cambiaba del naranja al morado y al azul marino. ¿Nacería su hermano en el mar, o en Estados Unidos? ¿De verdad sería una nueva vida en Miami el final de su canción? ¿O terminaría para todos ellos en una tragedia, a la deriva, sin gasolina, muriendo de sed en el gran desierto de agua salada que era el Atlántico?

—Oye, no llegamos a ponerle un nombre a nuestra barca —dijo Iván.

Todos se quejaron y se echaron a reír.

—¿Qué pasa? —dijo Iván, sonriente—. Todo buen barco necesita un nombre.

—Creo que todos estamos de acuerdo en que esto no es un buen barco —le dijo el señor Castillo.

—¡Pero es el barco que nos está llevando a Estados Unidos! ¡Hacia la libertad! —dijo Iván—. Se merece un nombre.

—¿Qué tal Fidel? —bromeó Luis, que salpicó con un puntapié sobre la cara de Castro en el suelo de la barca.

—No, no, no —dijo Papi—. ¡El Ataúd Flotante!

Isabel hizo una mueca al oír aquel nombre. No tenía gracia, no con su madre a punto de tener un niño en la barca.

—Casi, casi —reconoció la señora Castillo—. ¿Qué tal *Me Piro*? —que era una expresión coloquial que también se usaba mucho en Cuba.

—¡Chao Pescao! —dijo Mami, y todos se echaron a reír, ya que era una expresión que todos usaban en Cuba para despedirse los unos de los otros.

—El St. Louis —dijo en voz baja el abuelo de Isabel.

Todos se quedaron callados un instante tratando de entender el chiste, pero nadie lo comprendió.

—¿Qué tal el Camello? —dijo Luis.

En La Habana llamaban «camellos» a unos autobuses muy feos con una joroba que consistían en un remolque tirado por un camión.

—No, no... ¡Ya lo tengo!, —exclamó Amara—. ¡El Botero!

Era un nombre perfecto, porque era el término coloquial con que se conocía a los taxis en La Habana a pesar de que significaba «el patrón del bote». Todos los adultos se rieron y aplaudieron.

—No, no —dijo Iván frustrado—. Tiene que tener un nombre que suene chulo, como El...

Iván se sobresaltó en el agua, y los ojos se le abrieron de par en par.

—¿El qué? —le preguntó Isabel.

Entonces ella también se sobresaltó, cuando algo duro con tacto de cuero le golpeó en la pierna.

—¡Un tiburón! —gritó el abuelo de Isabel desde el otro lado de la barca—. ¡Un tiburón!

Alrededor de Iván, el agua se convirtió en una nube de color rojo oscuro, e Isabel dio un chillido. Algo le volvió a golpear en la pierna, e Isabel se apresuró a subir a la barca con los brazos y las piernas temblando y el pánico que le latía atronador en el pecho. Su padre la agarró por la cintura, y ambos cayeron de espaldas dentro de la barca con una voltereta. Junto a ellos, Amara y Mami ayudaban a tirar de la señora Castillo para subirla a bordo mientras Lito empujaba desde abajo para levantarla y sacarla del agua. Isabel y su padre se incorporaron de rodillas a toda prisa y tiraron del abuelo detrás de la mujer.

En el otro lado de la barca, Luis y el señor Castillo gritaban el nombre de Iván mientras arrastraban su cuerpo inerte por la borda.

Iván tenía un destrozo ensangrentado en la pierna derecha. Tenía pequeñas

mordeduras por toda la extremidad, como si le hubiese atacado a la vez un grupo entero de tiburones. Le faltaban porciones enormes en la pierna en forma de unas heridas abiertas y rojas que dejaban a la vista el músculo y el hueso de debajo.

Horrorizada, Isabel se cayó de espaldas contra el costado de la barca. Jamás había visto nada tan espantoso. Sintió que estaba a punto de vomitar.

La señora Castillo empezó a gemir. Iván estaba tan aturdido que ni siquiera gritaba, ni hablaba. Había una mirada vidriosa en sus ojos y tenía la boca abierta. Una de las heridas más altas, cerca del muslo, bombeaba sangre como una manguera, e Isabel vio que Iván tenía la cara cada vez más pálida. Se veía incapaz de decir nada.

—¡Un torniquete! —gritó Lito—. ¡Tenemos que rodearle la pierna con algo para detener la hemorragia!

El padre de Isabel se quitó de golpe el cinturón, y Lito se lo puso a Iván en la pierna tan arriba como pudo, pero la sangre seguía manando y tiñendo el agua a su alrededor de un escalofriante rojo oscuro.

—No... ¡No! —gritó el señor Castillo al ver que la vida abandonaba los ojos de Iván.

Isabel también quería chillar, pero estaba petrificada. No había nada que ella pudiera hacer. No había nada que ninguno de ellos pudiera hacer.

Iván estaba muerto.

Luis soltó un aullido de ira y sacó su pistola de policía de la cartuchera. ¡BANG! ¡BANG! ¡BANG! Disparó una, dos, tres veces hacia la aleta que nadaba en círculos alrededor de la barca.

—¡No! —dijo Lito, que sujetó la mano de Luis antes de que pudiera seguir disparando—. ¡Atraerás a más tiburones con la sangre en el agua!

Demasiado tarde. Apareció otra aleta, y otra más, y aquella barquita sin nombre no tardó en verse rodeada.

Estaban atrapados en su propia prisión, una cárcel que se hundía.

Mahmoud

En Grecia, de Lesbos a Atenas

2015

12 días lejos de casa

Mahmoud estaba en otro poblado de tiendas. El aparcamiento pavimentado del muelle de Lesbos estaba lleno de esas tiendas de campaña que venden en los comercios de deporte: tiendas para una familia, con el techo redondeado, azules y verdes, blancas, amarillas y rojas, todas ellas proporcionadas por los cooperantes griegos, trabajadores de ayuda humanitaria que sabían que los refugiados no tenían dónde quedarse mientras llegaba el ferri de Atenas. Las prendas mojadas estaban tendidas de unos soportes para bicicletas y de las señales de tráfico, y los refugiados se congregaban alrededor de hornillos de campamento y los platos calientes.

Tendría que ser un lugar animado, lleno de canciones y de risas igual que el campamento de refugiados de Kilis, pero, en cambio, la profunda tristeza del leve murmullo de las conversaciones envolvía el poblado de tiendas como un manto de niebla. Mahmoud no estaba sorprendido; su familia se sentía exactamente igual. Todos ellos deberían estar emocionados por hallarse por fin en Grecia, por poder comprar billetes de verdad para viajar en un verdadero ferri al territorio continental de Europa, pero eran demasiados los que habían perdido a alguien en la travesía en el mar como para estar felices.

La madre de Mahmoud había ido de tienda en tienda preguntando por Hana, y su hijo la había ayudado. Al fin y al cabo, era culpa suya que su hermana no estuviese con ellos. Sin embargo, nadie en el muelle la tenía, ni

nadie había ido en el bote hinchable que la había recogido.

Los refugiados iban y venían, pero las tiendas permanecían allí, y la madre de Mahmoud insistió en que no tomaran el ferri de aquel día hacia Atenas, ni el siguiente, para poder preguntar a cada nueva ronda de refugiados por si tenían noticia de su hija. Pero nadie sabía nada de ella.

Mahmoud tenía el estómago tan revuelto como cuando estaba en el bote hinchable. No podía mirar a su madre, que *tenía* que estar culpándolo a él por haber perdido a Hana. Él se echaba la culpa, sin duda. No podía dormir por las noches. No dejaba de imaginarse que el bote hinchable en el que iba su hermana reventaba contra las rocas; que su Hana se caía al agua. Y ninguno de ellos estaba allí para ayudarla.

La madre de Mahmoud quería quedarse más tiempo en el muelle, no quería marcharse sin saber lo que le había sucedido a su hija, pero papá le dijo que tenían que continuar. No había manera de saber si la línea del ferri decidiría de repente dejar de vender billetes a los refugiados, o si Grecia podría decidir que los enviaría a todos a casa. Tenían que seguir en marcha o morirían. Hana tenía que ir por delante de ellos y haber cogido el ferri de la mañana que ellos perdieron aquel primer día. Porque si no...

Nadie quería pensar en aquel «si no».

El enorme ferri de Atenas volvió a llegar aquella mañana. Era tan largo como un campo de fútbol y tan alto, por lo menos, como un edificio de cinco pisos. La mitad inferior del barco estaba pintada de azul, y en el costado ponía «BLUE STAR FERRIES» con letras muy grandes. La barra de un radar giraba cerca del puente de mando, y del techo salían antenas y parabólicas de satélite. Se parecía a los cruceros que Mahmoud había visto en fotos. Sus botes salvavidas ya eran más grandes que la patera en la que salieron de Turquía. Mahmoud intentó despertar el interés de Waleed en el gran navío, que se emocionara con su primer viaje a bordo de un barco tan grande, pero a su hermano pequeño le daba lo mismo. No parecía que nada le importase.

Descendió una gran rampa en la parte de atrás, y los coches que habían partido del continente salieron en marcha camino de Lesbos. Otros vehículos aguardaban para embarcar. La madre de Mahmoud lloraba mientras ascendían por otra rampa más pequeña con el resto de los pasajeros. No dejaba de echar la vista atrás sobre el poblado de tiendas con la esperanza —Mahmoud estaba

seguro— de ver a alguien con un bebé en brazos que pudiera ser Hana. Pero eso no ocurrió.

El interior del ferri era como el vestíbulo de un hotel elegante. Cada planta tenía unos pequeños grupos de mesas de cristal y asientos tapizados de blanco. Había bares que vendían patatas fritas, refrescos y dulces, y las televisiones retransmitían un partido de fútbol griego. Los refugiados que aún tenían pertenencias metían sus mochilas y sus bolsas de basura debajo de las mesas y en los compartimentos superiores. Mahmoud y su familia se acomodaron en uno de los reservados, y su padre buscó un enchufe para cargar el móvil.

—Mahmoud, ¿por qué no te llevas a tu hermano y exploráis el barco? —le dijo papá.

Mahmoud agradeció mucho la oportunidad de dejar de ver el rostro descompuesto de su madre, cogió de la mano a Waleed y se lo llevó a la cubierta de paseo que bordeaba el navío por el exterior.

Los dos hermanos miraban en silencio cómo el ferri se apartaba del muelle con el rugido de los enormes motores muy por debajo de ellos. Aquel mar espantoso que había intentado engullirlos se encontraba ahora en calma y tenía un color azul zafiro. La verdad es que la isla griega de Lesbos era bonita cuando la veías desde el mar. Unos pequeños edificios blancos con tejados de terracota ascendían por unas colinas cubiertas de árboles, y sobre aquellas colinas había un antiguo castillo de color gris. Mahmoud podía entender que la gente fuera a visitar aquello en vacaciones.

Además de los refugiados, había una buena cantidad de turistas a bordo. Mahmoud sabía que no eran refugiados porque llevaban la ropa limpia y hacían fotos con sus cámaras en lugar de estar buscando rutas para llegar por tierra desde Atenas a Macedonia.

Otro refugiado había extendido un mapa en la cubierta, y estaba rezando. Con todo el ajetreo de esperar en la cola y subir a bordo, Mahmoud había perdido la noción de la hora que era, así que tiró de su hermano para que se arrodillara con él a rezar junto a aquel hombre. Al arrodillarse y ponerse de pie, arrodillarse de nuevo y volver a ponerse de pie, se suponía que Mahmoud debía estar concentrado únicamente en sus oraciones, pero no podía evitar percatarse de las incómodas miradas que les lanzaban los turistas, los ceños fruncidos en gestos de desagrado, como si Mahmoud, Waleed y aquel hombre

estuvieran haciendo algo malo.

Los veraneantes bajaban la voz, y, aunque Mahmoud no podía entender lo que estaban diciendo, sí podía notar la repulsión en sus palabras. No era aquello lo que los turistas habían pagado. Se suponía que estaban de vacaciones, visitando ruinas antiguas y las bellas playas griegas, no pasando por encima de unos refugiados andrajosos que estaban rezando.

«Solo nos ven cuando hacemos algo que no quieren que hagamos», se percató Mahmoud. Aquella idea le vino a la cabeza como un relámpago. Cuando se quedaban donde se suponía que tenían que estar —en las ruinas de Aleppo o tras la verja de un campamento de refugiados—, la gente se podía olvidar de ellos. Sin embargo, cuando los refugiados hacían algo que ellos no querían que hiciesen —cuando intentaban cruzar la frontera para entrar en su país, cuando dormían en la puerta de sus comercios, saltaban delante de sus coches o rezaban en la cubierta de un ferri—, entonces la gente ya no podía seguir ignorándolos.

El primer instinto de Mahmoud fue el de desaparecer bajo cubierta. Hacerse invisible. Ser invisible en Siria lo había mantenido con vida, pero ahora Mahmoud comenzaba a preguntarse si ser invisible en Europa podría significar su muerte y la de su familia. Si no los veía nadie, nadie podría ayudarlos. Y quizá el mundo tenía que ver lo que estaba sucediendo allí en realidad.

Fue difícil no ver a los refugiados en Atenas cuando Mahmoud llegó. Había sirios por todas partes, en las calles, en los hoteles y en los mercados, la mayoría de ellos —como la familia de Mahmoud— con la idea de seguir su recorrido lo antes posible. El padre de Mahmoud pensaba que tenía los documentos en regla para moverse libremente por Grecia, pero una mujer de la oficina de inmigración le dijo que tendría que ir primero a una comisaría de policía para conseguir un documento oficial, y la policía le dijo que tendría que esperar una semana.

—No podemos esperar una semana —le dijo papá a su familia.

Habían encontrado un hotel por diez euros la noche, por persona, y la gente en Atenas era muy amable y servicial. Sin embargo, Mahmoud sabía que sus padres no tenían mucho dinero, y aún tenían que cruzar cuatro países antes de llegar a Alemania. Su madre se habría quedado una semana o quizá más, para

seguir preguntando a la gente que se encontraba si habían visto a un bebé que se llamaba Hana. Pero la decisión estaba tomada: cogerían un tren hasta la frontera con Macedonia e intentarían cruzarla a escondidas durante la noche.

Josef
En las aguas frente al puerto de La Habana
1939

21 días lejos de casa

Josef observaba desde la cubierta mientras otra pequeña barca atravesaba la flotilla de periodistas, vendedores de fruta y policías cubanos que rodeaba el St. Louis. Aquella barca traía a un pasajero de aspecto familiar, y Josef se sobresaltó al darse cuenta de que era el doctor Aber, el padre de Renata y Evelyne, que ya vivía en Cuba. Josef echó a correr por el barco hasta que localizó a las hermanas en la sala de cine, viendo unos seriales.

—¡Vuestro padre viene al barco! —les dijo Josef.

Renata y Evelyne se apresuraron detrás de él. Cuando llegaron de nuevo ante la escalera de la cubierta C, se llevaron una sorpresa aún mayor: ¡el doctor Aber había subido a bordo del St. Louis! El agente Padrón estaba revisando unos papeles que el doctor Aber había traído consigo, y una pequeña multitud se había congregado para ver qué estaba pasando.

Renata y Evelyne corrieron hacia su padre, y él las levantó en sus brazos.

—¡Mis preciosas hijas! —dijo mientras las besaba—. ¡Nunca pensé que volvería a veros!

El agente Padrón asintió con la cabeza y le dijo algo en español al doctor Aber, que sonrió a sus hijas.

—¡Vamos! Ya va siendo hora de que vengáis conmigo a Cuba.

—Pero ¿y nuestras cosas? ¿Nuestra ropa? —preguntó Renata.

—Olvidaos de ella. Compraremos ropa nueva en Cuba —dijo el doctor

Aber.

La mirada del padre se desplazó veloz hacia los policías, y Josef lo comprendió. De alguna manera, el doctor Aber había conseguido que algún funcionario le permitiese venir al barco a buscar a sus hijas, pero no quería quedarse por allí esperando más tiempo del necesario por si acaso los policías cambiaban de opinión. Se llevó a Renata y a Evelyne hacia la escalera, y Renata apenas tuvo tiempo de gritarle un «¡Adiós!» a Josef y despedirse con la mano antes de desaparecer por la borda.

Josef se había quedado sin palabras, pero no así el resto del gentío. Los pasajeros airados rodearon al agente Padrón y a los demás policías y les exigieron respuestas.

—¿Cómo es posible que ellos sí puedan abandonar el barco y nosotros no?

—¿Pueden ayudarnos?

—¿Cómo lo han conseguido?

—¡Déjenos salir del barco!

—¡Mi marido está en Cuba!

—¡Tienen documentos! ¡Documentos en regla! —trató de explicarles el agente Padrón en un alemán rudimentario, pero eso solo sirvió para enfadar aún más a la muchedumbre.

—¡Nosotros tenemos papeles! ¡Visados! ¡Hemos pagado por ellos!

Josef temía por el agente Padrón, pero compartía las frustraciones de los pasajeros. ¿Por qué el doctor Aber sí había podido llevarse a Renata y a Evelyne, y ninguno de los demás podía desembarcar? ¡No era justo! Josef apretó los puños y empezó a temblar. Entonces se dio cuenta de que no era él quien generaba el temblor. Era la cubierta metálica del navío.

Los motores del barco habían cobrado vida con un ruido sordo por primera vez desde que echaron el ancla, y eso solo podía significar una cosa: el St. Louis iba a volver a casa, a Alemania, y todos ellos volverían con él.

Sin que nadie dijese una palabra, los pasajeros se abalanzaron al mismo tiempo hacia la escalera.

El agente Padrón desenfundó su pistola, y Josef dejó escapar un grito ahogado.

—¡Paren! —gritó el policía—. ¡Alto!

Hizo un barrido con la pistola y la apuntó aquí y allá, y los demás policías

sacaron las suyas e hicieron lo mismo. Los pasajeros, furiosos, retrocedieron, pero no huyeron. Josef sentía el corazón en la garganta. La turba podía atacar a los policías en cualquier momento, Josef lo sabía. Preferían morir antes que permitir que los enviaran de regreso a Alemania. De vuelta con Hitler.

Llegaron el primer oficial y el sobrecargo del barco y se interpusieron entre los policías y el gentío enfurecido.

Le rogaron a todo el mundo que mantuviese la calma, pero nadie les prestó atención. Cuanto más ruidosas y más insistentes se volvían las vibraciones de los motores allá abajo, más gente corría a la escalera para exigir que les permitiesen desembarcar. Josef estaba ahora atrapado en el medio. Si la turba empujaba hacia delante, contra las pistolas de los policías, Josef no tendría más elección que empujar con ellos.

Hacía mucho calor —que ya pasaba de los cuarenta grados en cubierta—, y la temperatura del gentío no dejaba de aumentar. Josef estaba envuelto en sudor, y aquella muchedumbre tan apesada solo empeoraba las cosas. La situación estaba a punto de saltar por los aires cuando un hombre bajito de raza blanca con un traje gris ascendió por la escalera a la espalda de los policías. ¡Era el capitán Schroeder! Y Josef se preguntó por qué no lucía su uniforme. Y ¿por qué había desembarcado?

Por un instante, la turba se quedó tan sorprendida que dejó de empujar. El capitán Schroeder también se quedó sorprendido. En cuanto vio al gentío furioso y las armas desenfundadas, perdió los estribos. Gritó a los policías que bajasen las armas o les daría la orden de abandonar su barco, y por fin le obedecieron.

—¿Por qué han arrancado los motores? —gritó un pasajero.

—¡Díganos qué está pasando!

El capitán Schroeder levantó las manos en el aire y pidió calma para poder darles una explicación. Se quitó el sombrero y se secó la frente con un pañuelo.

—Acabo de ir a ver al presidente Brú, para solicitarle en persona que les permitan desembarcar a ustedes —dijo el capitán—. Pero no ha querido verme.

Hubo comentarios ominosos entre los pasajeros, que refunfuñaban, y el propio Josef sintió que se enfadaba. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué los

cubanos habían prometido a los pasajeros que les iban a dejar entrar para rechazarlos ahora?

—Peor aún —dijo el capitán Schroeder—. El Gobierno cubano nos ha dado la orden de abandonar las aguas del puerto antes de mañana por la mañana.

¿Antes de mañana?, pensó Josef. ¿Para ir adónde? ¿Y su padre? ¿Se marcharía con ellos?

Surgieron gritos airados entre los pasajeros, y Josef se unió a ellos. El primer oficial se había marchado unos instantes, y ahora regresaba con más marineros por si acaso se producía algún tipo de violencia.

Josef se preguntó si debía ir a buscar a su madre para que oyese aquellas noticias, pero sabía que estaba en su camarote, llorando en la cama probablemente. La mujer se culpaba del intento de suicidio de su marido, y en los últimos dos días se había convertido, en cierto modo, en una madre tan ausente como el padre de Josef.

No, era él quien tenía que estar allí en aquel momento. Por su madre y por Ruthie.

El capitán Schroeder volvió a pedir silencio.

—No vamos a volver a casa. Recorreremos la costa de Estados Unidos y haremos una solicitud al presidente Roosevelt. Si alguno de ustedes tiene familiares o amigos en Estados Unidos, les ruego que les pidan que ejerzan toda la influencia que puedan. Sea como sea, se lo aseguro: voy a hacer todo cuanto esté en mi mano para conseguir que desembarquen fuera de Alemania. No debemos perder nunca las esperanzas. Ahora, por favor, regresen a sus camarotes. Tengo que volver al puente de mando para preparar el barco para zarpar.

El gentío asedió al capitán, que trataba de abandonar la cubierta C, y los pasajeros se daban golpes y se empujaban alrededor de Josef, que se abrió paso a trancas y barrancas hasta llegar al pasajero que había traducido las palabras del agente Padrón el otro día. Tiró de él hacia el lugar donde se encontraba el policía cubano.

—¿Qué pasa con mi padre? —preguntó Josef al policía a través del intérprete.

—Lo vi en el hospital —le dijo el policía a Josef—. No se encuentra lo

suficientemente bien como para volver al barco.

—Entonces, ¿podemos ir nosotros a verlo? —preguntó Josef.

El policía parecía apenado.

—Lo siento, hombrecito. No podéis abandonar el barco.

—Pero si el barco *se marcha* —dijo Josef, que podía sentir los latidos de los motores bajo sus pies—. No podemos dejarnos a mi padre.

—Deseo con todo mi corazón que desembarquéis pronto, hombrecito —le volvió a decir el agente Padrón—. Lo siento. Yo solo estoy haciendo mi trabajo.

Josef lanzó una profunda mirada a los ojos del policía en busca de alguna señal de ayuda, algún signo de comprensión. El agente se limitó a desviar la mirada.

Josef seguía allí de pie, bajo el ardiente sol cubano, cuando, justo antes de la hora de comer, los policías se marcharon en una lancha motora. El agente Padrón seguía sin mirarle. Cuando la pequeña lancha se alejó lo suficiente, el St. Louis hizo sonar la sirena, levó el ancla y partió de las aguas del puerto de La Habana con rumbo desconocido.

Allí, ante la barandilla con el resto de los pasajeros que se despedían entre lágrimas del único lugar que había prometido darles refugio, Josef se despidió también de su padre. Se agarró el cuello de la camisa con ambas manos y lo arrancó por la costura, se rasgó las vestiduras igual que había hecho en el funeral del profesor Weiler en el mar.

Josef sabía que papá estaba vivo, pero daba igual. Su padre estaba muerto para su familia. Igual —se percató Josef— que su sueño de encontrarse con él en Cuba.

Isabel
En algún lugar entre las Bahamas y Florida
1994

5 días lejos de casa

El cielo nocturno estaba tan despejado que Isabel podía ver la Vía Láctea.

Tenía la mirada en las estrellas, pero en realidad no las estaba viendo. Lo cierto es que no veía nada en absoluto. Tenía la vista borrosa con los ojos llenos de lágrimas. A su lado, la señora Castillo sollozaba en brazos de su marido con convulsiones en los hombros. Igual que Isabel, la mujer no había dejado de llorar desde que murió Iván. El señor Castillo tenía la mirada perdida por encima de la cabeza de su mujer, con una expresión ausente en los ojos. Luis le daba puntapiés al motor, ahora silencioso, y sacudía los tornillos que lo mantenían sujeto. Hundió el rostro entre las manos, y Amara lo abrazó con fuerza.

Iván estaba muerto. Isabel era incapaz de asimilarlo. Un momento antes estaba vivo, charlando con ellos, riéndose con ellos, y un minuto después estaba muerto. Sin vida. Igual que aquel hombre al que dispararon delante de ella durante los disturbios en el Malecón. Pero aquel hombre era un desconocido, era anónimo, como las demás víctimas de aquel día, igual que todas las personas que habían muerto tratando de llegar a Estados Unidos por mar. Iván no era una persona sin un nombre y sin un rostro. Era Iván. *Su* Iván. Era su amigo.

Y estaba muerto.

Los ojos de Isabel fueron descendiendo hacia el lugar donde yacía el

cuerpo de Iván, pero seguía sin mirarlo de manera directa. No podía. Aunque Papi había quitado la camisa que había colocado sobre Mami para darle sombra y la había puesto sobre el rostro de Iván, Isabel no podía ¹ soportar mirarlo.

Ella conocía su cara, su sonrisa. Quería pensar en él de aquel modo.

Lito entonó una canción suave y triste, e Isabel se retrajo en los brazos de sus padres. Los tres se acurrucaron juntos, como si lo que le había pasado a Iván les pudiese suceder a ellos si se acercaban mucho a su cuerpo. Sin embargo, la verdadera amenaza era la barca que se hundía y los tiburones que nadaban en círculos a su alrededor siguiendo el rastro del agua ensangrentada que partía de los pies de Isabel.

Fidel Castro estaba cubierto entero por la sangre de Iván.

Isabel recordó el velatorio de su abuela. Había sido una ocasión sombría y silenciosa. Ni siquiera había un cuerpo que enterrar. Los que vinieron se pasaron la mayor parte del tiempo consolando a Lito, a Mami y a Isabel, dándoles abrazos y besos y compartiendo su dolor. Isabel sabía que ella debería hacer lo mismo ahora por los Castillo, pero no se veía con fuerzas. ¿Cómo iba a consolar a los Castillo cuando ella misma necesitaba que alguien la consolase? Iván era un hijo para ellos, un hermano, pero también era el mejor amigo de Isabel. En algunos sentidos, ella lo conocía mejor que su propia familia. Había jugado al fútbol con él en el callejón, había nadado con él en el mar, se había sentado a su lado en el colegio. Había cenado con él en su casa, y él en la de ella, tantas veces que podían haber sido hermanos perfectamente. Isabel e Iván habían crecido juntos. Era incapaz de imaginarse un mundo en el que ella saliese corriendo a la puerta de al lado y él no estuviera allí.

Iván ya no vendría a casa nunca más.

Iván estaba muerto.

Su pérdida le dolía como si de repente le faltara una parte de su ser, como si le hubiesen arrancado el corazón del pecho y todo lo que quedara fuese un enorme agujero abierto. Volvió a agitarse cuando su cuerpo se vio embargado por los sollozos, y Mami la atrajo hacia sí.

Pasado un tiempo, por fin habló el abuelo de Isabel.

—Tenemos que hacer algo —dijo—. Con el cuerpo.

La señora Castillo lloraba, pero el señor Castillo asintió con la cabeza.

¿Hacer algo con el cuerpo? Isabel miró a su alrededor. Pero ¿qué iban a hacer con el cuerpo de Iván en aquella balsa tan pequeña? Y entonces lo comprendió. Solo había un lugar donde podía ir el cuerpo de Iván: al mar. La idea hizo que se contrajese horrorizada.

—¡No! ¡No, no podemos dejarlo aquí! —exclamó Isabel—. ¡Se quedará solo! A Iván jamás le gustó estar solo.

Lito hizo un gesto con la barbilla al padre de Isabel, y ambos se levantaron para alzar el cuerpo de Iván fuera de la pequeña barca.

Isabel forcejeó para liberarse de los brazos de su madre, pero Mami la sujetó con fuerza.

—Esperad —dijo la señora Castillo. Se apartó de su marido con la cara marcada por las lágrimas—. Tenemos que decir algo. Una oración. La que sea. Quiero que Dios sepa que Iván va para allá.

Isabel nunca había estado en la iglesia. Cuando Castro y los comunistas se hicieron con el poder, prohibieron la práctica de la religión. No obstante, los españoles, que eran católicos, habían conquistado la isla mucho antes que Castro, e Isabel sabía que su religión seguía allí, en lo más profundo, igual que Lito le decía a ella que la clave estaba enterrada bajo los ritmos audibles de una canción.

Lito era el más mayor y quien había asistido a más funerales, así que él se encargó. Hizo la señal de la cruz sobre el cuerpo de Iván y dijo:

—Oh, Señor, concédele el descanso eterno y que la luz perpetua brille sobre él. Descanse en paz. Amén.

La señora Castillo asintió, y Lito y Papi recogieron el cuerpo de Iván.

—No... ¡No! —exclamó Isabel.

Estiró los brazos como si quisiera detenerlos, pero retiró las manos y las juntó sobre su pecho. Sabía que tenían que hacerlo, que no podían dejar a Iván en la balsa con ellos. No así. Pero, cuando vio a Lito y a Papi levantar el cuerpo de Iván, el vacío de su interior se hizo más y más grande, hasta que se sintió más vacía que llena. Ojalá ella también estuviera muerta, pensó. Y deseó estar muerta para que también la echaran a ella al mar con Iván. Para poder hacerle compañía en las profundidades.

La señora Castillo estiró el brazo y cogió la mano de su hijo una última

vez, y Luis se levantó y le puso a Iván la mano en el pecho: un último contacto con su hermano antes de que se fuese para siempre. Isabel quería hacer algo, decir algo, pero estaba demasiado embargada por el dolor.

—Esperad —dijo Luis.

Sacó su pistola de la cartuchera. Puso cara de odio al apuntar por encima de la borda de la barca a una de las aletas que rasgaban la superficie. Esta vez, Isabel estaba preparada para los disparos, pero aun así la sobresaltaron. ¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

El tiburón murió agitándose en unos espasmos sangrientos, y los demás tiburones que iban siguiendo a la barca se echaron sobre él enloquecidos. Luis hizo un gesto a Lito y al padre de Isabel, y la señora Castillo apartó la mirada mientras ellos dejaban caer el cuerpo de Iván por la borda de la barca, lejos de los tiburones, donde se hundió en las negras aguas del mar.

Nadie dijo nada. Isabel se echó a llorar, y lloró unas lágrimas interminables que manaban de aquel hueco que sentía en el pecho y que amenazaba con consumirla. Iván se había ido, para siempre.

De repente, Isabel se acordó de la gorra de los Yankees de Iván. ¿Dónde estaba? ¿Qué había sido de ella? No la llevaba puesta cuando lo devolvieron al agua, e Isabel quería encontrarla. Tenía que encontrarla. Eso era algo que sí podía hacer, un fragmento de él que podía guardar consigo. Se apartó de su madre y empezó a buscarla por la pequeña barca. Tenía que estar en alguna parte... ¡Sí! ¡Allí! Flotando boca abajo en el agua ensangrentada, debajo de uno de los bancos. La recogió y se la llevó al pecho, la única parte de Iván que le quedaba.

—Quería abrir un restaurante —dijo el señor Castillo. Se encontraba justo al lado de Isabel, y el sonido de su voz, casi un susurro, la sobresaltó—. Cuando hablamos aquella primera noche, todo el mundo le contaba a los demás lo que quería hacer cuando llegásemos a Estados Unidos —continuó el señor Castillo—, pero yo no dije nada. Quería abrir un restaurante con mis hijos.

Algo centelleó en el horizonte oscuro, y, al principio, Isabel lo interpretó como una de las estrellas que forman el cinturón blanco de la Vía Láctea que titilaba en sus ojos húmedos. Pero no, era demasiado brillante. Demasiado naranja. Y había otras exactamente iguales formando una línea horizontal,

separando las aguas negras del cielo negro.

Era Miami, por fin. Iván se había perdido ver Miami por muy poco.

Mahmoud

De Macedonia a Serbia

2015

De 14 a 15 días lejos de casa

Mahmoud se sintió como si estuviera de vuelta en Siria. Policías armados custodiaban la frontera entre Grecia y Macedonia, y de nuevo se sintió sucio. Indeseado. Ilegal.

Incluso sin documentación, Mahmoud y su familia habían podido cambiar las libras sirias por euros y comprar billetes de tren desde Atenas a Tesalónica, y desde allí hasta un pequeño pueblo griego cerca de la frontera con Macedonia. Ahora se dirigían hacia el pueblo macedonio de Gevgelija, donde esperaban coger un tren hacia el norte, a Serbia, y de allí a Hungría. Pero primero tenían que encontrar la manera de cruzar la frontera a escondidas.

Mahmoud señaló un pequeño barullo de tiendas de campaña y tendederos de ropa justo al salir de la carretera asfaltada, y el padre de Mahmoud los llevó a detenerse en aquel campamento para organizar su siguiente trayecto. Era otro pequeño poblado de refugiados, uno de aquellos asentamientos improvisados que Mahmoud había visto una y otra vez en el camino al salir de Siria. Mahmoud y su padre se agacharon detrás de un bidón de basura y observaron el paso fronterizo. La policía macedonia no estaba rechazando a la gente, sino comprobando su documentación, y la familia de Mahmoud no había esperado en Atenas a que les diesen su visado en regla.

El padre de Mahmoud sacó su iPhone y consultó el mapa.

—Toda esta zona son tierras de cultivo —dijo su padre—. Terreno llano. Es muy fácil que nos atrapen aquí. —Desplazó el mapa hacia un lado, y Mahmoud se acercó más—. Parece que hay un bosque, hacia el oeste —dijo papá—. No pueden tener vigilado cada metro de la frontera. Nos colaremos por la noche. Cuando llegemos a Macedonia, estaremos bien. ¿Dónde está tu madre?

Mahmoud alzó la mirada. Mamá estaba donde siempre, abriéndose paso entre las tiendas. Buscando a Hana.

Pero Hana no estaba allí, ni tampoco en ninguno de los pequeños grupos de tiendas de refugiados por los que pasaron al adentrarse caminando por el campo. En un lugar concreto que había escogido en el mapa de su iPhone, el padre de Mahmoud los guio fuera de un camino de tierra y se metieron en un bosque oscuro. Era tarde, bien pasada la medianoche, y Mahmoud estaba cansado de andar, pero aún tenían que caminar dos horas más hasta la frontera de Macedonia.

Waleed levantó las manos para que lo llevaran en brazos, y papá lo levantó y lo apoyó sobre su hombro. Mahmoud se irritó. Waleed se estaba portando como un niño pequeño, y ya era demasiado mayor para que lo llevaran en brazos. Mahmoud también estaba cansado, pero a él no lo llevaría nadie.

Siguieron caminando en silencio, y la única iluminación durante su recorrido era el ocasional brillo de la pantalla del móvil cuando papá comprobaba su posición. El bosque estaba lleno de unos pinos muy altos que no dejaban sitio prácticamente para nada más, y el suelo estaba cubierto de las agujas marrones que caían de los árboles y desprendían un olor húmedo a pino. En algún lugar del bosque ululó un búho, y Mahmoud oyó el correteo de algún animal pequeño. Cada roce en los arbustos sobresaltaba a Mahmoud, cada correteo le ponía la piel de gallina. Era un chico de ciudad, acostumbrado a las luces y a los ruidos del tráfico. Aquí, cada sonido era como un disparo en aquel silencio y aquella oscuridad sobrenaturales. A Mahmoud le aterrorizaba.

Por fin salieron de la oscuridad del bosque y encontraron la estación de ferrocarril. Era un edificio pequeño, de dos pisos, pintado de color mostaza con el tejado en burdeos y las tejas redondeadas.

También estaba lleno de gente.

Alrededor de la estación había surgido otro asentamiento sirio. Cientos de personas dormían a la intemperie con las mochilas y las bolsas de basura como almohadas. Abarrotaban los andenes y las aceras frente a la estación, y algunos dormían incluso entre las vías. Botellas de plástico, bolsas vacías y envoltorios tirados llenaban cada centímetro del resto del suelo.

Mahmoud vio cómo a su padre se le hundían los hombros. Él se sentía igual. Sin embargo, su padre se irguió y recolocó a Waleed más alto sobre su hombro.

—Eh, por lo menos ya sabemos que seguimos la vía correcta —dijo y sonrió a Mahmoud—. La *vía* correcta. ¿Lo pillas?

Sí, Mahmoud lo había pillado. Era solo que nada de aquello le parecía gracioso.

—¿No? ¿Nada? —dijo su padre—. Yo solo quería *en-tren-tenerte* un poco.

Mahmoud seguía sin reírse. Estaba demasiado cansado.

Su madre ya se había separado de ellos y se desplazaba con cuidado entre los refugiados que dormían, como si fuera un fantasma. Buscando a Hana.

—Parece que la estación de tren está cerrada —le dijo a Mahmoud su padre—. Tendremos que buscar un sitio donde dormir. Volveremos por la mañana a ver si podemos comprar billetes.

Encontraron un hotel cercano en una lista de TripAdvisor, recogieron a la madre de Mahmoud y se dirigieron a pie hacia la posada. Mahmoud se moría de ganas por meterse en una cama de verdad. Tenía la sensación de que podría tirarse varios días durmiendo.

Llegó un coche por detrás de ellos, y esta vez Mahmoud no saltó delante de él. No obstante, el vehículo frenó y se detuvo junto a ellos de todas formas.

—¿Necesitáis un taxi? —dijo el hombre en un árabe rudimentario.

—No —dijo el padre de Mahmoud—. Solo vamos hasta el hotel.

—Hotel mucho dinero —dijo el hombre—. ¿Vais a Serbia? Yo llevo en taxi. Veinticinco euros cada uno.

Mahmoud hizo las cuentas. Cien euros era muchísimo dinero: casi 24 000 libras sirias. Ahora bien, ¿un taxi directo a Serbia, sin pasar la noche —o más tiempo— en Macedonia? Los padres de Mahmoud hicieron un corrillo, y

Mahmoud escuchó con atención. Era probable que los billetes de tren fuesen más baratos, y a mamá le preocupaba subirse en el coche de un extraño en un país desconocido para ellos, pero papá argumentó que no habría otro tren por lo menos hasta mañana, y que había muchísima gente en la estación esperando para cogerlo.

—Todos estamos cansados, y el taxi nos acercará más a Alemania. Dormir en el suelo no lo hará —intervino Mahmoud.

—Ese es el voto que inclina la balanza, entonces —dijo papá—. Cogeremos el coche.

Fue una buena decisión. Dos horas y cien euros más tarde se encontraban ante la frontera serbia. Aún estaba oscuro, pero no había policía fronteriza en el lugar donde los había dejado el conductor. Tampoco había ningún camino. Mahmoud había dormido un poco en el coche, pero se sentía como un zombi mientras arrastraba los pies con su familia por las vías del ferrocarril que los llevarían al otro lado de la frontera de Macedonia, hasta el pueblo serbio más cercano. Los únicos descansos que se tomaron fueron para detenerse a rezar hacia las cinco de la madrugada y, de nuevo, al amanecer.

Entraron en un pueblo dando tumbos justo después de que saliese el sol. Mahmoud pensó que si no se echaba en algún sitio a dormir, se iba a desmayar y a caer redondo al suelo, de bruces. Pero en esa estación había más refugiados aún que en la de Macedonia, y allí no había tiendas ni habitaciones de hotel. La gente dormía en los andenes de la estación o fuera, en el campo. Tampoco había aseos, ni tiendas ni restaurantes. Lo poco que tenían los habitantes locales serbios lo vendían por una fortuna. Un hombre vendía botellas de agua por cinco euros cada una. Peor aún, mientras estaba sentado con un grupo de hombres alrededor de una regleta de enchufes cargando el móvil de su padre, Mahmoud se enteró de que muchos de ellos llevaban días allí.

—Si nos quedamos aquí, jamás nos marcharemos —le dijo Mahmoud a su familia.

Papá estaba de acuerdo.

—Tenemos que seguir avanzando. Siempre hacia delante.

Mahmoud estaba tan cansado que tenía ganas de llorar, pero volvió a ponerse en movimiento. Su padre encontró un autobús que los llevaría a

Belgrado, y Mahmoud agradeció aquellas pocas horas de sueño, por incómodos que estuviesen. Ya estaba casi anocheciendo cuando llegaron a la capital serbia, pero no se podían detener aún. La policía estaba registrando los hoteles en busca de refugiados ilegales, así que papá encontró otro taxista que prometió llevarles hasta la frontera húngara, otras dos horas más allá.

Los taxis eran caros, pero también lo era intentar quedarse a dormir en una ciudad que no te quería.

Al volante del Volkswagen plateado de cuatro puertas iba un serbio de mediana edad, de piel morena, con una barba negra y bien arreglada. Había prometido llevarlos a Hungría y mantenerlos lejos de la policía por treinta euros por cabeza, más de lo que les había costado cruzar Macedonia entera.

Iban apretados en el coche, con Mahmoud y sus padres metidos en el asiento de atrás y Waleed en el regazo de su padre. Este segundo conductor parecía dar con cada grieta y cada bache de la carretera, y los hacía salir volando unos contra otros. Sin embargo, nada de eso le importaba a Mahmoud. Se quedó dormido en cuanto cerró los ojos, y no se volvió a despertar hasta que se percató de que el coche no se movía. ¿De verdad habían pasado ya dos horas? Tenía la sensación de que acababa de quedarse dormido.

Mahmoud parpadeó varias veces y miró por la ventanilla. Esperaba ver las luces del pueblo serbio fronterizo. Otro poblado de tiendas de campaña. En cambio, estaban detenidos en plena recta de una carretera rodeada de campos oscuros y desiertos.

Y el conductor del taxi estaba inclinado hacia el asiento de atrás y los apuntaba con una pistola.

Josef

Frente a la costa norteamericana

1939

21 días lejos de casa

¡Miami! No había pasado ni un día desde que salieron de La Habana, y el St. Louis ya pasaba frente a aquella ciudad estadounidense. Estaba tan cerca que se podía ver desde el barco sin prismáticos. Josef y Ruthie estaban asomados por encima de la barandilla como el resto de la gente, señalando los hoteles, las casas y los parques. Josef vio autopistas y unos edificios cuadrados de oficinas —¡rascacielos!—, y cientos de barcos pequeños amarrados. ¿Por qué no podían acercarse sin más a Miami y atracar allí? ¿Por qué no podía Estados Unidos permitirles entrar? Había muchísimo terreno sin edificar. Kilómetros y kilómetros de palmeras y pantanos. Josef lo aceptaría, viviría allí. Viviría en cualquier parte con tal de que estuviese lejos de los nazis.

Un avión volaba en círculos sobre el barco, y su hélice zumbaba como un avispon. Fotógrafos de los periódicos, se imaginó en voz alta uno de los pasajeros. Por entonces, Josef ya sabía que el St. Louis estaba en las primeras planas de las noticias por todo el mundo. Unos equipos de rodaje de los noticiarios cinematográficos en pequeñas barcas habían estado siguiendo al navío al zarpar de La Habana y gritando las mismas preguntas que hacían los propios pasajeros: ¿dónde iban a desembarcar? ¿Quién iba a aceptar a los refugiados judíos?

¿Acabarían volviendo a Alemania?

Aquella tarde, un barco guardacostas estadounidense había navegado en

paralelo al St. Louis, y sus oficiales los observaron con prismáticos. Uno de los otros niños se imaginó que la Guardia Costera estaba allí para protegerlos, para recoger a cualquiera que se tirase por la borda.

Josef pensó que era para asegurarse de que el St. Louis no viraba rumbo a Miami.

Algunos de los niños, como Ruthie, aún se dedicaban a jugar y se bañaban en la piscina, y estaban pasando tan cerca de Estados Unidos como para que algunos de los adolescentes del barco captaran un partido de los Yankees de Nueva York en sus receptores de radio. La mayoría de los adultos, sin embargo, se paseaba como si estuviese en un funeral. El ambiente alegre del viaje a Cuba se había desvanecido para siempre. La gente hablaba poco, y hacía menos vida social aún. La sala de cine estaba desierta. El salón de baile estaba vacío.

A excepción de la madre de Josef.

Había estado llorando por el padre de Josef durante días, se había *convertido* en el padre de Josef al encerrarse en el camarote, pero con el anuncio de que el St. Louis iba a partir de Cuba —que iba a zarpar sin su marido— algo cambió en ella como quien pulsa un interruptor de la luz. Se aseó. Se maquilló. Se peinó. Vacío sobre la cama el contenido de su maleta, se puso su vestido de fiesta preferido y se marchó directa al salón de baile.

No había salido de allí desde entonces.

La madre de Josef estaba bailando sola cuando su hijo fue a buscarla. Del techo todavía colgaban una luna y unas estrellas de papel, la decoración que quedaba de la fiesta que celebraron cuando todos creían que iban a desembarcar en Cuba. La madre de Josef vio a su hijo en la puerta, fue corriendo hacia él y se lo llevó a la pista de baile.

—Baila conmigo, Josef —le dijo. Le cogió las manos y lo guio en un vals—. No pagamos todas esas clases de baile para nada.

Las lecciones de baile habían sido hacía una eternidad, antes de Hitler, cuando sus padres pensaban que Josef se pasaría su adolescencia asistiendo a bailes, y no huyendo de los nazis.

—No —dijo Josef. Ya era muy mayor para bailar con su madre, le avergonzaba demasiado. Y había cosas más importantes en las que pensar ahora mismo—. ¿Qué está pasando, mamá? ¿Por qué haces esto? Es como si te

alegrases de que papá ya no esté.

Su madre giró en sus brazos.

—¿Te he contado alguna vez por qué te llamas Josef? —le preguntó.

—Eh..., no.

—Te pusimos el nombre de mi hermano mayor.

—No sabía que tenías un hermano.

La madre de Josef bailaba como si le fuera la vida en ello.

—Josef murió en la Gran Guerra. Mi hermano Josef. En la batalla del Somme, en Francia.

Josef no sabía qué decir. Su madre nunca había hablado antes sobre su hermano. El tío de Josef. Había tenido un tío.

—Puedes vivir como un fantasma, esperando a que llegue la muerte, o puedes ponerte a bailar —le dijo su madre—. ¿Lo comprendes?

—No —dijo Josef.

Terminó la canción, y la madre de Josef tomó el rostro de su hijo entre sus manos.

—Eres exactamente igual que él —dijo.

Josef no supo qué decir ante aquello.

—Lamento la interrupción —dijo el músico que encabezaba la banda—, pero me acaban de decir que se va a hacer un anuncio especial en el salón social de la cubierta A.

La madre de Josef hizo un mohín porque la música había dejado de sonar, pero Josef sabía que se trataba de algo peor que eso. No habría sido capaz de decir por qué, pero, en lo más hondo de sus tripas, estaba seguro de que aquello solo serían malas noticias.

Las peores.

Su madre le cogió la mano y la apretó.

—Vamos —le dijo con una sonrisa triste.

El salón social ya estaba abarrotado cuando llegaron. En la parte frontal de la sala, bajo el retrato gigante de Adolf Hitler, había un comité de pasajeros que habían estado trabajando con el capitán para encontrar una solución para su problema. Por la mirada que había en sus rostros, no se les había ocurrido ninguna. Cuando intervino el cabecilla del comité, confirmó los peores temores de Josef.

—Estados Unidos nos ha rechazado. Nos dirigimos de vuelta a Europa.

El estallido fue instantáneo. Gritos ahogados, chillidos, llantos. Josef dijo algo malsonante, la primera vez que decía algo así delante de su madre, que no reaccionó en absoluto, y eso hizo que Josef se sintiese un poco avergonzado y un poco envalentonado al mismo tiempo.

—¡Está diciendo que volvemos a Alemania! —vociferó alguien.

—No necesariamente —dijo un miembro del comité—. Debemos conservar la calma.

¿La calma?, pensó Josef. ¿Estaba loco aquel hombre?

—¿Calma? ¿Cómo vamos a mantener la calma? —preguntó un hombre que dio voz a los pensamientos de Josef. Aquel hombre se llamaba Pozner. Josef ya lo había visto antes por el barco—. Muchos de nosotros estuvimos en campos de concentración —prosiguió Pozner, que tenía una mueca de furia en el rostro y escupía las palabras—. ¡Nos liberaron con la única condición de que abandonásemos Alemania de inmediato! Para nosotros, regresar solo significa una cosa: volver a esos campos. ¡Ese podría ser el futuro de todos los hombres, mujeres y niños de este barco!

—No moriremos. No volveremos. No moriremos —entonó el gentío.

Con el rabillo del ojo, Josef vio a Otto Schiendick apoyado en la puerta de entrada. Estaba sonriendo al ver el pánico en la sala, y Josef sintió que empezaba a hervirle la sangre.

—Damas y caballeros —dijo el cabecilla del comité—, son malas noticias, todos nos damos cuenta de eso, pero Europa está aún a muchos días de distancia de aquí. Eso nos proporciona tiempo, a nosotros y a todos nuestros amigos, para hacer nuevos intentos que nos sirvan de ayuda.

La madre de Josef se llevó a su hijo aparte.

—Vamos, Josef. A alguien se le ocurrirá algo. Vamos a bailar.

Josef no entendía por qué su madre no estaba contrariada, por qué de repente parecía que todo le daba igual. Estaban a punto de ver cómo los llevaban de vuelta a Alemania. *De vuelta hacia la muerte*. Josef dejó que su madre lo llevase hasta la puerta, y entonces se apartó.

—No, mamá. No puedo.

Su madre le sonrió triste y se agachó al pasar por delante de Otto Schiendick, que estaba apoyado en el marco de la puerta.

—Deberías hacer lo que te dice tu madre, chaval —dijo Schiendick—. Estos son tus últimos días en libertad. Disfrútalos. Cuando vuelvas a Hamburgo, nadie volverá a saber de ti nunca más.

Josef regresó al griterío de los pasajeros cuyo enfado subía como la marea. Tenía que haber algo que pudiesen hacer. Algo que él pudiese hacer.

Pozner, el pasajero que había intervenido, se lo llevó aparte.

—Tú eres Josef, el hijo de Aaron Landau, ¿verdad? Lamento lo de tu padre —le dijo.

Josef ya estaba harto de oír las condolencias de la gente.

—Sí, gracias —dijo en un intento por pasar página.

El hombre lo cogió del brazo.

—Estabas entre los niños que fueron a la sala de máquinas y al puente, ¿verdad?

Josef frunció el ceño. ¿De qué iba aquello?

—Y ahora eres un hombre. Tuviste tu bar mitzvá aquel primer *sabbat* a bordo del barco.

Josef se irguió, y el hombre le soltó el brazo.

—¿Y qué? —le preguntó Josef.

El hombre miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie más escuchando.

—Unos cuantos de nosotros vamos a intentar asaltar el puente y tomar rehenes —susurró—. Queremos obligar al capitán a encallar el barco en la costa norteamericana.

Josef no se podía creer lo que estaba oyendo. Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Eso nunca funcionará —dijo Josef.

Había visto la cantidad de tripulantes que había en aquel barco y también lo que de verdad pensaban de los judíos muchos de los marineros de abajo. No se iban a rendir sin plantar batalla, y conocían aquel barco mejor que cualquier pasajero.

Pozner se encogió de hombros.

—¿Qué otra elección tenemos? No podemos volver. Tu padre lo sabía, por eso hizo lo que hizo. Si lo conseguimos, seremos libres. Si fracasamos, al menos el mundo tendrá noticia de lo desesperados que estamos.

Josef bajó la mirada al suelo. Si fracasaban —cuando fracasaran—, el capitán llevaría el barco de vuelta a Alemania sin duda alguna, y entonces enviarían a un campo de concentración a Pozner y al resto de los secuestradores, con seguridad.

—¿Por qué me está contando esto? —le preguntó Josef.

—Porque necesitamos que estés con nosotros —le dijo Pozner—. Necesitamos que nos muestres el camino para subir al puente de mando.

Isabel
Frente a la costa de Florida
1994

5 días lejos de casa

Miami.

Era como un sueño. Como una resplandeciente visión del cielo, como si Iván les hubiese abierto las puertas. Todos miraban absortos, atónitos, como si jamás hubieran pensado que llegarían a verlo de verdad. Cuando las luces del horizonte se convirtieron en las tenues siluetas de edificios, carreteras y árboles y supieron con seguridad que estaban viendo Miami, se echaron a llorar de nuevo y se abrazaron.

Isabel volvió a llorar por Iván. Lloró porque había estado muy cerca y no lo había conseguido. Sin embargo, sus lágrimas se mezclaban con el alivio de llegar a Estados Unidos, y eso la hizo sentir culpable y llorar con más fuerza aún. ¿Cómo podía estar triste por Iván y al mismo tiempo alegrarse por sí misma?

Crac. Algo se dobló y se rompió debajo del pie de Papi, y la barca se sacudió. El agua entró a mares por una nueva raja en el casco, y se acabó de un plumazo toda sensación de alivio.

La barca se estaba hundiendo.

—¡No! —gritó Papi.

Se agachó y trató de apuntalar el agujero, pero no había nada que se pudiera hacer. El peso de la embarcación y de los pasajeros estaba haciéndola pedazos al fin. Todos se abalanzaron hacia la proa, pero la popa se hundía más

y más con el gran peso del motor. El borde superior del casco ya estaba casi a la altura del agua en la parte de atrás. Cuando se encontrasen, el mar entraría por la borda y no habría marcha atrás. Se hundirían.

O acabarían como Iván.

El terror ascendía por el interior de Isabel igual que el agua llenaba la barca. No se podía ahogar. No podía desaparecer bajo las olas igual que Lita. Igual que Iván. No. ¡No!

—¡Achicad! —gritó su abuelo.

Mami estaba tumbada en la proa de la barca, tan lejos del ascenso del agua como podía, con una respiración cada vez más trabajosa y más entrecortada. Todos los demás se lanzaron a por sus tazas y sus bidones. Pero eso no iba a ser suficiente. Isabel podía darse cuenta. Había demasiada agua, demasiado peso.

El motor. De repente, Isabel se acordó de que se había estado soltando de su sujeción. Se abalanzó hacia él y trató de soltarlo a golpes. Cuando vio que no podía arrancarlo con las manos, se metió entre el motor y el siguiente banco, debajo del agua, y se puso a darle patadas con los pies.

—¡Chabela! ¡Deja en paz el motor y ayúdanos a achicar! —le gritó su padre.

Isabel no le hizo caso y siguió dando patadas. Si pudiera soltar el motor...

Otro pie se unió a los suyos. ¡Amara! ¡Ella lo había entendido! Juntas le dieron patadas al motor hasta que por fin sintieron que cedía la madera húmeda alrededor de los tornillos. El motor cayó rodando al fondo de la barca y tapó la orden que les daba Fidel Castro.

«LUCHAD CONTRA LO IMPOSIBLE Y VENCED», pensó Isabel.

—¡Uno, dos, tres! —dijo Amara.

Juntas, Isabel y ella hicieron rodar el motor hasta el costado de la barca y casi lo tiraron por la borda... hasta que Isabel se resbaló, y el motor volvió a rodar al fondo de la barca con un salpicón de agua.

—¡Otra vez! —le dijo Amara—. Uno, dos, ¡tres!

Arriba, arriba y más arriba hicieron rodar el motor hasta colocarlo sobre el borde de la barca, donde empujó el casco por debajo de la superficie del mar. El agua entró, e Isabel sintió que la barca se hundía bajo sus pies y tiraba de ella hacia las oscuras profundidades, allá abajo, con Iván y con los

tiburones...

—No... ¡Esperad! —gritó el señor Castillo.

... Y con un último y buen empujón, Isabel y Amara volcaron el motor por la borda. Cayó al agua, que sonó como si lo succionara, se hundió a plomo, y la parte de atrás de la barca volvió a emerger del agua disparada ahora que el peso del motor no tiraba de ella hacia abajo.

—¿Qué habéis hecho? —exclamó el señor Castillo—. ¡Ahora jamás llegaremos a la costa!

—¡Tampoco íbamos a llegar si nos hundíamos! —le dijo Amara.

—Remaremos —dijo Lito—. Cuando nos hayamos acercado lo suficiente, la marea nos llevará el resto del camino. O nadaremos.

¿Nadar?, se preocupó Isabel. ¿Con los tiburones?

—¡Poneos a achicar o no haremos nada! —gritó Luis—. ¡Achicad!

¡MOC, MOC!

Una sirena electrónica les hizo dar un salto a todos, y apareció una luz roja giratoria a unos cientos de metros a su izquierda.

Una persona les dijo algo en inglés por un megáfono. Isabel no lo entendió. A decir de las caras de confusión del resto en la barca, ellos tampoco lo habían entendido. Entonces, la misma voz repitió el mensaje en español.

—¡Alto! Aquí la Guardia Costera de los Estados Unidos. Están violando las aguas jurisdiccionales norteamericanas. Permanezcan donde están y prepárense para ser abordados.

Mahmoud
De Serbia a Hungría
2015

De 15 a 16 días lejos de casa

Mahmoud miraba fijamente al arma que le estaba apuntando. ¿Era real todo aquello, o seguía dormido y estaba teniendo una pesadilla?

El taxista serbio blandía la pistola delante de la familia de Mahmoud.

—¡Tú pagar trescientos euros! —exigió.

Aquello no era un sueño. *Era real*. Mahmoud estaba grogui apenas unos segundos antes, pero ahora estaba bien despierto, y el corazón le martilleaba en el pecho. Notaba los ojos secos a pesar de tener la camisa pegada aún al cuerpo por el sudor durante el sueño, y parpadeó rápidamente al mirar a sus padres. Ya estaban despiertos, y su padre protegía con un abrazo a su hermano Waleed, todavía dormido.

—No dispare... ¡Por favor! —dijo el padre de Mahmoud, que lanzó un brazo sobre Mahmoud y su madre en un gesto de protección.

—¡Trescientos euros! —dijo el taxista.

¡Trescientos euros! ¡Eso era más del doble de lo que habían acordado pagar al conductor!

—Por favor... —suplicó el padre de Mahmoud.

—¡Tú no morir, tú pagar trescientos euros! —gritó el taxista, que sacudió el brazo, y la pistola se balanceó entre los dos asientos delanteros.

La madre de Mahmoud cerró los ojos y se encogió.

Papá levantó una mano enseguida.

—¡Pagaremos! ¡Pagaremos!

Les estaban amenazando a punta de pistola en medio de la nada en un país extranjero. ¿Qué otra cosa podía hacer? A Mahmoud le atronaba el corazón en el pecho mientras su padre pasaba a Waleed a los brazos de su madre y manejaba a tientas el dinero que llevaba escondido en la camisa, por dentro del cinturón. Mahmoud quería hacer algo. Obligar a aquel hombre a dejar de amenazar a su familia. Pero ¿qué podía hacer? Estaba indefenso, y eso lo enfadaba aún más.

Con las manos temblorosas, el padre de Mahmoud contó trescientos euros y se los soltó al taxista. Lo que Mahmoud no alcanzaba a entender era por qué aquel hombre no le exigía todo el fajo de dinero.

—Vosotros fuera. ¡Fuera! —dijo el taxista.

A Mahmoud y a su familia no se lo tuvieron que decir dos veces. Abrieron de golpe las puertas del coche y se bajaron a toda prisa, y, antes de que las puertas se hubiesen vuelto a cerrar del todo, el Volkswagen salió disparado por la carretera oscura, y sus luces rojas traseras desaparecieron a la vuelta de una curva.

Mahmoud temblaba de ira y de miedo, y su madre se sacudía con unos sollozos silenciosos. Papá los atrajo hacia sí en un abrazo.

—Bueno —dijo por fin el padre de Mahmoud—, desde luego que no le voy a poner cinco estrellas a ese tío en Uber.

Las temblorosas piernas de Mahmoud cedieron, y se hundió en el suelo. Por la cara le rodaban ríos de lágrimas, como si una presa las hubiera estado conteniendo y ahora se hubiesen abierto las compuertas de repente. *Ese hombre le estaba apuntando a la cara con una pistola.* Mahmoud jamás olvidaría en toda su vida aquella sensación de terror paralizante, de impotencia.

Su madre se sentó en la carretera con él y le abrazó. Las lágrimas de Mahmoud se recrudecieron alimentadas por todo cuanto había venido antes: el bombardeo de su casa, el ataque al coche de su familia, la lucha por sobrevivir en Esmirna, las largas horas en el mar, y, por supuesto, Hana. Principalmente Hana.

—Lo siento mucho, mamá —lloró Mahmoud a moco tendido—. Siento mucho haberte obligado a entregar a Hana.

Su madre le acarició el pelo e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, mi niño precioso. Si ese bote no hubiese aparecido cuando lo hizo, si tú no los hubieras convencido para que la cogiesen, Hana se habría ahogado. Yo no podía mantenernos a las dos a flote. Tú la has salvado. Sé que lo has hecho. Hana está por ahí en alguna parte. Solo tenemos que encontrarla.

Mahmoud asintió con la cabeza en el hombro de su madre.

—Volveré a encontrarla, mamá. Te lo prometo.

Mahmoud y su madre lloraron juntos y se abrazaron hasta que él recordó que así no se estaban acercando lo más mínimo a Hana ni a Alemania. Se pasó la manga por la boca y la nariz húmedas, y su madre lo besó en la frente.

—Por lo menos, ese ladrón nos ha llevado la mitad del camino hasta Hungría —dijo el padre de Mahmoud mirando la pantalla de su móvil—. Estamos en una carretera secundaria, a una hora de coche de la frontera. Me parece que tenemos cerca una parada de autobús. De todas formas, eso significa que tenemos que volver a caminar.

Mahmoud ayudó a su madre a levantarse, y su padre levantó a Waleed un poco más alto sobre su hombro.

El hermano pequeño de Mahmoud no se había despertado en todo el rato que había durado aquello.

Mahmoud volvió a preocuparse por él. Ataques aéreos, tiroteos, atracos en taxis..., nada parecía alterarlo ya. ¿Estaría su hermano conteniendo las lágrimas y los gritos dentro de sí, o se estaba acostumbrando tanto a aquellas cosas tan horribles que sucedían a su alrededor que ya no se daba ni cuenta? ¿No le importaba? ¿Volvería de nuevo a la vida cuando llegasen a Alemania?

Si es que llegaban a Alemania.

Alcanzaron la parada a tiempo de coger el último autobús a Subotica, una ciudad serbia en la frontera con Hungría. Allí se habían congregado más refugiados sirios aún, pero ninguno de ellos estaba cruzando la frontera. Ni por carretera ni en tren, ni siquiera campo a través, como Mahmoud y su familia habían entrado en Macedonia y en Serbia.

Los húngaros tenían una valla.

No estaba terminada aún, pero incluso ahora, de noche, los soldados húngaros estaban trabajando duro, clavando en el suelo unos postes metálicos de cuatro metros de alto a lo largo de la frontera y extendiendo una valla de

tela metálica entre aquellos postes. Una vez sujeta la valla, otro grupo de soldados llegaba detrás y añadía tres hileras de espirales de alambre con cuchillas para evitar que la gente trepara.

Los húngaros estaban cerrando su frontera.

—Pero si nosotros no queremos quedarnos en Hungría —dijo Mahmoud—. Solo queremos cruzar a Austria.

—Supongo que a los húngaros les da igual —dijo papá—. No nos quieren en su país, vayamos o vengamos.

De repente, un grupo de refugiados se abalanzó contra una zona de la valla que estaba sin terminar en un intento por atravesarla antes de que la cerrasen.

—¡No somos terroristas! —gritó alguien—. ¡Somos refugiados!

—¡Solo queremos cruzar a Alemania! ¡Ellos nos acogerán! —gritó alguien más.

Se oyeron más voces y más gritos, pero, antes de que Mahmoud se diese cuenta de lo que estaba sucediendo, su familia y él estaban atrapados en medio de la presión que ejercían los refugiados que trataban de cruzar la frontera. Mahmoud recibía empujones por todas partes. Se agarró a la espalda de la camisa de su padre, aferrado como si papá fuese un salvavidas y estuvieran a punto de caer por una catarata.

Por aterradora que fuese la estampida, Mahmoud también estaba emocionado: los refugiados por fin estaban haciendo algo y no se limitaban a desaparecer en los poblados de tiendas de campaña. Se estaban levantando y diciendo: «¡Estamos aquí! ¡Miradnos! ¡Ayudadnos!».

Sin embargo, los soldados húngaros no tenían ningún interés en ayudarlos. Cuando los refugiados se abalanzaron en la frontera, unos soldados de uniforme azul, con boinas rojas y brazaletes rojos, se apresuraron a detenerlos lanzando botes de gases lacrimógenos a la multitud. Uno de los botes estalló cerca de Mahmoud con un bang, y la gente empezó a chillar cuando surgió entre ellos un humo blanco grisáceo.

A Mahmoud le ardían los ojos como si alguien se los hubiese rociado con pimienta picante y empezó a moquear por la nariz. Se atragantaba con el gas, y los pulmones se le agarrotaron. No podía respirar. Era como ahogarse en tierra firme. Cayó de rodillas, agarrándose el pecho y boqueando de forma inútil en busca de aire.

«Voy a morir —pensó Mahmoud—. Voy a morir. Voy a morir. Voy a morir».

Josef
En algún lugar del Atlántico
1939

22 días lejos de casa

Josef veía a su hermana chapotear alegremente en la piscina de la cubierta A. Otros niños se perseguían los unos a los otros por la cubierta de paseo. Veían películas de cine. Jugaban al *shuffleboard*. Con las ganas de crecer que Josef tenía, ahora pensaba que ojalá pudiera unirse a ellos, volver a ser un crío, felizmente ajeno a lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Pero él ya no era un crío. Tenía responsabilidades, como la de mantener a salvo a su madre y a su hermana. Papá le había contado cómo eran los campos de concentración. No podía permitir que eso le sucediera a Ruthie y a su madre.

—¿Estás listo?

Era Pozner. Se encontraba a la sombra de una chimenea, mirando nervioso a su alrededor.

Josef asintió. Había accedido a ayudarlos a tomar el control del barco. Tenía que hacer algo, y aquello era lo único que podía hacer.

—¿Y qué pasa con Schiendick y sus bomberos? —preguntó Josef mientras caminaban.

—Les hemos preparado una distracción en la cubierta D, pero tenemos que movernos con rapidez.

El resto del grupo se reunió cerca del salón social. Eran diez hombres, incluido Josef, y todos llevaban trozos de tuberías y candelabros de metal.

Algunos de los hombres eran de la edad de papá, como Pozner, y otros rondaban la veintena. Josef era el más joven, con diferencia.

«Diez hombres —pensó Josef—. Un *minyan*».

Diez judíos que no se congregaban para orar, sino para amotinarse.

Pozner puso un trozo pequeño de tubería en las manos de Josef, y, de repente, el peso de lo que Josef estaba a punto de hacer se volvió muy real.

—Guíanos —dijo Pozner.

Josef respiró hondo. Ya no había vuelta atrás. Condujo a sus compañeros amotinados por el laberinto de los pasillos de la tripulación.

Justo ante la puerta del puente de mando, en la sala de mapas donde se guardaban todas las cartas náuticas, se cruzaron con Ostermeyer, el primer oficial. El hombre alzó la vista del armario de mapas con un gesto de sorpresa, pero, antes de que pudiese hacer nada, Pozner y otro de los hombres lo sujetaron y lo empujaron a través de la puerta que daba paso al puente. Josef se quedó sorprendido con la rudeza que estaban empleando con Ostermeyer, pero intentó tragarse sus temores. Tomar el control del barco no iba a ser tarea fácil, y aquello no era más que el principio.

En el puente de mando no había tanta gente como el día en que lo visitó Josef: solo un oficial y tres marineros.

El marinero que estaba al timón fue el primero que los vio, y soltó los mandos para abalanzarse hacia una alarma. Uno de los pasajeros llegó antes hasta él, chocó contra el timonel y lo envió al suelo rodando. Los amotinados rodearon enseguida a los demás marineros y los amenazaron con aquellas porras improvisadas.

Y lo consiguieron. Así, sin más, habían tomado el puente.

Josef sentía el pulso acelerado al mirar a su alrededor preguntándose qué vendría a continuación. Ante ellos se extendía el verde azulado del vasto océano Atlántico, y más allá, aún a varios días de distancia, Alemania y los nazis. En lo alto de la pequeña plataforma del fondo de la sala, el timón giraba irregular de un lado a otro, y Josef se preguntó de forma disparatada si debía saltar allí arriba y hacer virar él mismo el barco en redondo.

—Haga venir al capitán —le dijo Pozner al primer oficial.

Con recelo, Ostermeyer se dirigió al intercomunicador del barco y llamó al capitán Schroeder al puente de mando.

En el momento en que puso el pie en el puente, el capitán Schroeder comprendió lo que estaba pasando. Se dio la vuelta para marcharse, pero Josef y uno de los otros hombres le bloquearon el paso.

—¿Quién está aquí al mando? —preguntó Schroeder—. ¿Qué pretenden con esto?

Pozner dio un paso al frente.

—Pretendemos salvar nuestras vidas tomando el control del barco —dijo— y poniendo rumbo a cualquier país que no sea Alemania.

El capitán Schroeder se llevó las manos a la espalda y se paseó por el centro del puente de mando. Miraba hacia el mar, no a Pozner.

—No tendrán el apoyo de los demás pasajeros, y mi tripulación podrá con ustedes —le dijo con total naturalidad—. Lo único que están haciendo todos ustedes es exponerse a una acusación de piratería.

Pozner y los demás se miraron nerviosos los unos a los otros. Josef no se podía creer que fuesen a perder la determinación con aquella facilidad.

—¡Los retendremos como rehenes! —dijo Josef—. ¡Tendrán que hacer lo que nosotros digamos!

El propio Josef se quedó sorprendido de haber hablado en voz alta, pero fue como si sus palabras sirvieran para volver a hacer más férrea la determinación de los amotinados.

El capitán Schroeder se volvió para mirar a Josef.

—La tripulación solo me obedecerá a mí —dijo con calma—, y, hagan ustedes lo que hagan, yo no daré ninguna orden que desvíe esta nave de su rumbo establecido. Y sin esa orden no pueden ustedes hacer nada. ¿Qué harán, gobernar el barco ustedes mismos?

Josef se ruborizó y miró al suelo al recordar su alocado impulso de ponerse al timón cuando él ni siquiera sabía cómo funcionaba ni sabía adónde ir.

El capitán Schroeder ayudó a su timonel a ponerse de nuevo en pie y lo acompañó hasta el timón. El hombre aún estaba temblando por el ataque, pero agarró el timón y enderezó el rumbo del barco.

—Ya han hecho lo suficiente para que formule una acusación contra ustedes —dijo Schroeder, cuyo aplomo resultaba frustrante—. Si lo hago, les puedo asegurar que los llevarán de regreso a Alemania, con toda certeza. Y

ustedes ya saben lo que significa eso.

Josef estaba indignado. Él sí que sabía lo que significaba eso, pero ¿lo sabía el capitán Schroeder? ¿Lo sabía *de verdad*? ¿Cuántos alemanes comprendían realmente lo que estaba sucediendo en los campos de concentración? Josef lo sabía porque su padre se lo había contado, se lo había demostrado cuando se tiró por la borda y trató de suicidarse.

Josef no tenía la intención de dejar que su madre y su hermana acabasen en uno de esos campos.

—¿Nos haría usted eso? —preguntó uno de los hombres.

—Se lo están haciendo ustedes mismos —dijo Schroeder—. Escuchen: comprendo su desesperación, y me compadezco de ustedes por ello.

Pozner resopló.

—No tiene usted ni idea de por lo que hemos pasado. Cualquiera de nosotros.

El capitán Schroeder asintió.

—Tiene usted razón, no la tengo, pero sea lo que sea lo que les hayan hecho, lo que ustedes están haciendo ahora es un acto criminal de verdad. Conforme a la ley, debería meterlos a todos en el calabozo. Sin embargo, estoy dispuesto a pasar por alto todo esto si abandonan el puente ahora mismo y me dan su palabra de que no van a hacer nada más.

Josef estudió los rostros de sus compañeros conspiradores y solo vio pánico. Temor.

Rendición.

—No —les dijo Josef—. *No* —le dijo al capitán Schroeder—. Mi padre me contó lo que le pasó en esos campos. No puedo permitir que eso le suceda a mi madre y a mi hermana pequeña. ¡No podemos volver a Alemania!

El primer oficial aprovechó aquel instante para intentar liberarse de los hombres que lo sujetaban. Se produjo un forcejeo. Los demás marineros se movieron para prestarle ayuda, y los amotinados se pusieron en guardia, listos para pelear.

—¡Ostermeyer! ¡No! —ordenó el capitán Schroeder—. No se resista. Es una orden.

El primer oficial se quedó paralizado, y Pozner también, con la tubería de plomo aún levantada en una amenaza.

Nadie se movió.

El capitán alzó las manos.

—Les prometo a ustedes —dijo con voz reposada, casi en un susurro—, les prometo por mi honor como capitán de la Marina que haré todo lo posible por que desembarquen en Inglaterra. Encallaré el barco allí si tengo que hacerlo. Pero deben deponer su actitud y prometerme que no causarán más problemas.

Pozner bajó la tubería.

—De acuerdo —dijo.

No. ¡No! Josef quería discutirlo, pero todos los demás accedieron.

Josef tiró al suelo su trozo de tubería y se marchó sin los demás hombres. Iban a regresar a Europa, y no había nada que él pudiese hacer al respecto.

Isabel
Frente a la costa de Florida
1994

5 días lejos de casa

Iban a regresar a Cuba, y no había nada que ninguno de ellos pudiese hacer al respecto.

De manera que esta era la última estrofa, pensó Isabel. Después de todo por lo que habían pasado, después de todo lo que habían perdido, su clímax final no iba a ser tal clímax, al fin y al cabo. Su canción no era un son cubano y con su final triunfal; lo suyo era una fuga, un tema musical que se repetía una y otra vez sin llegar a resolverse. Su coda era quedarse para siempre sin un hogar, aun cuando regresaran a su propia casa. Eternos refugiados en su propia tierra.

El guardacostas estadounidense los había encontrado.

—Geraldo —dijo la madre de Isabel, pero Papi no respondió.

Se había quedado petrificado en el banco con todos los demás cuando se encendió un foco de una luz blanca y resplandeciente. Un motor de barco —un motor de verdad con su hélice de verdad— se puso en marcha con un rugido.

—Geraldo —dijo Mami de nuevo—. Ya ha empezado.

—No —dijo él—. Se ha acabado. Para todos nosotros.

La luz del foco giró hacia ellos.

—No —dijo Mami con las manos sobre su voluminosa tripa y una voz teñida de alarma—. No, quiero decir que *ya ha empezado*. ¡Que viene el bebé!

Todas y cada una de las cabezas de la barca se giraron en un gesto de sorpresa. Isabel se sentó con un salpicón de agua. No sabía qué pensar, qué sentir. Estaba extenuada: la euforia de marcharse de Cuba, el agotamiento de la tormenta, el horror de la muerte de Iván, el alivio al ver las luces de Miami, la desesperación al toparse con el guardacostas y saber que jamás llegarían a Estados Unidos. Y, ahora, su madre se ponía a dar a luz a un bebé, el hermano pequeño de Isabel. Solo fue capaz de quedarse allí sentada inerte y con la mirada perdida. No le quedaba nada más que pudiese dar.

Luis fue el único que vio que el foco del guardacostas hacía un barrido que pasó de largo sobre el agua y apuntó hacia otro sitio.

—No es a nosotros —dijo—. El guardacostas... ¡Van detrás de otros!

Isabel vio que el foco había localizado a otra embarcación en el agua a varios centenares de metros. ¡Era una balsa llena de refugiados, exactamente igual que ellos!

—¿Más cubanos? —preguntó Amara.

—¡Eso da igual! —dijo el señor Castillo—. ¡Es nuestra oportunidad! ¡Remad hacia la costa! ¡Rápido!

Isabel se detuvo un instante a mirar a su madre, cogió acto seguido un bidón de agua recortado con forma de pala y se puso a remar tan fuerte como pudo. Lo mismo hicieron Lito, Amara y los Castillo.

—Pero guardad silencio —susurró Lito—. El sonido llega muy lejos por el agua.

—Ooooh —gritó la madre de Isabel.

—Shhh, Teresa —dijo Papi, que le sostenía la mano—. No tengas el niño aún, ¡espera a que llegemos a Estados Unidos!

La madre de Isabel apretó los dientes y asintió con la cabeza; se le estaban saltando las lágrimas.

Las luces de Miami se acercaban, pero aún estaban muy lejos. Isabel miró a su espalda. En la oscuridad, podía distinguir las luces del barco guardacostas junto a otra embarcación oscura. Unas figuras sombrías se desplazaban entre ambas.

Estaban llevando a bordo a los refugiados para enviarlos de regreso a Cuba.

—¡Ooooh! —gritó la madre de Isabel, y su voz sonó como el disparo de un

cañón en aquel silencio.

—*Remad, remad* —susurró el señor Castillo.

¡Qué cerca estaban! Isabel alcanzaba a ver qué habitaciones tenían la luz encendida en los hoteles y cuáles la tenían apagada, podía oír el sonido rítmico de unos bongos en el agua. Una rumba.

—La corriente nos está llevando hacia el norte —susurró Luis—. ¡Nos va a desviar!

—¡No importa: mientras echemos pie a tierra, estaremos salvados! —dijo Lito en un hilo de voz por el esfuerzo—. ¡No nos pueden coger en el agua, solo eso! ¡Remad!

—¡OOOOH! —chilló la madre de Isabel, y su voz retumbó por el agua.

¡MOC, MOC!

El barco guardacostas emitió el mismo sonido de antes, y el foco iluminó la pequeña barca del grupo. ¡Los habían encontrado!

—¡No! —sollozó la madre de Isabel—. ¡No! ¡Quiero que mi hijo nazca en Estados Unidos!

—¡REMAD! —vociferó el señor Castillo, que se olvidó por completo de ser silencioso.

Detrás de ellos, el motor del guardacostas comenzó a rugir.

Isabel removía el agua y, en su desesperación, doblaba aquel bidón-remo tan endeble. Las lágrimas le rodaban por la cara, y no sabía si eran de pena, de miedo o de agotamiento.

Lo único que sabía era que aún estaban demasiado lejos de la costa.

El guardacostas iba a alcanzarlos antes de que llegasen a Miami.

Mahmoud

Hungría

2015

16 días lejos de casa

Sirenas. Soldados que gritaban con megáfonos. Chillidos. Explosiones. Mahmoud apenas era consciente de todo cuanto estaba sucediendo a su alrededor. Se echó al suelo y se hizo un ovillo en un desesperado intento por recobrar un aliento que no llegaba. Sentía los ojos como si le hubiesen picado unas avispas, y la nariz como si fuese un caldero de sustancias químicas ardientes. Emitió un sonido de asfixia, un gorgoteo ahogado entre un chillido y un gemido.

Al final, iba a acabar muriendo allí, en la frontera entre Serbia y Hungría.

Unas manos toscas levantaron a Mahmoud del suelo y lo sacaron de allí a rastras. Sus zapatillas de deporte daban vueltas y raspaban contra el camino de tierra. No podía ver nada aún, era incapaz de forzar los ojos para abrirlos, pero sentía que el pecho le volvía a funcionar y le llegaban a los pulmones unos hilillos de aire de lo más leve. Engulló el aire a bocanadas de ansia. Entonces lo lanzaron al suelo, alguien le puso las manos a la espalda y se las ató con una tira fina de plástico tan apretada que resultaba dolorosa. Volvieron a levantar a Mahmoud y lo hicieron rodar por el suelo plano y metálico de una furgoneta. Allí se quedó tumbado, boqueando aún en busca de aire, con la hostil sensación de la brida de plástico que le cortaba en las muñecas, y entonces metieron a más gente en la furgoneta, a su lado. Acto seguido, Mahmoud oyó que cerraban de golpe las puertas de la furgoneta y que

arrancaba el motor, y estaban en movimiento.

La respiración de Mahmoud regresó por fin a algo parecido a la normalidad, y entonces pudo sentarse y abrir los ojos con la vista borrosa. No había ventanillas en aquella camioneta, y estaba oscuro, pero pudo ver a otros nueve hombres con él, todos ellos con los ojos rojos, llorosos, y tosiendo por el gas lacrimógeno, y todos ellos esposados con bridas de plástico. Incluido su padre.

—¡Papá! —exclamó Mahmoud.

De rodillas, se abrió paso por el suelo de la furgoneta, que no paraba de dar botes, y cayó contra su padre. Juntaron la cabeza el uno con el otro.

—¿Dónde están mamá y Waleed? —le preguntó Mahmoud.

—No lo sé. Los perdí en medio del caos —dijo papá, que tenía los ojos enrojecidos y la cara húmeda de las lágrimas y los mocos.

Tenía un aspecto terrible, y Mahmoud se dio cuenta de que él debía de estar igual de mal.

Él pensaba que la furgoneta se detendría pronto, pero el vehículo continuaba avanzando más y más.

—¿Adónde crees que vamos? —preguntó Mahmoud.

—No lo sé. No llego a coger mi teléfono —dijo papá—. Pero llevamos mucho tiempo metidos en esta furgoneta. ¡A lo mejor nos están llevando a Austria!

—No —dijo otro de los demás hombres—. Nos llevan a la cárcel.

«¿A la cárcel? ¿Por qué? —se preguntó Mahmoud—. ¡Solo somos refugiados! ¡No hemos hecho nada malo!».

La furgoneta se detuvo, e hicieron salir de ella a Mahmoud y a los demás refugiados en un edificio que uno de los soldados llamó «centro de estancia temporal de inmigrantes». Mahmoud, sin embargo, se daba cuenta de que en realidad era una cárcel. Era un edificio largo, de una sola planta y con una valla de alambre de espino alrededor, custodiado por soldados húngaros con fusiles automáticos.

Un soldado cortó la brida de plástico de las muñecas de Mahmoud, que esperaba que el alivio fuese instantáneo, pero, en cambio, sus manos pasaron del entumecimiento al ardor, como el cosquilleo que sentía en la pierna cuando se le quedaba dormida, pero mil veces peor. Soltó un grito de dolor con las

manos temblando cuando los empujaron tanto a él como a su padre para que se apresuraran a meterse en una celda con paredes de hormigón ligero por tres lados y unos barrotes de metal al frente. Hicieron entrar allí a empujones a otros ocho hombres con ellos, y había más celdas pasillo arriba y pasillo abajo que estaban llenando con refugiados.

Un soldado cerró de golpe la puerta de barrotes y la apestilló con un cierre electrónico.

—¡No somos delincuentes! —le chilló uno de los otros hombres de la celda.

—¡Nosotros no pedimos la guerra civil! ¡No queríamos marcharnos de nuestros hogares! —gritó otro hombre.

—¡Somos refugiados! —gritó Mahmoud, incapaz de seguir guardando silencio por más tiempo—. ¡Necesitamos ayuda!

El soldado no prestó atención a ninguno de ellos y se marchó. Mahmoud volvió a sentirse indefenso, una vez más, y le dio una patada a los barrotes en un gesto de ira. Del resto de las celdas surgían gritos similares de indignación, gritos de inocencia, pero no tardaron en verse superados por las voces de las familias divididas que trataban de encontrarse a pesar de no verse de una celda a otra.

—¿Fatima? ¿Waleed? —dijo papá a voces, y Mahmoud se puso a gritar sus nombres con él.

No obstante, si su madre y su hermano estaban allí, no respondían.

—Los encontraremos —aseguró el padre a su hijo, pero Mahmoud no sabía cómo podía tener aquella seguridad.

No habían encontrado a Hana, así que, ¿qué le hacía pensar que sí encontrarían a mamá y a Waleed? ¿Y si los habían perdido para siempre? Mahmoud estaba angustiado. Aquel viaje, aquella odisea, estaba desarmando su familia, que iba perdiendo miembros igual que las hojas caen de los árboles en otoño. Hizo lo que pudo por controlar el pánico. Se le aceleró la respiración, y el corazón le golpeaba en el pecho como un martillo.

—No me lo creo. Nos han traído casi hasta Austria —dijo el padre de Mahmoud, que por fin lo estaba comprobando en su móvil—. Hay otra hora más en coche. Estamos a las afueras de una pequeña ciudad del norte de Hungría que se llama Győr.

«Casi hasta Austria», pensó Mahmoud. Sin embargo, en lugar de ayudarlos, los húngaros los habían encarcelado.

Pasaron las horas, y Mahmoud pasó del pánico a la frustración, y de ahí a la desesperación. Se quedaron sentados en la celda sin comida ni agua y con un único retrete de metal unido a la pared. Su madre y Waleed eran lo único en lo que Mahmoud podía pensar. Ellos también estarían en una cárcel húngara, en algún lugar, ¿o los habrían rechazado en la frontera con Serbia? ¿Cómo iban a encontrarlos alguna vez papá y él? Se reclinó contra la pared.

—Tengo que decir que este es el peor hotel en el que he estado en mi vida —dijo papá.

De nuevo intentaba ponerse a hacer bromas. Su padre siempre estaba de broma, pero a Mahmoud no le parecía que nada de aquello fuese en absoluto gracioso.

Por fin, unos soldados armados con porras llegaron a su celda y les dijeron que formasen en fila para ser fichados.

—No queremos que nos fichen —dijo papá—. Solo queremos llegar a Austria. ¿Por qué no nos llevan hasta la frontera? ¡Si nosotros no queríamos quedarnos en Hungría!

Un soldado le pegó con la porra en la espalda, y el padre de Mahmoud cayó al suelo.

—¡Nosotros tampoco queremos aquí vuestra inmundicia! —gritó el guardia—. ¡Sois todos unos parásitos!

Le propinó una patada en la espalda al padre de Mahmoud, y otro soldado le pegó con la porra una y otra vez.

—¡No! —gritó Mahmoud—. ¡No! ¡No lo hagan! ¡Basta! —suplicó. No podía soportar ver cómo pegaban a su padre pero ¿qué podía hacer él?—. ¡Lo haremos! ¡Dejaremos que nos fichen! —le dijo a los guardias.

Eso era todo lo que hacía falta: rendirse. Los guardias dejaron de pegar a su padre y ordenaron a todos que formaran en fila.

Mahmoud ayudó a su padre a levantarse, y papá se apoyó con fuerza en él; necesitaba la ayuda de su hijo. Fueron juntos arrastrando los pies en fila por el extremo del pasillo, lejos de las celdas, y mientras pasaban, hombres, mujeres y niños los miraban con cara de esperanza, buscando a sus hijos, maridos y hermanos.

Y entonces los vio Mahmoud, a su madre y a Waleed. ¡Estaban en otra celda con más mujeres y niños!

—¡Youssef! ¡Mahmoud! —gritó su madre.

—¡Fatima! —exclamó aliviado su padre, que dio un paso hacia ella.

¡Zas! Un soldado le asestó un golpe con la porra al padre de Mahmoud, que volvió a caer al suelo. Mahmoud y su madre gritaron al mismo tiempo.

—¡No te salgas de la fila! —chilló un soldado.

La madre de Mahmoud alargó el brazo hacia ellos entre los barrotes.

—¡Youssef! —gritó.

—No, mamá... ¡No lo hagas! —chilló Mahmoud.

Un soldado hizo sonar la porra contra los barrotes metálicos, y la madre de Mahmoud se retiró hacia el interior de la celda.

Mahmoud volvió a levantar a su padre y le ayudó a entrar en lo que los soldados llamaban «centro de identificación». Allí, unos funcionarios sentados detrás de unas mesas largas tomaban nota de la información de los refugiados. Cuando Mahmoud y su padre llegaron al frente de su fila, un hombre de uniforme azul les preguntó si querían pedir asilo en Hungría.

—¿Quedarnos aquí? ¿En Hungría? ¿Después de cómo me han pegado? ¿Después de haber encerrado a mi familia como a unos vulgares delincuentes? —preguntó el padre de Mahmoud con un temblor en los puños apretados. Mahmoud seguía teniendo que ayudarlo a tenerse en pie—. ¿Está de broma? ¿Por qué no nos dejan seguir nuestro camino hacia Austria? ¿Por qué nos tienen que «fichar»? ¡No queremos quedarnos aquí ni un segundo más de lo necesario!

El policía se encogió de hombros.

—Yo solo estoy haciendo mi trabajo —dijo.

El padre de Mahmoud estampó la palma de la mano contra la mesa, y Mahmoud se sobresaltó.

—¡No viviría yo en este horrible país ni aunque estuviera hecho de oro!

El policía relleno una respuesta en el formulario.

—Entonces serán enviados de vuelta a Serbia —dijo sin levantar la vista para mirarlos—. Y si vuelven a Hungría, serán detenidos.

El padre de Mahmoud no volvió a decir una palabra, ni siquiera para hacer un chiste. Mahmoud respondió el resto de las preguntas del funcionario

sobre sus nombres, sus fechas y lugares de nacimiento y después ayudó a su padre a regresar a su celda con el resto de los detenidos. La madre de Mahmoud gritó sus nombres al verlos pasar, pero su padre no la miró, y Mahmoud no respondió. Sabía que eso solo serviría para volver a provocar la ira de los soldados.

La cabeza baja, la capucha puesta y la mirada en el suelo. Vuélvete insignificante. No llames la atención.

Desaparece.

Esa era la manera de evitar a los matones.

Josef
Amberes, Bélgica
1939

36 días lejos de casa

Se celebraba una fiesta a bordo del St. Louis, y era una fiesta mayor aún que la que se celebró el día antes de llegar a Cuba. Esta contaba con la euforia de más de novecientas personas que habían estado a las puertas de la muerte y, de repente, de manera milagrosa, se salvaban.

Bélgica, Holanda, Francia e Inglaterra habían acordado dividirse los refugiados entre ellas. Ninguno de los pasajeros iba a regresar a Alemania.

La madre de Josef ya no estaba sola en la pista de baile. Se le unieron docenas de parejas que bailaban en un alocado desenfreno. Incluso Josef se había paseado por la pista de baile con su madre. Los pasajeros se pusieron a cantar canciones y a tocar el piano con la orquesta, y un hombre que sabía hacer trucos de magia entretenía a Ruthie y a los demás niños en el rincón del salón social. En otro rincón, Josef se reía mientras los pasajeros se turnaban contando chistes. La mayoría iban sobre hacer cruceros de vacaciones a Cuba, pero lo mejor fue cuando uno de los pasajeros se levantó y leyó el folleto publicitario del St. Louis.

—El St. Louis es un barco en el que todo el mundo viaja seguro y se aloja cómodamente —leyó. Apenas se le podía oír por encima del escándalo—. Tiene todo cuanto uno puede desear —siguió leyendo el hombre entre jadeos — ¡y eso hace que la vida a bordo sea un placer! ¡Esperamos que desee viajar en el St. Louis *una y otra vez!* Josef se rio tanto que se le saltaron las

lágrimas. Si no volvía a ver el St. Louis en toda su vida, moriría feliz.

A la mañana siguiente, el barco atracó en un muelle de Amberes, en Bélgica. Las negociaciones entre el capitán Schroeder y los cuatro países aún llevaron su tiempo, y transcurrió un día entero hasta que Josef y su familia se volvieron a reunir con los demás pasajeros bajo el adusto retrato de Adolf Hitler en el salón social para averiguar adonde irían.

Los representantes de los cuatro países estaban sentados a una mesa larga en la parte frontal del salón y discutían sobre qué pasajeros aceptaría cada uno. Todos los países querían solo a aquellos pasajeros que tenían las mayores posibilidades de ser aceptados en Estados Unidos para así volver a enviar fuera a sus refugiados lo antes posible.

Josef esperaba que les tocara Inglaterra, porque era la más apartada de la Alemania nazi, a salvo al otro lado del canal de La Mancha. Sin embargo, cuando todo quedó resuelto, su familia y él fueron asignados a Francia. Formarían parte del tercer grupo en desembarcar, después de que abandonasen el barco los refugiados judíos que irían a Bélgica y a Holanda, pero antes de que el último grupo zarpase rumbo a Inglaterra.

El primer grupo se marchó aquella tarde.

Con la mayoría del resto de los pasajeros, Josef observó cómo desembarcaban los refugiados que se quedaban en Bélgica. Él no quería quedarse allí, pero aun así estaba celoso. Igual que los demás, estaba más que dispuesto a abandonar aquel barco.

—Pensadlo: hemos recorrido más de quince mil kilómetros a bordo del St. Louis —le contaba uno de los hombres que se quedaban en Bélgica a los demás pasajeros al entrar en la pasarela— ¡para acabar a trescientos kilómetros del lugar de donde partimos!

La frase arrancó alguna risa, aunque triste. Igual que todos los demás, Josef era demasiado consciente de la alargada sombra que proyectaba la Alemania nazi. Aun así, mientras los nazis se quedasen en Alemania, todos ellos estarían a salvo. ¿Verdad que sí?

Al día siguiente, 181 pasajeros desembarcaron en la ciudad de Rotterdam, aunque Holanda no se mostró dispuesta a que el St. Louis atracase en sus muelles, igual que sucedió en La Habana. Fue otro barco, escoltado por barcas de la policía, el que llevó a los refugiados a la ciudad.

Josef se paseaba por las cubiertas mientras navegaban rumbo a Francia. El barco tenía un aire extraño y vacío. Ya se había ido la mitad del pasaje. La mañana que llegaron a Boulogne, en Francia, los 288 pasajeros que viajaban hasta Inglaterra se congregaron en la cubierta C para despedirse de Josef y de los demás que desembarcaban.

—Llegaremos a Inglaterra mañana —oyó decir Josef a uno de ellos—. El 21 de junio. Eso son exactamente cuarenta días y cuarenta noches en un barco. A ver, ¿dónde habré oído yo antes esa historia?

Josef sonrió al recordar la historia de la Torá sobre Noé, aunque él no sentía como Noé, sino más bien como Moisés, que vagó por el desierto durante cuarenta años antes de llegar a la Tierra Prometida. ¿Eso era Francia? ¿Por fin, la Tierra Prometida? Josef solo podía rezar por que lo fuese. Recogió su maleta con una mano, tomó la mano de Ruthie en la otra y las condujo a ella y a su madre en su descenso por la pasarela, hacia Boulogne.

—¿Lo ves? —dijo mamá—. Ya te dije que a alguien se le ocurriría algo. Ahora no os separéis, y no perdáis los abrigo.

Al llegar al fondo de la rampa, Josef vio que otro de los pasajeros se agachaba sobre las rodillas y las manos y besaba el suelo. De no haber tenido las manos ocupadas, quizá Josef hubiese hecho lo mismo.

El secretario general del Comité Francés de Ayuda a los Refugiados les dio la bienvenida a Francia de manera oficial; los mozos del puerto se apresuraron a llevarles el equipaje a los viajeros y se negaron a aceptar cualquier tipo de propina.

Quizá aquella sí fuese la Tierra Prometida, al fin y al cabo.

Josef, su madre y su hermana pasaron la noche en un hotel de Boulogne, y después los llevaron en tren a Le Mans, donde los acomodaron en una casa barata de inquilinos. Pasaron los días, y la vida continuó su curso. La madre de Josef consiguió un trabajo lavándole la ropa a otras personas. Ruthie fue por fin al jardín de infancia, y Josef fue al colegio por primera vez en meses, pero, como no sabía hablar francés, lo inscribieron en primaria. Con trece años —¡un hombre!— ¡y lo metieron en una clase con niños de siete años! Era humillante. Josef se prometió que aprendería a hablar francés durante el

verano, o moriría en el intento.

Nunca llegó a tener la oportunidad. Dos meses más tarde, Alemania invadió Polonia y desencadenó una nueva guerra mundial.

Ocho meses después de eso, Alemania invadió Francia, y Josef, su madre y su hermana volvían a encontrarse huyendo.

Isabel
Frente a la costa de Florida
1994

5 días lejos de casa

—Ya viene... ¡Ya viene! —gritó la madre de Isabel.

Isabel no sabía si se refería al bebé o al guardacostas.

O a ambos.

—¡Remad! —chilló Amara.

Isabel se puso a remar con más intensidad. Podía ver la costa. Podía ver las sombrillas de playa, plegadas durante la noche pero aún clavadas en la arena. Hileras de luces. Palmeras. Más música: ahora salsa. ¡Qué cerca estaban!

El corazón le latía con fuerza. Iban a atraparlos. ¡No lo iban a conseguir!

Lito se quedó paralizado.

—Está volviendo a pasar —dijo.

—¿Qué? ¿A qué te refieres? —le preguntó Isabel entre jadeos.

—De joven, yo era policía —dijo Lito con la mirada perdida—. Había un barco..., un barco lleno de judíos que venían de Europa, y los enviamos de vuelta. ¡Yo los envié de vuelta! ¡De regreso a la muerte cuando los podríamos haber acogido fácilmente! Todo fue una cuestión política, pero eran personas. Personas de verdad. Yo los conocí, por su nombre.

—No lo entiendo —dijo Isabel.

¿Qué tenía que ver la historia de su abuelo con todo aquello?

—¡Remad! —gritó el padre de Isabel.

El guardacostas ya estaba casi encima de ellos.

—¿No lo ves? —dijo Lito—. Los judíos de aquel barco estaban pidiendo asilo, exactamente igual que nosotros. Necesitaban un lugar para ocultarse de Hitler, de los nazis. *Mañana*, les decíamos nosotros. Os dejaremos entrar *mañana*. Pero jamás lo hicimos. —Lito estaba llorando ahora, consternado—. Los enviamos de vuelta a Europa, a Hitler y al Holocausto. De vuelta a la muerte. ¿Cuántos de ellos murieron porque nosotros los rechazamos, porque yo me limité a hacer mi trabajo?

Isabel no sabía de qué barco estaba hablando su abuelo, pero sí conocía el Holocausto por el colegio: los millones de judíos a los que asesinaron los nazis. Y, ahora, ¿su abuelo le estaba contando que un barco lleno de refugiados judíos había venido a Cuba cuando él era joven? ¿Que él había ayudado a rechazarlos?

Mañana. De repente, Isabel comprendió por qué su abuelo había estado susurrando aquella palabra una y otra vez durante días. Por qué lo tenía obsesionado.

¿Cuándo dejarían entrar en Cuba a los judíos? *Mañana*.

¿Cuándo llegaría su balsa a Estados Unidos? *Mañana*.

Isabel se dio cuenta de que aquel *mañana* nunca llegó para los judíos del barco. ¿Tampoco llegaría para Isabel y su familia?

Una sensación de calma se apoderó de Lito, como si hubiera llegado a comprender algo, como si hubiese tomado una decisión.

—Ahora lo veo, Chabela. Lo veo todo. El pasado, el presente, el futuro. Me he pasado toda la vida esperando que las cosas mejoraran, esperando la deslumbrante promesa de ese *mañana*. Pero lo curioso, Chabela, es lo que ha pasado mientras yo esperaba: que las cosas no cambiaron, porque yo no las cambié. No voy a cometer el mismo error dos veces. Cuida de tu madre y de tu hermano pequeño por mí.

—Lito, ¿qué estás...?

—¡No dejéis de remar hacia la costa! —gritó el abuelo de Isabel a todos los demás.

Sorprendió a Isabel con un beso en la mejilla y, acto seguido, se puso de pie y se tiró al mar.

—¡Lito! —gritó Isabel—. ¡Lito!

—¡Papá! —gritó la madre de Isabel—. ¿Qué hace?

El abuelo de Isabel volvió a emerger a unos metros de distancia, su cabeza aparecía y desaparecía entre las olas.

—¡Lito! —gritó Isabel.

—¡Socorro! —gritó el abuelo haciendo aspavientos con los brazos hacia el guardacostas al tiempo que nadaba para alejarse de él—. ¡Ayúdenme! —chilló.

—¡Ha saltado para distraerlos! —se percató el padre de Isabel.

—¡Vendrán a por nosotros primero! —dijo el señor Castillo.

—No, él corre el peligro de ahogarse. ¡Tienen que rescatarlo! —exclamó Amara—. Esta es nuestra oportunidad. Remad... ¡Remad!

Las lágrimas rodaban por la mejilla de Isabel, por el mismo lugar donde su abuelo le acababa de dar un beso de despedida.

—¡Lito! —volvió a gritar con los brazos extendidos sobre las olas.

—¡No te preocupes por mí, Chabela! Si hay algo que se me da bien es mantener la cabeza fuera del agua —contestó Lito a voces—. ¡Ahora rema! El *mañana* es tuyo, mi bonito rui señor. ¡Ve a Estados Unidos y sé libre!

Isabel sollozaba. No podía remar. Era incapaz. No podía hacer nada salvo quedarse mirando al guardacostas, que viraba para apartarse de su pequeña barca y ponía rumbo hacia su abuelo. Iba a rescatarlo y a enviarlo de regreso a Cuba.

Mahmoud

Hungría

2015

17 días lejos de casa

Vinieron a buscar a Mahmoud y a su padre a la mañana siguiente, esta vez para llevarlos a un campo abarrotado de refugiados en unos terrenos gélidos y lodosos rodeados de una valla de tela metálica. Unas tiendas de campaña multicolor se alzaban entre los montones de basura y las prendas de ropa desechada, y unos soldados húngaros de uniforme azul con mascarillas quirúrgicas blancas protegían las entradas y las salidas. Solo había un edificio de verdad, un almacén de hormigón ligero, sin ventanas, lleno de una hilera tras otra de catres metálicos.

Mahmoud y su padre encontraron a su madre y a Waleed entre los refugiados que acababan de llegar, y se reunieron entre lágrimas. Cada uno recibió una manta y una botella de agua, y se buscaron unos catres para dormir. No obstante, se perdieron la comida cuando la repartieron. Los soldados húngaros se colocaron en un extremo de la sala y se pusieron a lanzar sándwiches como si fueran cuidadores del zoo que tiran comida a los animales enjaulados, y Mahmoud y su familia no anduvieron atentos para ir corriendo a atrapar su almuerzo.

Mahmoud esperaba que su padre dijera alguna gracia, pero ya había dejado de hacer chistes. En cambio, papá se quedó sentado en su catre con la cara y los brazos amoratados de los golpes, con la mirada perdida. Que los húngaros le golpearan y le metiesen a empujones en la cárcel había acabado

por quebrarle el ánimo.

Aquello asustaba a Mahmoud. De los cuatro miembros de su familia que quedaban, él era el único que no estaba destrozado. Su madre se quebró en el instante en que entregó a su hija, y ahora deambulaba por el laberinto de colchones y mantas del centro de detención preguntándole a la misma gente a la que había preguntado antes si habían visto u oído hablar de un bebé llamado Hana.

El hermano de Mahmoud, Waleed, también estaba deshecho, pero, al contrario que su madre, él se había ido desmoronando trocito a trocito, con el tiempo, como quien le va quitando pedacitos a una chocolatina hasta que no queda nada. Estaba tumbado en un colchón de gomaespuma, apático, sin el menor interés por las partidas de cartas ni por el fútbol al que jugaban los demás niños. Le habían ido succionando cualquier alegría infantil que hubiera habido en él alguna vez, hasta que no quedó nada.

Y ahora su padre también estaba muerto por dentro.

Mahmoud sentía que echaba humo. ¿Por qué estaban allí siquiera? ¿Qué más les daba a los húngaros si ellos solo cruzaban el país? ¿Por qué los habían llevado prácticamente hasta la frontera con Austria para meterlos en un centro de detención? En cierto modo, parecía algo personal, como si todo el país estuviera conspirando para impedir que encontrasen un verdadero hogar. Había policías armados en cada puerta. Tenían más de prisioneros que de refugiados, y cuando saliesen de allí, lo harían solo para regresar a Serbia, para volver a otro país que tampoco los quería.

Después de todo por lo que habían pasado, al final no iban a llegar a Alemania.

Pero Mahmoud no estaba dispuesto a rendirse aún. Quería que la vida fuese como era antes de que llegase la guerra. No podían regresar a Siria. Ahora no, Mahmoud lo sabía. Pero no había ningún motivo por el que no pudiesen labrarse una nueva vida en algún otro lugar. Volver a empezar. Ser felices otra vez. Y Mahmoud quería hacer lo que fuese necesario para lograr que pasase. O al menos intentarlo.

Pero hacer que algo sucediese implicaba llamar la atención. Ser visible. Y era mucho más fácil ser invisible. Y también era útil, como en Alepo, o en Serbia, o aquí, en Hungría. Pero a veces era igual de útil ser visible, como en

Turquía y en Grecia. Pero lo contrario también era cierto: ser invisibles les había hecho tanto daño como ser visibles.

Mahmoud frunció el ceño. Esa era la verdad de todo aquello, ¿no? Fuera visible o invisible, todo consistía en la reacción que tuviera la gente ante ti.

De las dos maneras te pasaban cosas buenas y cosas malas. Si eras invisible, la mala gente no te podía hacer daño, eso era cierto, pero la buena gente tampoco te podía ayudar. Si te mantenías invisible allí, si hacías todo cuanto se suponía que tenías que hacer y nunca causabas problemas, desaparecías de la vista y del pensamiento de todas las buenas personas que hay por ahí y que te podían ayudar a recuperar tu vida.

Era mejor ser visible. Levantarse. Destacar.

Mahmoud vio cómo se abría una puerta en una pared cercana y entraba un grupo de hombres y mujeres con gorras y chalecos de color celeste con las letras «UN», escoltados por unos militares húngaros de aspecto importante. Mahmoud sabía que «UN» significaba «United Nations», Naciones Unidas, el mismo grupo que estaba ayudando a la gente en el campamento de refugiados de Kilis. Aquellas personas de Naciones Unidas llevaban portapapeles y teléfonos móviles, y tomaban notas y sacaban fotos de las condiciones de vida. Aquel lugar lo dirigían los húngaros, no Naciones Unidas, así que Mahmoud se imaginó que estarían allí como observadores, para documentar las condiciones de vida de los refugiados.

En aquel preciso lugar y en aquel preciso instante, Mahmoud decidió asegurarse de que los observadores le veían.

Mahmoud se levantó de su catre y se dirigió hacia la puerta. Todo cuanto tenía que hacer era empujar la puerta y cruzarla, y estaría fuera. Sin embargo, una mujer soldado húngara de raza blanca hacía guardia junto a la puerta. Lucía un uniforme azul, una gorra roja y un grueso cinturón de cuero negro donde llevaba una porra y todo tipo de compartimentos. Del hombro llevaba colgado un pequeño fusil automático con una cinta, apuntando al suelo del gimnasio.

La soldado de guardia hizo caso omiso de Mahmoud, que se colocó delante de ella, pero la mujer miraba por encima de él, más allá de él. Mahmoud era invisible mientras hiciese lo que se suponía que debía hacer, y, mientras fuese invisible, él estaba a salvo y la soldado se sentía cómoda.

Había llegado el momento de que cambiasen ambas cosas.

Mahmoud respiró hondo y empujó la puerta para abrirla. Clic-clac. Aquel sonido retumbó ruidoso por el pabellón, y, de repente, todos los niños dejaron de jugar y los adultos alzaron la mirada hacia él desde sus colchones. Fuera era todo verde, hacía sol, y, al principio, Mahmoud tuvo que entornar los ojos para ver bien.

—¡Eh! —gritó la soldado. Ahora sí le veía, ¿verdad? También los observadores de Naciones Unidas—. ¡No! ¡Alto! ¡No permiso! —dijo la soldado en un árabe muy malo.

A la mujer le costaba encontrar las palabras adecuadas, y dijo algo en húngaro que Mahmoud no entendió. La soldado empezó a levantar el arma hacia él, alzó la mirada y vio la expresión de extrañeza en las caras de los observadores de Naciones Unidas.

Mahmoud salió al exterior. La mujer miró a los demás guardias que tenía a su alrededor y les dijo algo a voces, como si les preguntase qué debía hacer. Mahmoud dio otro paso, y otro más, y no tardó en alejarse del edificio, camino de la carretera.

Waleed salió corriendo por la puerta detrás de su hermano, seguido del resto de los niños. Los guardias húngaros los persiguieron vociferando, pero no hicieron nada para detenerlos.

—¡Mahmoud! —dijo Waleed entre jadeos mientras corría al lado de su hermano mayor. Si mal no recordaba Mahmoud, aquella era la primera vez que veía un brillo de vida en los ojos de Waleed—. ¡Mahmoud! ¿Qué estás haciendo?

—Yo no me quedo en este lugar a esperar a que esa gente me envíe de vuelta a Serbia. Vamos —dijo Mahmoud—. Nos marchamos andando a Austria.

Josef Vornay, Francia 1940

Restallaban los disparos de los fusiles. El silbido de un obús de artillería pasó por encima de ellos e impactó en algún lugar cercano con un bum estremecedor. Ruthie lloraba, y su madre la estrechó con fuerza entre sus brazos.

Josef se asomó a la ventana. Estaban escondidos en una escuela muy pequeña en una aldea llamada Vornay, en algún lugar al sur de Bourges, en Francia. Los pupitres formaban todas unas filas perfectas, y en la pizarra aún había un ejercicio que había quedado olvidado mucho tiempo atrás. Fuera estaba oscuro, y los árboles que rodeaban la escuela lo hacían más oscuro aún. Eso era bueno: los ayudaba a ocultarse. Pero también hacía que fuese más difícil ver a los soldados de asalto alemanes.

Josef volvió a agacharse bajo la ventana, y su mirada se detuvo sobre un mapa de Europa en la pared, con los diversos países sombreados en distintos colores. Qué desfasado estaba ya ese mapa, justo un año después de que Josef y su familia hubiesen llegado a Francia como refugiados. Alemania había absorbido Austria y había invadido Polonia y Checoslovaquia poco después. Holanda, Bélgica y Dinamarca habían sucumbido ante Hitler, y los nazis ocupaban la mitad norte de Francia, incluida la ciudad de París. Toda Francia se había rendido, pero aún quedaban reductos de las Fuerzas de la Francia Libre que se resistían a los nazis por toda la campiña. Esa misma campiña en la que se encontraban ahora Josef y su familia.

Los únicos refugiados del St. Louis que quedaban a salvo, se percató Josef, eran los que llegaron a Gran Bretaña, aunque se rumoreaba que Hitler

iba a tratar de cruzar el canal de La Mancha en cualquier momento.

Josef, su madre y su hermana trataban de llegar a Suiza con la esperanza de que allí les diesen refugio. Habían llegado hasta donde estaban a base de viajar de noche y dormir en graneros y en los campos, a la intemperie bajo las estrellas, pero los nazis habían acabado alcanzándolos.

Una luz entró por la ventana por encima de Josef, que probó a volver a asomarse. ¡Soldados alemanes! ¡Venían hacia la escuela!

—¡Ya vienen! —le dijo Josef a su madre—. ¡Tenemos que irnos!

Su madre cogió a Ruthie en brazos y se dirigió hacia la puerta, pero Josef la detuvo. Solo había una puerta en aquella escuela, y por ella entrarían los nazis.

—No... ¡Por aquí! —dijo él.

Josef siguió agachado mientras corría hacia el fondo del aula. Allí había una ventana. Podían salir por allí y huir hacia el bosque.

Probó a abrir el pomo. ¡Estaba bloqueado! Josef miró hacia atrás por encima del hombro. Podía ver el haz de luz de la linterna en el pasillo de fuera, ya oía hablar en ese alemán tan familiar de su tierra. ¡Tenían que salir de allí!

Josef lanzó el codo contra el cristal, que se hizo añicos. Aquello provocó un grito en el pasillo. Notó que se le había rajado la manga del abrigo, y sintió algo frío y afilado contra su piel, pero no tenía tiempo para detenerse a pensar ahora en aquello. Ayudó a su madre a salir primero, después le pasó a Ruthie a través de la ventana.

—¡Vamos, vamos! —dijo Josef cuando él ni siquiera había terminado de salir por la ventana, y su madre cogió a Ruthie en brazos y echó a correr hacia la oscuridad del bosque. Ninguno de ellos cargaba ya con maletas —las habían perdido mucho tiempo atrás— pero aún llevaban puestos los abrigos, aunque estuviesen en pleno verano. Su madre había insistido.

Lo único que llevaban era a Bitsy, el conejito de peluche del que Ruthie jamás se había separado. La niña lo llevaba metido debajo del brazo.

Josef saltó desde la ventana, se tropezó, volvió a levantarse y echó a correr.

—¡Allí! ¡Allí!

El haz de luz lo había localizado. Restalló una pistola, y una bala voló la

corteza de un árbol a menos de un metro de él. Josef volvió a tropezarse, se enderezó y siguió corriendo. Detrás de él, los soldados alemanes se daban voces los unos a los otros, ladrando como unos perros que persiguieran a un zorro.

Ya habían localizado el rastro, y no iban a cejar en su empeño, no hasta que atrapasen a Josef y a su familia.

—¡Hay una casa ahí delante! —gritó la madre de Josef por encima del hombro.

Giró por un pequeño sendero de tierra, y Josef la adelantó y llegó a la puerta antes que ella. Era una pequeña casa de campo, con dos ventanas a cada lado de una puerta doble en el centro, y una chimenea en un extremo.

Josef percibió el leve aroma del humo del fuego de la cocina, y vio unas cortinas que se movieron en la ventana.

¡Había alguien dentro!

Josef aporreó la puerta. Miró a su espalda. Las luces de tres linternas venían dando saltos por el camino, hacia ellos.

—*Socorro. Por favor, ayúdenos* —susurró Josef desesperado sin dejar de aporrear la puerta.

No respondió nadie, y no se encendió ninguna luz en el interior.

—¡Alto! —se oyó la voz de un joven.

Josef se dio la vuelta de golpe. Había cuatro soldados alemanes detrás de ellos. Tres de los soldados los iluminaban con linternas y obligaban a Josef a entornar los párpados. Aun así, veía lo suficiente para saber que dos de ellos los apuntaban con fusiles. Un tercero llevaba una pistola.

—Manos arriba. Deja la niña en el suelo —le dijo el soldado a la madre de Josef.

Ruthie trató de aferrarse a ella, pero su madre hizo lo que le habían dicho.

A Josef le pareció notar que había perdido algo de sensibilidad en el brazo derecho, y vio que tenía la manga ensangrentada. Se había cortado con el cristal de la ventana. Era serio. Se apretó en el lugar donde el brazo se había rozado con el cristal, y el dolor fue tan cegador que casi se desmaya.

Ruthie tenía la cabeza baja y lloraba, pero levantó el brazo derecho de su conejo y dijo:

—*Heil Hitler!*

Uno de los soldados se echó a reír, y Josef, mientras trataba de apartar el dolor de su brazo, pensó que quizá aquellos soldados les dejaran marchar. Sin embargo, uno de ellos dijo:

—*Documentación.*

Ahora sí que estaban metidos en un lío, sin duda. Sus documentos tenían unas jotas grandes estampadas por todas partes, «J» de judío.

—No... No tenemos documentos —dijo mamá.

Uno de los soldados la señaló con un gesto, y otro que llevaba un fusil se acercó a ellos y le registró los bolsillos del abrigo a su madre. Enseguida encontró los documentos que llevaba para ella y para Ruthie, con la misma facilidad con que encontró los que Josef llevaba encima.

El soldado se los llevó a un hombre con una linterna, que los desplegó.

—Judíos —dijo el hombre—. ¡De Berlín! Habéis llegado muy lejos de casa.

«Ni te lo imaginas», pensó Josef.

—Vamos a Suiza —dijo Ruthie.

—¡Calla, Ruthie! —dijo Josef entre dientes.

—¿A Suiza? ¿De verdad? Bueno, me temo que no podemos permitirlo —dijo el soldado—. Os llevarán a un campo de concentración, igual que al resto de los judíos.

«¿Por qué? —pensó Josef—. ¿Por qué se molestan en perseguirnos y en enviarnos de nuevo a la cárcel? Si tan mal quieren los nazis que lo pasemos los judíos, ¿por qué no nos dejan seguir adelante sin más?».

Uno de los soldados se acercó a ellos con un arma.

—¡No! ¡Esperad! —exclamó la madre de Josef—. Tengo dinero. Marcos imperiales. Francos franceses.

Se metió la mano en la falda, donde ocultaba el dinero, y tanteó a ciegas. Los billetes cayeron lentamente al suelo.

El soldado desplazó con los pies los billetes a un lado y a otro y chasqueó la lengua.

—No es suficiente, me temo.

A Josef se le fue el alma a los pies.

Ante la oportunidad de poder comprar realmente su libertad, la madre de Josef se puso histérica.

—¡Esperad! ¡Esperad! Tengo joyas. ¡Diamantes!

Tiró del abrigo de Ruthie y se lo quitó por encima de la cabeza.

—¡Mamá! ¿Qué haces? —exclamó Ruthie.

La madre de Josef arrancó las costuras igual que había hecho su padre cuando se rasgó las vestiduras por el viejo profesor Weiler en el barco. Del abrigo de Ruthie, sacó algo que brillaba bajo la luz de las linternas.

Unos pendientes. Los pendientes de diamantes que el padre de Josef le compró un año por su aniversario. Josef se acordó de papá al regalárselos. Recordó la sonrisa en el rostro de mamá, la luz de su mirada, ambas desaparecidas mucho tiempo atrás. ¡Mamá había cosido los pendientes en el forro del abrigo de Ruthie! Por eso nunca dejaba que Ruthie se lo quitase.

El soldado cogió los pendientes de la madre de Josef y los examinó a la luz. Josef contuvo la respiración. Quizá dejarían que su madre comprase su libertad, al fin y al cabo.

—Todo cuanto he podido conservar —dijo su madre—, es todo vuestro. Solo, por favor..., dejadnos marchar.

—Son muy bonitos —dijo el soldado—, pero creo que aquí solo hay suficiente para comprar la libertad de uno de tus hijos.

—Pero..., pero si eso es todo lo que me queda —dijo mamá.

El soldado se quedó mirándola, expectante. Al principio, Josef no entendió lo que quería: no tenían nada más que darle. Pero entonces el nazi agarró a Josef y a Ruthie, los atrajo hacia sí y les dio la vuelta para que mamá los viese, y entonces fue cuando Josef lo comprendió. Al nazi le daba igual cuánto dinero tenían, cuántas joyas. No se trataba de eso. Estaba jugando con ellos. Aquello era otro juego, como el de un gato que juguetea con un ratón antes de comérselo.

Creo que aquí solo hay suficiente para comprar la libertad de uno de tus hijos.

Uno de los hijos de Rachel Landau quedaría libre, y el otro iría a un campo de concentración.

El soldado nazi sonrió a la madre de Josef.

—Tú eliges.

Isabel
Miami Beach, Florida
1994

5 días lejos de casa

Allí, en aquella barca que había sido su hogar durante cuatro días y cuatro noches, fue donde nació el hermano pequeño de Isabel.

No fue de inmediato. Primero vinieron los frenéticos empujones, más empujones y más empujones de la madre de Isabel para traer al niño al mundo mientras los demás remaban, remaban y remaban. Todos menos la señora Castillo, que estaba sentada en el banco junto a Mami, sujetándole la mano y hablando con ella durante el proceso. Detrás, el guardacostas ya había recogido al abuelo de Isabel y se dirigía hacia ellos con las luces encendidas.

Su pequeña balsa de color azul ya estaba cerca de la costa: las olas rompían a su alrededor coronadas de espuma blanca. Isabel veía a gente que bailaba en la playa, pero no estaban lo bastante cerca. No lo iban a conseguir. En ese momento fue cuando los chillidos de su madre se mezclaron con el grito de Amara, que dijo:

—¡Vamos nadando!

Luis y ella saltaron por la borda y avanzaron hacia la costa nadando y dando tumbos a partes iguales.

—¡No, esperad! —gritó Isabel.

Su madre no podía ir andando a la playa. No así. Tenían que seguir remando en la barca, o su madre jamás llegaría a Estados Unidos.

Isabel, Papi y el señor Castillo remaban con todas sus fuerzas, pero el

guardacostas era más rápido. Iban a alcanzarlos.

—¡Vete! —le dijo la madre de Isabel a su padre entre jadeos—. Si te cogen, te enviarán de vuelta.

—No —dijo Papi.

—¡Vete! —volvió a decir Mami—. Si me cogen a mí, solo..., solo me enviarán de vuelta a Cuba. Tú vete, y llévate a Isabel. Puedes..., puedes enviar dinero, ¡como siempre planeaste!

—¡No! —exclamó Isabel, y, sorprendentemente, su padre se mostró de acuerdo.

—Nunca —dijo él—. Te necesito, Tessa. A ti, a Isabel y al pequeño Mariano.

Mami sollozó al oír el nombre, y a Isabel también se le saltaron las lágrimas. Igual que con la barca, no se habían decidido por un nombre para el niño. No hasta ahora. Ponerle al niño el nombre de Lito era la manera perfecta de recordarlo, estuvieran donde estuviesen.

—Pero nos enviarán de vuelta —sollozó Mami.

—Entonces volveremos —dijo Papi—. Juntos.

Apoyó la frente en la sien de su mujer y le sostuvo la mano para ocupar el lugar de la señora Castillo mientras Mami daba el último empujón.

El guardacostas cabeceaba en las olas. Ya lo tenían casi encima.

—¡Ya es el momento! —dijo el señor Castillo—. Tenemos que seguir a nado. ¡Ahora!

—No, por favor —suplicó Isabel, que remaba con impotencia contra la corriente con las lágrimas que le rodaban por la cara.

Qué cerca se encontraban, pero el señor Castillo ya estaba ayudando a su mujer a saltar por la borda para lanzarse al agua.

Estaban abandonando el barco.

La madre de Isabel gritó más fuerte que antes, pero Papi estaba con ella. Él cuidaría de su mujer. Lo único que importaba ahora era remar, remar tanto como Isabel pudiese. Ella era la última esperanza que le quedaba a su madre.

—Llévatela..., llévate a Isabel contigo —oyó que decía su madre entre los empujones, pero Isabel no estaba preocupada.

Sabía que su padre no le haría caso, sabía que no se marcharía nunca. Ninguno de ellos lo haría. Eran una familia. Estarían juntos. Para siempre.

Pero, de repente, unos brazos la estaban levantando, ¡tiraban de ella por la borda!

—Despídete de Fidel —dijo el señor Castillo.

Era con él con quien hablaba Mami. ¡El señor Castillo había vuelto, y era él quien estaba levantando a Isabel por encima de la borda y la estaba metiendo en el agua!

—No... ¡No! —gritó Isabel.

—¡Tú me salvaste a mí la vida una vez, déjame ahora que yo te salve a ti la tuya! —le dijo el señor Castillo.

Isabel no le escuchaba. Estaba gritando y pataleando, tratando de liberarse. No quería ir a Estados Unidos si eso significaba dejarse allí a sus padres, *a su familia*. Pero el señor Castillo era demasiado fuerte. La metió en el agua, e Isabel se hundió bajo las olas en una maraña de burbujas, de brazos y piernas antes de tocar enseguida el fondo.

Isabel hizo pie y se empujó para volver a salir del agua. Le llegaba por el pecho, y las olas que se deslizaban a su alrededor hacia la costa la levantaban y la volvían a bajar hasta hacer pie en la arena. Con el chapuzón, se le había caído la gorra de Iván, así que la recuperó antes de que desapareciese entre el oleaje.

Entonces se agarró al costado de la barca para volver a subir a bordo.

El brazo del señor Castillo la rodeó por la cintura y la apartó.

—¡No! —gritó Isabel—. ¡No voy a dejarlos!

—¡Calla! No nos vamos a ir a ninguna parte —dijo el señor Castillo—. ¡Ayúdanos a tirar de la barca hacia la costa!

Isabel miró a su alrededor, y por primera vez vio que la señora Castillo seguía allí, y que también estaban Amara y Luis. Todos estaban alrededor de la barca con el agua por la cintura. ¡Habían vuelto!

Todos encontraron un lugar donde agarrarse a la balsa y tirar, y al hacerlo removían la arena del fondo. Isabel sollozó de alivio y se agarró. A ella le costaba más tirar cuando las olas la levantaban, pero la imagen del guardacostas que no dejaba de acercarse ayudó a motivarla.

Igual que los gritos de ánimo.

Los demás refugiados que iban en el guardacostas daban saltos, aplaudían y gritaban expresiones de aliento, igual que hizo el gentío de la playa cuando

se marcharon de La Habana. Isabel vio a su abuelo, que corría por el barco arriba y abajo, haciendo gestos con los brazos para empujarlos hacia la costa como un jugador de béisbol que quisiera empujar una pelota para que saliese de los límites del campo y lograra un *home run*. Se rio en contra de su voluntad. El agua le llegaba a Isabel justo por debajo de la cintura. ¡Ya casi habían llegado!

El guardacostas paró los motores para aproximarse a ellos, y entonces fue cuando Isabel oyó a su hermano pequeño llorar por primera vez.

Aquel sonido sorprendió a Isabel y a los demás, que se quedaron paralizados. Su padre se levantó en la barca con algo pequeño y moreno en los brazos, mirándolo como si sostuviese en sus manos el tesoro más increíble del mundo. Isabel se quedó boquiabierta. Durante todo aquel tiempo, ella ya sabía que su madre iba a tener un bebé, e Isabel ya había visto muchos: eran monos, pero no tenían nada de especial. Este, sin embargo..., este no era un bebé sin más. *Este era su hermano*. No lo había visto hasta aquel instante, pero ya sentía por él un amor más profundo de lo que había sentido nunca, ni siquiera hacia Iván. Este era Mariano, su hermano pequeño, y de repente, Isabel quiso hacer todo, lo que fuese, con tal de protegerlo.

Papi levantó por fin la mirada de su hijo recién nacido.

—Ayúdame a sacar a Tessa de la barca —le dijo a los demás.

El guardacostas ya casi estaba a la altura de la barca, y los adultos se apresuraron a colocarse al otro lado.

Papi se inclinó sobre la proa de la barca y le ofreció a Isabel que cogiera a su hermano, que seguía llorando. Como en un sueño, Isabel levantó los brazos y lo tomó. Estaba cubierto de algo pringoso y repugnante, y berreaba como si alguien lo hubiese azotado, pero era lo más asombroso que Isabel había visto nunca.

El pequeño Mariano.

Isabel lo abrazó para protegerlo del tira y afloja del oleaje. ¡Era tan pequeñito! ¡Qué poco pesaba! ¿Y si ella se tropezaba? ¿Y si se le caía? ¿Cómo podía su padre haberle puesto en los brazos algo tan nuevo y tan valioso? Pero entonces lo comprendió: Isabel tenía que llevar al pequeño Mariano a la costa para que su padre y los demás pudiesen llevar a Mami detrás.

—*Vete, Isabel* —le dijo su padre, y ella se marchó.

Abrazó al bebé bien alto para mantenerlo lejos de las olas que los empujaban a los dos hacia la costa, trastabillándose cuando el agua le golpeaba en las piernas, por detrás, pero, paso a paso, entre tambaleos, consiguió llegar a la playa.

A suelo estadounidense.

Isabel se dio la vuelta en la playa, empapada y exhausta, para mirar a su espalda.

Papi, Amara y los Castillo venían caminando y trayendo a Mami por las aguas poco profundas, donde el guardacostas no podía llegar. El barco había apagado las luces y regresaba a mar abierto. En la popa del barco, entre los refugiados que hacían aspavientos y jaleaban, estaba el abuelo de Isabel.

Su nieta sostuvo en alto al bebé llorando para que él lo viese, y Lito cayó de rodillas con las manos juntas en el pecho. Entonces rugieron los motores, se revolvió el agua, y el guardacostas desapareció al volver al mar.

Las familias Castillo y Fernández se ayudaron la una a la otra a subir por la playa de arena, y sus pies mojados se convirtieron en pies secos. El señor Castillo se arrodilló y besó el suelo.

Habían llegado a Estados Unidos. A la libertad.

Todavía en un sueño, Isabel subió dando tumbos por la arena hacia las luces de discoteca, el atronador sonido de la música y la gente que bailaba. Se adentró en la luz, la música se detuvo, y todos se volvieron a mirar. Entonces, de pronto, la gente vino corriendo a ayudarla a ella y a su familia.

Una joven de piel morena en bikini se dejó caer en la arena junto a Isabel.

—Dios mío, chiquita —le dijo en español—. ¿Acabas de salir de una balsa? ¿Sois cubanos?

—Sí —le dijo Isabel. Estaba temblando, pero se aferraba a Mariano como si jamás lo fuera a soltar—. Yo soy cubana —le dijo Isabel—, pero mi hermano pequeño ha nacido aquí. Es estadounidense. Y yo también lo seré pronto.

Mahmoud

De Hungría a Alemania

2015

17 días lejos de casa

Los húngaros se detenían a ambos lados de la calzada y se quedaban mirando cómo Mahmoud y el resto de los refugiados marchaban en plena autopista. Hombres, mujeres, niños, todos habían salido en tromba del centro de estancia temporal detrás de Mahmoud, se les habían unido los observadores de Naciones Unidas, y la policía no había hecho nada para impedirselo.

Los refugiados se extendían desde un arcén al otro de la vía que discurría en sentido norte e impedían que los adelantasen los coches. Grupos de jóvenes sirios caminaban y se reían juntos. Una mujer palestina empujaba un cochecito con una niña dormida en él. Una familia afgana cantaba una canción. Los refugiados vestían pantalones vaqueros, zapatillas de deporte y sudaderas con capucha atadas a la cintura, y cargaban con lo poco que aún tenían en mochilas y bolsas de basura.

Los padres de Mahmoud y Waleed encontraron a sus hijos entre la multitud.

—¡Mahmoud! ¿Qué estáis haciendo? —exclamó su padre.

—¡Nos marchamos andando a Austria! —dijo Waleed.

Papá les mostró el mapa en su teléfono.

—Pero si es una caminata de doce horas —dijo.

—Podemos hacerlo —dijo Mahmoud—. Ya hemos llegado hasta aquí. Podemos ir un poquito más lejos.

La madre de Mahmoud le dio un abrazo a su hijo, y después a Waleed, y su padre no tardó en unirse a ellos. A su alrededor pasó una marea de refugiados, y cuando la madre de Mahmoud los soltó a todos, estaba sonriendo y llorando al mismo tiempo.

Los coches tocaban el claxon detrás de la marcha e intentaban que los dejasen pasar. Más coches se detuvieron en el otro lado de la autopista para tocar también el claxon y para animarlos o abuchearlos. Una furgoneta de policía se detuvo en el otro carril de la autopista, y un policía les dijo a todos en árabe por un altavoz:

—¡Alto o serán arrestados!

Pero nadie se detuvo, y no arrestaron a nadie.

Mahmoud y su familia caminaron con el gentío durante horas. Visibles. Al descubierto. Daba miedo, pero también era revitalizante. Marchaban en silencio, con tranquilidad, haciendo el gesto de la paz a las personas que los animaban a continuar desde los arcenes. Coches de policía con las luces rojas encendidas les marcaban el ritmo desde el otro lado de la autopista y de tanto en tanto hacían sonar las sirenas un par de veces para apartar a algún coche. Los helicópteros de los informativos los sobrevolaban, y una mujer de *The New York Times* se abrió paso entre la gente, hizo unas preguntas a Mahmoud y entrevistó a los refugiados.

«Miradnos —pensó Mahmoud—. Escuchadnos. Ayudadnos».

Doce horas no le parecieron nada a Mahmoud cuando se puso a sumar todo el tiempo que habían pasado caminando desde que salieron de Aleppo, pero aquella caminata no tardó en hacerse interminable. No tenían comida ni agua, y a Mahmoud le rugía el estómago y se le secaban los labios. Se sentía como uno de los zombis de su videojuego preferido. Lo único que le apetecía era tumbarse y dormir, pero Mahmoud sabía que no se podían parar. Si lo hacían, los húngaros los arrestarían. Tenían que seguir avanzando. Siempre hacia delante. Aunque aquello acabase por matarlos.

Más tarde, aquella noche, Mahmoud y su familia por fin llegaron a la frontera de Austria. No había ninguna valla, ni muro, ni puesto fronterizo, tan solo una señal de tráfico de color azul a un lado de la carretera con las palabras *REPUBLIK ÖSTERREICH* escritas dentro del círculo de estrellas doradas de la UE y, sobre ellas, una señal con la bandera rojiblanca de

Austria.

Los coches de la policía húngara dejaron de seguirlos en cuanto cruzaron la frontera, y los refugiados se detuvieron a abrazarse los unos a los otros y celebrar que habían escapado. Mahmoud cayó de rodillas luchando por contener las lágrimas de agotamiento y de alegría. *Lo habían conseguido*. No estaban en Alemania, todavía no, pero solo les quedaba un país por cruzar para llegar hasta allí. Los refugiados aún estaban riendo y felicitándose los unos a los otros cuando saltó una alarma en el móvil que llevaba el padre de Mahmoud. Y lo mismo hizo otro móvil, y otro, hasta que todo el gentío se convirtió en un coro de alarmas.

Era la hora de la oración del *isha*, la última del día.

El padre de Mahmoud utilizó una aplicación llamada iSalam para encontrar la dirección exacta en la que debían orientarse para mirar a La Meca. La familia de Mahmoud localizó una zona de hierba para ellos solos, y el resto de los cientos de refugiados hicieron lo mismo; poco después, todos se inclinaban y oraban juntos. No era lo ideal —se suponía que debían lavarse y rezar en un lugar limpio—, pero era más importante rezar a la hora apropiada que en el lugar apropiado.

Al recitar el primer capítulo del Corán, Mahmoud pensó en aquellas palabras. *Solo a ti te adoramos y solo a ti te imploramos ayuda. Guíanos por el camino recto*. Su camino había sido de todo menos recto, pero Alá los había llevado hasta aquel lugar. Con su bendición, quizá sí pudieran llegar hasta Alemania.

Cuando Mahmoud terminó sus oraciones y abrió los ojos, vio un pequeño grupo de austríacos que se había congregado en torno de los refugiados que rezaban. También había agentes de policía, y más coches con sirenas. Mahmoud se desanimó. «Solo nos ven cuando hacemos algo que no les gusta», pensó de nuevo. Los refugiados se habían detenido a arrodillarse y rezar, y aquella gente que los miraba no estaba haciendo eso. No lo entendían. Ahora, los refugiados volvían a parecer unos extraños, unos forasteros. Como si aquel no fuera su sitio.

A Mahmoud le preocupó lo que podría hacer la muchedumbre cuando los austríacos les dijese que no los querían allí. Su marcha por Hungría había sido pacífica, hasta ahora. ¿Se convertiría aquello en otra pelea en la que los

gasearían, los esposarían y los meterían otra vez en la cárcel?

—¡Bienvenidos a Austria! —dijo uno de los austríacos en un árabe con un fuerte acento, y los demás gritaron «Willkommen!» y aplaudieron.

Sí, se pusieron a aplaudirles. Mahmoud se dio la vuelta para mirar a Waleed, que estaba tan atónito como él. ¿Se trataba de algún error? ¿Pensaría aquella gente que eran otra cosa y no unos refugiados sirios?

De pronto, se vieron rodeados por hombres, mujeres y niños austríacos que sonreían e intentaban estrecharles la mano y darles cosas. Una mujer le dio a la madre de Mahmoud un puñado de ropa limpia, y un hombre mostró preocupación por los cortes y las magulladuras del padre. Un niño, que tenía más o menos la edad de Mahmoud y lucía una camiseta de los Yankees de Nueva York, le entregó una bolsa de plástico con pan, queso, fruta y una botella de agua. Mahmoud se sentía tan agradecido que estuvo a punto de echarse a llorar.

—Gracias —dijo Mahmoud en árabe.

—*Bitte* —dijo el niño, y Mahmoud supuso que era la forma de decir «de nada» en alemán.

Se enteraron de que los austríacos habían visto su marcha en la televisión y habían salido a ayudarlos. Y fue así durante todo el camino hacia el norte, hasta Nickelsdorf, el pueblo austríaco más cercano con una estación de ferrocarril. Los pasos elevados estaban llenos de austríacos de nacimiento, de raza blanca, y de austríacos de adopción, árabes de piel morena que habían emigrado allí recientemente, que les lanzaban botellas de agua y comida: pan, fruta fresca, bolsas de patatas fritas. Un hombre que iba al lado de Mahmoud atrapó un pollo asado entero envuelto en papel de aluminio.

—¡Estamos con vosotros! ¡Que Alá os acompañe! —les gritó en árabe desde arriba una mujer.

Mahmoud sintió que se le subían los ánimos. Habían dejado de ser invisibles, ya no estaban escondidos en el centro de estancia temporal. La gente por fin *los veía*, y la buena gente los ayudaba.

Mahmoud y su familia llegaron finalmente a la estación de tren de Nickelsdorf, donde compraron billetes hacia Viena, la capital de Austria. Viajaron en tren durante la noche, y, cuando llegaron a Viena a la mañana siguiente, compraron billetes hacia Múnich, una gran ciudad alemana. En

Múnich, la respuesta fue la misma que en Austria, pero mayor aún. Había miles de refugiados en la estación de tren, y entre ellos se desplazaban cientos de alemanes que les ofrecían botellas de agua y tazas de té y de café. Una pareja había traído una cesta llena de caramelos, y los estaban repartiendo entre los niños. Mahmoud y Waleed se unieron a la feliz turba de críos que se arremolinó a su alrededor y recibieron un par de caramelos cada uno, que devoraron de inmediato. De manera más organizada, estaban descargando un camión lleno de fruta, y otro grupo estaba repartiendo pañales a cualquiera que tuviese un bebé.

Mahmoud se acordó de Hana al ver aquellos pañales, y miró a su madre. Se daba cuenta de que ella también estaba pensando en la hermana pequeña de Mahmoud. La mujer se llevó una mano a la boca, y no tardó en abrirse paso entre la multitud, de nuevo, preguntando a todas y cada una de las personas si habían visto a su hija. Pero nadie había visto ni oído hablar de un bebé rescatado del agua. No obstante, si la gente que la había recogido consiguió llegar a ponerse a salvo, era probable que estuvieran en algún lugar de Alemania. Mahmoud y su familia solo tenían que seguir buscando.

Un alemán de origen turco con aspecto de funcionario y un portapapeles detuvo al padre de Mahmoud.

—¿Está buscando asilo aquí, en Alemania, para usted y su familia? —le preguntó en un perfecto árabe.

Mahmoud contuvo la respiración. ¿Qué era aquello? ¿Se acercaba el final de su larga y horrible pesadilla? ¿Podrían dejar de viajar por fin, dejar de dormir y rezar en portales y estaciones de autobús? En Alemania, Mahmoud y su familia podrían labrarse una vida nueva. Mahmoud podría hallar por fin una manera de volver a conectar con Waleed. Podrían encontrar a Hana. Lograr que su padre volviese a reír y a contar chistes. Encontrar la paz para su madre. Después de haber llegado tan lejos, después de haber perdido tantas cosas, era como si Mahmoud y su familia estuvieran prácticamente en la Tierra Prometida.

Todo lo que tenían que lograr era hacerle un hueco a Alemania en sus corazones tal y como Alemania les había hecho un hueco a ellos, y aceptar como su hogar aquel lugar nuevo y desconocido.

—Sí —dijo el padre de Mahmoud con una sonrisa que se asomaba

lentamente a su rostro—. Una y mil veces sí.

Isabel
Miami, Florida
1994

En casa

Esta era la coda de la canción de Isabel.

Se levantó con una trompeta en la mano, un regalo del tío Guillermo, el hermano de Lito. No estaba en una acera de La Habana, sino en un aula de un colegio en Miami. Era su segunda semana de clase, y el primer día en el aula de música, el día en que hacían las pruebas para entrar en la orquesta.

Isabel jugueteaba con los dedos en los pulsadores de la trompeta. No se podía creer que estuviese allí de pie, en aquella clase, menos de dos meses después de haber llegado dando tumbos a la playa de Miami Beach con su hermano recién nacido en brazos.

Muchas cosas habían cambiado, y muy rápido. Después de que llevaran a su madre y a su hermano al hospital y les dieran un certificado médico que atestiguaba que no tenían ninguna enfermedad, los acogió el hermano de Lito, Guillermo, hasta que encontraron un pequeño apartamento para ellos solos. Era de un tamaño más reducido que su casa de Cuba, y tampoco estaba cerca de la playa, pero en lo que a Isabel se refería, si no volvía a ver el mar en su vida, tampoco pasaba nada.

El pequeño Mariano estaba en casa engordando feliz con los demás bebés por cuyo cuidado pagaban a Mami en la pequeña guardería diurna que regentaba. Papi había conseguido un empleo al volante de un taxi, y estaba ahorrando para comprarse un coche propio. La señora Castillo trabajaba de

secretaria en un despacho de abogados de la comunidad cubana mientras estudiaba para convertirse en letrada estadounidense, y el señor Castillo ya estaba hablando con alguien para conseguir un préstamo para abrir un restaurante. Luis consiguió trabajo en una pequeña tienda de ultramarinos, y Amara en una tienda de ropa; y cuando obtuviese la nacionalidad estadounidense, Amara pensaba convertirse en agente de policía de Miami. Iban a casarse en invierno.

E Isabel, ella había empezado el colegio en sexto curso. Era difícil, porque no hablaba inglés todavía, pero había otros niños cubanos allí, muchos, y algunos de ellos habían llegado a Estados Unidos en balsas como ella, pero eran más los que habían nacido allí, «cubano-americanos» que aún hablaban español en casa. Isabel hizo amigos enseguida, chicos y chicas simpáticos que la recibieron con los brazos abiertos, y supo que no tardaría en aprender a hablar inglés igual que sus profesores. Practicaba viendo montones y montones de programas de televisión (al menos, eso era lo que le decía ella a sus padres). Aprendería, y, mientras tanto, seguía entendiendo las clases de Matemáticas, de Español y de Dibujo.

Igual que la música.

El señor Villanueva y los demás alumnos esperaban a que Isabel empezase a tocar. Se había pasado semanas practicando para aquel momento. Al principio no era capaz de decidir qué canción iba a tocar, pero entonces se le ocurrió, mientras veía un partido de béisbol con su padre.

Isabel se ajustó en la cabeza la gorra de Iván de los Yankees de Nueva York, respiró hondo y empezó a tocar *The Star Spangled Banner*, «La bandera tachonada de estrellas», el himno nacional de Estados Unidos. Pero no lo tocó igual que ella lo había oído en los partidos de béisbol en la televisión. Lo tocó como un son cubano, con el tiempo débil de la melodía de un guajeo.

Isabel lo tocó como una salsa por Iván, al que perdió en el mar, y por Lito, allá en Cuba. Lo tocó como una salsa por su madre y por su padre, que habían dejado su patria, y por su hermano pequeño Mariano, que jamás conocería las calles de La Habana tal y como ella las había conocido. E Isabel lo tocó como una salsa por ella misma, para que jamás se le olvidase de dónde procedía. Quién era ella.

Poco después, Isabel tenía a todo el mundo en el aula aplaudiendo al ritmo

que ella tocaba, pero, mientras tocaba, ella oía otro ritmo diferente, un ritmo que discurría por debajo de aquel al que todo el mundo daba palmas. Daba golpecitos con el pie en el suelo al ritmo de esa cadencia oculta, y con un escalofrío se percató de que por fin la estaba oyendo.

Por fin estaba marcando la clave.

Lito se equivocaba. No tenía que estar en La Habana para oírla, para sentirla. Isabel se había llevado Cuba consigo hasta Miami.

Terminó con una floritura, y el señor Villanueva y los demás alumnos la ovacionaron. Isabel creía que se iba a echar a llorar de alegría, pero contuvo las lágrimas. Ya había llorado lo suficiente por Iván y por su Lito.

La canción de su marcha de Cuba en busca de un nuevo hogar había terminado.

Hoy era el momento de empezar una nueva canción.

Mahmoud
Berlín, Alemania
2015

En casa

Una canción alemana que Mahmoud no había oído nunca sonaba en la radio de la furgoneta que lo trasladaba a él y a su familia por las calles de Berlín. La capital alemana era la ciudad más grande que él había visto jamás, mucho más grande que Aleppo. Estaba llena de clubes nocturnos, bares, cafeterías, tiendas, monumentos, estatuas, edificios de apartamentos y de oficinas. Casi todos los carteles estaban en alemán, pero veía aquí y allá algún letrero en árabe que anunciaba una tienda de ropa, un restaurante o un mercado. Los edificios flanqueaban las aceras como si fueran unas murallas de ladrillo y de cristal de diez pisos de altura, y los coches, las bicicletas, los autobuses y los tranvías petardeaban, traqueteaban y hacían sonar el claxon por las calles.

Aquel lugar tan extraño e intimidatorio iba a ser su nuevo hogar.

El Gobierno alemán había acogido a Mahmoud y a su familia. Durante las últimas cuatro semanas, los cuatro habían estado viviendo en un colegio de Múnich que habían transformado para convertirlo en un alojamiento para los refugiados, sencillo aunque limpio. Allí se quedaron —con libertad para ir y venir a placer— hasta que una familia de acogida accedió a compartir con ellos su propia casa mientras los padres de Mahmoud volvían a levantarse.

Una familia de acogida, en aquella misma calle, en la capital del país.

La furgoneta se detuvo junto al bordillo delante de una casita verde con contraventanas blancas y un tejado apuntado con forma de A mayúscula. Los

maceteros estaban llenos de flores, igual que Mahmoud había visto en Austria, y había dos coches alemanes aparcados en el camino de entrada. Al otro lado de la calle, en un parque, los chicos jóvenes hacían trucos con sus tablas de *skate*.

El padre de Mahmoud deslizó la puerta para abrirla y que todos se bajaran, y Mahmoud, su madre y su hermano cogieron las mochilas llenas de ropa, de productos de higiene y los sacos de dormir que los cooperantes alemanes les habían dado. El cooperante que los había llevado allí subió las escaleras de la puerta principal de la casita con los padres y el hermano de Mahmoud, pero él se quedó en la acera unos instantes, echando un vistazo al vecindario. Gracias a sus clases de Historia allá en Siria, Mahmoud sabía que Berlín había quedado prácticamente destruida al final de la Segunda Guerra Mundial, reducida a montones de escombros igual que ahora lo estaba Alepo. ¿Necesitaría Siria otros setenta años para resurgir de las cenizas igual que lo había hecho Alemania? ¿Volvería él a ver Alepo?

Unas voces de alegría y de bienvenida surgieron del porche, y Mahmoud siguió a su familia escaleras arriba. Su madre estaba recibiendo un abrazo de una señora mayor alemana, y un señor mayor alemán le estrechaba la mano a su padre. El cooperante alemán tenía que traducir todo lo que se decían los unos a los otros: Mahmoud y su familia no hablaban alemán aún, y, al parecer, aquella familia tampoco hablaba nada de árabe. Al menos, la familia alemana se las había arreglado para escribir un letrero en árabe que decía: BIENVENIDOS A CASA, aunque la expresión que habían utilizado era un tanto formal. Aun así, Mahmoud agradeció el esfuerzo: aquello era más de lo que él era capaz de decir en alemán.

El hombre que le daba la mano a su padre se volvió hacia él y hacia Waleed, y lo que Mahmoud vio le dejó sorprendido. ¡Era un hombre verdaderamente mayor! Tenía la piel blanca, arrugada, y poco pelo, blanco, que se le disparaba a ambos lados de la cabeza, como si hubiera intentado peinárselo pero no se le hubiera quedado en su sitio. Cuando el cooperante alemán les dijo que se iban a quedar con una «familia alemana», Mahmoud se había imaginado una familia como la suya, no como sus abuelos.

—Se llama Saúl Rosenberg —tradujo el cooperante— y os da la bienvenida a vuestro nuevo hogar.

Cuando Mahmoud le estrechó la mano a aquel señor mayor, vio una pequeña caja de madera fina y ornamentada que estaba adherida al marco exterior de la puerta principal. Mahmoud reconoció el símbolo que había en la caja: ¡era la estrella de David! Era el mismo símbolo que tenía la bandera de Israel. Mahmoud intentó no mostrar su sorpresa. Aquella pareja no solo era muy mayor, ¡sino que también eran judíos! Allí de donde venía Mahmoud, los judíos y los musulmanes no se recibían con los brazos abiertos los unos a los otros precisamente; más bien lo contrario. Qué extraño era este mundo nuevo.

La esposa de *Herr* Rosenberg se separó de la madre de Mahmoud y se agachó para saludarles. Era una mujer corpulenta, con el pelo blanco como su marido, unas grandes gafas redondas y una afectuosa sonrisa con las paletas de los dientes separadas. De los bolsillos de su enorme vestido sacó un conejo de peluche hecho de tejido de pana blanco y se lo ofreció a Waleed. A su hermano se le iluminaron los ojos al recibirlo de manos de la mujer.

—*Frau* Rosenberg lo hizo con sus propias manos. Diseña juguetes —les explicó el intérprete.

La señora mayor volvió a hablar directamente a Mahmoud.

—Dice que también te habría hecho uno a ti —dijo el cooperante—, pero pensó que serías demasiado mayor para los peluches.

Mahmoud asintió.

—Pero sí puede hacer uno para mi hermana pequeña, cuando la encontremos —le dijo Mahmoud al cooperante—. Tuvimos que entregársela a los de otro bote para salvarla cuando nos estábamos ahogando en el Mediterráneo. Fue culpa mía. Fui yo quien le dijo a mi madre que lo hiciese, y ahora tengo que encontrarla y traerla de vuelta.

Frau Rosenberg miraba al cooperante con cara de interés mientras él se lo traducía, y entonces se desvaneció su resplandeciente sonrisa. Waleed salió corriendo a enseñarle a su madre su juguete nuevo, y la señora mayor acompañó a Mahmoud al pasillo, nada más cruzar la puerta, de cuyas paredes colgaban las fotos familiares.

—Una vez, yo también fui una refugiada, igual que tú —dijo la mujer a través del intérprete—, y perdí a mi hermano. —Señaló una vieja fotografía de color sepia enmarcada, la imagen de un padre, una madre y dos niños: un niño con gafas que tendría la edad de Mahmoud y una niña pequeña. El padre y el

hijo vestían traje y corbata, y la madre lucía un bonito vestido con grandes botones. La niña iba vestida como un marinerito—. Esa de ahí soy yo, la niña. Esa es mi familia. Nos marchamos de Alemania en un barco en 1939, tratando de llegar a Cuba, para escapar de los nazis. Por entonces, yo era muy pequeña, y ahora ya soy muy vieja, y no recuerdo demasiado sobre aquella época, pero sí recuerdo que mi padre estaba muy enfermo. Y unos dibujos animados de un gato. De eso sí me acuerdo. Y de un policía muy amable que me dejó ponerme su boina.

»Mi padre fue el único que llegó a Cuba —prosiguió la señora—. Vivió allí durante muchos años, mucho después de terminar la guerra, pero no volví a verlo nunca. Murió antes de que nos pudiésemos encontrar el uno al otro. Los demás miembros de la familia no pudimos salir del barco con él, y ningún otro país quería acogernos, así que nos llevaron de regreso a Europa, justo cuando comenzaba la guerra. Justo a tiempo de empezar a huir otra vez.

»Los nazis nos capturaron e hicieron escoger a mi madre: salvarme a mí o salvar a mi hermano. Bueno, ella no pudo escoger. ¿Cómo iba a poder hacerlo? Así que mi hermano escogió por ella. Se llamaba Josef. —Mahmoud vio que la mujer extendía la mano y tocaba con suavidad al niño de la foto y dejaba una mancha en el cristal—. Él tenía tu edad, diría yo. No recuerdo mucho sobre él, pero sí me acuerdo de que siempre quería ser un adulto. “No tengo tiempo para juegos”, me decía. “Ya soy un hombre”. Y, cuando aquellos soldados dijeron que uno de nosotros quedaría libre y al otro se lo llevarían a un campo de concentración, Josef dijo: “Llebadme a mí”.

»Mi hermano, apenas un crío, se convertía por fin en un hombre.

Hizo una pausa por un instante; acto seguido, descolgó con ambas manos la foto de la pared con un profundo respeto.

—Aquel día se llevaron de mi lado a mi madre y a mi hermano, y me dejaron allí sola en el bosque. Sobreviví solo gracias a una amable anciana francesa que me acogió. A los siguientes nazis que llegaron y llamaron a su puerta, les dije que yo era de su familia. Cuando acabó la guerra y fui lo bastante mayor, volví aquí, a Alemania, a buscar a mi madre y a mi hermano. Los estuve buscando durante mucho tiempo, pero habían muerto en campos de concentración. Los dos. —La mujer respiró hondo—. Solo tengo esta foto de ellos gracias a que un primo la guardó, un primo al que escondió una familia

cristiana durante la guerra. Aquí, en Alemania, conocí a mi marido, Saúl, que también había sobrevivido al Holocausto. Nos quedamos porque teníamos familia aquí, y formamos nuestra propia familia —dijo *Frau* Rosenberg, que abrió los brazos de par en par y se dio la vuelta en el pequeño pasillo para mostrar a Mahmoud las docenas de fotos de sus hijos, sus nietos y sus bisnietos.

Volvió a posar la mano sobre la vieja foto amarillenta de su familia.

—Ellos murieron para que yo pudiera vivir. ¿Lo comprendes? Murieron para que todas estas personas pudieran vivir. Todos los nietos, los sobrinos a los que nunca llegaron a conocer. Pero tú sí los conocerás —le dijo a Mahmoud—. Tú sigues vivo, y tu hermana también, en algún lugar. Lo sé. Tú la salvaste. Y juntos la encontraremos, ¿verdad que sí? Te lo prometo. La encontraremos y la traeremos a casa.

Mahmoud empezó a llorar de nuevo, se dio la vuelta e intentó pestañear para quitarse las lágrimas. La señora judía lo rodeó con los brazos y lo estrechó con fuerza.

—Ahora todo irá bien —le susurró—. Nosotros os ayudaremos.

—Ruthie, *komm hier* —la llamó su marido, y Mahmoud no necesitó que el cooperante se lo tradujese para saber que *Herr* Rosenberg quería que se reuniesen con él en el salón.

Mahmoud se restregó los ojos húmedos con la manga, y *Frau* Rosenberg intentó colgar de nuevo la fotografía en la pared. Sin embargo sus ancianas manos temblaban demasiado, y Mahmoud tomó el marco y lo volvió a colgar de su clavo por ella. Su mirada se detuvo en la imagen. Se sentía lleno de tristeza por aquel chico de su misma edad. El muchacho que había muerto para que Ruthie pudiera vivir. Pero Mahmoud también se sintió lleno de gratitud. Josef había muerto para que Ruthie pudiera seguir viviendo y, algún día, abrirle las puertas de su casa a Mahmoud y a su familia.

La señora mayor apretó el brazo a Mahmoud y lo llevó hacia el salón. Allí estaban papá y mamá, y Waleed y *Herr* Rosenberg, en una habitación luminosa, llena de vida, de libros, de fotos familiares y del aroma de la buena comida.

Y le pareció que aquello era un hogar.

Nota del autor

Josef, Isabel y Mahmoud son personajes ficticios, los tres, pero sus historias están basadas en hechos reales.

Josef

El MS St. Louis fue un navío que existió en la vida real y zarpó de la Alemania nazi en 1939 con 908 refugiados judíos a bordo. Todos ellos esperaban ser admitidos en Cuba, algunos para vivir allí de manera permanente, y otros para quedarse solo por un tiempo hasta que los admitieran en Estados Unidos o en Canadá. Sin embargo, cuando los judíos llegaron a Cuba, les dijeron que no les daban permiso para desembarcar. La razón era de carácter político: el funcionario cubano que había tramitado los visados de entrada de los refugiados había caído en desgracia ante el presidente cubano de la época, Federico Brú. Para avergonzar a este funcionario, Brú canceló con efecto retroactivo los visados de los judíos. Los agentes nazis en La Habana también ayudaron a impedirles la entrada al hacer una propaganda que volvió al pueblo cubano en contra de los refugiados. Los alemanes no querían a los judíos en su país, pero también deseaban ver cómo los rechazaban otros países. Para los nazis, aquello era prueba de que el resto del mundo compartía

en secreto la manera de actuar de los alemanes con los judíos.

El capitán Gustav Schroeder fue un personaje real, y se le recuerda hoy en día por su amabilidad con sus pasajeros judíos y sus esfuerzos por hallar un refugio para ellos. Otto Schiendick también fue un personaje real, y no solo era el representante del Partido Nazi en el barco, sino también una especie de espía que traía y llevaba mensajes secretos entre Alemania y los agentes nazis que trabajaban en La Habana. Evelyne y Renata son los nombres reales de dos hermanas cuya madre prefirió quedarse en la Alemania nazi. Su padre, el doctor Max Aber, pudo sacarlas del St. Louis en La Habana gracias a haber viajado él por delante de su familia y haber llegado antes a Cuba, de manera que ya había establecido unos buenos contactos con las autoridades locales. Ninguno de los demás pasajeros fue tan afortunado.

El padre de Josef, Aaron Landau, está inspirado en dos hombres distintos que de verdad viajaron en el St. Louis: Aaron Pozner y Max Loewe. A Pozner, profesor de hebreo, lo sacaron de su casa en Alemania durante la *Kristallnacht*, la Noche de los Cristales Rotos, y lo enviaron a Dachau, donde le pegaron y lo humillaron, y donde presencié unas increíbles atrocidades. Fue a Aaron Pozner a quien liberaron de Dachau después de seis meses y le dieron un plazo de catorce días para marcharse del país, y además fue la víctima de Otto Schiendick y sus bomberos cuando estaban a bordo. Pozner fue también uno de los amotinados que trataron de hacerse con el control del barco cuando el St. Louis fue rechazado por Estados Unidos y Canadá.

Max Loewe fue un abogado judío al que los nazis prohibieron ejercer su profesión, igual que a mi personaje ficticio Aaron Landau. Loewe siguió ofreciendo consejo legal a diversos abogados alemanes que eran compasivos y le pagaban «bajo mano», pero la Gestapo acabó enterándose, y eso obligó a Loewe a esconderse. Se unió después a su mujer y a sus hijos —un niño y una niña— justo a tiempo para embarcar todos en el St. Louis y escapar. Sin embargo, igual que Aaron Landau, Max Loewe ya estaba destrozado cuando se reunió con su familia. Fue él quien intentó suicidarse tirándose desde el St. Louis cuando el barco estaba fondeado en las aguas frente al puerto de La Habana.

En un principio, el navío inglés Orduna y el barco francés Flandre, ambos con refugiados judíos que iban rumbo a Cuba, fueron retenidos frente al puerto

de La Habana, igual que el St. Louis, pero, para frustración de los pasajeros del St. Louis, a ambos barcos les permitieron atracar para que desembarcaran sus refugiados. Lo que los judíos del St. Louis no sabían era que los únicos pasajeros que pudieron bajar del Orduna y del Flandre fueron los que ya tenían pasaporte cubano. El resto, en su mayoría judíos con visados de entrada que ya no eran válidos como los de los 908 pasajeros del St. Louis, fueron rechazados y enviados a buscarse otro país que los acogiese.

Los pasajeros del St. Louis a los que permitieron desembarcar en Inglaterra fueron los más afortunados: se escaparon del Holocausto. De los 620 refugiados judíos que regresaron a la Europa continental, según los cálculos del Holocaust Memorial Museum de Estados Unidos, 254 murieron en el Holocausto. «La mayoría de esas personas fueron asesinadas en los centros de exterminio de Auschwitz y Sobibor —dice el museo—. El resto murió en campos de internamiento, escondidos o intentando escapar de los nazis». La tragedia del MS St. Louis ya es famosa y ha sido el tema central de muchos libros, obras de teatro, películas e incluso una ópera.

Isabel

En 1994, a causa en gran medida del reciente hundimiento de la Unión Soviética y del embargo estadounidense sobre el comercio con Cuba, los hambrientos ciudadanos de La Habana causaron disturbios por el Malecón. En respuesta, el presidente cubano Fidel Castro anunció que cualquiera que quisiera abandonar la isla podría hacerlo sin que lo metiesen en la cárcel, que era el castigo habitual por tratar de escapar. Era una estrategia que Castro ya había empleado antes: cuando las protestas amenazaban con superar a sus cuerpos de seguridad y con derrocar su gobierno, Castro permitía que la gente se marchase como pudiese, normalmente en unas barcas y balsas caseras. Cuando ya habían huido hacia Estados Unidos todos los que estaban lo bastante enfadados como para enfrentarse a él, las protestas amainaban y la situación se volvía a calmar. En las cinco semanas de 1994 en que Castro permitió que los ciudadanos descontentos abandonasen Cuba, se calcula que

huyeron hacia Estados Unidos unas 31 500 personas, casi diez veces más que la cantidad de gente que había tratado de marcharse en todo el año 1993.

Muchos norteamericanos se opusieron a la repentina entrada de refugiados cubanos, en particular porque estos disfrutaban de una vía singular para convertirse en ciudadanos estadounidenses de la que no disfrutaban los inmigrantes procedentes de otros países. Otros reconocieron la verdadera naturaleza de la treta de Castro y argumentaron que los disidentes deberían permanecer en Cuba con la esperanza de que sus disturbios acabasen por derrocar al régimen cubano. El presidente norteamericano Bill Clinton debía tomar una gran decisión: ¿permitir la entrada de los refugiados cubanos o enviar los barcos de la Marina a detenerlos por el camino? En un cambio radical de una política que llevaba implantada desde 1962, Clinton anunció que los refugiados cubanos que fuesen capturados en el mar serían enviados de vuelta a Cuba en vez de llevarlos el resto del camino hasta Florida. Los que consiguieran llegar a Estados Unidos podrían quedarse. Isabel y su familia se refieren a esta medida sobre los refugiados cubanos como la política de «pies mojados, pies secos», aunque ese nombre no se utilizaría de forma común para describir la situación hasta que la medida se convirtió en ley de manera oficial en 1995.

A pesar de la amenaza de encarcelamiento en Cuba y de los peligros del oleaje del mar, las tormentas, el ahogamiento, los tiburones, la deshidratación y el hambre, cada vez son más los cubanos que intentan cruzar todos los años las noventa millas de mar que separan La Habana de Florida. Según el Pew Research Center, 43 635 refugiados cubanos entraron en Estados Unidos en 2015, y esa cantidad anual se vio ya superada en octubre de 2016. En los últimos años, muchos refugiados cubanos han renunciado por completo a la política norteamericana de «pies mojados, pies secos» y han preferido volar o navegar de Cuba a México, o a Ecuador, para después caminar hacia el norte y entrar en Estados Unidos, una ruta alternativa que los observadores denominaron «pies polvorientos». Sin embargo, conforme van cerrando sus fronteras más y más países al sur de Estados Unidos, son más los cubanos que vuelven a recurrir al estrecho de Florida con sus barcas y sus balsas caseras. De nuevo, según el Pew Research Center, 9999 refugiados cubanos entraron en Estados Unidos por la zona de Miami en 2015. Ese mismo año, la Guardia

Costera estadounidense capturó a 3505 cubanos en el mar, y no hay manera de saber cuántos murieron en el intento cada año. En 1994, el año en que transcurre la historia de Isabel, se calcula que murieron en el mar tres de cada cinco refugiados cubanos que intentaron hacer el viaje.

En 2014, el presidente norteamericano Barack Obama y el presidente cubano Raúl Castro, hermano de Fidel, anunciaron que Cuba y Estados Unidos iban a restablecer sus relaciones, y, en 2015, el presidente Obama anunció que se retomarían las relaciones diplomáticas formales entre los dos países, incluida la reapertura de sus respectivas embajadas en La Habana y en Washington. Como parte de la normalización entre ambos países, el Gobierno estadounidense relajó las restricciones que habían impedido que los norteamericanos viajasen de visita a Cuba, y en agosto de 2016 aterrizó en La Habana el primer vuelo comercial de Estados Unidos a Cuba desde 1962. Aún está por ver cómo afectará esta nueva era de comunicaciones a la cantidad de baltos cubanos que arriesgan la vida con tal de llegar navegando a Estados Unidos.

Mahmoud

Mientras escribo estas líneas, Siria se encuentra en el quinto año de una de las guerras civiles más brutales y sanguinarias de la historia. La ciudad de Alepo, el hogar de Mahmoud, está hoy en ruinas por ser el reducto de un gran grupo de rebeldes que se oponen a la guerra de Bashar Al-Asad contra su propio pueblo. La ciudad se encuentra sitiada, golpeada a diario por los ataques aéreos rusos y la artillería del ejército sirio. Los habitantes de Alepo que no se hubieran marchado en 2015 —cuando huyeron Mahmoud y su familia— estarían ahora atrapados en una zona de guerra. Según Naciones Unidas, han muerto más de 470 000 personas desde que se inició el conflicto en 2011. Esto equivale aproximadamente a la población de la ciudad estadounidense de Atlanta. Y más gente muere cada día. En solo una semana de combates en septiembre de 2016, Naciones Unidas informó de la muerte de noventa y seis niños. Eso es como si todas las semanas muriese un curso

entero de un colegio.

Y los que sobreviven no tienen adónde ir. El periódico *The Guardian* calcula que el cuarenta por ciento de las infraestructuras de la ciudad han quedado dañadas o destruidas. Barrios enteros están en ruinas. Mercados, restaurantes, tiendas, edificios de apartamentos... No se ha librado nada. Prácticamente nadie acude ya a trabajar, ni al colegio. Talaron todos los árboles de la ciudad para hacer leña, y cuando se quedaron sin árboles, los sirios tuvieron que quemar los pupitres y las sillas de los colegios para calentar sus casas. Los hospitales, si es que aún están en pie, carecen de medicinas y equipamiento para tratar a sus pacientes.

No es de extrañar que más de diez millones de sirios se hayan visto desplazados de sus hogares. De esos diez millones, Naciones Unidas calcula que 4,8 millones de sirios se han marchado de su país como refugiados. Eso es más gente de la que vive en el estado norteamericano de Connecticut, el de Kentucky o el de Oregón, o en toda la Comunidad Valenciana en España. Y son más los que huyen todos los días y dejan atrás todo cuanto tienen y todo cuanto conocen con tal de escapar de la guerra y del derramamiento de sangre. Con tal de sobrevivir.

Pero ¿adónde van? Naciones Unidas informa de que en Turquía ya viven más de 2,7 millones de refugiados sirios registrados, muchos de ellos en campos de refugiados como el de Kilis, por el que pasaron Mahmoud y su familia. Otros países de la región como el Líbano, Jordania e Irak han recibido grandes cantidades de refugiados sirios, pero esto lleva sus recursos al límite, y el sentimiento general de la población de muchos países se ha vuelto en contra de la llegada de inmigrantes. Más millones de refugiados tratan de llegar a Europa, donde países como Alemania, Suecia y Hungría han acogido a cientos de miles de ellos, pero llegar hasta allí resulta difícil, y muchas veces mortal. Según la Organización Internacional para las Migraciones, más de 3770 refugiados murieron en 2015 tratando de cruzar el Mediterráneo en patera. Y, cuando consiguen llegar a la Unión Europea, los refugiados aún tienen que enfrentarse a persecuciones y encarcelamientos por parte de los países que no quieren saber nada de ellos o no tienen los recursos para gestionar la ingente llegada de personas. Hungría fue el primer país que construyó una valla para impedir el paso de los refugiados de Oriente Medio

que se dirigían a pie al norte, y, mientras escribo estas líneas, son cada vez más los países que están levantando esas vallas. Incluso Austria, que ha sido increíblemente acogedora con los refugiados, comenzó a construir una en 2016.

Todo lo que le sucede a Mahmoud y a su familia está basado en cosas que les sucedieron realmente a diversos refugiados sirios. En 2015, un grupo de unos trescientos refugiados sirios retenidos en un campo/colegio danés se hartó por fin de estar detenido sin motivo. Todos a una, marcharon por la autopista hacia Suecia y formaron una cadena humana que cortó el tráfico. Y la gente se situó de verdad en los puentes a jalearlos y les lanzó comida y agua. En Hungría se produjo una protesta similar una semana antes, cuando miles de refugiados marcharon desde Budapest hasta la frontera con Austria. Yo he combinado estos dos sucesos en el libro.

Mahmoud y sus padres son una amalgama de diferentes refugiados sobre los que he leído, pero Waleed está basado de manera específica en una fotografía ya famosa de un niño de cinco años de Alepo llamado Omran Daqneesh. En esa fotografía, Omran está sentado solo en la parte de atrás de una ambulancia después de sobrevivir a un ataque aéreo, descalzo, con la cara ensangrentada y el cuerpo cubierto de polvo y cenizas de color gris. No está llorando. No está enfadado. Ya se ha acostumbrado a esto. Es la única vida que él conoce, porque su país está en guerra desde que él nació. Es uno de los miembros de lo que Naciones Unidas advierte que se convertirá en una «generación perdida» de niños sirios si no se hace nada para ayudarlos ahora.

¿Qué puedes hacer tú?

Los refugiados viven tres vidas. La primera transcurre escapando de los horrores de aquello que los ha expulsado de sus hogares, fuera lo que fuese, como la persecución y asesinato de los judíos en la Alemania nazi de Josef, el hambre y la violación de los derechos humanos en la Cuba de Isabel o la devastadora guerra civil en la Siria de Mahmoud. Los que tienen la fortuna de escapar de sus casas comienzan una segunda vida igualmente peligrosa en su

búsqueda de refugio, intentando sobrevivir a travesías oceánicas, a puestos fronterizos y a delincuentes que tratan de aprovecharse de ellos. La mayoría de los inmigrantes no acaba en un campo de refugiados, sino que pasa los días buscando un techo, comida, agua y calor. Pero, incluso en los campos, los refugiados se ven expuestos a dolencias y enfermedades, y con frecuencia tienen que sobrevivir con menos de cincuenta céntimos al día.

Si los refugiados logran escapar de su hogar y después consiguen sobrevivir al viaje hacia la libertad, entonces inician una tercera vida, la de empezar de cero en otro país, un lugar donde lo normal es que no hablen el idioma ni profesen la misma religión que sus anfitriones. Es habitual que un país no reconozca los títulos profesionales concedidos en otro país, de manera que los refugiados que eran médicos, abogados o maestros en su país de origen se convierten en dependientes de comercios, en taxistas o en conserjes. Las familias que antes disponían de una buena casa, de un coche y dinero ahorrado para la... universidad y la jubilación ahora tienen que empezar de cero, vivir con otros refugiados en alojamientos estatales o con familias de acogida en ciudades extranjeras mientras reconstruyen sus vidas.

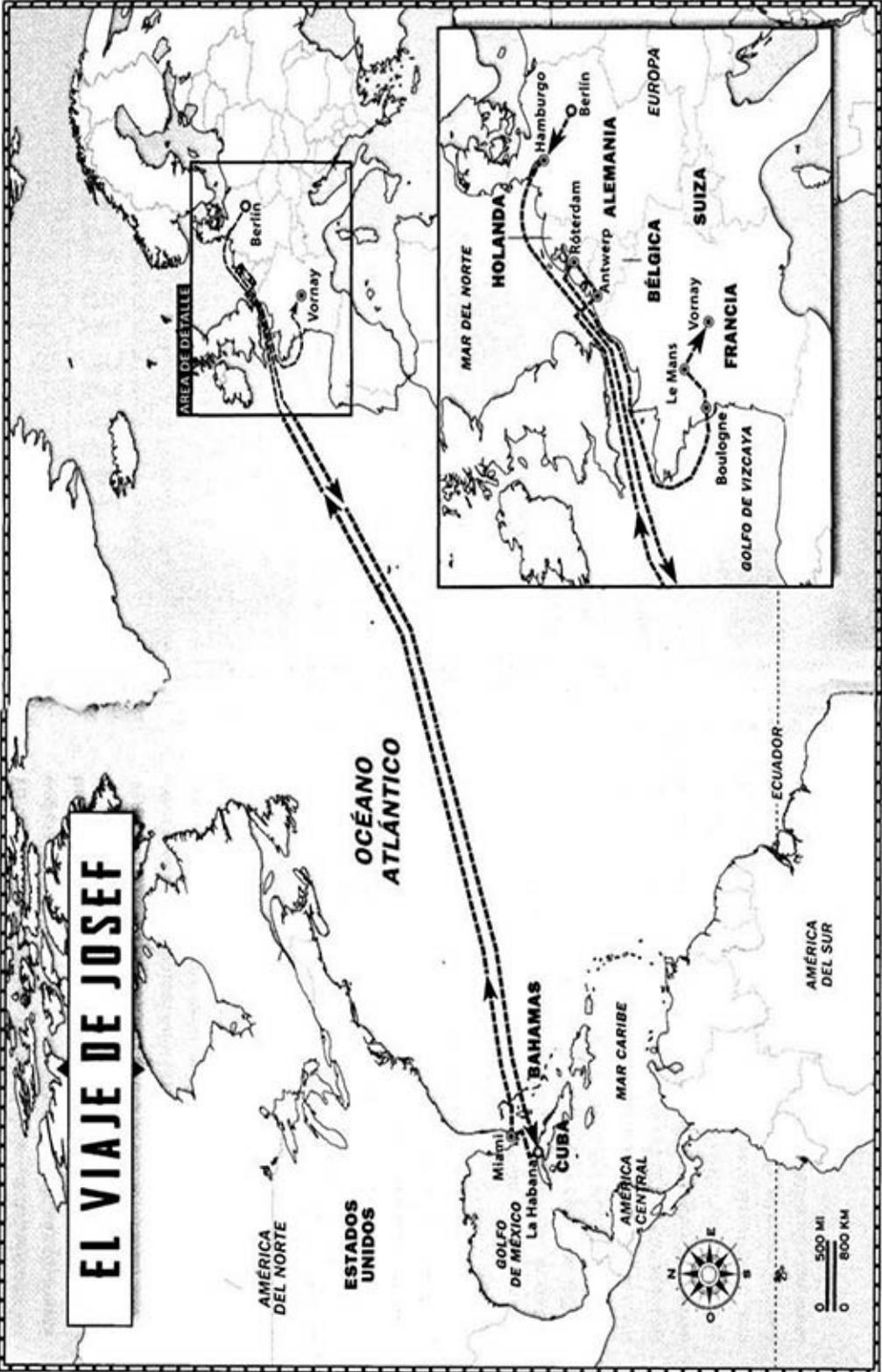
Puedes ayudar a las familias refugiadas donando dinero a alguno de los numerosos grupos que ayudan a los refugiados en todas y cada una de las fases de sus tres vidas. Algunas organizaciones sin ánimo de lucro tienen tareas muy específicas, como rescatar a la gente que huye de Oriente Medio en patera, o luchar contra las enfermedades en los campos de refugiados. Dos de mis organizaciones preferidas trabajan de forma específica con niños refugiados por todo el mundo. La primera es Unicef, el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, que está trabajando para impedir que los niños sirios se conviertan en una «generación perdida» proporcionando servicios médicos, educativos y de higiene, comida y agua que salvan vidas dentro de Siria y allá donde hayan huido los refugiados sirios. La segunda es Save the Children, que trabaja con una serie de socios corporativos y donantes individuales en España y en otros países para ofrecer ayuda de emergencia donde y cuando sea necesaria por todo el mundo, con una campaña especial para los niños sirios.

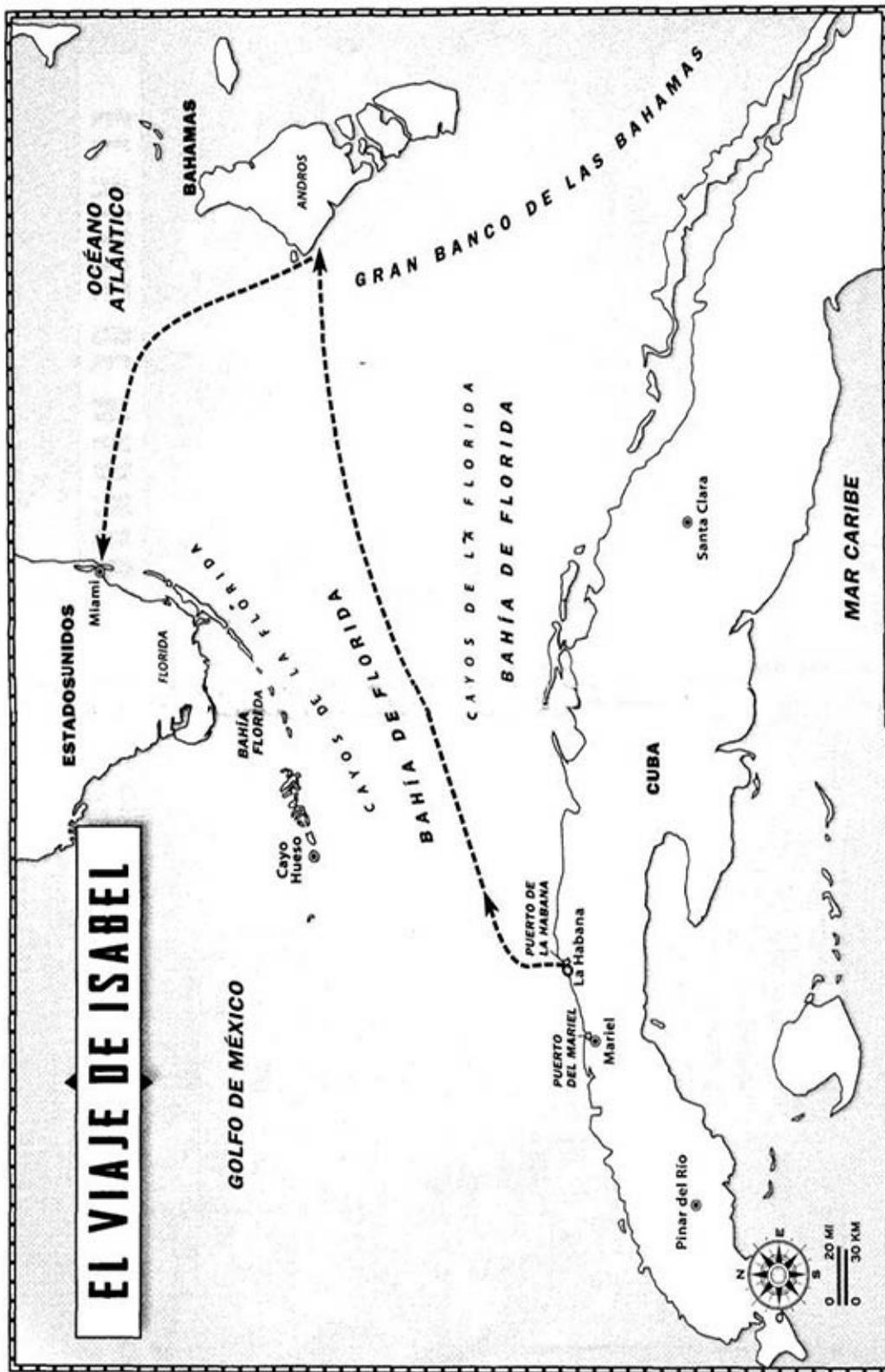
Tanto Unicef como Save the Children utilizan el noventa por ciento de cada euro que recaudan para emplearlo en servicios y recursos que ayudan

directamente a los niños. Si haces una donación a cualquiera de estas dos organizaciones tan impresionantes, puedes pedir que vaya dirigida a regiones y conflictos específicos, o utilizarla para ayudar a los niños refugiados por todo el mundo. Para saber más, visita www.unicef.es y www.savethechildren.es. Yo voy a donar a Unicef una parte de lo recaudado con las ventas de este libro, para apoyar sus esfuerzos de ayuda humanitaria con los niños refugiados de todo el mundo.

Alan Gratz

EL VIAJE DE JOSEF





EL VIAJE DE MAHMOUD





ALAN GRATZ (Knoxville, Tennessee, Estados Unidos, 1972). Vive en Carolina del Norte con su mujer e hija.

Reconocido autor de varios libros para lectores juveniles, como *Project 1065*, seleccionado por Kirkus como el mejor libro de 2016; *Prisoner B-3087*, seleccionado por la Junior Library Guild y por la Young Adult Library Services Association en su lista de las mejores obras de literatura juvenil de 2014; *Code of Honor*, también seleccionado por la Young Adult Library Services Association en 2016, y *The Brooklyn Nine*, elegido entre las diez mejores obras históricas de Booklist.